POR LA AUTORA DE *EL PRÓXIMO AÑO EN LA HABANA*

CHANEL CLEETON



LA HISTORIA PERDIDA DE EVA FUENTES

MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
Epílogo
Nota de la autora
Créditos



1

MARGO
Londres, 2024

Llegaba tarde.

No tarde para lo que suele considerarse normal —cuando Margo Reynolds miró el reloj Cartier de segunda mano que llevaba en la muñeca, comprobó con alivio que aún faltaban cinco minutos para la reunión—, pero sí para lo que era habitual en ella. Aunque siempre tenía en cuenta lo impredecible de los desplazamientos por Londres a la hora de calcular el tiempo —retrasos en el metro, aceras llenas de turistas contemplando el paisaje, que se le atascara el tacón en una rejilla de la calle y tuviera que entrar en Harrods a comprarse otros zapatos—, no se le había ocurrido pensar que podían darse las tres cosas. De modo que, a pesar del día frío y húmedo de diciembre, estaba sudando dentro del abrigo mientras caminaba a

un ritmo a medias entre el paso ligero y el trote para llegar a su cita por fuerza de voluntad.

Algo húmedo le cayó en la cabeza.

Apartó la vista de delante un momento y miró al cielo, rogando que fuera un error, que no estuvieran ya ante la primera nevada del invierno.

El margen de cinco minutos se reducía cada vez más.

Otro copo de nieve —si es que podía llamarse nieve a esa mezcla aguada— le dio de lleno en la cara.

Tendría que haber pedido un taxi.

—¡¿Está nevando?! —exclamó una mujer.

Margo hizo una mueca al oír el chillido de emoción a su lado y la forma en que la palabra se extendió entre la multitud, con el mismo entusiasmo desaforado que se desataba entre los viajeros de un autobús turístico de dos plantas al ver a un famoso justo delante del vehículo.

Puede que Margo no fuera londinense de nacimiento, pero sí lo era por elección y, aun así, en días como ese, cuando las riadas de turistas abarrotaban las aceras, tenía que admitir que lo suyo con la ciudad era una relación de amor-odio. Pero ¿acaso no pasaba lo mismo con todas las ciudades? No te ponían fácil amarlas. No, exigían sacrificio, que tuvieras que currártelo para poder darte el gusto de decir que era tuya, tu casa. Y justo cuando tenías un día horrible y pensabas: «Tendría que irme a vivir a un sitio más tranquilo y fácil», te regalaban un momento de pura magia en forma de precioso escaparate navideño o de comida perfecta o de conexión inesperada con un desconocido, y quedabas atrapado sin remedio.

Londres la tenía bien agarrada, quisiera ella o no.

Margo giró por la primera calle y lo vio allí delante, a la derecha, tal y como se lo había descrito Bea, su asistente, cuando le dio los datos de la reunión.

No había número ni nombre en la entrada, tan solo una sencilla puerta negra sin pretensiones, con un portero delante vestido con un impecable abrigo negro que desafiaba a los copos de nieve a rozarlo siquiera.

Margo inspiró profundamente para tranquilizarse y miró el reloj una vez más.

Tres minutos.

No era ni mucho menos lo ideal, pero nadie podría decir que era una tardona.

Se acercó a la puerta del club y contuvo la tentación de atusarse el pelo, no fuera a habérselo estropeado el copo de nieve.

Los pequeños inconvenientes del día desaparecieron en un instante; las inseguridades que la incordiaban hasta altas horas de la noche quedaron arrinconadas en los confines de su mente. No era lugar para que le entrase un ataque de síndrome del impostor, ni momento para especular si la tomarían en serio por ser joven y mujer, como tendían a hacer muchos de sus clientes.

Margo se había ganado a pulso su reputación y cada vez que se encontraba en esa situación, a punto de entrar e impresionar, se animaba recordándose que se había esforzado mucho para llegar donde estaba, y eso nadie podría arrebatárselo.

Dio su nombre al hombre de la puerta, y su acento estadounidense le pareció un poco fuera de lugar en aquel bastión de todo lo que parecía representar el territorio de la alta sociedad británica. Había clubes como ese repartidos por la ciudad, donde

atendían todas las necesidades de una clientela que buscaba en muchos casos marcar distancias. Margo siempre sería una intrusa allí, pero había conseguido aceptar su posición con los brazos abiertos en vez de rehuirla.

Si la reunión la hubiera organizado ella, habría elegido un lugar donde pudiera vigilar los detalles, donde se sintiera cómoda y consciente de que era ella quien controlaba la situación, pero el cliente le había pedido que se acercara a su club alegando discreción, y a veces se hacían concesiones. Sobre todo cuando aún no había terminado de pagar el crédito de estudios, y eso que hacía seis años que había salido de la universidad.

Siempre era igual antes de la reunión de presentación con un cliente. Adquirir objetos de valor —obras de arte, joyas, antigüedades y otras cosas por el estilo— no era una batalla campal, pero, teniendo en cuenta algunas negociaciones en las que había participado, el escozor de la derrota y también el orgullo de la victoria, a veces lo parecía.

Cuando dirigías tu propio negocio, cuando eras tu propia marca, tus éxitos y tus fracasos descansaban sobre tus hombros. A veces resultaba empoderador, como si tuviera el poder de decidir su propio futuro. Otras, la presión amenazaba con hundirla. Había intentado por todos los medios reducir los gastos generales de su empresa, Reynolds Acquisitions. Tenía solo una empleada, su asistente Bea, y una oficina alquilada en Chelsea para dar buena imagen a los clientes, como el reloj que llevaba en la muñeca y la ropa que había seleccionado con mucho cuidado.

El hombre de la puerta la condujo hasta otro que le pidió que lo acompañara por un estrecho pasillo revestido de madera con

retratos enmarcados a ambos lados, de antiguos miembros quizá. Desde luego, tenían todo el aspecto de la clase de hombres que frecuentarían un club como ese; su evidente desprecio era capaz de atravesar el óleo y el lienzo. Por dentro, el sitio era tan pequeño como parecía desde fuera, claro que teniendo en cuenta que estaban en un barrio céntrico de la ciudad, las propiedades inmobiliarias se habían puesto por las nubes, incluso para los asquerosamente ricos. La asaltó de inmediato el olor que asociaba con las tiendas de antigüedades, los artículos de lujo y los clubes exclusivos como ese. Era el olor de la historia y el dinero, y la certeza de que debajo de todas aquellas capas de madera, cítricos y humo se escondían secretos y escándalos.

Al final del pasillo aguardaba otro hombre, vestido con traje verde, que le quitó el abrigo negro bajándoselo por los hombros hábilmente, con la práctica de quien lo había hecho miles de veces.

Se respiraba una callada eficiencia, un aire de riqueza que había notado nada más llegar ante la puerta lacada.

Sus tacones nuevos repiqueteaban en el suelo de madera. Inspiró profundamente una, dos veces, y consiguió liberar un poco la rigidez del cuello y los hombros. Llevaba siglos sin ir a pilates por las exigencias de una agenda colmada de viajes, y la tensión era un indicador de que necesitaba descansar.

La elección del lugar para reunirse dejaba bien claro que era un cliente con contactos. El informe que llevaba consigo era más fino de lo que le habría gustado, pero a veces eso pasaba en el terreno en el que se movía.

Además, la cantidad de dinero que le estaba poniendo delante era tremendamente alta, igual que el coste de la vida en Londres.

Margo entrelazó las manos, tratando de contener la mezcla de ansiedad y expectación que le recorría el cuerpo. Se tocó el dedo anular con la intención de hacer girar el anillo de compromiso y la alianza, pero no encontró nada.

Divorciarse también era tremendamente caro.

En su profesión, el secretismo a veces estaba justificado —un cliente importante ansioso por ocultar su identidad—, y a veces era más una imaginación portentosa, un deseo envuelto en un halo de misterio, lo que impulsaba la necesidad del posible comprador. Algunos clientes se limitaban a escribirle austeros correos electrónicos de una línea sin preocuparse por las pesquisas necesarias, centrados únicamente en el objetivo final. En cambio, otros parecían disfrutar más con la investigación que con la adquisición del artículo en sí, lo veían como una especie de búsqueda del tesoro y les encantaba exaltar el romanticismo y la intriga de la misión, como si para ellos fuera una placentera forma de evasión del tedio de la vida cotidiana.

Cuando llegaron al final del pasillo, el hombre la acompañó hasta un acogedor comedor con media docena de mesas redondas cuidadosamente distribuidas. Solo dos estaban ocupadas: una por un grupo de hombres cuyas risas se oían en toda la sala; la otra, por una sola persona.

Supuso que sería su nuevo cliente.

El hombre estaba de espaldas a la pared y miraba hacia la puerta. Vestía un traje gris azulado de apariencia cara y camisa blanca, pero el botón del cuello estaba desabrochado y no llevaba corbata, lo que dejaba a la vista un tono bronceado que, desde luego, no había podido adquirir en el sombrío invierno londinense.

Se levantó con expresión expectante. Margo estaba segura de que él también se habría documentado sobre ella y que habría conseguido más información que ella sobre él, pues pareció reconocerla al instante.

El hombre —William Greer, según había apuntado Bea en su agenda— tendría unos diez años más que ella, cuarenta y pocos tal vez; el pelo muy corto dejaba a la vista algunas canas en las sienes. La postura, la forma de seguirlos con la mirada a ella y al resto de los presentes en el comedor y el cuerpo tenso y alerta, incluso en ese ambiente relajado, le daban un aire militar. No parecía que se hubiera criado entre clubes privados como ese. Desde luego, no se lo veía muy cómodo pese a haber sido él quien había sugerido que se reunieran allí.

—Señora Reynolds —saludó con acento estadounidense.

—Señor Greer —respondió ella, sosteniéndole la mirada. Puede que él hubiera elegido el lugar, pero Margo se negaba a dejarse acobardar solo porque estuvieran en su terreno. No tenía ningún interés en un cliente que iba a ser una pesadilla; mejor dejarle claro que su capacidad de aguantar el egocentrismo era limitada.

Un amago de sonrisa asomó a los labios del hombre. No se molestó en devolverle la mirada, como si ya hubiera visto todo lo que necesitaba saber de ella.

La mayor parte de la clientela le llegaba por referencias de personas que habían trabajado con ella anteriormente y otros contactos profesionales, lo que aseguraba un cierto grado de fiabilidad. A Greer se lo había recomendado un marchante de arte de Nueva York con quien había colaborado en varias ocasiones. Le había dicho que tenía mucho dinero y era conocido por su

discreción. No había visto nada objetable en su email, nada ilegal o inmoral, de modo que había accedido a reunirse con él.

Margo se sentó en la silla que le ofrecía y él hizo lo propio a continuación.

El *maître* se retiró sin hacer ruido, y en su lugar apareció un camarero que les tomó nota de la bebida y desapareció rápidamente.

—Tengo que encontrar algo que necesita mi jefe —dijo el hombre sin entretenerse en los cumplidos de rigor. Por algún motivo, el efecto no fue tan molesto como hubiera podido pensar. Encajaba con esa impaciencia que parecía irradiar.

Algunos clientes se habían convertido en amigos. Le enviaban tarjetas navideñas y se interesaban por su vida, y últimamente alguno había intentado emparejarla con hombres que no le interesaban en absoluto. Con otros la relación era puramente de negocios. No tenía una preferencia. Cada tipo tenía sus beneficios. En ocasiones agradecía poder hacer su trabajo y olvidarse. En otras —cuando encontraba una reliquia familiar desaparecida o conseguía un regalo para una persona muy querida— se implicaba en la vida de sus clientes, como si tuviera un lugar en la periferia de sus vidas. Porque Margo dedicaba tanto tiempo a trabajar y tan poco a su vida personal que, si le quitaban los contactos profesionales, la lista de personas en su móvil era muy pequeña.

Entonces, Greer era un intermediario. No le extrañaba que hubiera encontrado tan poca información sobre él. Apostaría lo que fuera a que era su jefe quien pertenecía al club. ¿Sabría el marchante de arte que había otra persona detrás de las adquisiciones? Por alguna razón pensó que no.

Había algo en su voz, una brusquedad que no encajaba con la elegancia del club. Le costaba ubicar su acento. Era estadounidense, sí, pero no conseguía asociarlo con una región concreta. O no había vivido mucho tiempo en un mismo sitio o se había esforzado en borrar las huellas de su origen.

Si el contacto que le había dado su referencia no se había dado cuenta de que se trataba de un intermediario, ¿qué otros detalles se le habrían escapado?

—No acepto encargos de artículos ilegales. Supongo que el señor Mitchell se lo habrá dicho. Tampoco participo en asuntos turbios. Dormir bien por la noche no está pagado con dinero. Yo decido el tipo de objetos que voy a adquirir.

No sería la primera vez que se lo sugiriesen. El problema de ese negocio era que, en ocasiones, la gente se olvidaba de la integridad cuando deseaba algo con todas sus fuerzas y estaba dispuesta a lo que fuera con tal de conseguirlo. Los coleccionistas podían obsesionarse realmente con aquello que deseaban, y Margo se había preguntado no pocas veces qué haría ella en su lugar, si habría algo por lo que estuviera dispuesta a hacer lo que fuera. No era capaz de imaginarlo.

Buscar objetos raros y valiosos tenía un lado peligroso. Al fin y al cabo, algunos de los objetos que quería la gente valían muchísimo dinero, y cuando había dinero de por medio, las personas eran capaces de todo. Ella tenía cuidado con los clientes que aceptaba y las piezas que debía buscar. Había rechazado uno o dos encargos —a veces deseaba que hubieran sido más— en los que las cosas se adentraban en territorios en los que no se sentía cómoda. Pese a la preocupación de su ex, Margo no era una persona temeraria que

pusiera en peligro su seguridad, y su ambición personal no la había llevado nunca a aceptar encargos involucrados en asuntos turbios como el contrabando o el robo.

Greer volvió a sonreír.

—Por supuesto. Como muchos de sus clientes, mi jefe es un ávido coleccionista, el tipo de hombre que aprecia la belleza. En los últimos tiempos, le interesan mucho los libros. Y hay uno que tiene un valor sentimental para él. Lleva tiempo buscándolo, pero es un título relativamente desconocido y no ha tenido mucho éxito. Le gustaría que se encargara usted de encontrarlo.

Aquello la pilló por sorpresa. No se esperaba un libro.

Si bien había adquirido ediciones raras en alguna ocasión, los libros no eran su especialidad ni mucho menos. Pero no le pareció un encargo difícil, sobre todo cuando conocía a alguien que podía ayudarla a encontrarlo.

—Mi jefe ha autorizado veinte mil libras —añadió el hombre.

No era la cantidad más alta que le habían ofrecido por buscar un objeto, pero tampoco era baladí, teniendo en cuenta que el propio Greer había dicho que no era un título muy conocido.

—Veinte mil libras es una buena suma para algo que solo tiene un valor sentimental.

—Mi cliente es un hombre sentimental. Y reservado también. Nos han dicho que comprende usted bien la necesidad de discreción en estos asuntos.

—Así es.

El hombre sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de la chaqueta y se la entregó sin decir palabra.

En el centro, escrito con letra negra mecanografiada, se leía el título seguido del nombre de la autora.

TIEMPO PARA OLVIDAR

Eva Fuentes

Jamás había oído hablar del libro ni de la autora.

—El asunto es un poco urgente. Se rumorea que el libro podría salir a la venta y que hay otras personas interesadas. Mi jefe quiere tenerlo antes de que salga a subasta y el precio suba de forma considerable o pierda la oportunidad por completo.

No era inusual que un cliente quisiera adquirir un objeto antes de que llegara a subastarse para evitar una guerra de pujas, como tampoco era extraño ocultar el interés en un artículo para evitar que llamara demasiado la atención. Pero tendría que darle algún otro dato, ¿no?

—Entiendo que a su jefe solo le interesa la primera edición. ¿Sabe cuántas copias del libro hay en circulación?

—Una.

—¿Una?

Margo estaba empezando a comprender por qué aquel hombre estaba dispuesto a pagarle el doble de su tarifa.

Greer asintió con la cabeza.

—Como le he dicho, no es un título muy conocido.

—Y aun así hay varias personas interesadas.

—Sí.

El primer objeto que había conseguido para un cliente fue un juego antiguo de mesa y sillas de comedor al que había seguido la

pista por dos continentes. Investigar el historial de ventas, localizar las piezas y notificar al cliente la buena noticia la había hecho sentir un poco como una detective. La búsqueda había sido de lo más estimulante, puede que más si cabe que la satisfacción final de haberlo logrado. Se le daba bien lo que hacía porque le encantaba.

—¿Cuándo se publicó? —preguntó Margo.

—En 1901.

—¿Cómo saben que todavía existe?

—Existe. Creemos que estuvo en Cuba en un momento dado, pero no volvió a saberse más tras la Revolución. Hasta ahora.

Le estaba ocultando algo, pero ella no se había creado una reputación a base de presionar a sus clientes para que le dieran información. Le molestaba que no fuera transparente del todo con ella, pero no era ni mucho menos la primera vez que le ocurría, y tampoco sería la última. Tendría que unir las piezas del puzle ella sola.

—¿Y si el precio sube? ¿O el dueño no está dispuesto a vender el libro antes de la subasta? ¿Hasta qué punto desea su jefe hacerse con él?

—Lo suficiente como para contratarla, señora Reynolds. Su reputación la precede. Igual que su discreción. Mi cliente no quiere que se difundan sus negocios personales. Ni que la gente se entere de quién es y arriesgarse a que suba el precio. Consígale el libro por una cantidad justa y estará contento. Este podría ser el comienzo de una relación comercial beneficiosa para ambos. Considérelo una prueba. Si todo va bien, tal vez la contrate para que adquiera más obras de arte valiosas para él. ¿Trato hecho?

Margo pensó en ello detenidamente. La perspectiva de trabajar más veces para ese cliente, el dinero que podía ganar… era tentador, y la emoción de la búsqueda la atraía como el canto de una sirena.

El cliente quería que le consiguiera un libro. ¿Qué peligro podía entrañar?

—Trato hecho.

—¿Qué tal la reunión? —le preguntó Bea por teléfono.

Bea llevaba trabajando con ella tres años, y Margo no se imaginaba la vida sin ella. Había vacilado mucho antes de contratar a una asistente. Después de llevar toda la vida ocupándose personalmente de sus cosas, le costaba mucho delegar responsabilidades en otra persona, confiarle detalles de su empresa, vital para su existencia. Pero Bea era extraordinaria y en ningún momento había lamentado la decisión de contratarla.

Margo se apoyó el móvil en el cuello mientras se abrochaba los botones del abrigo.

Se había puesto a nevar de verdad durante la reunión y los copos empezaban a cuajar sobre el pavimento.

Soltó una palabrota sin poder evitarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Bea.

—Sí, es que se ha puesto a nevar en serio.

Bea era londinense de pura cepa, por lo que entendía mejor que nadie lo que eso implicaba cuando estabas en una zona turística de la ciudad.

Por delante de Margo, la gente se paraba en medio de la acera, alucinada con los copos que caían.

—¿Y la reunión? —volvió a preguntar Bea—. ¿Tenemos un encargo nuevo?

—Bien. Me he reunido con un intermediario. Su cliente quiere que le busquemos un libro.

—No será muy complicado.

—Es lo que pensaría cualquiera, pero al parecer solo hay un ejemplar en el mundo.

—Será una broma.

—No es broma. Recuérdame luego que lo que más me gusta de este trabajo es que nunca me aburro.

—Eso es verdad.

Margo oía por el móvil el ruido de fondo en su pequeña oficina de Chelsea. Avanzó entre la multitud bajo la nevada, que empezaba a arreciar. Iba a ser complicado conseguir un taxi.

Alguien la empujó por detrás y se volvió a mirar. Dos chicas adolescentes iban escribiendo en el móvil, con varias bolsas de acabado satinado colgando de las muñecas de ambas. Se mostraban tan indiferentes a la nieve como a ella. Margo ojeó por detrás de ellas y su mirada se cruzó con la de un hombre con chaqueta negra que caminaba unos pocos pasos por detrás de las chicas. No miraba caer los copos, sino al frente, directamente a las chicas, que parecían completamente ajenas a su presencia.

Era un tío grande como un armario, corpulento y mucho más alto que ella, que medía uno sesenta y ocho. Llevaba el pelo rubio muy corto, casi rapado.

Margo aflojó el paso ligeramente para dejar pasar a las chicas y esperó a ver si el hombre hacía algo para seguirlas.

No lo hizo.

Mejor. Tal vez hubiera sido una reacción exagerada, pero como mujer joven y soltera que era había aprendido a ser cautelosa en la gran ciudad. También a ella la habían protegido otras mujeres, así que era justo que ahora hiciera ella lo mismo. En los últimos tiempos, estaban robando muchos móviles…

—Margo…

La voz de Bea la hizo volver a la realidad.

—¿Sí?

—Transferencia confirmada. Ya tenemos el dinero en la cuenta.

—Habrá que ponerse a trabajar, entonces.

—¿Vas a volver a la oficina hoy?

—No, voy a Notting Hill —respondió ella.

—¿Vas a ver al señor Thornton?

—Creo que es quien más me puede ayudar a localizar el libro. Seguro que agradece el desafío.

Margo giró por una calle mucho menos concurrida. Aún tenía que andar un poco para llegar a la estación de metro, pero por lo menos por allí no había tantos turistas como en la calle principal.

Se volvió a mirar una vez más mientras caminaba, ahora con zancadas más largas.

Las adolescentes habían desaparecido y en su lugar vio a una familia, la madre discutiendo con sus hijos sobre la necesidad de subirse la cremallera del abrigo porque estaba nevando. El hombre de la chaqueta negra iba cincuenta metros por detrás de la familia.

Llevaba la cabeza baja para que no pudiera verle la cara, pero avanzaba por la acera con determinación.

Pero entonces, ¿por qué de repente aflojaba el paso?

Margo vaciló un momento con inquietud. También ella redujo un poco el paso para dejar que la adelantara.

No lo hizo.

Margo volvió a mirar hacia atrás.

La familia seguía allí, justo detrás de ella, pero no se veía al hombretón por ninguna parte.

Respiró aliviada y se le calmó el pulso.

A los pocos meses de instalarse en la ciudad le robaron en plena calle. Ocurrió tan rápido que no se dio ni cuenta hasta que fue a pagar un café y se fijó en que no tenía la cartera. Entonces recordó que alguien la había rozado al pasar junto a ella y que el asa del bolso se le había caído del hombro. Aunque no le pasó nada, más allá de la pesadez de cancelar las tarjetas de crédito y renovar el documento de identidad, empezó a tener más cuidado por la calle.

Dobló una esquina y vio la señal del metro.

Seguro que iría a tope, sobre todo siendo hora punta. Tomaría la línea Victoria hasta Oxford Circus y allí haría transbordo a la línea Central, que la llevaría a Notting Hill Gate.

La librería estaba escondida en un rinconcito de Notting Hill, con su toldo verde y su puerta del mismo color, invitando al público a cruzar los adoquines y entrar a descubrir las aventuras que aguardaban entre las páginas de un libro para cambiarle la vida para siempre.

El señor Thornton llevaba décadas al frente de la librería y era una pieza clave en la comunidad literaria londinense. Era la persona a la que acudir cuando buscabas un libro especial. Puede que en su tarjeta de visita se leyera «librero», pero en la práctica era un

historiador de libros. Conocía todos los secretos y nunca le había fallado cuando tenía que encontrar uno particularmente difícil.

También era una especie de mentor para ella, uno de los colegas en su ámbito de trabajo que más admiraba por su dedicación, profesionalidad y pasión. Siempre había sido amable y servicial con ella, incluso cuando estaba empezando y poca gente la tomaba en serio por ser joven e inexperta.

Margo había empezado en redes sociales y se había especializado en encontrar antigüedades únicas que vendía gracias a su presencia en el ámbito online. No consiguió saldar apenas nada del préstamo de estudios, pero sí le había servido para ganar seguidores y contacto con una clientela que constituían los cimientos de su empresa.

Uno de sus primeros clientes le llegó por una recomendación y la contrató para que le consiguiera una serie de libros de Dickens bastante raros. Por entonces, Margo necesitaba con urgencia ingresos para levantar la empresa. Había pedido ayuda a uno de sus profesores de la universidad, y fue él quien le recomendó que preguntara en la librería Thornton. Jamás olvidaría la ayuda que le prestó y cómo la trató. No era la primera vez que sufría un ataque del síndrome del impostor, y tampoco sería la última, pero hubo un momento en su carrera en que sintió que no iba a triunfar y que tendría que abandonar, y aquel librero la animó a seguir.

Margo abrió la puerta y la envolvió el familiar aroma a libro antiguo y a limón de la cera para pulir los muebles, mientras la campanilla dorada de la puerta avisaba de su llegada.

—Un momento —dijo una voz desde la trastienda, y, aunque no lo veía desde la puerta, Margo lo imaginó inclinado sobre un libro en su

mesa de caoba. En una ciudad en constante movimiento como Londres, le encantaban esos sitios tranquilos, esos pequeños refugios que te transportaban nada más entrar, donde las pequeñeces de la vida diaria desaparecían.

Margo se entretuvo examinando detenidamente las estanterías, tratando de recordar la última vez que había leído un buen libro. Era uno de sus propósitos de Año Nuevo todos los años: leer más, ir en el transporte público desde su piso en Kensington hasta la oficina en Chelsea escuchando un audiolibro, apuntarse a un club de lectura, empezar de una vez por todas la interminable lista de libros que había ido apuntando mentalmente, por recomendación del señor Thornton y otras personas.

Cuando era más joven adoraba leer y pasar horas en librerías y bibliotecas. Le encantaban los libros de misterio y se imaginaba que se colaba entre las páginas y ocupaba el lugar del protagonista. Las aventuras que leía se convertían en propias y, aunque siempre había vivido en Virginia, en su desbordante imaginación viajaba a través del tiempo y el espacio, atravesando océanos y siglos.

¿Cuándo había cambiado su hábito de leer? ¿Cuándo había perdido la capacidad de imaginar? ¿En el máster tal vez? ¿Antes? Los estudios le habían quitado las ganas de leer por el placer de hacerlo. Recordaba hacerlo para los exámenes, la cantidad de marcadores que había gastado subrayando las finísimas páginas de los libros de texto, el estrés de pensar que, si sus notas bajaban, perdería la beca. Se acordaba de que leía de noche hasta que las letras se volvían borrosas y la cabeza le dolía de agotamiento.

No recordaba la última vez que había leído por placer.

Alargó la mano y acarició el lomo del libro que tenía delante.

—Ese es muy bueno. Creo que te gustaría.

Margo levantó la vista y se sorprendió al ver al señor Thornton de pie ante ella con cara de perplejidad. Era imposible que pudiera ver las letras doradas del título desde donde se encontraba, pero no le sorprendió que supiera qué libro era solo por su posición en la estantería. Conocía al dedillo cada ejemplar de su tienda.

—Te lo regalo —añadió el librero al tiempo que se acercaba a la estantería y sacaba la novela para entregársela.

La sensación familiar del libro en las manos encendió una chispa en su interior, el recuerdo de cuando era pequeña y su madre la llevaba a la biblioteca después del colegio. Por entonces el hecho de poder hojear todos aquellos libros y llevárselos gratis a casa para estudiarlos le parecía cosa de magia.

Margo sonrió.

—Gracias.

—Un placer. Tienes pinta de necesitar un buen libro.

—¿Cómo lo sabe?

En su profesión, era importante aprender a leer a la gente, entender la conducta humana para poder predecir sus deseos y necesidades, y también sus vulnerabilidades. El señor Thornton tenía un don para leer a las personas, pero lo hacía de un modo que resultaba profundamente calmante. Puede que al conseguir libros para los demás hiciera realidad también sus sueños.

—Pareces distraída. Como si estuvieras dándole vueltas a un problema que no sabes muy bien cómo resolver. Trabajas demasiado.

—Yo podría decir lo mismo de usted —bromeó ella.

El hombre se rio.

—Muy cierto. ¿Vamos a embarcarnos en otra aventura libresca?

—Es posible. Necesito ayuda —admitió.

—A ver si lo adivino. Un cliente te ha pedido un libro imposible de encontrar.

—No sé si es imposible, pero sí tengo un cliente que busca un libro que se supone que van a subastar y quiere que yo lo consiga antes de que eso ocurra. Dice que tiene un valor sentimental para él. Pero no sé ni por dónde empezar y al parecer solo existe un ejemplar.

El librero silbó y esbozó una amplia sonrisa.

—Eso sí que es un desafío.

Margo sonrió también.

—Tenía el presentimiento de que lo aceptaría. Cuando necesito un libro, usted es la primera persona que me viene a la mente.

—Es un honor.

Lo dijo más como una formalidad que otra cosa. Los dos sabían que se había ganado una reputación y el respeto que la acompañaba.

Margo sacó el papel doblado del bolso y se lo entregó. El hombre lo desdobló y leyó el contenido.

—Interesante —dijo y levantó la vista para mirarla con ojos brillantes.

—¿Qué es lo que le parece interesante? ¿Ha oído hablar del libro? —preguntó Margo emocionada.

¿De verdad iba a ser tan fácil? Había ido a verlo pensando que si alguien podía encontrar el libro era él, pero como era un ejemplar inusual, no quería tener la esperanza de que lo conociera personalmente.

—Hace un mes vinieron preguntando por este mismo libro.

El corazón de Margo empezó a latir con fuerza.

—¿Era un tal William Greer? ¿Tenía acento estadounidense?

—Era un hombre, pero no era estadounidense. No recuerdo cómo se llamaba.

¿Había alguien más tras el libro? ¿Lo habrían encontrado?

—Algo mayor que tú, tal vez —contestó el librero—. Sobre los cuarenta.

—¿Dijo por qué lo buscaba?

—No que yo recuerde.

—¿Pudo localizarlo?

—No, y no encontré gran cosa. La autora era cubana. Ya no vive. Lo escribió en inglés y lo publicó una pequeña editorial de Boston que ya no existe. Apunté el nombre. Puedo buscártelo. A ver si lo encuentro. Le di todo lo que tenía, y no he vuelto a saber nada de él.

—¿Me deja ver lo que averiguó sobre el título?

—Por supuesto. A ver si lo encuentro —dijo con una mueca—. Mis archivos están hechos un…

—Desastre —terminó Margo con una sonrisa.

El librero se rio.

—Me conoces bien. Te confieso que he estado muy liado con un envío que he recibido de Amberes.

La parte de la librería de cara al público estaba impecable, pero no podía decirse lo mismo de la trastienda, donde realizaba las tareas de administración. Era casi como si agotara toda su capacidad organizativa catalogando los libros y no le quedaran fuerzas para labores tan anodinas como las facturas.

—¿Cuánto cree que tardará en reunir la información? —preguntó Margo—. Sé que está ocupado.

—Pásate por aquí mañana. Te prometo que tendré algo. ¿Hacia las seis te va bien? Cuando cierre. Nos tomamos un té y charlamos un rato.

—Perfecto, aquí estaré. Y gracias por el libro —dijo con un gesto hacia la novela que le había regalado—. Estoy deseando empezarlo.

Se lo guardó en el bolso y salió de la librería con el teléfono en la mano. Si alguien más había ido a ver al señor Thornton para preguntarle por el libro, tenía que darse prisa.

Por suerte había dejado de nevar cuando llegó al metro, que seguía lleno de gente, entre turistas y locales. Al llegar, lo que más la atrajo de Londres fue que era una ciudad que nunca dormía, en la que siempre había algo que hacer, de día o de noche. Algo de ese asombro se había disipado, en parte por el ritmo de lo cotidiano y las obligaciones, pero seguía sintiendo la energía vital de la ciudad.

Se abrió paso entre la multitud en dirección al andén justo cuando se oía el estruendo familiar del tren entrando en la estación.

Subió al vagón quejándose para sí por lo abarrotado que iba esa tarde; ni un sitio libre. Se había hecho ilusiones de sentarse y empezar su libro, pero parecía que iba a hacer el viaje de pie.

Consiguió hacerse un hueco entre dos mujeres trajeadas, rozándose unas con otras tratando de encontrar la posición para no caerse.

Al cerrarse las puertas, se fijó en la cara de los pobres viajeros que habían perdido el tren por los pelos; una mujer golpeó las puertas que se le cerraron en las narices.

Margo ahogó una exclamación.

El hombre de la chaqueta negra estaba allí también, de pie en el andén. Los separaban las puertas del vagón.

El recuerdo le llegó fragmentado, pero era el mismo hombre, el que había visto en la calle después de su reunión con Greer.

Margo se fijó en cómo escudriñaba el interior de los vagones hasta que… la localizó.

Y el tren se la llevó de allí.



2

PILAR
La Habana, 1966

Se despertó al oír que llamaban a la puerta.

Al principio no sabía si era un sueño, parte de la pesadilla que la perseguía desde el día que aporrearon la puerta y se llevaron a su marido.

Pero el sonido esta vez era distinto, traslucía cierta vacilación. No eran los golpes autoritarios de la policía secreta, sino el llanto lastimero de alguien que sabía que las paredes de los hogares de La Habana oían.

Pilar se levantó de la cama y agarró la bata que reposaba sobre la silla del escritorio del pequeño piso en el que Enrique y ella soñaron una vez que formarían una familia. Por entonces todas sus preocupaciones se limitaban a si pintar la cocina de azul o de verde, o si el sofá quedaría mejor junto a la ventana o mirando hacia el

exterior. Se decantaron por lo segundo, de modo que, cuando se acurrucaban los dos juntos a leer —ella una novela, él poesía—, no tenían más que levantar la vista para ver las calles de La Habana y, con suerte, contemplar de pasada el resplandor luminoso de la luna sobre los edificios.

No había vuelto a sentarse en el sofá desde la noche en que se lo llevaron; sobre el brazo reposaba aún el libro de poesía que estaba leyendo.

A Pilar le gustaba pensar que los poemas estaban esperándolo, que el punto de lectura le estaba guardando el sitio, que las páginas conservaban aún el calor de sus manos. A veces abría el libro y pasaba las yemas de los dedos sobre el papel nuevecito, acariciando levemente las palabras que tan importantes eran para él, resucitando a su marido letra por letra, palabra por palabra.

Habían pasado seis meses y no había esperanza alguna de que fuera a celebrarse un juicio por sus presuntos «delitos». Pero los libros eran mágicos y si las páginas podían contener la esencia de uno, el alma de uno, entonces quería pensar que los libros de Enrique esperaban su regreso tanto como ella. Y aunque él no pudiera insuflarle fuerzas en ese momento, no pudiera estar a su lado como había hecho a lo largo de casi siete años de matrimonio, esa parte de su ser seguía allí, inaccesible para los hombres de Fidel Castro. Podían llevarse a su marido, pero no podrían borrar sus sueños.

Pilar recorrió el piso silencioso tratando de no hacer ruido para que sus vecinos de abajo no se preguntaran qué hacía despierta a esas horas.

En Cuba, en los pisos diminutos, resultado de la subdivisión de los edificios, de los restos de la vida de otros, del hogar de otros, de los sueños de otros, los suelos también oían.

Llegó a la puerta y se inclinó hacia delante. Apoyó la mano en la madera fría, la pintura estaba desconchada en algunos puntos, pero pensar en restaurarla, aun en el caso de que consiguiera los materiales, se le antojaba extenuante.

Miró por la mirilla. Era Zenaida, la vecina de al lado. Le costó porque le temblaban los dedos, pero a la segunda consiguió quitar la cadena de seguridad.

Nunca había sido muy valiente. Enrique era el apasionado, el visionario audaz, el hombre que se quitaba el pan de la boca para dárselo a alguien que lo necesitaba más. Esos rasgos del carácter de su marido estaban en algún lugar dentro de ella, aunque en un estado incipiente, digamos; podía contar con ellos en caso de extrema necesidad, pero no era algo que desprendiera de forma natural. Por eso la gente siempre acudía a su marido cuando necesitaba ayuda, fuera la hora que fuera, lo que había terminado mandándolo a la cárcel, sin duda.

A lo largo de los años, Pilar se había acostumbrado a que fuera Enrique quien saliera a investigar el origen de ruidos extraños por la noche, quien se enfrentara a los peligros potenciales que amenazaban las cuatro paredes de su hogar.

Pero ahora Enrique se había ido y ella se había quedado.

Inspiró profundamente para tranquilizarse, giró la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Zenaida dejó caer los hombros y parte de la tensión se relajó en cuanto cruzaron la mirada.

Al contrario que Pilar, Zenaida seguía vestida con la ropa de calle, el conocido vestido azul de flores que se ponía siempre el día de hacer la colada.

La mujer era muy querida en el edificio; su habilidad con la aguja resultaba de lo más útil cuando un vestido se le quedaba pequeño a una niña y no había más remedio que sacar el dobladillo y arreglarlo porque no tenían dinero para comprar uno nuevo. Se había bordado unas flores en el escote del vestido, colores vivos que añadían una nota alegre a una prenda muy usada. Pilar no le había preguntado nunca de dónde sacaba el hilo, pero sabía que la gente pagaba la atención médica de su marido con lo que tuviera por casa, ya que el dinero escaseaba, y no le cabía ninguna duda de que muchas prendas viejas encontraban una nueva vida en los hábiles dedos de Zenaida.

Cuanto más duras para los ciudadanos eran las medidas del gobierno —cartillas de racionamiento, nacionalización de bienes y empresas, confiscación de los bienes personales de quienes abandonaban el país o desafiaban al gobierno de algún modo—, más había que esforzarse para encontrar el modo de sobrevivir fuera del sistema oficial. Aunque eso significara arriesgar la libertad e ir a la cárcel por algo tan simple como conseguir un poco más de comida para tus hijos.

—¿Ha pasado algo? —susurró Pilar.

Menuda estupidez. Nadie llamaba a tu puerta en plena noche si no pasaba nada.

Zenaida se removió inquieta y lanzó una rápida ojeada a uno y otro lado. Llevaba un bulto envuelto en tela entre las manos.

—¿Puedo entrar?

Le dio más vergüenza de lo que le gustaría admitir el segundo de vacilación al oír la pregunta, el impulso de cerrar la puerta, volver a la cama y taparse con las mantas. Le entraron ganas de decirle que ya tenía bastantes problemas desde la detención de su marido, que era bastante probable que la estuvieran vigilando también a ella, y lo último que necesitaba era llamar más la atención hacia su precaria situación.

Últimamente, la gente se encontraba en la paradoja de echar una mano y temer la que te echaban los demás. Nunca sabías si era una trampa, si alguien a quien considerabas amigo podría estar espiándote o si la persona equivocada veía u oía algo, y te sacaban a rastras de tu casa en plena noche y nadie volvía a saber nada de ti.

«Venga ya, no puedes pensar algo así. ¿Cómo vamos a soportar esto?, ¿cómo vamos a sobrevivir si no nos ayudamos entre nosotros? Somos cubanos, por mucho que los castristas se empeñen en dividirnos».

Oía mentalmente la voz de Enrique tan alta y clara como si lo tuviera al lado, infundiéndole los ánimos que necesitaba, recordándole esa parte de sí misma que había ido desapareciendo desde la Revolución. Era imposible vivir, prosperar, respirar siquiera en un país en el que no paraba de crecer el miedo y la desconfianza. A veces el mayor acto de resistencia era mantener a raya ese miedo, negarse a convertirse en la versión de uno mismo que ellos querían que fuese.

Pilar asintió con la cabeza y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Cerró la puerta rápidamente y, con dedos temblorosos, echó de nuevo los cerrojos, como si con eso bastara para impedir que Castro

entrara en su piso.

—Nos vamos de La Habana —anunció Zenaida con un leve temblor en la voz. Aferró con fuerza el paquete envuelto hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Daba la sensación de que conseguía guardar la compostura gracias a la fuerza de voluntad y al paquete que llevaba en las manos.

No era ninguna sorpresa que se marcharan; muchos se habían visto obligados a abandonar su hogar en los últimos siete años, pero aun así… De repente, ya no le parecían tan llamativas las flores bordadas; los colores se volvieron borrosos en sus ojos húmedos.

—Te vamos a echar de menos. Mucho —dijo Pilar.

Zenaida asintió con la cabeza.

—Yo también voy a echar de menos este edificio. Y a todos vosotros.

Aunque Zenaida no le había dicho nunca su edad, y Pilar jamás se habría atrevido a preguntar, debía de rondar los cincuenta y muchos o sesenta y pocos años.

¿Cómo sería empezar de cero a una edad en la que lo normal sería estar pensando en la jubilación? Zenaida y su marido vivían en el edificio antes de la Revolución, por entonces recién casados, como Pilar y Enrique. Sus hijos habían nacido allí, sus nietos iban de visita. Más de una vez en vacaciones habían oído las risas alegres, el ruido de las voces y la música chillona que atravesaba las paredes que separaban los dos pisos.

—Pensé que terminaría mis días en este edificio —añadió Zenaida. Lo dijo con perplejidad, la misma confusión que acosaba a Pilar desde que se llevaron a Enrique.

¿Cómo había ocurrido algo así? ¿Cómo habían llegado a ese lugar donde su vida se había vuelto irreconocible? Y tan deprisa. Sentía como si hubiera despertado de una pesadilla, con la mente turbia por lo incomprensible que le parecía el mundo que la rodeaba.

—Esperemos que lo hagas. —Pilar inspiró profundamente y trató de reunir el coraje para hablar en un país en el que las palabras podían conllevar la muerte—. Esperemos que pase todo esto —susurró con una honda tristeza ante la futilidad del sentimiento.

Costaba trabajo conservar las esperanzas.

Pilar se encontró diciendo cosas en las que no creía mucho últimamente. No era mentir —y en todo caso, se estaba mintiendo sobre todo a sí misma—, era simplemente que el mundo estaba al revés y ya no sabía qué pensar de la realidad. Habían vivido siete vidas en los siete años transcurridos desde que estalló la Revolución, y la realidad había adoptado la forma que quería Fidel Castro.

Estados Unidos había impuesto un embargo comercial a Cuba que había dañado de manera irreversible la que históricamente había sido una relación estrecha, y ahora Fidel Castro se había hecho muy amigo de la Unión Soviética. La invasión de Playa Girón —Bahía de Cochinos, como preferían los estadounidenses— no salió bien: Castro había sobrevivido, sin saber ni cómo, a los innumerables intentos de acabar con su vida, y la crisis de los misiles había dejado a ambos países —y al resto del mundo— al borde de la guerra. Ya no reconocía su hogar, ya no era un lugar que la acogiera, un lugar en el que quedarse y del que poder salir también. Estaba allí y, a la vez, no, atrapada entre los políticos y sus juegos.

Costaba saber a qué versión de la realidad aferrarse. La realidad cotidiana en la que iba a trabajar y tomaba café aguado para

compensar la falta de sueño, y colocaba libros en sus correspondientes estanterías y hacía cola para comprar alimentos con su cartilla de racionamiento y se quedaba dormida en el sofá con un libro abierto en el regazo, deseando soñar con su marido cuando eran felices, o la realidad en la que el mundo que ella conocía podía venirse abajo en cualquier momento sin que pudiera evitarlo.

—Nada será lo mismo sin ti —dijo Pilar, buscando las palabras adecuadas para ese momento. Ella siempre se había sentido más cómoda con los personajes de sus libros que con las personas de carne y hueso que se cruzaban en su vida diaria. No es que no tuviera sentimientos, algo de lo que la había acusado un antiguo novio, sí que los tenía, y muy hondos, pero no era capaz de expresarlos. Esa era una de las cosas que más la habían atraído de Enrique: su asombrosa habilidad para entender a las personas, para comprender sus puntos fuertes y sus debilidades, para conocer y ser conocido.

En Enrique había encontrado a alguien a quien no tenía que explicarle cómo era, alguien con quien no le hacía falta embellecer ningún aspecto de su personalidad o esforzarse para que la aceptara. Con él podía ser como era en realidad, y no había nada más potente que saberse amada tal como era.

—¿Adónde vais a ir? —preguntó.

—A Madrid. A casa de mi prima.

Era evidente que la decisión estaba ya tomada, y aun así la vacilación en su voz resonaba en el silencio nocturno, un signo de interrogación suspendido al final de la frase, como si no se lo creyera. Pilar estaba delante de una mujer atrapada entre dos

épocas, dos lugares. Una parte de Zenaida ya había pasado página, había abandonado Cuba tiempo atrás —o, dicho con más precisión, Cuba la había abandonado a ella— y ahora se aferraba a sus recuerdos, un cordón que la ataría a la isla para siempre.

—No podemos quedarnos —añadió, como dando una explicación, una disculpa, cuando no hacía falta nada de eso. Puede que simplemente intentara convencerse de lo inevitable de la situación.

«No podemos quedarnos».

¿Cuántas veces le había susurrado Pilar esas mismas palabras a Enrique? ¿Cuántas veces las había sentido retumbar en su pecho como una advertencia a la que al final no había hecho caso?

Ahora no podía quedarse ni tampoco irse. No cuando su marido era un prisionero político encerrado en algún lugar de Cuba.

Cuando Enrique le dijo que trabajaba contra el régimen, que ayudaba a las personas amenazadas, todos sus miedos emergieron. Se movía por la isla aterrorizada, su único momento de respiro era cuando Enrique entraba por la puerta. Nunca le contó lo que hacía o quiénes componían la red de lucha contra el régimen. Era como si supiera que si le contaba demasiado, solo conseguiría que se preocupara aún más, y no cabía duda de que también lo había hecho para protegerla. Entonces le había agradecido que la mantuviera al margen, pero ahora tenía más preguntas que respuestas. ¿Por qué se habían fijado en Enrique? ¿Lo habría traicionado alguien?

—El frigorífico se lo va a quedar la señora Padilla —continuó Zenaida—. El suyo es un poco más viejo.

La señora Padilla era una buena elección. Era una persona muy querida por las veinte familias que vivían en el edificio. Sus hijos se

habían ido a vivir a Miami, y ella se había quedado para cuidar a su madre anciana, que había dicho que, para lo poco que le faltaba para morir, quería pasar sus últimos días en Cuba aunque no pudiera soportar al tipo de la barba.

Regalar bienes personales a otros era una práctica común antes de abandonar la isla, algo que Pilar había visto hacer bajo la protección de la oscuridad del edificio, un ejercicio en el que las posesiones y las vidas cambiaban de habitación como los actores en una obra de teatro.

Era cuestión de supervivencia y también una demostración de ingenio y resistencia muy cubana, una forma privada de restregárselo en las narices al gobierno. Podían intentar despojarlos de toda dignidad, pero al menos en eso el pueblo tenía la última palabra. Cuando abandonaran el aeropuerto huyendo de la Revolución, lo harían sabiendo al menos que, aunque los secuaces de Castro tenían registrado un frigorífico de 1958 en su inventario, cuando entraran en su casa verían que en realidad había uno de 1955, y en ese momento el más nuevo lo estaría disfrutando otra persona. Era una pequeña victoria, sí, pero cuando había tan pocas probabilidades y tanto en juego, esas pequeñas victorias alimentaban el alma.

—Temo por mi hijo —dijo Zenaida, persignándose con la facilidad que daba la práctica. Fidel estaba decidido a expulsar la religión de Cuba, aunque muchos se aferraban a ella en los tiempos difíciles—. El mayor. Siempre dice lo que piensa, tiene opinión sobre todo. Eso no es bueno. Aquí no. Ahora no.

Oyeron una serie de explosiones a lo lejos.

Zenaida agarró aún más fuerte el paquete.

Las explosiones se habían convertido en toque de difuntos, el sonido de los disparos que resonaba por toda la ciudad. Antes de que se llevaran a Enrique, Pilar se había acostumbrado al sonido de las ejecuciones, todos lo habían hecho. Ahora le avergonzaba admitir que en algún momento se habían convertido en una parte normal de sus días, que se había acostumbrado a los disparos hasta que se llevaron a su marido a la cárcel, y entonces empezó a preguntarse si sería Enrique el que estaría frente al cañón de un rifle.

—Tenemos a tu marido en nuestras oraciones, todos en el edificio lo hacen —añadió Zenaida como si acabara de percatarse, con retraso, de con quién estaba hablando, de que Pilar conocía mejor que nadie los peligros de tener un ser querido que decía lo que pensaba y que «tenía opinión sobre todo»—. Lamento lo que estás pasando —susurró—. Y lamento darte más preocupaciones, pero me he enterado… —calló un momento, pero luego retomó el hilo con determinación—. He oído lo que haces con los libros.

Pilar sintió un peso en el estómago.

—Los salvas —continuó Zenaida de una forma que le daba a entender que lo que hacía era importante, cuando a ella le preocupaba no estar haciendo suficiente.

«Salvar» era un término audaz para describir el hecho de que se había convertido en guardiana de los libros de los cubanos que huían de la isla. Como Pilar, los libros habitaban una especie de espacio de transición: sus dueños no podían llevarlos consigo o se arriesgaban a que se los confiscaran en el aeropuerto, y, desde luego, lo que no querían era que el régimen se quedara con ellos. No cuidaba solo de libros que tenían un valor inmenso, era también la custodia temporal de las historias de la gente, de las vidas y las pasiones contenidas en

las páginas de los libros que amaban. Y es que un libro era mucho más que papel y tinta, contenía parte del alma del autor y del lector.

«Fue el primer libro que leí en mi vida. Mis padres me lo regalaron en mi cumpleaños. Recuerdo a mi madre sentada a mi lado en la cama, rodeándome los hombros con el brazo mientras lo leíamos juntas. Mi madre falleció este año y siempre que miro la cubierta, me acuerdo de ella y de lo segura que me sentía en sus brazos».

«Mi familia anotaba los cumpleaños al principio de la Biblia. Contiene cientos de años de la historia de nuestra familia. A lo mejor encontramos la manera de que nos la envíes cuando lleguemos a Miami».

A veces no decían nada, simplemente se los entregaban, en una demostración de confianza de un amante de los libros a otro.

—Yo no hago gran cosa —dijo Pilar, que temió que no fueran las palabras adecuadas y a la vez era lo único que podía hacer dadas las circunstancias.

Salvar libros no le parecía ni mucho menos suficiente en un mundo en el que los escuadrones de fusilamiento eran el pan de cada día, y, sin embargo, si no los salvaban, si no hacían todo lo posible para preservar sus historias, sus recuerdos, las cosas que modelaban sus almas, ¿qué les quedaba? El régimen castrista ya estaba haciendo todo lo habido y por haber para moldear el pensamiento y los sentimientos de los cubanos. Algunos libros estaban prohibidos, mientras que otros se publicaban bajo el nuevo brazo editorial del Estado como propaganda para adoctrinar a los niños en los colegios.

—Necesito tu ayuda —repuso Zenaida.

Había llegado el momento de enseñar sus cartas, de mostrar su vulnerabilidad, de ir más allá de la relación normal de vecinas cuyas vidas no habían tenido oportunidad de cruzarse más que para saludarse o preguntar por algún problema de mantenimiento del edificio. Cuando se llevaron a Enrique, Zenaida no fue a ver a Pilar, aunque esta no se lo había tenido en cuenta. Todos hacían lo que podían para sobrevivir.

Pero alguien le había dejado un flan en la puerta días más tarde y, aunque estaba tan triste que casi no lo había probado, incapaz de saborear el dulzor del caramelo, sabía lo preciados que eran los ingredientes en esos tiempos y entendió que se lo había dejado alguien que de verdad se preocupaba por ella.

No estaba sola.

Zenaida inspiró profundamente.

—Hace mucho tiempo, prometí mantener a buen recaudo este libro. No puedo llevármelo y no quiero que lo encuentren cuando vengan a registrar nuestro piso.

Desenvolvió el paquete y se lo tendió.

Pilar lo cogió. El peso le resultaba familiar, el aroma del cuero, el papel y la tinta, reconfortante.

Los libros tenían algo irresistible. Con ellos podías establecer una intimidad que resultaba difícil en cualquier otra parte, un entendimiento silencioso, encontrar un refugio, una válvula de escape de los problemas cotidianos.

Durante el día, en el trabajo, Pilar solía distraerse con las historias que colocaba en los anaqueles. Cuando empezó a trabajar en la pequeña biblioteca tres años atrás, se preguntó si su pasión por los libros cambiaría estando rodeada por ellos todo el tiempo. De niña,

los libros eran un verdadero lujo, de forma que los pocos que tenía los había leído y releído amorosamente hasta que se aprendió las historias de memoria y era capaz de recitar sus párrafos favoritos de corrido. El primer día como bibliotecaria, diez años atrás —al principio en una de las bibliotecas municipales más grandes y ahora en una pequeña de barrio que estaba cerca de casa—, había sido mágico. De repente, su mundo pasó de los cuatro libros que tenía en casa, los que leía en el colegio y los que sacaba de la biblioteca cuando sus padres la llevaban, a tener cientos de ellos a su cuidado. Pilar se dedicó a conocerlos como si fueran amigos nuevos, leía todos los que podía en su tiempo libre y se los llevaba a casa, donde pasaba las noches en la cama con una novela en la mano.

Nunca perdieron la magia. Al contrario, su pasión aumentaba a medida que su vida se fundía con ellos. La mayor felicidad y la paz más inmensa era tumbarse en la cama junto a su marido y leer en silencio una de sus historias favoritas.

—¿Puedo? —preguntó a Zenaida, con curiosidad por el misterioso libro.

La otra asintió con la cabeza.

A simple vista parecía un ejemplar que se había leído y había viajado mucho, con el cuero de la cubierta ligeramente gastado en algunas zonas y la tinta dorada de algunas letras del título borrada.

TIEMPO PARA OLVIDAR

Miró el nombre de la autora.

Eva Fuentes

Pilar no había oído hablar del libro ni de su autora, y comprender que era un libro inédito le produjo un escalofrío de emoción.

Muchas de sus novelas favoritas las habían escrito mujeres, autoras como Gertrudis Gómez de Avellaneda, María Luisa Dolz, Dulce María Loynaz o Cristina Ayala. Había algo en el poder de sus palabras, en la forma de sortear los problemas de la vida y la identidad en la Cuba de los difíciles años cincuenta, que le proporcionaba consuelo e inspiración. Pilar provenía de una familia pequeña, sus padres habían muerto hacía mucho, y esas autoras se convirtieron en sus antepasados adoptivos, las mujeres cuyas palabras le daban fuerza cuando más la necesitaba.

Puede que Eva Fuentes llegara a ser otra de esas escritoras para ella.

El libro estaba en inglés y, aunque sus conocimientos de la lengua estaban un poco oxidados por la falta de uso, sintió curiosidad por el título y por cómo había llegado a manos de Zenaida.

—¿Qué es lo que te gusta de él? —preguntó Pilar con la sensación incómoda de estar preguntando algo tan íntimo, pero se moría de ganas de saberlo…

«¿Por qué este libro? De todos los que podrías haber salvado, ¿por qué has elegido precisamente este? ¿Qué significa para ti y por qué debería arriesgar mi libertad —y por qué arriesgas tú la tuya— por protegerlo?».

Al fin y al cabo, todo era del Estado, y robar al Estado era un delito.

—No lo sé —respondió Zenaida—. No lo he leído. —Parecía avergonzada—. No soy muy lectora.

Dijo esto último casi a modo de disculpa, como si pensara que para Pilar decir algo así era equivalente a una blasfemia.

En verdad no era así.

A la biblioteca iban todo tipo de personas. Algunos eran lectores, otros no, y otros no lo eran todavía, estaban esperando el libro perfecto que les cambiaría la vida. A veces esos eran los usuarios que más le gustaban, los que se llevaban un libro casi con reticencia y lo devolvían a la semana siguiente con una determinación en los ojos que Pilar conocía muy bien: como si hubieran descubierto un secreto y estuvieran ansiosos por compartirlo.

Lo bonito de las bibliotecas era que ofrecían un hogar tanto al lector ocasional como al empedernido o al no lector.

—Eva y mi madre eran amigas —explicó Zenaida—. Dieron clase juntas. Antes de que mi madre falleciera, me pidió que cuidara del libro. Eva lo escribió y se lo confió a ella. Mi madre no me dijo por qué era importante para ella, y yo no lo cuestioné.

No, claro que no. Eso era lo que hacían los unos por los otros: preservar historias, ayudar a los amigos, honrar a los antepasados. No hacía falta ninguna explicación.

—Yo te lo guardaré —prometió Pilar.

«Hasta que vuelvas», terminó para sí, pero no lo dijo. Cuando Fidel Castro llegó al poder, los cubanos huyeron pensando que sería un exilio temporal, que los actos de unos pocos centenares de revolucionarios no llegarían a nada y la Revolución se vendría abajo. Al fin y al cabo, no sería la primera vez en la historia reciente de Cuba que un régimen político tomaba el poder y fracasaba después. Pero habían ido pasando los años y Castro seguía en el poder, y cada

vez requería más esfuerzo creer que fuera algo temporal. Costaba tanto tener esperanza como conseguir carne en esos tiempos.

—Gracias —respondió Zenaida—. Y hay otra cosa… Sé que es mucho pedir, pero ¿podrías devolvérselo a la autora, Eva Fuentes?

Pilar se quedó sorprendida. La gente le pedía ayuda para proteger sus libros con la esperanza de recuperarlos algún día. Jamás le habían pedido que devolviera un libro a su autor. Eva Fuentes tendría más ejemplares de su libro, ¿no? ¿Qué tenía de especial esa edición?

—Mi madre y Eva perdieron el contacto cuando yo nací —continuó Zenaida—. No llegué a conocerla. Creo que mi madre siempre quiso devolver el libro a su amiga, pero murió antes de poder hacerlo. Intenté dar con Eva una vez, pero mi madre solo tenía una dirección en La Habana Vieja y, cuando fui, había otras personas viviendo allí y me dijeron que se había mudado. Desconocían su nueva dirección, pero creían que seguía en Cuba. Era profesora. Tenía intención de seguir buscándola, pero…

Gesticuló con las manos como queriendo dar a entender lo inútil de tratar de hacer planes o afrontar la vida entre tanta incertidumbre y tanta agitación. Pilar conocía perfectamente la sensación, puesto que le habían desbaratado los planes que tenía para su vida cuando se llevaron a su marido.

—La vida no me daba para más. Poco después, mi hijo se metió en problemas y la angustia de que pudiera ocurrirle algo me quitaba el sueño. Me olvidé del libro. Y no volví a acordarme hasta que me puse a recoger nuestras cosas. —Agachó la cabeza—. Me da vergüenza no haber intentado dar con ella, no…

Pilar le tomó un momento la mano y la apretó suavemente para tranquilizarla.

—Por favor —terminó Zenaida con una mirada.

¿Qué podía decir? ¿Cómo no iba a ayudarla?

Pilar asintió con la cabeza.

—Haré todo lo posible por encontrarla.

—Gracias.

Por un momento, guardaron silencio las dos, el espacio entre ambas rebosante de todas las cosas que no se habían dicho, las verdades que sabían, pero eran incapaces de verbalizar, o no querían hacerlo. Las envolvió la pérdida, un sentimiento que impedía que se sintieran completas.

—Está en inglés —dijo Zenaida—. Pero Enrique mencionó una vez que tú lo hablabas. Léelo si quieres. Sé que te gustan mucho los libros. Tiene que ser muy duro estar aquí sola.

Pilar notó que le escocían los ojos. Zenaida era orgullosa. Todos lo eran. Seguro que habría dudado mucho antes de acudir a ella. Y allí estaba, ofreciéndole algo valioso: una historia para alguien que amaba los libros por encima de todas las cosas.

—Gracias —dijo Pilar.

Tumbada en la cama horas más tarde, Pilar revivió el momento, la decisión que la había llevado a acercarse a su vecina y abrazarla. Era tan impropio de ella que le sorprendió la intimidad del acto y, al final, llegó a la conclusión de que lo había hecho porque había reconocido el dolor silencioso que Zenaida llevaba a cuestas. En cierto modo, las dos habían perdido su hogar, físico y emocional, por culpa de la Revolución.

El gesto había sorprendido a Zenaida al principio, pero después, puede que al darse cuenta de lo mucho que lo necesitaban las dos, se relajó y la tensión que le atenazaba el cuerpo se disipó mientras se abrazaban con el libro entre ambas.

Debieron de estar así un minuto, tal vez dos, y al final se separaron al oír al vecino de abajo que llegaba a casa, la puerta al cerrarse y los pasos amortiguados.

Zenaida tenía cosas que hacer.

Se despidieron apresuradamente, con palabras que, inevitablemente, no estuvieron a la altura de la seriedad de la situación. Al fin y al cabo, ¿cómo podía alguien expresar de forma adecuada una emoción tan honda? ¿Qué podías decir que hiciera más soportable la realidad de tener que abandonar el único hogar que conocías?

Pese a todo, pese al entendimiento que había surgido entre ellas, en realidad no eran más que vecinas, poco más que meras desconocidas, si no fuera porque el destino había querido que vivieran en pisos contiguos.

Pero las dos eran cubanas.

Ya está.

Cuando se metió en la cama, Pilar se concentró en la novela que le había confiado su vecina.

Tiempo para olvidar, de Eva Fuentes.

Existía un pacto entre autor y lector. Un acuerdo que comenzaba cuando el lector cogía el libro, observaba la cubierta y veía el nombre del autor, y después lo abría y pasaba las primeras páginas, señal de que el trato se había cerrado.

«Léeme y te contaré todos mis secretos».

Al lector se le daba la posibilidad de sumergirse en otro mundo, de escapar de sus problemas, el peso de la vida se aligeraba durante unos minutos, unas horas o varios días. Ante sí tenía una historia, una ficción, un truco de magia, una reorganización de las letras que alteraba la realidad. Y, sin embargo, en ese mundo imaginario, el lector buscaba la verdad, palabras que resonasen en su interior, personajes que le permitieran ser visto, un cordón al que aferrarse, que el libro lo llevara de la mano a vivir una aventura inolvidable.

Y empezó a leer.



3

EVA
La Habana, 1900

Cuando las últimas alumnas abandonaron el aula, Eva cogió su cuaderno. Retazos de la conversación de las niñas llegaron a sus oídos: se quejaban del número de páginas que les había mandado leer, les preocupaba el examen de la semana siguiente. Y con las preocupaciones académicas se entretejían los planes de fin de semana, la fiesta de cumpleaños de una de ellas a la que todas estaban deseando ir. Era habitual que sus alumnas tuvieran una vida más emocionante que la suya, y su alegría de vivir, su entusiasmo, le servían de inspiración. Cuando una sufría por culpa de algún chico que, probablemente, no merecía la pena, Eva se preocupaba por ella. Cuando otra sacaba una buena nota en un examen, se alegraba por ella. Pasaba tanto tiempo con las jóvenes que cuando terminaban los estudios estaba siempre deseando que fueran a

visitarla o que le escribieran alguna carta. Guardaba las cartas en el tocador, atadas con una cinta azul claro que había sido de su madre.

Con frecuencia se inspiraba en sus alumnas para los personajes que creaba en sus libros, aunque la versión final acababa siendo tan distinta de la inicial que ni las madres las reconocerían en las páginas.

Pero en ese momento estaba pensando en otra cosa, en la última línea del tercer capítulo de su novela. Se le había ocurrido mientras daba clase.

Repitió la línea mentalmente para que no se le olvidara. Las palabras se le ocurrían en los momentos más peregrinos: cuando se estaba bañando, dando clase, haciendo la compra o los domingos mientras preparaba la comida para la semana.

Vivía entre dos mundos: era Eva Fuentes, profesora de literatura en una clase de quince chicas, y era cada uno de los personajes de sus novelas, y cambiaba de personalidad como quien cambiaba de chaqueta. Sus creaciones mantenían conversaciones interminables en su cabeza mientras ella dirigía sus triunfos y tragedias con papel y pluma. Eran a la vez su familia y sus amigos, compañeros inseparables.

«¿De dónde sacas las ideas?», le preguntaban sus compañeras, incapaces de ocultar la perplejidad que les producía comprobar la cantidad de tiempo que se pasaba imaginando personajes ficticios e inventando historias.

Eva trataba de explicarles que las ideas no eran el problema. Estaban ahí desde siempre, desde que era pequeña, como una melodía que sonaba de fondo. Al principio, no se había dado cuenta de lo inusual que era, no se había fijado en que no todo el mundo

iba por ahí con personas que moldeaba en su mente como si fueran pedazos de barro y a las que dotaba de una personalidad y una historia, de modo que sabía exactamente lo que dirían, entendía sus pensamientos mejor que los propios. Para ella eran reales de un modo que no siempre conseguía describir a los demás. Tal vez fuera porque dejaba una parte de sí misma en cada uno de sus personajes, incluso en los malos de la historia, y ella los quería porque a menudo contenían las partes de sí misma que no compartía con los demás.

Trasladaba a sus personajes sus propios secretos.

Eva anotó la frase en la página; su cerebro iba más rápido que su mano. A veces era un poco así: una carrera para expresar las palabras que llegaban en tromba, listas para alegrar la página. Y otras veces —demasiadas, para ser sincera—, le costaba mucho esfuerzo, era una batalla entre la pluma y el papel en blanco y las palabras, que se negaban a salir.

Pero quizá fuera eso lo que más le gustaba de escribir: que pese a todos los momentos en los que le costaba hacerlo y estaba segura de que no iba a terminar el dichoso libro, había otros en los que la magia se producía y le salían las palabras perfectas.

—Veo que sigues escribiendo.

Se giró sorprendida ante la interrupción y la pluma resbaló, dejando la palabra a medias.

Levantó la cabeza.

El director del colegio estaba a poca distancia de su mesa con una sonrisa en la cara.

El señor García caía bien a alumnas y profesoras. Era un director justo, aunque no uno fácil, sino más bien el tipo de persona que

espoleaba a todos los que lo rodeaban para que dieran lo mejor de sí mismos. Durante los primeros meses, Eva creyó que no le caía bien, hasta que poco a poco se había dado cuenta de que llevaba tiempo ganarse su respeto, pero una vez que lo tenías, el señor García demostraba ser un defensor infatigable.

—¿Puedo? —preguntó con la mano extendida hacia el cuaderno.

El gesto de asentimiento fue automático, producto de más de dos décadas obedeciendo a su familia, profesores y mayores; más de dos décadas mostrándose obediente y servicial, de modo que para ella el instinto de agradar, de someterse para evitar el conflicto, era tan natural como respirar.

El hombre cogió el cuaderno y ella sintió que se le encogía el estómago y que un atisbo de queja asomaba desde el fondo de su mente.

Eva se echó hacia delante y, al inclinarse con el movimiento, las gafas se le escurrieron por la nariz.

El señor García abrió mucho los ojos y soltó el cuaderno en actitud reflexiva, bastante sorprendido sin duda ante la feroz reacción de Eva.

Ella lo agarró al vuelo, y un intenso alivio la invadió al cerrar los dedos en torno al lomo.

Las mejillas le ardían de vergüenza.

—No está terminado —dijo sin pensar, mirándolo a los ojos—. No se lo… No se lo he enseñado a nadie.

El hombre intentaba no reírse.

—Eso dices siempre. Como no te has negado a que lo viera, pensé que ya lo habías terminado.

—No… Aún no está. Sigo…

No sabía cómo explicarle lo que pasaba, que el lunes por la mañana escribía diez páginas en la hora que había conseguido arañar antes de que empezaran las clases y el miércoles las páginas acababan en la papelera hechas una pelota.

El problema era que sabía que tenía una historia en su interior, sabía que había palabras que quería expresar y que pugnaban por salir, pero cuando intentaba ponerlas todas juntas sobre el papel, sentía que se le escapaban entre los dedos, que se alejaban más y más de ella hasta el punto de que ya no reconocía la historia que había pretendido contar en un principio. Y esos eran los días buenos, aquellos en los que las palabras fluían, aunque no fueran las adecuadas. Otros, se despertaba a la hora de escribir ante una página en blanco que se burlaba de ella, el flujo de las palabras seco. Era un proceso absolutamente enloquecedor, y en ocasiones se preguntaba por qué querría alguien escribir una novela.

—Me sorprende —respondió él—. Con todo el tiempo que le has dedicado, con todo lo que te has esforzado, pensé que ya estaría listo para los lectores.

García no lo dijo con maldad, y Eva no se lo tomó mal. Su incapacidad para terminar la novela estaba empezando a ser muy frustrante.

—No sé si llegará el día en que me parezca que está listo —admitió, dando voz a uno de sus mayores miedos. Era una verdadera audacia compartir sus escritos con los demás, como si de verdad creyera que merecía la pena que se leyeran. ¿Cómo iba a saber ella cuándo estaba listo el libro? ¿Cómo iba a saber si era lo bastante bueno? ¿Cómo iba a saber si ella era lo bastante buena?

—Seguro que ese miedo es algo habitual en todos los artistas —respondió él—. Pero he visto lo mucho que has trabajado en la novela, la cantidad de tiempo que le has dedicado. Creo que dice mucho de tu determinación de mejorar. Sé la clase de profesora que eres, la clase de persona que eres. Tengo una fe inquebrantable en que harás bien todo lo que te propongas.

Eva se sonrojó.

—Gracias.

—Puede que un cambio de escenario, una experiencia nueva, una aventura, en cierto modo, te proporcione la inspiración que buscas. Por no hablar del tiempo para concentrarte en el libro lejos del aula.

Una aventura sonaba de maravilla, pero era tan poco probable como llegar a ver su novela terminada. Las cosas que leía en los libros que tanto amaba —travesías en barco, grandes romances, secretos y escándalos— no podrían estar más alejadas de su vida real.

Eva escribía sobre cosas que no había experimentado.

—Te estoy dando la oportunidad —continuó el señor García.

Nada más escuchar la palabra «oportunidad», Eva sintió un hormigueo de emoción, un cambio en el ambiente; como si la brisa hubiera abierto la puerta del aula para susurrarle al oído palabras nuevas.

¿Habría quedado un puesto libre en otra escuela? Llevaba toda la vida en La Habana y la posibilidad de ver otra parte de la isla, otra ciudad o incluso el campo, la llenaba de esperanza. Echaría de menos a sus alumnas, por supuesto, pero no tenía ataduras familiares, puesto que sus padres habían muerto, y por mucho que echara de menos a las amigas que había hecho, lo cierto era que

tantas habían seguido con su vida —se habían casado y tenido hijos, por lo que sus prioridades habían cambiado para adaptarse a sus nuevas responsabilidades—, que muchas veces sentía que la habían dejado atrás.

—El gobernador militar estadounidense, Leonard Wood, nos ha propuesto enviar profesores cubanos a estudiar a Estados Unidos. A Harvard. El proyecto inicial se le ocurrió al actual supervisor escolar, Alexis Frye.

Al finalizar la guerra de Independencia en 1898, Cuba había quedado bajo la ocupación militar de Estados Unidos. Los estadounidenses afirmaban querer ayudar a la reconstrucción de Cuba tras la devastación sufrida después de años de lucha contra España, pero a muchos la situación les resultaba demasiado familiar, ya que pese a que el país había conseguido independizarse pagando un alto precio, lo único que había conseguido había sido sustituir a los españoles por los estadounidenses, lo que convertía la independencia en un concepto esquivo. Si bien Eva no conocía personalmente al nuevo supervisor, le habían comentado que se proponía abrir más colegios y contratar a más profesores, decisiones que a ella no le parecían mal.

Eva había nacido a finales de la guerra de los Diez Años; su madre había crecido en un país en conflicto y su padre había muerto en la batalla nada más concebirla. Los primeros recuerdos que tenía eran de su madre paseando con ella de la mano por las calles de la ciudad, ayudándola con las tareas diarias, siempre juntas. En los períodos de guerra y exilio posteriores, Eva comprendió que el terreno que pisaba era cambiante, inestable y con frecuencia hostil hacia las mujeres.

La guerra había definido su vida, y ahora que había terminado, ahora que se suponía que Cuba caminaba hacia la libertad, que la búsqueda de independencia real representaba algo mucho más importante que ella misma, tenía la obligación de hacer más. Sus compatriotas mujeres habían conseguido grandes logros durante el conflicto, habían servido como mensajeras, espías, enfermeras y habían luchado por la independencia.

El suyo había sido un papel minúsculo en comparación. Había ayudado a su madre, la había cuidado cuando enfermó. Como profesora, siempre había tratado de dar a sus alumnas esperanzas y estabilidad en la vida para ayudarlas a construir un futuro, brindarles las herramientas que habrían de utilizar para ganarse la vida, puesto que muchas de ellas no tenían a nadie. Sobre todo, no quería que se sintieran indefensas o asustadas como le pasaba a ella muchas veces.

Tardó un momento en descifrar lo que le decía el director, en comprender que esas personas de las que le hablaba, cuyas vidas estaban tan alejadas de la suya, tal vez tuvieran algo que ver con ella. ¿Le estaba hablando de Harvard? ¿Que ella fuera a Harvard? No podía ser. Había oído hablar de esa universidad y su cacareada reputación, claro. La oportunidad y la distancia eran algo casi inconcebible.

—¿Por qué? ¿Por qué Harvard?

—Frye y Wood estudiaron allí. Y ambos creen que enviar a nuestros profesores a estudiar a los Estados Unidos durante el verano reforzará las relaciones entre los dos países. Estoy seguro de que esperan que los profesores enseñen lo aprendido al volver a Cuba.

«Ah. Claro». Muchos sospechaban que, tras el nombramiento de un supervisor estadounidense, se ocultaba la intención de integrar los rasgos y costumbres de su país en el sistema educativo cubano.

No sabría decir qué opinaba el director del asunto solo por su tono. Como muchos otros académicos, García había protestado contra el dominio español sobre Cuba durante la lucha por la independencia hasta que se exilió a Nueva York. Ahora que los españoles ya no estaban y él había regresado a La Habana, sus sentimientos hacia los estadounidenses resultaban mucho menos claros, y Eva no estaba segura de si el tiempo que había vivido allí no le habría hecho cambiar de opinión sobre Estados Unidos.

—Tengo que mandar a una profesora, y creo que tú serías la ideal —terminó.

—¿Por qué yo? Se me ocurren otros mucho más cualificados.

Ella era de las más jóvenes del profesorado del centro.

—Sí, confieso que he pensado en tu grado de experiencia a la hora de elegir a alguien. He hablado con algunas compañeras que llevan más tiempo enseñando, pero voy a serte sincero: no tienen interés en formar parte de la delegación de docentes. Tienen una vida, una pareja, hijos.

Y ella no tenía nada de eso.

—He pensado que tú tienes menos responsabilidades que te impidan irte a pasar el verano. Las cosas han sido muy difíciles en los últimos años. No todo el mundo puede viajar a Estados Unidos avisándolos con tan poco tiempo. Pero no ha sido solo por eso, Eva. Me he fijado en tu forma de enseñar, en cómo conectan contigo tus alumnas. Las chicas te escuchan. Te respetan. Y se nota que te

apasiona la educación. Eres la candidata ideal para representar a la escuela, y a mí.

El corazón de Eva empezó a latir con fuerza al oír el elogio.

—¿Qué van a enseñarnos?

—Varias materias académicas, además de inglés, que tú ya sabes hablar, ¿no es así? ¿No viviste en Estados Unidos cuando eras más joven?

Como muchos cubanos, su familia se había exiliado durante la guerra. Su tío vivía en Cayo Hueso y, al morir su padre, su madre y ella se fueron a vivir con él. Estuvieron allí solo unos años y luego regresaron a Cuba cuando Eva tenía cinco años, pero durante el tiempo que estuvieron con él, su tío le enseñó a hablar, leer y escribir en inglés, aparte de que allí se movía en un ambiente en el que se hablaba ese idioma. Después, de regreso en La Habana, su tío siguió escribiéndole cartas en inglés y la instó a responder de la misma forma. Estuvieron carteándose hasta su muerte un par de años atrás, pues él siempre creyó que Estados Unidos tendría un papel importante en el futuro político de Cuba, quisieran los cubanos o no, y por ello la animó a hablar la lengua, para no quedarse atrás.

—No lo hablo muy bien —se excusó, aunque no era verdad. Técnicamente, hablaba con fluidez, pero le faltaba confianza cuando se comunicaba en ese idioma, y no le salían las palabras cuando más las necesitaba. Leer le resultaba un poco más fácil y cómodo, lo mismo que escribir, porque ambas actividades se realizaban en la intimidad, y solo ella veía los errores que cometía.

—Tonterías. Con un poco de práctica, seguro que lo harás fenomenal durante el tiempo que estés en Harvard. No hay nada como un curso de inmersión en el país para mejorar el conocimiento

de un idioma. A mí me ayudó muchísimo cuando estuve en Nueva York. Además, varios traductores acompañarán a la delegación. Tienen intención también de enseñar historia y política de Estados Unidos. Se trata de un programa amistoso, un intento de que entendamos mejor a los estadounidenses, y de que ellos también aprendan de nosotros. Esperemos que así sea.

Pero no había dicho nada de un programa en el que los docentes estadounidenses fueran a Cuba a estudiar.

—Sé que algunos profesores tienen reservas sobre el proyecto. Creen que es un ejemplo más de la intromisión de Estados Unidos en los asuntos de Cuba —suspiró—. Es una oportunidad para ti. La posibilidad de viajar y estudiar en una gran universidad. Mi recomendación es que vayas y aproveches al máximo la experiencia. No pienses en los motivos que puedan ocultarse tras el programa. Si quieren impresionarnos con sus métodos pedagógicos y sus instituciones académicas, muy bien. Demostrémosles quiénes somos y de lo que somos capaces. Al fin y al cabo, aquí seguimos después de todo lo que ha pasado en los últimos años, ¿no? La delegación constará de más de mil docentes. Haced que nos sintamos orgullosos.

Sintió sobre ella el peso de sus palabras, la indirecta en su tono de voz y su mirada, que sugería que había que tener en consideración más cosas, no solo sus sentimientos o los beneficios que pudiera conseguir. Pero ella no lo veía solo como una experiencia que exprimir al máximo y disfrutar de la aventura. Tenía que pensar en la enorme responsabilidad. Estaría allí no solo en representación propia o de su escuela o del sistema educativo cubano o de las mujeres cubanas, sino de todos sus compatriotas en un momento en que

necesitaban desesperadamente que los estadounidenses reconocieran el derecho de Cuba a la independencia, su capacidad de gobernar su propio país.

Tras siglos de control español sobre la isla y décadas de lucha, los sueños de Cuba de ganarse el derecho a gobernarse habían quedado en suspenso por culpa de la intervención de Estados Unidos.

Así y todo, ahora que la propuesta del señor García estaba ahí, a la vista, a Eva no le cabía ninguna duda de que quería ir, de que esa era la aventura que llevaba esperando desde hacía tanto tiempo. Parecía bastante improbable que volviera a encontrarse con una oportunidad de salir de la isla, y mucho menos una de corte educativo como esa. Y puede que aquella fuera también una oportunidad de servir a su país, de hacer algo bueno, en un momento en que Cuba necesitaba de todo después de los estragos de la guerra.

—Gracias por pensar en mí. Será un honor asistir a la Escuela de Verano de Harvard.



4

MARGO
Londres, 2024

Margo se detuvo delante de la librería de Notting Hill haciendo malabares con el móvil en una mano y el café en la otra. El señor Thornton había cambiado el escaparate; no eran los mismos libros del día anterior.

Le sonó una notificación en el móvil y bajó el dedo por la pantalla para leer el correo electrónico de una antigua clienta. Se conocieron tiempo atrás, cuando le encargó que buscara un cuadro para su marido. Treinta años antes, la pareja había ido de luna de miel a una villa en Italia y ambos se habían quedado prendados del cuadro que había en el dormitorio del lugar donde se hospedaron. En su momento no pudieron comprarlo porque no estaba a la venta, pero décadas más tarde, fallecidos tiempo atrás los propietarios y con los herederos decididos a esquilmar la propiedad y llenarse los bolsillos,

salió a subasta en Roma. El hombre quedó muy contento con su regalo.

A veces, eso de rastrear objetos ocultos de gran valor y adquirirlos era un juego implacable dominado por la avaricia y el ego. Pero otras —sus favoritas, en realidad— tenía la oportunidad de devolver a alguien objetos familiares perdidos generaciones atrás, encontrar artículos cuyo valor sentimental trascendía el económico, brindar felicidad a las personas y recibir a cambio su agradecimiento.

Había estudiado Economía porque sabía que tenía que encontrar un trabajo que le permitiera devolver el préstamo para pagar los estudios, ya que, al contrario que muchos compañeros, ella no tenía un colchón por si las cosas no le iban bien. Pero pese a las consideraciones prácticas, había cursado también optativas de Historia del Arte porque eran las que más le gustaban, un respiro entre tanta asignatura de contabilidad, que a veces se le hacía muy agobiante.

Había salido de la universidad endeudada y con la desagradable sensación de que el mercado laboral era mucho más competitivo de lo que imaginaba, y no impresionaría a nadie con su grado en Economía cuando había mucha gente que tenía varias titulaciones superiores, así que decidió hacer un posgrado.

Un máster en Gestión del Mercado del Arte era la forma perfecta de mezclar la parte práctica de sus estudios y la vocacional. El máster se cursaba en Londres y brindaba, además, la posibilidad de hacer contactos laborales. Mientras estudiaba la carrera puso en marcha un pequeño negocio relacionado con las antigüedades para sacarse algo de dinero, y fue ganando presencia en las redes sociales en un momento en el que la gente se sentía atraída por

imágenes de objetos preciosos, que guardaba como inspiración para artículos que quería tener en su propia vida. El máster le permitió mejorar algunas cosas y también ganar confianza, hacer contactos y reunir el conocimiento para convertir Reynolds Acquisitions en algo de lo que se sentía inmensamente orgullosa.

Lanzarse al mundo empresarial ella sola había sido la mejor decisión de su vida. Aterradora, cierto, pero también muy gratificante en el sentido de que era ella quien decidía su propio camino. El éxito o el fracaso sería solo cosa suya.

Su vida consistía en hojas de cálculo, no lienzos, y a menudo se preguntaba para qué valía tanta columna y tanto número. Al final, todo eso daba igual, mientras que los artículos que perseguía y encontraba —obras a las que los artistas se habían dedicado en cuerpo y alma, objetos queridos para alguien que habían ido pasando de generación en generación— sí que importaban, y ese era el impacto que quería producir. El papel que tenía en la vida y la historia de la gente era pequeño, pero a ella le bastaba.

Margo se guardó el móvil en el bolso y se olvidó de las frustraciones del día mientras abría la puerta de la librería con la otra mano.

Oyó sobre su cabeza la campanilla que anunciaba su llegada, pero avisó al librero de viva voz igualmente.

—Soy Margo —dijo y miró la hora—. Perdone, llego un poco pronto. Había terminado lo que estaba haciendo en la oficina y decidí venir.

Las casas de subastas con las que se había puesto en contacto no sabían nada del libro. Nadie había oído hablar de él ni de Eva Fuentes. Esperaba que el señor Thornton hubiera descubierto algo,

porque hasta el momento ella solo se había encontrado con callejones sin salida.

Se dirigió hacia la mesa que había en la parte delantera de la tienda. El librero seleccionaba los títulos como un jardinero mimaba sus flores, y lo veía rotar la selección con entusiasmo para emparejar los libros con los lectores.

El libro que se había llevado el día anterior era una delicia: una historia de misterio ambientada en Barcelona que la había tenido en vilo hasta el final. Se había quedado leyendo hasta casi las dos de la madrugada. Su intención en un principio había sido leer un par de capítulos antes de dormir, pero no había sido capaz de dejarlo. El protagonista era un detective cascarrabias que tenía que interrumpir sus vacaciones por culpa de un asesinato. Había devorado las páginas sintiendo todo el rato que lo que necesitaba de verdad era irse de vacaciones a España (sin el cadáver, desde luego) y, claro, no había podido dejarlo. Le pasaba lo mismo cuando hacía pilates. Siempre le costaba muchísimo ir; se le ocurrían todo tipo de excusas cada vez que el día se le complicaba, lo que inevitablemente pasaba a menudo. Pero los días que iba, se alegraba mucho de haber hecho el esfuerzo, agradecía los cincuenta minutos tumbada en el *reformer* con los ojos cerrados, sintiendo cómo fluía la respiración y la tensión desaparecía.

Con la lectura le pasaba lo mismo; era como entrar en otro mundo, dejarse consumir en cuerpo y alma. Lo necesitaba más de lo que creía.

Oyó un golpe sordo en la trastienda.

—¿Señor Thornton? —gritó Margo, dirigiéndose hacia el ruido.

Margo solo había estado un par de veces en el sanctasanctórum del señor Thornton, pero sí había visto las torres de libros y cajas que ocupaban literalmente todo el espacio. Le decía en broma que tenía que buscarse un ayudante para las tareas administrativas, pero él siempre respondía entre gruñidos que nadie conocía la librería como él, y ella no podía decir nada, porque también le costaba delegar. Bea era genial, pero no todo el mundo tenía la suerte de dar con alguien así.

Margo se paró en seco.

Todos los libros de una de las estanterías de la librería estaban desperdigados por el suelo, unos de canto sobre el lomo de piel, otros abiertos, dejando a la vista el papel amarillento.

Dejó el café en el suelo y se agachó para recogerlos y colocarlos de nuevo en el estante, desordenados, sin duda, pero ya los colocaría bien el señor Thornton.

—¿Señor Thornton? —repitió—. ¿Está usted bien?

¿Le habría ocurrido algo? Puede que la trastienda estuviera hecha un desastre por lo general, pero la librería estaba siempre inmaculada. Había tantas probabilidades de que dejara los libros fuera de sitio como de que se paseara desnudo por el lugar.

Sacó el móvil del bolso y continuó hacia la trastienda, mirando a su alrededor por el camino. Había más libros en el suelo, pero esta vez no se detuvo a recogerlos. El corazón le latía a toda velocidad y el miedo le atenazaba las extremidades.

Se paró en seco.

Por un momento sintió como si lo estuviera viendo todo desde fuera de su cuerpo, como si estuviera en una película o en las páginas de la novela de la noche anterior, gritándole mentalmente al

personaje que no diera un paso más, que no investigara cuando todo indicaba que iba a pasar algo muy malo.

Pero a lo mejor sí había una razón por la que todos daban un paso más en las películas, una razón por la que no actuaban como dictaba el sentido común, que era pedir ayuda al ver que pasaba algo raro. La naturaleza del ser humano era tener curiosidad, preguntar, cuestionarse las cosas, y tal vez sentir una invencibilidad totalmente inoportuna que hacía pensar que las cosas malas que ocurrían en la ficción no podían —no deberían— pasar en la vida real.

Avanzó un poco más.

Lo primero que notó fue el olor. Una mezcla de café y algo más que no lograba identificar, pero que le revolvió el estómago.

—Señor Thornton…

El tratamiento formal sonaba un poco absurdo dada la situación, pero ella siempre lo había tratado de usted, siempre con respeto, porque era un hombre que inspiraba solemnidad, por decirlo de alguna forma.

Se quedó muda.

La jarra de cristal de la cafetera estaba rota en el suelo y el líquido, derramado por el parqué.

Se extendía hacia un charco creciente de color rojo oscuro…

Gritó.

El señor Thornton yacía bocabajo, a poca distancia del café derramado, sobre un charco de sangre.

Corrió hacia él y se arrodilló a su lado. Le temblaban las piernas y el corazón le latía muy deprisa.

El hombre tenía la cabeza girada hacia un lado y los ojos cerrados. Margo le puso dos dedos en el cuello para comprobar si tenía pulso.

—Por favor, por favor…

Tenía, débil, pero tenía.

Apartó la mano aliviada y, a continuación, le sujetó la cabeza con un brazo y lo tumbó de espaldas para examinarle las heridas.

Ahogó un grito. El librero tenía el cuello de la camisa blanca cubierto de rojo y una herida muy fea cerca del corazón.

Lo habían apuñalado.

Su cerebro iba a mil por hora, ni rastro del pensamiento ordenado y lógico del que solía hacer gala. Costaba pensar cuando se estaba aterrorizada.

Llamó al servicio de emergencias con dedos temblorosos. Con tanta sangre…

Recitó de un tirón la dirección a la teleoperadora de emergencias, tratando de mantener la calma mientras le explicaba la naturaleza de la situación y respondía a lo que le preguntaban.

—Ya vienen a ayudarnos, se lo prometo —le dijo al librero.

¿La oiría acaso?

—Una ambulancia está de camino. A cinco minutos —le confirmó la teleoperadora.

Margo inspiró bruscamente, tratando de calmarse. La adrenalina que le recorría el cuerpo tomó el mando de la situación, porque estaba claro que ella no tenía ni idea de lo que hacía.

Conectó el altavoz y dejó el móvil en el suelo mientras la teleoperadora le indicaba lo que tenía que hacer hasta que llegara la ambulancia.

Presionó con ambas manos la herida como le dijo para tratar de detener la hemorragia, pero sin mucho éxito. La sangre salía a

borbotones, imposible de contener. Se quitó la bufanda de un tirón y la apretó contra la herida.

Volvió a notar el desagradable olor de antes y se le revolvió el estómago otra vez.

El hombre tenía los ojos cerrados, pero hizo un gesto de dolor cuando Margo apretó con más fuerza.

—Perdone… Ya sé que duele. Tenemos que detener la sangre. Ya vienen los médicos.

Se oyó un golpe sordo en algún lugar de la librería, y otro.

«Menos mal».

—Ya los oigo, acaban de llegar —le dijo a la teleoperadora.

—¡Estamos aquí detrás! —gritó Margo—. ¡Socorro!

—Están a tres minutos —respondió la teleoperadora, con calma frente a la voz aterrorizada de Margo. Y de pronto su voz adoptó un tono de advertencia que, aunque sutil, consiguió abrirse paso hasta el cerebro de Margo—. ¿Hay alguien más en la librería?

El silencio en la librería…

Los libros por el suelo…

El golpe sordo que había oído al entrar procedente de la trastienda…

La cafetera rota en el suelo…

La sangre pegajosa que tenía en las manos.

—No… no lo sé —susurró medio atragantándose.

—Dos minutos —dijo la teleoperadora—. No sueltes el teléfono.

Dos minutos se le antojaba una eternidad.

¿Y si no estaban solos?

Se oyó una campanilla, el alegre sonido totalmente fuera de lugar dada la situación.

El corazón se le aceleró.

Era la puerta de la tienda. El informal sistema que el señor Thornton había instalado para que lo avisara cuando entraba un cliente. La misma campanilla que había sonado cuando había entrado ella minutos antes.

¿Sería alguien que entraba o que salía? ¿Estaban solos o el atacante estaba ahora en la parte delantera de la tienda?

Margo trató de recordar si había mirado en todas las estanterías… ¿Y si había alguien escondido en un rincón? Era una tienda pequeña, pero eso no significaba que no hubiera huecos donde poder ocultarse.

Miró a su alrededor en la desorganizada trastienda buscando un arma por si tenía que defenderse. Había un cúter en la estantería metálica del fondo y un par de cajas de libros abiertas al lado, como si el señor Thornton hubiera estado desembalando algún envío y lo hubiera dejado en la estantería al oír que entraba alguien, un conocido o tal vez un cliente nuevo en busca de un libro.

Margo se levantó y agarró el cúter. No es que tuviera mucha idea de cómo defenderse, pero algo haría.

El señor Thornton abrió levemente los ojos.

Margo se sintió aliviada.

—Aguante un poco más —lo instó—. Va a ponerse bien. Ya llega la ambulancia. Aguante un poco más. No está solo. Estoy aquí. Va a ponerse bien.

—Ma… Margo —susurró con voz áspera.

—Sí, soy Margo.

—¿Está consciente? —preguntó la teleoperadora.

—Muy poco —respondió Margo, bajando la voz.

No quería decirlo en alto delante de él, no quería que se asustara y se pusiera peor, pero con la cantidad de sangre que estaba perdiendo…

—Están fuera —dijo la telefonista con el mismo tono calmado, como si supiera que Margo estaba a punto de venirse abajo.

—Ya casi están —informó Margo al hombre—. Se va a poner bien.

El hombre inspiró profundamente y empezó a toser del esfuerzo.

Un hilo de sangre le salió por la boca.

¿Cuánta sangre podías perder y aun así sobrevivir? No tenía ni idea. Le parecía que había perdido muchísima.

¿Quién le habría hecho algo así?

—Margo —repitió el librero con voz más fuerte, insistiendo con urgencia. Le agarró la mano y le puso algo en la palma.

—Estoy aquí, no lo dejaré solo —le prometió ella, mirándolo a los ojos.

—Ten cuidado —susurró entrecortadamente.

—Están en la librería —dijo la teleoperadora—. Lo has hecho muy bien, Margo.

—Quieren el libro —susurró el hombre.

Las puertas se abrieron de forma impetuosa y el servicio de emergencias entró en la trastienda con la camilla. Margo oyó a la telefonista, que seguía hablándole con voz calmada, notó que la apartaban suavemente del señor Thornton y la ayudaban a levantarse, pero todo le parecía irreal, y no podía quitarse de encima la sensación de que estaba dentro de una pesadilla especialmente horrible.

Se metió las manos en el abrigo. El borde metálico del objeto que le había dado el librero se le clavó en la palma, y un escalofrío la

recorrió. Le temblaban los brazos y la vibración le llegó hasta las yemas de los dedos.

—¿Ha sido usted quien lo ha encontrado?

Margo pestañeó varias veces y enfocó la vista en el policía uniformado que tenía delante.

Asintió.

—Sí. He sido… yo. Había quedado aquí con él. He saludado y al ver que no me respondía, he venido a buscarlo.

¿Qué habría pasado si hubiera llegado antes? ¿Habría podido evitarlo? ¿O los habrían herido a los dos?

El policía sacó una libreta y un boli del bolsillo.

—¿Y su nombre es…?

—Margo Reynolds.

Le dio todos los datos al policía, que se identificó como agente Matthews, y le explicó la relación que tenía con el señor Thornton.

—¿Había alguien más cuando llegó usted? —preguntó el agente.

—No lo sé. No vi a nadie, pero tampoco presté mucha atención. Hace unos minutos, mientras hablaba con la teleoperadora de emergencias, me pareció oír un ruido fuera, en la parte delantera. Si había alguien, habrá salido por la puerta. Puede que estuviera en la calle cuando han llegado ustedes. Oí la campanilla de la puerta. No sé si era alguien que entraba o salía.

El agente anotó la información.

—Ha tenido usted suerte. Ha habido robos en varios comercios de la zona. Parece que ha interrumpido a los ladrones. La próxima vez, llame antes de ponerse a investigar por su cuenta. Podría haber acabado como él si hubiera llegado unos minutos antes.

Un nuevo escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Yo no… No sabía que le había pasado algo malo. Pensé que estaría aquí trabajando. No me di cuenta de lo que había ocurrido hasta que lo vi en el suelo.

¿Tendría que haber llamado a la policía antes? ¿Nada más ver los libros tirados en el suelo? ¿Se había percatado del peligro en ese momento? Había sacado el móvil, eso sí lo recordaba. Sabiendo lo que sabía ahora, costaba no repasar lo ocurrido y cuestionarse las decisiones que había tomado…

¿Cómo iba a pensar que había pasado algo terrible en la librería? No lo hizo hasta que vio al señor Thornton.

Se acercó otro policía.

—Parecen los mismos que robaron en la panadería la semana pasada —dijo.

El agente Matthews asintió con la cabeza dándole la razón.

—Me dijo que tuviera cuidado —los interrumpió Margo al recordar las palabras del librero. Antes, entre el alivio al ver entrar a los servicios de emergencias y la preocupación por su amigo, no había prestado mucha atención, pero en ese momento…

Los dos policías se volvieron hacia ella.

—El señor Thornton me dijo que tuviera cuidado. —Margo trató de hablar con calma y no dejarse llevar por el pánico. Sabía que no la creían, se les notaba en el lenguaje corporal, en la expresión de su rostro—. Dijo que querían el libro…

El agente Matthews la miró con escepticismo, por decirlo suavemente.

—¿Quién quiere el libro? ¿Qué libro?

—No sé quién lo quiere. El libro se llama *Tiempo para olvidar*. El señor Thornton me estaba ayudando a localizarlo para un cliente.

Por eso habíamos quedado esta tarde.

—¿Sabía alguien más que habían quedado?

—No sé. Mi asistente. No sé a quién se lo habrá dicho.

—¿Cómo se llama su asistente?

—Bea Carlyle. Pero Bea no ha tenido nada que ver.

El policía no le hizo caso y siguió anotando en su libreta.

—¿Y el libro es valioso? —preguntó.

—No especialmente dentro del ámbito de los libros raros… O no creo.

El agente Matthews y su compañero se miraron. Margo reconoció rápidamente la mirada porque la habían mirado así en innumerables ocasiones. Con menosprecio.

—¿Está segura de que fue eso lo que le dijo? —preguntó el agente Matthews—. Había mucho ruido, ¿no es así? Puede que no lo oyera bien.

¿Estaba segura de lo que había dicho el señor Thornton? Creía que sí, pero viendo cómo la miraban los policías, como si no fuera un testigo fiable, le entraron dudas. ¿Había oído al señor Thornton decirlo? Se había asustado mucho, había sido aterrador, todo había pasado muy deprisa, el señor Thornton hablaba con mucha dificultad. Pero el agente seguía…

—Escuche, el grado de violencia de los robos de la zona va en aumento. La mujer de la panadería dijo que la amenazaron con clavarle un cuchillo si no abría la caja. No creo que sorprenda a nadie que hayamos llegado a esto. Era cuestión de tiempo que apuñalaran a alguien. La gente actúa de manera inesperada cuando se asusta, y una mala decisión se convierte en tragedia.

—Sí, estoy segura —lo interrumpió Margo con más confianza—. Pregúnteselo usted mismo cuando se encuentre mejor. Él se lo dirá.

Notaron un súbito revuelo en la trastienda.

Los agentes se giraron y dirigieron la atención hacia los sanitarios.

Margo se quedó a un lado con el corazón en un puño.

La atmósfera de la habitación cambió, y se produjo un silencio lúgubre al tiempo que la actividad cesaba.

Alguien soltó una palabrota.

Cuando los sanitarios se apartaron del señor Thornton, Margo sintió un nudo en el estómago y el alma se le cayó a los pies. Y supo, sin que nadie le dijera nada, que había muerto.

—El librero a quien pedí ayuda para localizar el libro ha muerto —dijo Margo, incapaz de disimular la rabia y el dolor.

Se produjo un silencio en el otro extremo de la línea.

Margo entró en una cafetería con el móvil pegado a la oreja y el corazón acelerado. No había dejado de mirar hacia atrás desde que salió de la librería, escudriñando la concurrida calle para ver si la seguía el hombre que había visto el día anterior en el metro.

No lo vio, pero tampoco la tranquilizó demasiado, puesto que no sabía a qué o a quiénes se enfrentaba, solo que eran capaces de matar.

Inspiró hondo una vez, y otra, tratando de tranquilizarse. Se había dicho que se mostraría profesional por teléfono, que no se desmoronaría, pero la cosa no estaba saliendo como ella había previsto.

—¿Cómo ha dicho? —dijo Greer, con un inconfundible tono de sorpresa.

Había empezado a preguntarse en el trayecto desde Notting Hill si su cliente no tendría algo que ver con la muerte del señor Thornton. ¿Cómo no pensarlo entre lo poco que sabía de él y la siniestra advertencia que le había hecho su amigo antes de morir? Pero no tenía sentido. ¿Para qué tomarse la molestia de contratarla y boicotearla después matando a la única persona que podía ayudarla?

Notaba el peso del objeto que le había metido en la mano, una memoria usb.

—Lo han asesinado en su librería de Notting Hill hace un rato —espetó ella.

«Asesinado».

Le parecía irreal. Le parecía imposible. ¿Y si lo habían matado por culpa del libro, porque ella le había pedido que lo buscara…?

—¿Y qué le hace pensar que tiene algo que ver con el libro? —preguntó Greer.

La estaba poniendo a prueba. Se lo notaba en la voz, en la vacilación mezclada con la curiosidad por saber más. Estaba sorprendido, pero no desconcertado, lo cual implicaba que sabía mucho más de lo que le había contado.

—Porque cuando llegué, lo habían apuñalado. Sus últimas palabras antes de morir fueron que tuviera cuidado y me advirtió de que alguien quería el libro.

Nueva pausa en la línea.

—¿Le dijo eso exactamente? ¿Que alguien quiere el libro?

—Sí. Cuando me reuní con usted, me dijo que le preocupaba que hubiera alguien más detrás del libro. ¿Quién es? Si tiene información

sobre quién podría haber matado al señor Thornton, tiene que decírselo a la policía.

No le dijo nada más, que la policía la había menospreciado o que pensaba que se trataba de un robo.

—Tengo que hablar con mi jefe.

—No. Me ha puesto en una situación peligrosa. Me debe una explicación. Creo que me están siguiendo. Ayer, después de reunirme con usted, me fijé en que un hombre con una chaqueta negra me seguía. Mi tarifa no incluye poner mi vida en peligro.

—¿Quiere más dinero entonces? ¿Y si le pagamos el doble?

Lo dijo tan tranquilo. Para darle más información, tenía que hablar antes con su jefe, y, sin embargo, parecía estar autorizado a pagarle cuarenta mil libras. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar?

—No se trata de dinero. Han matado a un hombre por culpa de este libro —susurró, furiosa.

Uno de los camareros que había en la barra la miró con incomodidad.

—Deje que hable con mi jefe —respondió Greer—. Nos pondremos en contacto con usted lo antes posible.

—No hace falta. Nada de lo que me diga me convencerá para que trabaje para ustedes. Y más después de haberme ocultado información valiosa. Después de que hayan asesinado a mi amigo.

El camarero se acercó al colega que estaba trabajando en la máquina de los cafés sin dejar de mirar a Margo, que hablaba disimuladamente junto a la puerta de la cafetería.

—Yo no estaría tan segura —repuso él—. La situación que rodea al libro es complicada.

Oyó un zumbido en la línea, la notificación de un mensaje.

—Le he enviado una foto, señora Reynolds. Creo que va a querer saber más sobre este asunto antes de decidir dejarlo.

—Yo…

Greer colgó.

Si creía que iba a seguir buscando el libro después de lo que había pasado…

Le había enviado una foto.

Margo pinchó y la imagen llenó la pantalla del móvil.

Era una foto de una calle de Londres, la reconoció al instante, y en la esquina, el toldo de una tienda que conocía bien.

Un hombre salía de la librería. Era alto y fuerte, y la foto borrosa lo había pillado en movimiento.

Soltó una palabrota.

Lo reconoció al instante.



5

PILAR
La Habana, 1966

La mañana se abrió paso en la ciudad poco a poco. Los sonidos de la calle, de sus vecinos levantándose de la cama, la despertaron antes del amanecer.

Pilar estaba tumbada bocarriba, con los ojos cerrados, y dejó que la melodía matutina la despertara por completo, paso a paso, grito a grito, portazo a portazo. Los ruidos eran el saludo de cada día, brindándole con cada nota algo en que pensar, algo que la distrajera de que, inevitablemente, cuando abriera los ojos, su marido no estaría a su lado en la cama.

Pilar se giró y su mirada se posó en la mesilla que habían heredado de su suegra cuando Enrique y ella se casaron. Era un mueble bueno, una madera maciza que había vivido lo suyo ya cuando llegó a sus manos. Encajaba a la perfección en el espacio

que había junto a la cama, y ella había pasado horas los fines de semana restaurándola amorosamente hasta dejarla reluciente.

El libro de Zenaida le hacía ojitos desde la mesilla de noche, casi implorándole que lo abriera.

Tiempo para olvidar.

«Unas pocas páginas nada más», le susurraba el libro al despuntar el día.

Se había quedado leyendo mucho más de lo que debería, mucho más de lo sensato, sabiendo el día que le esperaba. Lo que había empezado como mera curiosidad por la novela se había convertido en necesidad de saber lo que iba a pasar.

Desde las primeras palabras se había sentido como si estuviera charlando con una amiga. Había tenido que adaptarse al inglés, eso sí. Prefería leer en español, las palabras le resultaban más sencillas, pasaba las páginas más rápido. *Tiempo para olvidar* la había obligado a saborear las palabras, traduciéndolas a medida que leía, de forma que la lectura había sido más lenta de lo habitual. Casi lo prefería así para quedarse más rato dentro del libro, porque no había tardado en comprender que el vacío cuando lo terminara iba a ser enorme.

¿Por qué habría escrito Eva la novela en inglés? Tenía la curiosidad desde que cogió el libro. La autora ya era Eva a secas para ella, puesto que se había forjado una intimidad entre las dos nada más empezar la lectura.

Había algo sincero en las palabras escritas, algo que resonaba en lo más hondo de su ser. Pilar no podía evitar sentir afinidad con Eva cuando hablaba de cómo era la experiencia de una mujer que viajaba sola a un país extranjero con la responsabilidad de

representar no solo a su profesión y su género, sino también a su país. Puede que ella no se encontrara ante la oportunidad de viajar, pero desde que se llevaron a Enrique, no podía quitarse de encima la sensación de cambio, de transformación, buscado o no. A ella la habían apartado de la vida que había construido con su marido, expulsada del piso que habitaba físicamente mientras su alma residía en otra parte, en ese lugar desconocido en el que se encontraba Enrique.

Los primeros días después de que se lo llevaran, Pilar había pasado el duelo. Había llorado, rezado, hablado con todos sus amigos y conocidos, y hasta pedido a todas las personas que se le habían ocurrido el favor de que intentaran rescatarlo.

En vano.

Lo que hubiera hecho el régimen con Enrique estaba totalmente fuera de su alcance. No sabía dónde podrían haberlo metido.

Durante las primeras semanas solo quería morirse.

Casi no comía, no dormía, se consumía poco a poco, hasta que un día, transcurrido un mes, no reconocía a la mujer que veía en el espejo, y mucho menos a la mujer de la que se había enamorado Enrique. Desde entonces, se había limitado a existir, sin más.

La noche anterior, leyendo el libro de Eva, había sido la primera vez que había sentido emoción desde la desaparición de su marido.

Si algo la entusiasmaba eran los libros, y la forma en que Eva usaba las palabras había prendido una llama en su interior, le daba esperanzas para seguir viviendo, aunque el motor para hacerlo fuera averiguar cómo terminaba aquel misterioso libro y devolvérselo a su autora.

Pilar abrió la novela por el lugar señalado con el punto de lectura que le había hecho Enrique en su cuarto aniversario de boda. Acarició la flor prensada. Le dolía el alma de lo mucho que lo echaba de menos.

Se había quedado dormida en medio de un capítulo pese a sus ganas de seguir leyendo. Pasó unas cuantas páginas para comprobar cuántas le quedaban para terminarlo.

¿Le daría tiempo a acabarlo antes de ir a trabajar?

Cuando llegó a la última página, se le cortó el aliento.

Había un finísimo papel doblado entre los capítulos siete y ocho.

Lo sacó. La tinta oscura lo había traspasado. Lo desdobló movida por la curiosidad. La nota estaba escrita con una caligrafía elegante. Curiosamente, estaba en inglés, como la novela.

> Amor mío:
> No hay un momento en que no piense en ti y en cómo estarás. Anhelo quedarme dormida porque, en esos momentos, estás aquí conmigo. No dejo de recordar la última vez que te vi, tu rostro. Ojalá las cosas fueran diferentes. Ojalá pudiera tenerte conmigo. Ojalá no hubiera tenido que separarme de ti. Pero por encima de todo, espero que seas feliz en un lugar seguro y que te quieran. Que la vida sea amable contigo.
>
> Siempre te querré.
> Eva

Pilar se limpió las lágrimas que le caían por las mejillas con el corazón acelerado mientras releía la carta.

Esa Eva tenía que ser Eva Fuentes, ¿no?

¿Por eso quería la madre de Zenaida que le devolviera el libro? ¿Sabía que en su interior había una carta de amor? Posiblemente,

Zenaida no lo sabría, pues no lo había leído. El papel era finísimo por el tiempo transcurrido, tanto que no se notaba nada entre las páginas del libro cerrado. Pilar no se había percatado de su existencia hasta ese momento.

El libro era una historia de amor entre una joven profesora cubana que viajaba a Estados Unidos para participar en un programa de intercambio durante el verano. ¿La carta de Eva estaría dirigida al amor que dejó en Cuba o al que dejó en Estados Unidos?

Las palabras, el anhelo que se atisbaba en ellas, le recordaban lo mucho que amaba a Enrique. Ella también lo buscaba en sueños.

¿A quién iba dirigida? ¿Y por qué necesitaba Eva que le devolvieran el libro?

Por lo menos podría empezar a indagar cuando llegara a la biblioteca.

Se levantó y se vistió rápidamente tras hacer sus abluciones diarias en piloto automático, pues tenía la mente puesta en otra cosa. Cuando era niña, se ensimismaba por completo en las historias que inventaba, que solía compartir con sus compañeros de clase en la pequeña escuela de Cienfuegos. A veces soñaba despierta con el futuro, con lo emocionante que sería su vida cuando pudiera irse a estudiar a La Habana, trabajar entre libros, enamorarse. Escribía historias ficticias y aspiracionales mientras vivía el día a día, acompañada por unos amigos imaginarios muy queridos, que eran los personajes que las poblaban.

Luego creció y encontró el amor cuando Enrique entró en la biblioteca en la que trabajaba por entonces y le pidió un libro de filosofía; entonces sus pensamientos viraron hacia la vida futura que tendrían los dos juntos.

Se casaron el 9 de septiembre de 1958.

El 1 de enero de 1959, Fidel Castro derrocó a Fulgencio Batista y con ello volvieron a cambiar sus sueños, que pasaron de las esperanzas de futuro a un miedo penetrante y feroz que no la dejaba ni respirar. Los años fueron pasando hasta que no le quedó más que un agujero en el estómago por culpa del racionamiento de alimentos y la escasez, y la preocupación por cómo iba a arreglárselas para subsistir en un mundo decidido a proporcionarles cada vez menos de todo.

Castro culpaba al embargo impuesto por Estados Unidos del hambre que pasaban los cubanos, pero sus incendiarios discursos no se correspondían con la realidad de que él comía en los clubes de campo que los ricos habían abandonado. ¿Dónde estaba el hambre de Fidel? ¿Dónde estaba el sacrificio omnipresente en los llamamientos diarios a sus compatriotas? ¿Dónde estaba su sufrimiento?

Nunca había confiado mucho en los políticos, en sus promesas vacías y su forma de tergiversarlo todo, pero incluso a ella le había sorprendido el clamoroso fracaso del asunto. A Enrique le intrigaba Fidel Castro como a alguien que está muerto de hambre le intrigaría encontrarse un trozo de pan en el bolsillo. Si bien él nunca se había unido a las filas de los revolucionarios como algunos de sus amigos de la Universidad de La Habana, Enrique esperaba que las cosas mejorasen y que el cambio brindara estabilidad y abordase algunos de los problemas que asolaban la isla. Era la clase de esperanza que albergabas cuando no tenías muchas más alternativas. La clase de esperanza de la que sacabas fuerzas durante años, un poquito cada día, porque sabías que cuando se terminara… no te quedaría nada.

Era la clase de esperanza que mantenía a Pilar en Cuba, esperando noticias de su marido, aferrándose a la creencia de que tal vez estuviera vivo, cuando mucho se temía que la realidad probablemente sería que fueran a matarlo, si es que aún no lo habían hecho.

Se levantó de la cama y se dirigió despacio a la cómoda que tenía en un rincón de la habitación. Su vecino de abajo trabajaba de noche y dormía durante el día mientras ella se dedicaba a colocar libros, y como el suelo que los separaba era tan fino, intentaba no hacer ruido por las mañanas, igual que hacía él cuando volvía de trabajar de madrugada.

Los primeros días tras la desaparición de Enrique, los horarios se les habían solapado, pues Pilar no dormía y las horas se le pasaban mirando la puerta y rezando para que se abriera y entrara su marido, o temiendo que fueran a por ella también.

Los sonidos de la vida de ese vecino eran una de las pocas cosas que evitaban que creyera que estaba muerta.

La biblioteca estaba en silencio cuando llegó.

Ignacio Arenas, el encargado en todo el tiempo que llevaba trabajando allí, estaba recorriendo los pasillos, como todos los días, comprobando que nadie hubiera dejado libros mal colocados o que se hubieran olvidado artículos personales entre las estanterías la tarde anterior al cerrar.

Al principio, cuando empezó a trabajar en la biblioteca, intentaba llegar temprano y quedarse hasta tarde como él, deseosa de dar buena impresión. Pero aunque él nunca le decía directamente que

prefería estar solo a la hora de abrir y cerrar, no tardó en darse cuenta de que esos momentos del día eran sagrados para él, una rutina que quería conservar todo el tiempo que le fuera posible, de modo que dejó que siguiera haciéndolo hasta que llegara el momento de tomarle el relevo.

Miró la hora. Faltaban diez minutos para abrir.

—Buenos días —saludó ella para hacerle saber que estaba allí, aunque sabía que Ignacio no respondería ni se acercaría hasta que terminara su tarea de revisión.

La mayoría de los usuarios le tenían un poco de miedo. Su propensión a mandar callar a los que hacían demasiado ruido o a reñir a alguien que hubiera estropeado, o peor aún, perdido un libro, intimidaba a cualquiera.

Su pasión era una de las cosas que más admiraba ella de él.

Se ocupó de encender las luces antes de dirigirse al mostrador de préstamos. En él la esperaba abierto ya el cuaderno en el que llevaban el registro de los libros que sacaban los lectores.

La Revolución había afectado a la biblioteca como había ocurrido con todos los demás aspectos de la vida de los cubanos. Era una biblioteca pública y, por lo tanto, y como sucedía con todo lo demás, estaba controlada por el Estado. La campaña de alfabetización que había impulsado Fidel Castro cinco años atrás con férrea determinación había cosechado elogios a nivel internacional. Sobre el papel, el objetivo consistía en aumentar el número de ciudadanos letrados a través de voluntarios que les enseñaran a leer y escribir. Pero las lecciones las dictaban los panfletos propagandísticos y los libros que el gobierno había publicado con el fin de «instruir» sobre la gloriosa Revolución, tanto si la letra impresa se correspondía con

la realidad que vivían las personas como si no. Para que el Estado los considerase personas «letradas», debían escribir una carta al propio Fidel Castro. A Pilar ese fervor político presente en todo el asunto le causaba un malestar creciente.

Durante la mayor parte de su vida, los libros habían significado para ella libertad. Ahora ya no estaba tan segura, teniendo en cuenta la cantidad de libros que habían sufrido la censura o que se habían prohibido, la libertad de prensa que habían eliminado y los artistas y autores a los que habían expulsado de su tierra. Se suponía que todo el mundo debía aceptar que la narrativa que publicaba y distribuía el Estado era incuestionable.

La primera vez que abrió una caja que les habían enviado y vio el material infantil que se había impreso para su distribución en las aulas de todo el país, se quedó aterrada.

Aquel día llegó a casa con el estómago revuelto. Era la primera vez que se le había pasado por la cabeza dejar de ser bibliotecaria.

Fue Enrique quien la convenció de que no lo hiciera, quien le dijo que todavía podía hacer mucho bien, que su trabajo era importante.

—Buenos días —respondió Ignacio, que apareció entre las últimas estanterías, las de los libros infantiles.

Iba vestido de forma impecable, como siempre. Pese a los difíciles tiempos que estaban viviendo, ella nunca le había visto un botón fuera de su sitio, un descosido o una mancha. Su mujer, Migdalia, había trabajado como costurera con un famoso diseñador cubano que había huido de la isla tras la Revolución, de modo que ahora se ganaba la vida cosiendo en casa, y la gente le pagaba con comida y otras provisiones. Pilar imaginaba que cuando terminaba con los encargos, repasaba la ropa de su marido.

Por su parte, Pilar se aseguraba de ponerse sus mejores prendas para ir a trabajar. No tenía ninguna habilidad con la aguja, pero se esforzaba en seguir el ejemplo de Ignacio. Lo primero que le había dicho era que la suya era una vocación noble, que eran los custodios de una historia literaria, de una tradición cultural que debían proteger a toda costa. Y ella intentaba estar a la altura de tan importante tarea.

—¿Qué tal estaban los libros? —preguntó Pilar.

—A la espera de nuevas aventuras —respondió él, con un brillo en los ojos que contradecía su comportamiento normalmente formal.

—Hablando de aventuras —dijo Pilar, y sacó la silla de detrás del mostrador para sentarse—. ¿Has oído hablar de una autora llamada Eva Fuentes? Es cubana. Escribió un libro titulado *Tiempo para olvidar*.

Si alguien podía conocer el libro era Ignacio.

Ignacio vaciló y Pilar casi podía verlo repasando sus archivos mentales igual que hacía con las estanterías de la biblioteca. No conocía a nadie con una memoria tan prodigiosa como la suya.

—Pues ahora mismo no me viene a la cabeza. ¿Has comprobado el catálogo para ver si tenemos el libro o si ha publicado algún otro?

—Es lo que voy a hacer.

—¿Por qué te interesa el libro?

—Me lo ha comentado una amiga. Dice que me gustaría. ¿Has oído hablar de un grupo de docentes cubanos que visitaron Estados Unidos a comienzos del siglo xx? —preguntó, cambiando de táctica —. Estudiaron en Harvard. Sentí curiosidad por Eva Fuentes, pues no había oído hablar de ella, y leí la biografía que aparecía en la cubierta. Decía que ella había sido una de aquellos docentes.

Era extraño que algo que había sucedido en la época de sus padres le resultara tan desconocido, teniendo en cuenta que sesenta años no era tanto tiempo. Pero, si había oído hablar de la Escuela de Verano para maestros cubanos, no se acordaba.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

—En el verano de 1900. El libro lo publicó en inglés una editorial de Boston al año siguiente.

Consideró la posibilidad de contarle la historia del libro, bueno, no toda, claro. No mencionaría la visita nocturna de Zenaida, el secretismo del asunto ni la carta, solo le hablaría de lo bien escrito que estaba. Necesitaba hablar con alguien de lo deliciosa que le estaba pareciendo la lectura, la sensación de que la autora le hablaba a ella directamente, como si estuvieran compartiendo secretos de amigas íntimas. Quería hablarle del libro porque el instinto le decía que Ignacio reconocería la joya que era, pero algo la detenía. Confiaba en él todo lo que se podía confiar en el prójimo en esos tiempos, que, por desgracia, no era mucho. Pero no se trataba solo de en quién confiabas, había que tener en cuenta también a quién querías proteger. Ignacio sabía lo de Enrique; había dejado que Pilar siguiera trabajando en la biblioteca pese a que había pasado a ser alguien incómodo a ojos del Estado por sus contactos. Pilar no quería pagarle lo que había hecho por ella poniendo en peligro su seguridad.

—Me sorprendió no haber oído hablar del programa de la Escuela de Verano, o que no me acuerde en caso de haberlo hecho —añadió Pilar.

—Se te perdonaría, creo yo, teniendo en cuenta todo lo que ha vivido Cuba en los últimos sesenta y seis años —respondió él con

ironía.

No se equivocaba. Pilar se había preguntado muchas veces cómo sería haber nacido en un país en el que sus mayores preocupaciones fueran única y exclusivamente las domésticas, en el que solo se ocupara de asuntos personales en vez de tener que adaptarse a los vaivenes de la política. En lo diferente que habría sido su vida si no la hubieran moldeado las guerras, como les había sucedido a su madre, a su abuela y a su bisabuela. Ser mujer cubana significaba dominar el arte de la resistencia.

—A lo mejor dicen algo de esa Escuela de Verano en algún libro de la época o en algún artículo de prensa que conservamos. Y quizás haya muchos más en la Biblioteca Nacional. Podrías investigar.

La suya era una biblioteca pequeña con una selección de libros hecha con sumo cuidado, pero ni por asomo tan robusta como las que había en otras bibliotecas municipales de mayor tamaño o en la prestigiosa Biblioteca Nacional José Martí.

Pilar asintió con la cabeza mientras la idea iba arraigando en ella.

—Yo quería hablar contigo de otro asunto —dijo Ignacio—. Ayer vino un hombre después de que te marcharas. Me preguntó qué tipo de trabajadora eres, si apoyabas la Revolución.

El miedo se apoderó de ella. No podía perder el trabajo…

Era lo único que tenía, la biblioteca era lo único que la mantenía en pie ahora que no tenía a Enrique.

Siempre había sabido que existía la posibilidad; había temido que, como el régimen había decidido que su marido era una amenaza, pensara lo mismo de ella por asociación. La habían interrogado después de llevarse a Enrique, pero no les había mentido al decirles

que ella no sabía mucho sobre lo que hacía su marido. Él no le había contado nada para protegerla.

—¿Qué le dijiste? —preguntó ella, intentando controlar el temblor de su voz.

Ignacio respondió mirándola de frente.

—Que eres una buena bibliotecaria. Callada. Que no te metes con nadie y que dedicas tu vida a los libros. Le dije que nunca he visto ni oído nada que me haga pensar que no eres leal a la Revolución.

Pilar intentó leer algo en su tono de voz o en la expresión de su rostro que le permitiera determinar qué era lo que no le estaba diciendo. No hablaban sobre la Revolución en el trabajo. Ignacio era un buen jefe, era justo, pero nunca habían tenido una relación muy personal. Él era un hombre formal y dado que ella era una persona de naturaleza discreta, nunca le había importado que su relación no fuera nunca más allá de lo estrictamente profesional. Además, en los tiempos que vivían, era mejor guardarse las ideas para sí, teniendo en cuenta la determinación acérrima del régimen a eliminar a los disidentes.

Si Ignacio supiera que ella no era leal a la Revolución, si supiera que ocultaba libros que hablaban sobre el exilio para evitar que el Estado los confiscase e inventariase, ¿la entregaría a las autoridades?

No lo sabía.

Pilar subió las escaleras de su casa con un montón de libros en los brazos. No había logrado concentrarse después de la conversación con Ignacio; llevaba todo el día aterrada. En los momentos tranquilos de su jornada, sin apenas movimiento de clientes por la lluvia, se había distraído repasando las estanterías en busca de libros sobre la historia del país a principios del siglo xx y cualquier mención sobre el programa de docentes que había ido a Harvard. Había buscado información sobre Eva Fuentes también, pero, hasta donde había logrado saber, *Tiempo para olvidar* era lo único que había publicado, y no había sido capaz de encontrar ningún otro ejemplar.

Tampoco podía decirse que hubiera mucha información, pues la biblioteca tenía más obras de ficción que de material de referencia, que era lo que ella necesitaba. Iría a la Biblioteca Nacional en su día libre.

Pilar aceleró y subió con paso decidido a la siguiente planta, ansiosa por regresar a la comodidad silenciosa de su piso, deseando retomar la lectura.

Trabajar en la biblioteca era estimulante y agotador al mismo tiempo. Nada le gustaba más que hablar de libros con los lectores, recomendarles títulos que creía que les gustarían, relacionar la personalidad y las necesidades de cada uno con la lectura perfecta, aunque tanto ajetreo le resultaba agotador, pues no estaba hecha para pasarse el día charlando y socializando con los usuarios. Podía decirse que era un trabajo vocacional y, en ocasiones, cuando se sentía como un grano de arena en el vasto desierto de la vida, en un mundo donde los desafíos siempre cambiantes eran cada vez mayores, la sonrisa de un lector o el gesto de alivio de otro le recordaban que su trabajo era importante.

Dos vecinas —una de ellas la señora Padilla— cotilleaban muy juntas en el descansillo.

Callaron al verla aparecer.

Pilar no conocía bien a la otra mujer, la señora Sandoval, pero la veía tender la ropa y se sonreían cuando se cruzaban.

Tuvo un mal presentimiento al ver cómo la miraban.

Siempre había tenido una imaginación prolífica. De niña la mantenía ocupada. Puede que la vieran sentada tan tranquila, pero en su mente estaba muy lejos de allí corriendo aventuras. Leer no había hecho sino ampliar los horizontes de esa imaginación. Pero ahora…

—Buenas tardes.

Pilar se obligó a sonreír, intentando contener el temblor de la voz mientras desfilaban por su mente todas las cosas que podían haber sucedido desde que salió de casa por la mañana.

Las mujeres la miraron con idéntica expresión: una mezcla de lástima y miedo.

Lo primero que pensó Pilar fue en Enrique. Ella sabría si su marido había muerto, ¿no? Lo notaría en el pecho, cerca del corazón, sentiría que el hilo que los unía desde el momento en que se conocieron se había cortado irremediablemente.

—¿Ocurre algo?

Cerró los ojos y se preparó para lo peor.

—Zenaida nos ha dejado —respondió la señora Padilla en voz baja.

Pilar abrió los ojos.

—¿Cómo que nos ha dejado?

¿Quería decir que había dejado Cuba o que había muerto?

Zenaida no.

La mujer negó con la cabeza y le puso la mano en el brazo como si se hubiera dado cuenta de que estaba a punto de perder los nervios y quisiera tranquilizarla.

En todo el tiempo que llevaban viviendo allí, apenas habían cruzado los cumplidos de rigor, pero en ese momento, con el mundo desmoronándose a su alrededor, notar la mano de la mujer en el brazo era lo único que la mantenía en pie.

—Perdone, no era mi intención asustarla. Me refiero a que se ha ido del edificio. De La Habana. De Cuba.

Sintió un profundo alivio. Zenaida lo había logrado. Se alegró por ella. También agradeció que no le hubiera contado a la vecina que había ido a verla la víspera y que le había llevado un libro.

—Ya han venido a registrar el piso —añadió la señora Padilla.

Pues sí que se habían dado prisa. ¿Habrían encontrado algo incriminatorio y por eso tenían esa cara de preocupación?

—Tenemos un vecino nuevo —continuó la mujer.

Aquello la sorprendió, aunque lo cierto era que iba varios pasos por detrás en aquella conversación desde el primer momento. Después de lo que le había dicho Ignacio de que un hombre había preguntado por ella en la biblioteca, le inquietaba que se le ocurriera volver a buscarla.

—¿Ya hay alguien viviendo en el piso de Zenaida? —preguntó—. ¿Tan pronto?

Sinceramente, con todo lo que había ocurrido, no se le había pasado por la cabeza que fuera a llegar otra persona. Ya no era el piso de Zenaida, obviamente, el Estado se lo quedaba todo, pero la rapidez con que habían dado el piso a otro era bastante inquietante.

Las vecinas miraron hacia las escaleras, como esperando ver al nuevo residente. No sabía quién sería, pero Pilar tuvo la sensación de que no iba a ser bueno. Aquellas mujeres eran quienes dirigían el edificio. En silencio, pero todos sabían que eran las que más tiempo llevaban allí, las que más cosas habían visto, y los demás les mostraban respeto. Zenaida era la tercera pata del trío, pero ahora que no estaba, podía decirse que había quedado un vacío.

Era un buen edificio, bien situado. Que el nuevo hubiera conseguido el piso tan deprisa significaba que se trataba de alguien con contactos, alguien importante dentro del régimen castrista. La gente normal y corriente no conseguía un piso bueno en La Habana así como así.

—¿Y el nuevo residente? —preguntó Pilar.

—Es un hombre. Soltero —contestó la señora Padilla en apenas un susurro. Miró escaleras arriba y de nuevo a Pilar. Vaciló un instante en medio de un silencio estruendoso.

¿Qué era lo que no le estaba diciendo?

—Es militar. Un comandante del ejército, creo.

Pilar sintió ganas de vomitar.

¿Sería una coincidencia? Ya era mala suerte que uno de los comandantes de Fidel Castro necesitara un lugar donde vivir justo cuando el piso de Zenaida se quedaba libre. Puede ser. La vida tenía una extraña y horrible forma de retorcerse de manera sorprendente.

Si Pilar fuera una persona con una, digamos, fértil imaginación, podría pensar que no era una coincidencia. Que, probablemente, el edificio estaría en una lista en alguna parte, que ella estaría también en una lista por ser la mujer de Enrique y que, al presentarse la oportunidad, las víboras habían atacado.

Si fuera una persona con una imaginación que tendía a desbordarse, podría aterrarle que hubieran puesto allí a ese comandante para espiarla, para controlar sus movimientos. ¿Sería el mismo hombre que había preguntado por ella en la biblioteca? ¿Su presencia allí tendría algo que ver con los actos de Enrique o se trataba de otra cosa?

Ojalá lo supiera.

Se despidió de las mujeres y se obligó a subir los escalones de uno en uno, poniendo un pie pesado como el acero delante del otro, y juraría que oyó un murmullo, aunque no sabría decir si procedente de las mujeres o de su propia imaginación.

«Ten cuidado».



6

EVA
Boston, 1900

A finales de junio, cinco barcos militares estadounidenses trasladaron a Eva y los demás docentes, unos mil trescientos en total, desde Cuba hasta Boston. Puede que decidieran utilizar barcos de guerra por cuestiones de logística. Al fin y al cabo, era una cantidad enorme de profesores, la mitad de todos los educadores que había en Cuba. Pero también cabía la posibilidad de que hubiera sido una decisión diplomática con la intención de mandar un mensaje inequívoco del poderío y la fuerza de los Estados Unidos. Fuera lo que fuera, ver aquellos barcos le hizo revivir recuerdos desagradables de un tiempo en que la presencia militar había sido una constante en su vida, con la armada española decidida a subyugar a Cuba y los estadounidenses librando su propia guerra

contra España en terreno cubano. Desde el principio, los barcos marcaron la pauta del viaje para que Eva no lo olvidara.

Iba a Harvard a representar a su país, a su gente. Todo lo demás era secundario.

El viaje a bordo del Sedgwick fue bastante tranquilo; el miedo a marearse se le olvidó rápidamente. Cuando era pequeña, su madre le contaba historias de un abuelo pirata que llegó a Cuba desde alta mar. Puede que algo de él corriera por sus venas, que le hubiera trasladado esa inesperada predisposición a la aventura. Estaba decidida a dejar constancia de todo lo que viviera en el viaje, anotar hasta el más mínimo detalle. Todas y cada una de las sensaciones, desde el balanceo del barco hasta la vista del horizonte lejano, quedaron catalogadas y recordadas como inspiración para un futuro libro, o puede que ese mismo. A lo mejor podía hacer que sus personajes vivieran una gran aventura como la que acababa de emprender ella. Llevaba un cuaderno en el que iba anotando sus observaciones, como la forma en que el viento le agitaba el pelo en la cubierta o el color que tenía el agua en alta mar, cuando no se veía tierra por ninguna parte.

Y, de repente, en algún punto entre La Habana y Cambridge, ocurrió algo de lo más extraño. Se fijó en que cada vez usaba menos el cuaderno y se dedicaba más a sentir el sol en la cara cuando estaba en la cubierta y a oír el estruendo de las olas. Estaba convirtiéndose en otra persona, mudando la piel de la mujer que era en La Habana —profesora, huérfana, trabajadora incansable para hacerse un hueco en un mundo, con frecuencia, hostil— y se deleitaba con cosas que no había experimentado nunca, disfrutaba de momentos que antes había pasado por alto.

Llevaban dos días en Boston. En Harvard recibieron una acogida tan calurosa que Eva no podía hacer otra cosa que sonreír y asentir ante las demostraciones de cariño.

—¿Nerviosa? —le susurró al oído su compañera de habitación, Dolores.

Las dos estaban de pie, vestidas con sus mejores ropas, a punto de salir. Eva había escogido una blusa blanca y una falda azul marino para la ocasión, a juego con un sombrero, también azul, sobre el recogido. Se había comprado el conjunto un mes antes, justo después de la reunión con el director en la que había aceptado formar parte del programa de verano en Estados Unidos.

Dolores le había caído bien casi desde el principio. Daba clases en un barrio residencial de La Habana y era tan extrovertida como Eva callada, lo que facilitaba mucho el asunto. A Eva le costaba aprenderse el nombre de todas las personas nuevas que estaban conociendo, pero le seguía la corriente a su compañera.

—Siento que todos nos miran —susurró Eva sin dejar de sonreír.

A un lado estaba su carabina, cuya presencia se requería para defender la «virtud» de las mujeres. Que los hombres no requiriesen acompañante era bastante insultante, aunque para nada sorprendente, teniendo en cuenta la preocupación que había expresado mucha gente en Cuba porque las mujeres participaran en un programa que iba a alejarlas tanto de casa. Eva no tenía a nadie que pusiera objeciones a su marcha, y llevaba tanto tiempo viviendo sola que esas conversaciones no tenían lugar en su realidad. Los hombres se alojarían en las residencias para estudiantes de la universidad, mientras que las mujeres se instalarían en casas privadas en los alrededores de las facultades.

En el caso de los hombres se daba la circunstancia excepcional de que iban a Estados Unidos a estudiar en una universidad con una reputación distinguida como Harvard. Sobre las mujeres pesaba la misma responsabilidad —representar a su país—, con la novedad y el desafío añadidos de que iban a entrar en el corazón de una comunidad académica dominada por los hombres. Seguro que los docentes del programa que tenían la piel más oscura que Eva iban a notar aún más la atención y las miradas de la gente. El estudiante habitual en Harvard era blanco y hombre, pero eso iba a cambiar, aunque solo fuera durante el verano, gracias a ella y a los demás profesores cubanos. Estaba por ver la aceptación que iban a recibir.

Algunos de esos hombres blancos de Harvard miraban a las mujeres como si fueran bichos raros. Se daban codazos, y Eva los oía reírse por lo bajo y gastar bromas en tono amistoso. No todos los hombres en Harvard, aunque sí bastantes, pensaban en algo más que en la historia de Estados Unidos.

Algunos de los docentes se habían quejado de sus alojamientos, pero la habitación que compartía con Dolores era de lo más cómoda, y mucho más agradable que su austero piso de La Habana. Como estaba cerca del campus, era agradable ir caminando, pese a lo mucho que la había sorprendido el calor y la humedad que hacía en Boston en verano; ella había creído que en el norte tendrían un clima más frío. Echaba de menos la brisa del mar de la isla, y aun así, todo era tan novedoso que no podía por menos de preguntarse por el aspecto que tendrían los árboles cuando cambiaran de color en otoño, o la transformación de las calles bajo el manto blanco de la nieve.

Delante de un precioso árbol, un militar daba un discurso ante un grupo de personas. Ver aquel uniforme le produjo toda clase de emociones. Eva había vivido en La Habana durante la guerra y, aunque ella se había librado de algunos de los horrores a los que había tenido que enfrentarse la gente que vivía en las zonas rurales, no quería volver a ver un uniforme militar en la vida.

Eva miró a sus colegas y se preguntó qué pensarían del discurso de aquel hombre. La mayoría no hablaban inglés y muchos solo entendían unas pocas palabras. Una de las oportunidades que suponía aquel curso de verano era precisamente la posibilidad de recibir clases de inglés. Iban a dividir a los participantes por niveles. Aprender un idioma tan enrevesado como ese en solo seis semanas intimidaba, aunque suponía que la inmersión lingüística la ayudaría, y le estaba muy agradecida a su tío por haberle enseñado ya algo. Tenía la sensación de que le había resultado más fácil aprender de pequeña, y había progresado mucho más cuando todo era más nuevo que ahora.

La actividad prevista para ese día podía decirse que era una mezcla de bienvenida y celebración, pues era 4 de julio, el Día de la Independencia de Estados Unidos. Todos hacían gala de su orgullo y su patriotismo haciendo ondear banderas del país, que habían tenido la cortesía de intercalar con la bandera de Cuba para dar la bienvenida a sus invitados.

Eva no sabía muy bien con qué se iban a encontrar a su llegada a Cambridge, pero jamás habría imaginado que vería la nueva bandera cubana ondear por todas partes. La bandera por la que muchos habían muerto tenía un gran significado. Era su esperanza de futuro, de una Cuba libre e independiente.

La fiesta de bienvenida era la primera oportunidad de causar buena impresión y estaba decidida a representar a su país como era debido. La bandera cubana la llenó de un rebosante orgullo nacional. Al día siguiente, el presidente de la universidad, Charles Eliot, sería el encargado del discurso de bienvenida en el teatro Sanders. El calendario previsto para el curso de verano estaba lleno de actividades, y Eva había hablado más en los últimos dos días que en toda la semana previa. Estaba tan acostumbrada a estar sola cuando terminaban las clases que aún no se había adaptado del todo al cambio y a su estatus de «celebridad».

Tras la solemnidad del discurso, los profesores atravesaron Harvard Yard, la zona ajardinada en el centro del campus, en dirección al parque de Cambridge Common, a modo de exhibición de la representación cubana. Eva agachaba la cabeza, demasiado abrumada por la atención. No era de extrañar, puesto que el programa lo habían promovido en las altas esferas diplomáticas cubano-estadounidenses, y se imaginaba que la buena gente de Boston merecía sacar partido de su dinero, ya que el programa cultural se había financiado con los setenta mil dólares conseguidos a través de donaciones personales. Era tanto dinero que Eva se mareaba solo de pensarlo.

¿Qué pensarían los ciudadanos bostonianos de los docentes cubanos que habían desembarcado en su ciudad? ¿Esa buena voluntad suya ayudaría a Cuba a luchar por su independencia?

La primera semana se pasó a toda velocidad entre clases, excursiones y eventos sociales tras los que caía en la cama

exhausta. El calendario de actividades había sido organizado con precisión militar. Era obvio que pretendían que aprovecharan el intercambio cultural al máximo. Dedicaban la mañana a ir a clase y por las tardes hacían visitas guiadas a diversos lugares cercanos a Boston y Cambridge.

Era realmente impresionante el cuidado que habían puesto en la organización del programa. ¿Sería el primero de muchos otros intercambios culturales entre ambos países? Era la primera vez que se hacía algo de ese estilo y dejaba el listón muy alto para futuras actividades, eso seguro.

El tiempo que había previsto dedicar a su libro estaba repleto de almuerzos y cenas, y por la noche, cuando pensaba que estaría ansiosa por sentarse en el pequeño escritorio de la habitación para continuar con la historia que tenía empezada, se tumbaba en la cama y miraba al techo mientras charlaba con Dolores hasta que una de las dos se quedaba dormida.

Se sentía culpable por no echar más de menos a sus personajes, por ser capaz de tomarse un respiro de ellos cuando le habían hecho compañía durante tantos años. Sabía que era una bobada; no eran reales, aunque en cierto modo para ella sí lo habían sido. En cierto modo los había abandonado: cuando ella había necesitado aquellas voces y esas historias en su cabeza para seguir adelante, los había convertido en parte de su vida diaria, y ahora que tenía una vida muy activa en Harvard, no le había supuesto ningún problema olvidarse de ellos.

Y es que había muchas cosas interesantes que hacer en Boston.

Dos veces a la semana organizaban bailes en el salón multiusos Hemenway del campus. Tenía solo un vestido adecuado para la

ocasión, uno de color melocotón que le había regalado la madre de una alumna en agradecimiento por dar clases a su hija.

—Pienso bailar toda la noche —dijo Dolores según entraban en el salón.

Eva echó un vistazo a los asistentes y le sorprendió ver a tanta gente allí de pie mirándolas, cuaderno en mano. Debería haber supuesto que iría la prensa, dado que había cubierto todas las actividades de la delegación desde su llegada a Boston nueve días atrás, pero aquello era un cambio tan radical con respecto a su vida en Cuba que aún no se había habituado.

Apartó la vista de los periodistas y miró a su compañera, que parecía ajena y totalmente despreocupada por la atención que despertaban.

—¿Toda la noche? ¿No vas a descansar? —preguntó con una sonrisa.

—Nada. Quiero que me duelan los pies a medianoche —contestó Dolores.

Su compañera sentía verdadera pasión por la música, algo que Eva había descubierto casi de inmediato. Su anfitriona tenía un piano en el salón de la casa y había invitado a Dolores a tocar cuando quisiera. Eva no había pensado nunca en las otras formas que había de contar una historia, pero no tardó en comprender que Dolores se expresaba a través de la música igual que ella lo hacía con la escritura.

—Pues me parece que no te va a costar nada —comentó Eva, señalando a continuación a los caballeros que las observaban. Entre los jóvenes que estudiaban en Harvard y los profesores cubanos, no había escasez de parejas de baile precisamente.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Dolores—. ¿Vas a bailar? —Dirigió a los asistentes una sonrisa tan arrebatadora que hizo tambalear a algunos hombres.

Eva se rio mientras entrelazaba el brazo con el de su compañera.

—Ja, dices eso porque no me has visto bailar. Puede que baste una sonrisa para conseguir pareja de baile, pero te aseguro que no me durará. Bailo fatal.

Dolores sonrió.

—No me sorprende en absoluto. Supongo que le das demasiadas vueltas.

—¿Que le doy demasiadas vueltas?

—Sí. Te imagino preocupada todo el tiempo por si te equivocas o pisas al pobre hombre.

—Dudo mucho que lesionar a los nobles estudiantes de Harvard a base de pisotones sea bueno desde el punto de vista diplomático.

Dolores le tiró del brazo y la empujó hacia la pista de baile.

—¿Tenemos que ser diplomáticas todo el tiempo que vayamos a estar aquí? Yo no he hecho el viaje desde La Habana para pasarme el día en el aula. Quiero bailar. Quiero divertirme esta noche. Enseñar a alguno de estos a bailar el danzón cubano.

—Deberías —respondió Eva, señalando a uno de los profesores de la delegación cubana que estaba de pie junto a la mesa de los refrescos—. A juzgar por cómo te miran, creo que no vas a tener que esperar mucho para encontrar pareja.

Y se soltó delicadamente de ella.

Dolores suspiró.

—No vas a bailar, ¿verdad?

—Me temo que no. Pero pienso ir a por uno de esos pastelitos de allí.

Por lo que a ella se refería, un pastel era infinitamente mejor que cualquier baile.

Eva se abrió paso entre la gente que abarrotaba el salón en dirección hacia la mesa de los postres. La noche estaba muy animada y, aunque no le apeteciera especialmente ir al baile, estaba claro que todos lo estaban pasando muy bien.

Desde el principio del viaje, sus colegas habían expresado muchos de los temores que ella misma sentía —como que el programa de intercambio fuera un intento de Estados Unidos de imponer sus ideas en las escuelas cubanas—, pero cuanto más tiempo pasaba en Harvard, más obvio le parecía que lo que se estaba fraguando entre los educadores estadounidenses y los cubanos era verdadera camaradería. A juzgar por el ambiente que había en el baile —y viendo que algunos no dejaban de echarse miraditas— más de un romance estaba floreciendo en el grupo.

Sintió ganas de escribir algo sobre la escena que se estaba desarrollando frente a ella, anotar sus observaciones. Había romance en su libro, dos personajes se enamoraban, pero le estaba costando mucho escribir esa parte.

Había leído historias de amor. Novelas románticas en las que el chico conquistaba a la chica. Había creído que podría describir ese tipo de emociones en sus personajes, que podría meterse en su piel y hacer que los sentimientos cobraran vida, pero cada vez que se sentaba con intención de escribir la escena, no sabía por dónde empezar. Era como si a su héroe… le faltara algo. Algo que no conseguía identificar, pero era una cualidad esencial que sabía que

necesitaba para que tanto ella como el lector se enamorasen de él. En su caso, no solo no se sentía capaz de enamorarse de él, sino peor aún, ni siquiera le caía bien. Y si ella no disfrutaba de su compañía, ¿cómo demonios iba a conseguir que los lectores quisieran pasar horas con él?

El problema era que su experiencia con los hombres era limitada, una forma muy optimista de decirlo. Los años en los que debería haberse dedicado a conocer pretendientes y enamorarse los había vivido en guerra, la lucha de Cuba por la independencia de España primero, y luego, tras la explosión del USS Maine en el puerto de La Habana, la breve guerra entre Estados Unidos y España dentro de Cuba. Muchos de los hombres que podría haber conocido y de los que podría haberse enamorado estaban luchando por su país, y aunque no hubiera sido así, su vida giraba en torno a la supervivencia. Cuando se acostaba al final de cada día no había tiempo para soñar despierta con una historia de amor, tan solo una inmensa sensación de alivio por seguir viva cuando muchos otros no lo estaban. Y luego, tras la guerra que se saldó con la derrota de España por parte de Estados Unidos y que dejó la isla en esa especie de estancamiento, fue como si se le hubieran quitado todas las ganas de tener un romance. Ya no era la misma persona de antes, pero tampoco sabía en quién se había convertido. Todo se le antojaba irreconocible, no solo su país, sino ella misma.

Eva había comenzado a escribir durante la guerra y había descubierto que una vez que empezaba, no podía parar.

Puede que Dolores tuviera razón. A lo mejor debería haber bailado, haber estado dispuesta a sacrificar algunos pies

estadounidenses en nombre de la noble causa de documentarse para su libro.

Cogió un delicado pastelillo de azúcar de aspecto delicioso. Sin embargo, y pese a lo mucho que le apetecía comérselo, le resultó demasiado dulce. La guerra le había cambiado sus gustos también.

¿Cómo narraría la escena si ella fuera un personaje de la novela? Podría poner que un hombre apuesto se acercaba a ella, confinada al rincón de las tímidas, y la sacaba a bailar. Ella mostraría reticencia, por supuesto, pero al final aceptaría y se pasarían la noche entera bailando.

Dolores pasó girando entre los brazos de uno de los profesores cubanos. Eva lo reconoció del viaje en el barco. Tenía una risa atronadora y la capacidad de atraer a las multitudes cuando contaba alguna historia. Se cruzó con la mirada de Dolores, que le sonrió de oreja a oreja un segundo antes de alejarse girando entre el revuelo de la falda.

Eva cerró los ojos un momento y se dejó envolver por la maravillosa sensación de ver la felicidad en la cara de su amiga, de sentir que a lo mejor habían salido por fin del túnel de la guerra, pues algo como ese baile en la Universidad de Harvard, nada menos, habría sido inconcebible tan solo dos años antes.

Después de todo lo que habían vivido, las humillaciones y los horrores sufridos a manos de los españoles, tal vez fuera ese el futuro con el que todos habían soñado en Cuba, que se les presentaba por fases en vez de todo de una vez. A lo mejor era una oportunidad de vivir una vida llena de placeres sencillos, preocupaciones insignificantes en vez de la opresiva sensación de derrota que solían tener.

De repente, se sintió abrumada por la emoción. Se dirigió hacia la puerta del salón con intención de salir a tomar el aire y alejarse un momento de la mirada inquisitiva de los periodistas, que aguardaban de pie en los márgenes del salón con el cuaderno y el bolígrafo preparados.

¿Qué escribirían sobre ella?

Notó el peso de las miradas curiosas, pero agachó la cabeza hasta que salió. Inspiró hondo una, dos veces.

Se apoyó en el edificio y miró el cielo oscuro notando que recuperaba la serenidad. A veces resultaba igual de difícil asimilar lo bueno y lo malo. Las cosas formaban un todo, se entrelazaban en un tapiz de recuerdos y emociones que aún le costaba desentrañar.

—Hola.

Eva se enderezó.

Había un hombre junto a la puerta por la que acababa de salir ella. Las sombras lo ocultaban casi por completo y no se apreciaban bien sus facciones. Pero entonces dio un paso y otro hasta que salió a la luz.

Vestía un traje de verano un poco grande para su cuerpo larguirucho y desgarbado. Se diría que no era una prenda hecha a medida, como las que vestían muchos de los jóvenes adinerados que se paseaban por el campus, sino que la había conseguido por otros medios. Tenía el pelo oscuro y un poco revuelto. Sujetaba suavemente un cigarrillo entre los dedos. Era guapo, pero no de una forma llamativa; no era el tipo de hombre guapo que haría que una mujer se sintiera incómoda en su presencia, sino más bien una especie de rompecabezas que hay que formar con cuidado para poder apreciar el resultado final.

Igual que antes, al ver a su amiga divertirse bailando, Eva se permitió disfrutar del momento: contempló los pómulos afilados, el verde profundo de sus ojos, la constitución delgada y las extremidades largas, catalogando sus rasgos como lo haría un artista, preguntándose qué partes de él incorporaría a su novela cuando retomara la escritura. Su tío le había llevado una vez una edición de *Cumbres borrascosas* con la intención de que le sirviera de inspiración, pues sabía que quería ser escritora, y el hombre que tenía delante era justo como se había imaginado ella a Heathcliff entonces, mientras devoraba la novela.

El hombre abrió mucho los ojos durante un segundo, sorprendido quizá por su abierto escrutinio. Eva sintió como si se hubieran intercambiado los papeles temporalmente, después de todo el tiempo que habían estado mirándola a ella.

—Perdón, no lo había visto —dijo Eva—. No pretendía interrumpir.

Quería decirle algo más, aclararle que no lo miraba de esa forma por un interés amoroso, sino más bien por curiosidad profesional, pero ¿cómo explicárselo sin ofenderlo? Además, no le salían las palabras. Si hablar en inglés a solas ya la ponía nerviosa, imaginarse con un hombre al lado y…

—No se disculpe —respondió él—. He salido a descansar un poco de la fiesta. Imagino que a usted le habrá pasado lo mismo.

Eva asintió con la cabeza, consciente de cómo ella había salido buscando aire fresco. Pillarla mirándolo sin ningún disimulo después de salir atropelladamente del salón no la hacía parecer una señorita educada precisamente. Para nada la persona modélica, el modelo de perfección que quería mostrar a los medios que la observaban, a ella y a los demás profesores.

—Soy James. —Se llevó el cigarrillo a los labios—. James Webber.

—Eva Fuentes.

—Eva —pronunció el nombre despacio, como memorizándolo, saboreándolo, demorándose en él como había hecho ella al verlo. Curvó los labios en una amplia sonrisa y el gesto le suavizó las facciones en cierto modo—. Bienvenida a Harvard.

—Gracias —contestó ella. Vaciló un momento mientras buscaba las palabras que expresaran lo abrumada que se sentía sin ofenderlo—. Nunca me habían recibido de una manera tan calurosa.

Él se rio.

—Somos gente hospitalaria. Pero es verdad que se ha montado una buena con vuestra visita. Admito que Cuba ha generado una gran curiosidad a juzgar por cómo habéis copado las noticias en los periódicos desde hace tiempo. Supongo que todos nos sentimos involucrados en vuestro futuro. Es como cuando por fin conoces a alguien de quien llevas años oyendo hablar.

Durante la guerra de Independencia, algunos compatriotas habían creído que Estados Unidos era la respuesta a sus intentos de librarse del yugo español, que con la ayuda de tan poderoso vecino podrían librarse por fin de los españoles. Muchos cubanos habían adoptado esa postura en ciudades estadounidenses, estableciendo poderosas relaciones con la prensa y tratando de conseguir el apoyo de distintos grupos de presión. Todos los que se habían visto empujados al exilio en la época, como su tío, aprovecharon el tiempo que vivieron en Estados Unidos para defender la independencia cubana. No cabía duda de que habían conseguido su objetivo de llamar la atención de Estados Unidos. Ahora estaba por ver si dicha influencia resultaría beneficiosa para Cuba. A muchos les

preocupaba que tras la expulsión de España, Estados Unidos destinara sus recursos a instaurar su propio dominio sobre la isla.

—¿Qué te parece nuestra ciudad de momento? —preguntó James.

—Es muy bonita.

Dentro del poco tiempo libre que tenían, a Eva le gustaba explorar el campus con Dolores, pasear por las bonitas calles. Era una ciudad muy distinta de La Habana, pero encantadora igualmente. Se preguntaba cómo sería poder viajar y conocer otros lugares, cómo sería el mundo y si los libros que leía eran la única forma que tendría de vivirlo.

—¿Echas de menos Cuba? ¿De dónde eres? ¿De la ciudad o del campo?

—De La Habana. Pensé que la echaría de menos, puesto que es la primera vez que viajo al extranjero, pero lo cierto es que están pasando muchas cosas y no me da tiempo a extrañarla. Cada día tenemos actividades, conocemos gente nueva, aprendemos cosas.

Hablaba más despacio en inglés que en español; le resultaba un poco frustrante tener que pensar tanto las palabras, sobre todo para alguien cuya vida estaba definida por ellas, alguien que había dado por sentado que nunca le fallarían cuando tuviera que echar mano de ellas. Había una especie de intrepidez, de valentía, en el hecho de expresarse sin saber si se estaba cometiendo algún error o cómo se tomaban los demás el esfuerzo que suponía.

—Cuando me ofrecieron la posibilidad de venir, no era consciente de la gran oportunidad que sería. Harvard ha tirado la casa por la ventana para traernos. Por no hablar de la gente de Boston. Nunca pensé que nos recibirían como lo han hecho.

—Tiene que ser abrumador a veces. Me refiero a la sensación de estar bajo el microscopio, con la prensa siempre encima de vosotros.

Eva se quedó sorprendida. ¿Tan evidente era? ¿Acaso llevaba escrito en la cara que era así como se sentía?

—Lo es —admitió—. No dejo de repetirme que tengo que hacer como si los periodistas no estuvieran, disfrutar de la experiencia y sacar el máximo provecho sin preocuparme por lo que pensarán los demás. Pero no me sale.

Algunos de sus compañeros gestionaban el constante interés con la soltura de políticos curtidos.

—¿Dónde das clase en Cuba? —preguntó James, que se apoyó en el muro de ladrillo que tenía detrás, como poniéndose cómodo para charlar largo y tendido.

El movimiento los dejó más cerca de mirarse a los ojos, pero pese a estar medio tirado sobre la pared, seguía resaltando su esbelta constitución. Debía de medir algo más de un metro ochenta y, de repente, Eva se sintió pequeña ante su presencia.

Había algo íntimo también en su postura, una relajación que daba la impresión de que fueran amigos de toda la vida en vez de dos personas que acababan de conocerse.

A Eva le gustaba la comodidad, la sensación de prescindir de formalidades. Casi todo su tiempo se regía por la responsabilidad de representar a su profesión, a su país y a sí misma; era agradable ser Eva a secas por una vez.

—Doy clase en una pequeña escuela de señoritas en La Habana —respondió en español automáticamente antes de cambiar al inglés.

En Boston soñaba en los dos idiomas. El séptimo día en la ciudad se despertó sorprendida al darse cuenta por primera vez en su vida

de que había soñado en inglés y no en español. Sin duda era el resultado de vivir gran parte del día en un ambiente donde se hablaba ese idioma.

James sonrió.

—Tus alumnas deben de disfrutar mucho en tus clases. Se te ha iluminado la cara al responder.

Eva se sonrojó.

—Soy afortunada porque me gusta mi trabajo.

—¿Y bailar? ¿Te gusta? —preguntó con un gesto hacia el salón.

—No especialmente —admitió—. No he tenido mucho tiempo para bailar. O para practicar. La guerra no fue una época fácil.

—¿Cómo era? —preguntó, poniéndose serio, como si percibiera sus sentimientos ocultos.

—¿Tú no has combatido?

Eva sabía que muchos se habían alistado voluntariamente tras la explosión del USS Maine.

—No, pero seguí la guerra de cerca. Se convirtió en una obsesión para todos.

Eva cerró los ojos un momento. En su mente ya no estaba en Massachusetts, sino en casa, y lo sintió de lleno, la aguda punzada de dolor.

—Yo no lo pasé tan mal como otros —siguió ella cuando abrió los ojos de nuevo—. Fue horrible.

¿Cómo le explicabas a alguien que mientras la guerra arrasaba Cuba, mientras mucha gente sufría, ella había seguido dando clase a sus alumnas y ocupándose de su madre cuando cayó enferma, y lavando la ropa cuando podía, y cocinando cuando conseguía comida, y tratando —no le quedaba otra— de seguir viviendo

aunque el mundo que conocía se estuviera viniendo abajo? Pero podía haber sido peor. La penosa situación de los «reconcentrados» encerrados en campos de concentración infernales dirigidos por los españoles sin duda había puesto de relieve ese hecho. Cuando terminó la guerra, no tenían hogares a los que regresar: los españoles habían arrasado el campo para acabar con todo el apoyo a los revolucionarios independentistas. La Habana y las ciudades no habían sufrido el mismo grado de destrucción, aunque los efectos de la guerra siguieron notándose después de la expulsión de los españoles.

James no respondió, y Eva agradeció el silencio, puesto que parecía que respetaba el muro que había levantado en lo tocante a ese tema. Ella no había ido hasta allí para entretener a los estadounidenses con su dolor. Quería que se respetaran unos límites. Si tenía que tomar parte en aquella representación pública, lo haría, pero establecería condiciones para ello.

—¿Y tú a qué te dedicas? —preguntó, con cierto embarazo por haber revelado tantas cosas sobre sí misma a un hombre al que acababa de conocer.

Él miró el suelo y el pelo le cayó sobre la frente al bajar la cabeza. Se enderezó y apartó el mechón de la cara.

—Soy escritor.

—¿En serio? ¿Qué escribes?

El hombre se rio.

—Buena pregunta. Yo sigo tratando de responderla. Admito que la inspiración no me llega con la frecuencia que a mí me gustaría. Tengo algo entre manos, pero… ahora mismo me provoca más frustración que otra cosa. —Se encogió de hombros.

A Eva le parecía natural contestar que ella también escribía, hablarle del libro que estaba escribiendo, decirle que lo entendía perfectamente, pero ya había desvelado bastante de sí misma.

James tenía algo que hacía que fuera fácil hablar con él. Tal vez lo pensara porque muchos de los jóvenes que conocía tendían a llenar los silencios en las conversaciones con opiniones y pensamientos propios. Ese intercambio suponía un gran esfuerzo para alguien poco dado a sociabilizar, para ella era difícil, pues su personalidad le impedía inmiscuirse así entre pausas.

—¿Qué te llevó a escribir? —le preguntó. Tenía curiosidad por saber cómo se sentía otro escritor. No conocía a nadie que escribiera. Por mucho que le gustara la intimidad que proporcionaba la escritura, a veces desearía tener a alguien con quien compartir sus ideas. Menos mal que sí tenía el apoyo de otros en su profesión de docente. Pero escribir era una actividad muy solitaria.

¿Se sentiría él igual?

La guerra había pulido sus palabras, forjadas en la pérdida. ¿Qué era lo que había dado forma a las suyas?

—Supongo que pensé que tenía algo que decir —respondió él—. Es imposible no ver la influencia que tiene la palabra escrita en la época que vivimos. Por algo se llamó a la guerra contra España la guerra de la prensa. Estamos ante el inicio de un mundo de transformación social en el que las circunstancias de nacimiento no son lo que nos define, un mundo en el que parece que todo es posible. Quiero formar parte de ello.

Resultaba extraño que los dos vivieran en el mismo mundo y que, sin embargo, ocuparan espacios tan diferentes. Eva se dio cuenta de que esos sentimientos que acababa de expresar James resonaban

en su interior, solo que no podía aprobarlos. Sí, España ya no estaba, y sí, Cuba era «libre», y tenía algo así como una tímida sensación de que las cosas estaban mejorando, de que tal vez hubiera pasado ya lo peor, pero no sabía si fiarse, no sabía si creer que podía hablar con conocimiento de causa. James escribía para hacerse oír, porque había un lugar en el mundo para él. Eva escribía para asimilar lo que había vivido, para hablar desde allí porque era el único lugar desde el que podía hacerlo. La página en blanco la escuchaba cuando nadie más lo hacía. Escribía sin saber si alguien llegaría a leerlo, sin saber si sus palabras tenían alguna importancia. Envidiaba la seguridad que tenía James de que sus palabras marcarían la diferencia.

—¿Por qué has venido a Harvard? —cambió de tema James, dirigiendo la atención de nuevo hacia ella.

—Para representar a mi país. Di clases durante la guerra, pero la lucha no me afectó en mi vida como les ocurrió a muchos otros. Era mi oportunidad de hacer algo, aunque no fuera gran cosa.

James guardó silencio un momento y la miró mientras pensaba en ello detenidamente. Eva notó que se ponía colorada y agachó la cabeza, algo incómoda bajo el escrutinio.

—Hay muchas formas de demostrar el amor hacia tu país —respondió al cabo—. No deberías pensar que lo que estás haciendo aquí no importa. Sí importa.

Era curioso cómo unas pocas palabras podían reconfortar como un abrazo.

—Gracias. —Eva volvió la cabeza hacia la entrada del salón—. Tengo que volver a la fiesta. Es cierto que solo quería tomar un poco el aire.

¿Cuánto tiempo llevaba allí fuera hablando con él? ¿Un cuarto de hora? ¿Media hora? ¿Estaría buscándola su carabina?

Una expresión que tal vez fuera pesar invadió momentáneamente los ojos de James.

—Espero que volvamos a encontrarnos.

—Me gustaría —murmuró Eva. Admitirlo y, por algún motivo inexplicable, también tener la certeza de que no tardarían en volver a verse, hicieron que se sonrojara.

Una nueva aventura.



7

MARGO
Londres, 2024

No debería estar allí.

Margo miró a ambos lados de la calle una, dos veces. Sentía la tensión en todo el cuerpo, las piernas inmóviles. El deseo apremiante de irse era abrumador y, a pesar de ello, echó a andar hacia delante.

Tendría que haber llamado antes. Tendría que haber concertado una reunión por teléfono o por correo electrónico. Tendría que haberlo hecho de manera oficial, puesto que ya no tenían ninguna relación personal.

Margo observó el edificio de ladrillo rojo con detalles de piedra en los bordes. Había tres plantas con grandes ventanales frente a ella.

La cuarta era una azotea con jardín, no mucho más grande que el espacio delante de la casa, pero impresionante teniendo en cuenta

los precios de los inmuebles en esa parte de Londres. Una barandilla negra de hierro forjado bordeaba toda la azotea, con unos postes que se elevaban hacia el cielo como certeras flechas. Solía contemplar la puesta de sol sobre la ciudad desde detrás de la barandilla y preguntarse cómo había podido tener tanta suerte en la vida.

Se veía luz en la ventana de la estancia principal.

Margo se dirigió hacia la puerta. Fue a sacar la llave del bolso como había hecho tantas veces, pero se detuvo al recordar que aquella ya no era su casa, que ya no tenía llave, que ya no tenía nada allí.

Llamó al telefonillo de todos modos.

Pasaron diez segundos. Veinte. Treinta.

Margo contaba entre respiraciones, tratando de calmarse. Y cuando decidió que lo mejor era marcharse y retrocedió, la pesada puerta barnizada de negro se abrió.

Al otro lado del umbral estaba una mujer rubia y guapa con una sudadera extragrande que Margo conocía muy bien, sus piernas kilométricas cubiertas por unas mallas negras.

La mujer abrió mucho los ojos al verla, y Margo imaginó el aspecto que tendría.

Se oía música dentro y reconoció una de las canciones de inmediato, conocía la lista de reproducción, y recordó muchas veladas con una copa de vino en la mano.

Aquella mujer rubia, quienquiera que fuese, se había hecho un hueco en la vida anterior de Margo.

—Lo siento, no sé por qué he venido —soltó ella sin pensar, pero lo lamentó nada más decirlo.

Se oyeron pasos por el pasillo. La mujer se giró, lo que dejaba a Margo la excusa perfecta para desaparecer, la oportunidad de echar a correr, de alejarse de Kensington y de su pasado.

Pero no lo hizo. En su lugar se quedó paralizada en la puerta, incapaz de hacer otra cosa más que esperar…

Alguien salió de la cocina. Lo primero que vio fue su sonrisa, clavándose en ella y partiéndola en dos.

El hombre miraba a la mujer rubia, no había reparado aún en ella.

—¿Sasha? —dijo con preocupación.

Si no le doliera tanto, si no fuera tan horrible, le habría hecho gracia lo cómico de su reacción. Empezó a ponerse histérica. Deseó poder retroceder varias horas, volver al momento en el que había llegado al metro esa misma tarde, ajena por completo a lo que iba a suceder.

El hombre se tropezó y tuvo que apoyarse en la pared. Era tan impropio de él que casi consiguió sacar a Margo del terror que la atenazaba. El Luke que ella conocía nunca daba un paso en falso.

—Lo siento… Yo… —masculló Margo, sin acertar con las palabras.

¿Qué más podía decir aparte de que había metido la pata presentándose allí?

—Tengo que hablar contigo —consiguió decir finalmente.

Sintió que Luke la observaba y se dio cuenta demasiado tarde de que tendría que haberse aseado antes de ir.

Luke se le acercó rápidamente.

—¿Estás bien? Estás sangrando.

De repente estaba allí mismo, delante de ella. Le habría bastado con alargar el brazo para apoyar la palma de la mano en su pecho y agarrarlo de la ropa para acercarlo a ella como solía hacer…

—No es mía, la sangre, digo. Me habré tocado la cara sin querer después de…

Se le quebró la voz al comprender que iba manchada de sangre del señor Thornton. Le dieron ganas de vomitar.

—¿Qué pasa, Luke? —interrumpió Sasha.

—Lo siento —dijo este, apartándose de Margo—. Dame un segundo.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Sasha.

Luke inspiró profundamente como si estuviera cogiendo fuerzas para hacer algo que se le antojaba muy desagradable.

—Mi exmujer.

Margo observó su reflejo en el espejo del aseo. Se había limpiado la sangre, pero la toalla de color marfil de Luke había quedado moteada de rojo. La madre de este les había regalado la ropa de cama y baño cuando se casaron. A Margo nunca le habían interesado mucho las tareas domésticas, y menos aún en una época en la que había destinado todas sus energías a levantar su empresa. Seguro que la mujer solo pretendía ayudar, pero ella se lo había tomado como una crítica a sus capacidades domésticas, o la falta de ellas, mejor dicho.

Al fin y al cabo, se suponía que ella podía hacerlo todo, ¿no? Dirigir una empresa, ir a pilates al menos tres veces por semana, administrar el dinero y las tareas del hogar, dedicar tiempo a las amistades, la familia y la pareja, por supuesto, tener tiempo libre y realizar aficiones sobre las que poder hablar con conocimiento y entusiasmo en las fiestas, encontrar la paz interior y tener la cena

hecha para Luke cuando los dos volvían a casa después de un día agotador. Seguro que era posible. O eso decían todos esos artículos de las revistas que leía poniendo los ojos en blanco y con la desagradable sensación de ser una inútil. Por no hablar de los perfiles en redes sociales que había seguido en busca de inspiración, pero siempre terminaba apagando el móvil mientras se preguntaba cómo porras se las apañaba aquella gente para hacer tantas cosas, y al final se tumbaba delante de la tele.

Había intentado ser una buena esposa, de verdad que sí, pero no existía ninguna guía que te dijera cómo hacerlo. Su orgullo, y su autoestima procedían de su trabajo, de haber levantado su propio negocio, de saberse independiente y capaz de cuidarse ella sola si fuera necesario. Todo lo había hecho de forma natural. El resto no tanto.

Sus padres se divorciaron cuando era pequeña, por lo que no tenía un modelo de matrimonio sano y funcional en el que fijarse. De hecho, su madre había vuelto a casarse con un hombre que vivía en Scottsdale cuando ella tenía veinte años, hecho que solo las había separado aún más. Nunca habían estado muy unidas, no era una madre a quien hacer confidencias y pedir consejo. La madre de Luke, aunque tenía buena intención, era demasiado refinada, demasiado perfecta, y las pocas veces que ella había intentado sincerarse sobre sus dificultades, el tema la horrorizaba, aunque siempre intentaba disimular con educación.

Margo echó la toalla en el cesto de la ropa sucia. Había quedado hecha una pena. Anotó mentalmente pedir a Bea que le enviara una nueva.

Abrió la puerta y salió al vestíbulo. De la cocina llegaba el olor de lo que Luke y su ¿novia? estaban cocinando. Parecía algún tipo de guiso de pollo, estilo francés, a juzgar por el olor a especias.

Se oía música tenue y el tintineo de los utensilios de cocina; Sasha estaba pagando el enfado en la cocina. ¿Le había contado Luke que había estado casado? Imaginaba lo que le habría dicho: que había sido un acto impulsivo, que lo suyo se terminó tan deprisa como empezó.

No, imposible que Luke se abriera tanto.

Margo se detuvo un momento en el umbral del estudio e inspiró profundamente para reunir el valor. Abrió la puerta y fue como retroceder en el tiempo. La estancia estaba tal y como la recordaba, excepto por las fotos que tenía antes en la mesa. No estaba la del viaje a París, en el que le dolieron las mejillas de frío y de reírse. Tampoco estaba la foto de su boda, pero no pudo evitar el alivio al ver que no la había sustituido por una con Sasha. Aunque supuso que acabaría pasando. El día que le dijo que sería mejor divorciarse supo que en algún momento pasaría página. Simplemente, había dado por sentado que seguiría con su vida sin que ello afectara a la suya. Que igual lo vería por la calle o se encontraría con un conocido común que le diría por casualidad que había vuelto a casarse, y entonces ella sonreiría y diría que se alegraba por él, y sería verdad en gran parte, y solo moriría un poquito por dentro.

Más o menos como le estaba pasando en ese momento.

Luke estaba apoyado en una esquina de su mesa, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los brazos también cruzados. Se golpeaba el antebrazo nervioso. Le costaba mucho quedarse sentado sin hacer nada cuando estaba inquieto o impaciente, como si

necesitara estar preparado para hacer frente a la situación que fuera. Le echó un rápido vistazo de arriba abajo para comprobar que estaba bien y que no sangraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Margo inspiró profundamente.

—El señor Thornton ha muerto. Lo han asesinado en la librería. Apuñalado. Yo lo encontré.

Luke separó los brazos, se apartó de la mesa y fue hasta ella. Se detuvo muy cerca. Margo notó su vacilación, y vio que el impulso de consolarla desaparecía tan deprisa como había surgido. Estaba claro que no era la única que estaba atascada entre el pasado y el presente.

—¿Cuándo?

—Hace un par de horas. Aún vivía cuando llegué —añadió esto último mientras se preguntaba si él estaría repasando la cronología y se habría dado cuenta de que no se habían cruzado entre ellos por muy poco. Y que también se había cruzado con el asesino.

—Lo siento —dijo Luke—. Sé que lo respetabas mucho. Era un buen hombre. Se notaba que le importaban mucho los libros, conseguir que sus clientes se fueran contentos. Tú también le importabas mucho. Se preocupaba por ti.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Se produjo un silencio y, de pronto, Margo reconoció la forma en que la miró, como hacía cuando estaban juntos: calibrando las palabras, sopesando lo que iba a decir, decidiendo cuánto contarle.

Se conocieron en la universidad. Él tenía ocho años más que ella y había aprovechado su formación en arte para su trabajo dentro de la policía, donde se había especializado en robos de obras de arte.

Su trabajo siempre había sido un tema prohibido. Por entonces trabajaba en el Departamento de Delitos relacionados con obras de arte, casos de la Interpol, por lo general. No le contaba nada de lo que hacía, no compartía con ella el estrés del trabajo, no hablaban del día tan horrible que había tenido mientras cenaban. Eso no quería decir que no les afectara, claro. Ella aprendió a leer su estado de ánimo, sabía cuándo un caso lo llevaba de cabeza. El robo y el contrabando de arte solían estar relacionados con operaciones delictivas más amplias y, por su trabajo, Luke se encontraba con el lado malo del mundo. Eso siempre fue un muro entre ambos en su matrimonio. Había un lado de Luke que conocía bien: el del hombre que veía la tele por la noche en la cama con ella, el que se lo pasaba bien yendo al *pub* del barrio los fines de semana, el que la volvía loca cuando la besaba. Pero detrás de todo eso había un desconocido, un hombre que vivía en un mundo de secretos y peligros que la sumían en la preocupación cuando no volvía a casa por la noche.

Hacía mucho que no se sentía a gusto con otra persona, como si hubiera encontrado su lugar. Tras el divorcio de sus padres cuando solo tenía diez años, siempre se había sentido como si viviera en una especie de limbo. Ella era lo que quedaba de una familia pasada que los dos —su padre y su madre— habían rechazado, un vestigio que no encajaba del todo en la vida que cada uno había decidido crearse. Puede que fuera ese el motivo por el que se había enamorado de Luke tan rápido, agradecida por ello incluso, aunque no estuviera buscando nada en ese momento, aunque no supiera qué hacer con él y con su matrimonio. Había decidido adoptar el mismo enfoque con el matrimonio que con su empresa: finge hasta

que lo consigas. Había subestimado lo difícil que sería el aspecto emocional.

Al año de casarse, Luke le preguntó si quería que empezaran a intentar tener un hijo y ella había respondido con una carcajada ante lo ridículo de la pregunta. No podía pensar en algo así cuando le costaba llegar a todas sus responsabilidades.

A él no le pareció tan gracioso como a ella, no entendía por qué perseguía una vida que estaba fuera de su alcance. Sus amigos y colegas eran mayores que ella, estaban todos establecidos en el aspecto laboral y centrados en el familiar. Ella seguía compitiendo. Y cuando le dijo que un trabajo tan peligroso e impredecible como el suyo no era lo mejor para criar a un hijo, la relación comenzó a deteriorarse hasta que las pullas se volvieron demasiado afiladas y permanentes.

Margo sacó el móvil y pinchó en la foto borrosa que le había enviado Greer. Se la enseñó.

Luke la miró un segundo sin dejar que viera su expresión y, finalmente, la miró a ella.

—¿De dónde la has sacado?

—¿Qué hacías en la librería? —repuso ella.

—Fui a recoger un libro de historia naval para mi padre —respondió él con tono lacónico.

—Buen intento.

—A mi padre le gustan los libros de historia naval.

—¿Qué hacías allí? —insistió.

—¿Quién te ha dado la foto?

Margo se cruzó de brazos y contuvo las ganas de golpear el suelo con el pie derecho como Luke le había echado en cara una vez

durante una pelea. Ese era el problema entre ellos, que eran capaces de saber lo que pensaba el otro, de leer su expresión corporal con solo mirarse.

—Un cliente —respondió Margo—. A ver si lo adivino: fuiste por trabajo. Alguien te ha contratado para que le busques un libro y fuiste porque conocías a la persona capaz de rastrear cualquier libro raro.

«Y eso lo aprendiste de mí».

Tras meses de peleas por el tema de conciliar los hijos con sus respectivos trabajos y el hecho de que no tenían esa «tribu» que todo el mundo decía que necesitaban, Luke había sugerido que si el problema era su trabajo, tal vez él tendría que cambiar de trabajo. Con su formación en arte, la red de contactos que había creado con el tiempo y su habilidad para rastrear objetos, pensó que lo más lógico era que trabajaran juntos. De esa forma, si lo que preocupaba a Margo era conseguir levantar su empresa y formar una familia, trabajar juntos les permitiría encontrar el equilibrio.

La teoría sonaba bien. Y la realidad era que los dos querían arreglar lo que parecía irremediablemente roto entre ellos, pero trabajar juntos no era la solución que los dos habían esperado. Y hacerlo solo sirvió para acelerar el derrumbe.

Luke no disfrutaba tanto buscando antigüedades y otros objetos perdidos como ella y, aunque nunca lo dijo, aunque fingía estar contento con la decisión que había tomado, Margo sabía que lo lamentaba, que echaba de menos la emoción de su antiguo trabajo.

El resultado: Reynolds-Walsh Acquisitions estaba tan muerto como su matrimonio, el divorcio empresarial tan real como el personal.

Lo último que había sabido de él —al final los dos se dedicaban a un área de negocio relativamente pequeña— era que había abierto una agencia de investigaciones y que le iba muy bien. Y por inteligente y trabajador que fuera, mentiría si dijera que no le había escocido un poco ver la despampanante oficina que se había montado en Westminster. Había buscado la página web de la empresa en un momento de debilidad, y pensó que probablemente no habría tenido que sufrir los dolores de cabeza normales de cuando estabas empezando un negocio propio porque contaba con un fondo familiar, un colchón que ella nunca había tenido.

—¿Y tú qué hacías allí? —contraatacó él—. ¿Era un asunto personal o profesional?

—He aceptado un trabajo nuevo esta semana. Trato con un intermediario y su jefe quiere que le consiga un libro. Uno raro. —Lo miró de frente—. Creo que es el mismo libro que te han encargado a ti. Pero te confieso que estoy un poco confusa. Sabía que ahora te dedicas a la investigación privada, casos de fraude a las compañías de seguros, ¿no es así?

Luke abrió los ojos un poco más de lo normal, sorprendido tal vez al percatarse de que Margo había seguido su carrera.

—Nos ocupamos de distintos tipos de investigaciones.

—¿Eso incluye buscar libros raros?

Luke vaciló un momento antes de contestar.

—Por lo general, no.

—Entonces, ¿qué hacías allí hoy?

—Ayudar a un compañero.

Margo esperó unos instantes a que le diera algún tipo de explicación, pero, siguiendo su exasperante modo de proceder

habitual, no lo hizo.

—El señor Thornton me dijo algo mientras agonizaba. —Margo tragó saliva—. Me dijo que tuviera cuidado. Dijo exactamente: «Quieren el libro» o eso es lo que me pareció entender. Se lo dije a la policía, pero vi claramente que pensaron que exageraba. No estaba… no estaba en mi mejor momento.

—Margo —dijo, pronunciando su nombre como si fuera un apodo cariñoso—. ¿Te han contratado para que busques *Tiempo para olvidar*?

—Sí —respondió ella con el corazón acelerado.

Luke soltó una palabrota por lo bajo.

—¿Quién es tu cliente?

—No voy a decírtelo. A menos que tú me digas quién te ha contratado a ti.

—Nadie me ha contratado. Tienes razón, ya no hago ese tipo de trabajos. No era lo mío, pero sospecho que tú ya lo sabías cuando estuvimos trabajando juntos.

Sí que lo sabía.

—Uno de mis investigadores recibió el encargo. Tenía una relación personal con el cliente, de modo que, aunque no era su especialidad, lo aceptó como un favor. Pero han tenido que hospitalizarlo inesperadamente, algo de la vesícula, y me estoy ocupando yo. —Vaciló un momento buscando la manera más adecuada de decirle algo—. Me enteré de que estaba buscando un libro y, después del tiempo que trabajé contigo, pensé que yo era el más indicado para el caso. Acababa de cerrar un caso de falsificación, así que podía ocuparme. No parecía muy complicado.

—Yo pensé lo mismo —admitió ella—. Encontrar un libro no podía ser tan difícil.

—Exacto.

Y por el momento había un muerto.

—Entonces, ¿fuiste a ver al señor Thornton? —continuó él.

—Sí, ayer. Me dijo que otra persona le había preguntado por el mismo libro. Tenía un fichero con lo que había descubierto sobre él, que no era mucho, e iba a pasármelo. Pero no se refería a ti ni a los tuyos, ¿verdad?

Luke negó con la cabeza.

—¿Y habías quedado esta tarde con él para que te contara lo que había descubierto?

—Sí.

—¿Te dijo algo sobre la persona que fue a verlo?

Margo le dio la descripción básica que le había hecho el librero.

—¿Podría ser tu cliente? —preguntó Margo.

—No nos hemos visto en persona. Toda la correspondencia es vía correo electrónico. Pero mi cliente es una mujer. —La estudió un momento—. ¿Crees que pudo ser tu cliente?

—No lo sé, pero no lo creo. Me comunico a través de un intermediario. No tiene sentido que me contrate y que luego obstaculice la investigación.

—¿Te dio la impresión de que Thornton estuviera asustado o de que lo hubieran amenazado?

—No, en absoluto. Si acaso, tenía curiosidad por saber a qué se debía el repentino interés por el libro. Estaba de muy buen humor cuando lo vi. Me regaló un libro.

—¿Tenía enemigos? —preguntó él.

—No creo. Ayer lo vi y no me dijo nada. A ver, no éramos amigos íntimos tampoco. Si tenía algún problema con alguien, no creo que me lo contara. Teníamos una relación profesional.

—Teníais mucho más. Erais amigos. Era evidente que se preocupaba por ti.

Margo tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta.

—Era un buen hombre. Yo lo respetaba mucho.

—Lo sé —respondió él, y la dulzura con que lo dijo se le hizo casi insoportable.

Se miró los pies. Le daba vergüenza mirarlo y que viera que estaba llorando. Vio que tenía una salpicadura de sangre en el lateral derecho de la bota marrón.

Levantó de golpe la cabeza con el estómago revuelto, incapaz de soportar la visión de la sangre. En ese momento decidió que iba a tirar todo lo que llevaba puesto.

—¿Hoy era la primera vez que ibas a verlo para preguntarle por el libro? —preguntó Margo, cambiando de tema.

Luke asintió con la cabeza.

—¿Qué te dijo?

—No mucho —admitió—. Que había oído hablar de él, lo que me sorprendió, ya que no era conocido.

La miró con expresión interrogativa, como queriendo confirmar que a ella le habían contado lo mismo. Margo inclinó la cabeza en señal de confirmación.

—Me dijo que me llamaría —prosiguió Luke.

¿Pensaba contarle el señor Thornton que Luke estaba buscando el mismo libro que ella? Se había quedado preocupado por ella tras el

divorcio, por lo que no le habría extrañado que pensara contárselo, puesto que siempre había tenido más confianza con ella que con Luke.

—¿Has hablado del libro con la policía?

—Les he dicho que estaba ayudándome a localizar un libro. No me dio la impresión de que les pareciera un dato especialmente pertinente. Lo anotaron y ya. Creen que fue un robo. Al parecer ha habido varios en la zona, como el atraco en una panadería. Creen que el grado de violencia de los ataques está aumentando. Puede que el señor Thornton ofreciera resistencia y los ladrones se pusieran nerviosos.

Cada vez que lo pensaba, el instinto le decía que no. No se imaginaba al librero arriesgando la vida por dinero. Por un libro a lo mejor, pero ¿por unos cientos de libras? Habría cooperado.

—¿Te pareció que habían tocado la caja? —preguntó Luke—. ¿Viste indicios de que hubieran forzado la puerta de la entrada?

Margo inspiró profundamente y cerró los ojos un momento, tratando de recordar lo primero que pensó al entrar, intentando deshacer sus pasos. Le dijo todo lo que recordaba de la escena, del desorden.

—¿Dónde lo encontraste?

—En la trastienda… La jarra de la cafetera estaba tirada en el suelo, rota. Al principio pensé que igual se había herido él mismo. Es una tontería, ya lo sé. Todo me parecía surrealista. Jamás lo habría imaginado. No es precisamente un sitio en el que te encontrarías un cadáver, y menos aún una víctima de asesinato. Pero había mucha sangre. —Inspiró hondo. Agradeció sentir el oxígeno en los pulmones, que la ayudó a calmarse—. Estaba tendido bocabajo, y no

sabía si estaba vivo. Solo sabía que necesitaba ayuda, así que llamé al servicio de emergencias.

—Hiciste lo correcto.

Ella aceptó el cumplido asintiendo con la cabeza, deseando poder creerlo también. La verdad era que no había parado de dar vueltas al tiempo crucial que pasó entre que vio al librero y los servicios médicos declararon que había muerto, preguntándose si el resultado habría sido diferente si ella hubiera actuado con más premura, si hubiera ido más rápido al salir del metro, si no se hubiera detenido a leer el correo en el móvil, si hubiera presionado más fuerte la herida para detener la hemorragia, si hubiera llegado unos minutos antes.

—Creo que la persona que lo apuñaló estaba en la librería mientras yo le hacía compañía en la trastienda.

—¿Qué quieres decir? ¿Viste a alguien?

—Oí ruido mientras hablaba con la teleoperadora de emergencias. Pensé que eran la policía y los sanitarios, pero la mujer me dijo que aún les faltaban unos minutos para llegar. Había alguien en la parte delantera de la librería mientras yo estaba con el señor Thornton. Oí la campanilla de la entrada. Creo que quienquiera que fuera salió por la puerta.

Luke se volvió y fue hacia el carro de bebidas que había en un rincón del estudio. Un momento después se giró de nuevo hacia ella con dos vasos de *whisky* en las manos.

El familiar aroma invadió el aire, despertando sus recuerdos. Le quitó el vaso sin decir una palabra y sus dedos se rozaron. Notó que estaba a punto de perder los nervios. Se lo bebió de un trago. Luke no tocó el suyo.

—¿Crees que lo han matado por culpa del libro? —preguntó Margo —. No me dio la impresión de que fuera especialmente valioso. Raro sí, pero ahora pienso que se me ha escapado algo…

—A mí me dio la misma impresión. Llevo solo unos días con el caso. Como te he dicho, estaba terminando otro caso en Europa. La hospitalización de Mitch ha sido totalmente inesperada, y no sabemos cuánto tardará en recuperarse. Confiaba en que sería algo fácil. Lo último que necesita Mitch es preocuparse por el trabajo, pero sé que no podrá evitarlo.

De modo que la persona que había contratado a Mitch lo había hecho antes de que Greer y su jefe contactaran con ella.

Luke guardó silencio un par de segundos. Bebió un sorbo mientras la observaba por encima del vaso.

—Algo te ronda la cabeza.

Margo vaciló un momento.

—Creo que me están siguiendo.

Luke dejó el vaso encima de la mesa. Era una de las personas más ecuánimes que conocía. Podía contar con los dedos de una mano las veces que lo había visto perder los estribos, y todas ellas habían tenido lugar durante la nefasta disolución de su matrimonio.

Se percató de que en ese momento le estaba costando controlarse.

—Después de la reunión inicial con mi cliente en Mayfair, llamé a Bea para preguntarle si nos habían hecho la transferencia antes de ponerme a trabajar. Había mucha gente por la calle y empezó a nevar. Entonces me fijé en un tipo que caminaba detrás de mí. Había unas chicas jóvenes entre él y yo, y me pareció que las miraba demasiado. Me preocupó su actitud y decidí vigilarlo. Pero cuando

las chicas desaparecieron, él seguía allí. Pensé que lo había perdido cuando me metí en el metro, pero cuando salí de la librería y volví al metro, estaba en el andén. Yo conseguí meterme de un salto en el tren que llegaba de Notting Hill Gate y ahí fue cuando caí en la cuenta de que era el mismo hombre de antes.

—¿Y dices que ocurrió la primera vez que fuiste a la librería?

—Sí.

—¿Cómo era ese hombre?

—Rubio. Corpulento. Bastante alto.

—¿Algo más de uno ochenta?

Margo observó detenidamente a su exmarido. Luke medía uno noventa. Aquel hombre era más bajo y más corpulento que él.

—Por ahí, sí.

—¿Color de ojos?

Margo negó con la cabeza.

—No lo vi tan de cerca como para decirlo con seguridad. Claros a lo mejor. Él era de piel clara y musculoso.

—¿Cicatrices, tatuajes o algún rasgo que recuerdes?

—No.

—¿Has vuelto a verlo?

—Creo que no. —Lo miró—. ¿Tú te has fijado si te sigue alguien? ¿Te suena de algo ese hombre?

—No me he fijado en que me siguiera nadie.

—Pero alguien te ha hecho esa foto —añadió ella, indicando el móvil.

Luke asintió con la cabeza y apretó los labios con expresión adusta.

Margo pensó que no era normal que no se hubiera dado cuenta de que lo seguían. Luke apartó la mirada antes de contestar.

—Iba… iba distraído. No sabía qué sentiría al volver a ver al señor Thornton después de tanto tiempo. Después de lo nuestro.

Se produjo un silencio.

—¿Le contaste a la policía que te seguían? —preguntó él.

—No. La verdad es que no se me pasó por la cabeza. Solo pensaba en el señor Thornton. Ya te he dicho que los policías están convencidos de que fue un robo. Les preocupaba más saber si había visto a alguien que cualquier sugerencia que yo pudiera hacerles. Me parece que creyeron que estaba muy afectada y que no era una testigo fiable. Descartaron lo que les dije sobre el libro y, sinceramente, creo que si hubiera mencionado que me estaban siguiendo, habrían pasado de mí.

—¿Qué te preguntaron?

—No mucho. El motivo de mi reunión con el señor Thornton, lo que sabía de él, ese tipo de cosas.

—¿Cómo se llamaban los agentes con los que hablaste?

Margo le dio los nombres.

—No me suenan, pero puedo preguntar a mis antiguos compañeros.

—Gracias.

No pudo evitar preguntarse si la estaba interrogando porque le preocupaba su seguridad o para no dejar ningún cabo suelto en su propia investigación, pues los dos buscaban el libro.

—¿Vas a hablar con tu cliente? —preguntó Margo—. ¿Crees que podría ser la responsable de esto?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo. ¿Y tú? Si alguien me está siguiendo, tu cliente sería el primer sospechoso. Ha sido él quien te ha mandado la foto.

No se le había pasado por alto que la insistencia del jefe de Greer en trabajar con ella podría deberse a que sabía que era la exmujer de Luke y que su agencia también estaba buscando el libro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Luke—. ¿Vas a renunciar al encargo? Está claro que no puedes seguir trabajando para esa gente.

¿Cuántas veces habían tenido esa misma discusión? Antes, y aunque la molestaba, comprendía que se preocupara porque estaba acostumbrado a ver cosas terribles, lo cual influía en su perspectiva sobre el mundo del arte, radicalmente diferente de la de los clientes de Margo, que disfrutaban coleccionando objetos y le enviaban notas amables para agradecerle que hubiera encontrado tal o cual artículo.

Al principio de trabajar juntos, el instinto protector de Luke se intensificó, pero lo que nunca entendió —y a ella le había llevado sus buenas sesiones de terapia entender— fue que haberse criado sola, sin nadie en quien apoyarse, había hecho que le costara confiar en los demás. Los intentos de Luke de protegerla de las cosas desagradables, tanto en el trabajo como en la vida, habían conseguido que viviera con miedo y que se sintiera atrapada. Igual que la sugerencia de que tuvieran un hijo.

—Aún no lo he decidido —mintió, porque tenía toda la intención de devolverles el dinero y cortar la relación.

Luke abrió la boca para decir algo, pero la cerró seguidamente mientras negaba con la cabeza.

—Me preguntaba qué tal te iba —dijo al final—. Si estabas bien. —Silencio—. Ha pasado… ¿cuánto? ¿Un año y medio?

—Un año y nueve meses.

—Un año y nueve meses —repitió él.

La última vez que se vieron los acompañaban sus respectivos abogados para firmar los últimos documentos del divorcio. No se dirigieron la palabra. No había palabras que expresaran con precisión lo que sentían en aquel momento.

—Todo bien… hasta ahora —respondió Margo—. Ocupada. Trabajando. ¿Y tú?

—Igual. Acabo de cerrar un caso en Luxemburgo.

Luke siempre había tenido un horario agotador, ya desde que trabajaba en la policía. Recordaba cuando llegaba a altas horas de la noche, se metía en la cama hecho polvo y se abrazaba a ella con un suspiro de agotamiento. Aquellos eran sus momentos favoritos de casada, cuando la abrazaba y ella estaba ahí para reconfortarlo en vez de andar corriendo con la lengua fuera tratando de llegar a todo. Ella esperaba que trabajar juntos facilitara las cosas, pero Luke era Luke, él siempre lo daba todo o no hacía las cosas.

—Enhorabuena por tu nueva empresa, por cierto —dijo Margo—. Pensé en llamarte cuando me enteré de que te habías lanzado a trabajar por libre, pero no sabía si sería buena idea, no sabía si querrías hablar conmigo…

—Habría querido. Me refiero a que sí habría querido hablar contigo. Pero entiendo por qué no lo hiciste. Cuando me enteré de este caso, y de que Mitch no podía ocuparse, pensé en llamarte para pedirte ayuda. Al fin y al cabo, tú eres la experta en encontrar cosas. Supongo que ir a ver al señor Thornton me pareció…

No terminó la frase, sino que dejó las palabras flotando entre los dos, aunque ella sabía lo que quería decir.

Recurrir al señor Thornton le pareció una opción más sencilla en vista de lo mal que habían terminado las cosas entre ellos.

Margo inspiró profundamente y se giró hacia la cocina antes de mirarlo a él de nuevo.

—Dile a Sasha que lo siento, por favor, no pretendía asustarla. Lamento haber venido así a estas horas. —Sabía lo que tenía que decir, sabía que dadas las circunstancias tenía que mostrarse educada, aunque le doliera el alma—. Parece encantadora. Me alegra que seas feliz. Que te vayan bien las cosas.

Y era verdad que se alegraba por él. Siempre había creído que Luke se merecía estar con alguien maravilloso. Los dos habían tardado mucho en comprender que ella no era esa persona.

—Lo es —respondió él tan bajo que Margo casi no pudo oírlo por culpa de su retumbar de la sangre y el latido de su pulso.

Tenía que irse.

Se movió instintivamente con la intención de despedirse educadamente de él con un abrazo o un beso en la mejilla, pero de repente se detuvo.

¿Qué se creía que estaba haciendo?

Terminó despidiéndose con un torpe gesto de la mano.

Los labios de Luke se crisparon.

—Te diré algo sobre el libro en cuanto hable con mi cliente —dijo Luke—. Hablaré también con la policía.

A Margo le faltó tiempo para salir corriendo de la que en otro tiempo había sido su casa. Se metió las manos en los bolsillos del

abrigo para protegerse de la bofetada de aire frío. Apretó fuerte con la mano la memoria usb que le había dado el señor Thornton.

¿Por qué se la habría dado? ¿Y qué habría dentro?



8

PILAR
La Habana, 1966

La mañana estaba muy tranquila, pues la lluvia ahuyentaba a los lectores. En días como aquel, lo único que le apetecía era sentarse cómodamente a leer. Casi había terminado el libro de Eva, que no paraba de hacerle ojitos para que lo acabara.

No había dormido nada. Su piso había dejado de ser un santuario sabiendo que uno de los hombres de Castro vivía en el piso de al lado. Así que se sentó en la cama arrebujada entre las mantas, pendiente de cualquier ruido: el crujido de la madera del suelo, el ruido de mover muebles o cajas… ¿Se podía entrar sin más en la vida de otro, registrar sus cosas y tirar todo aquello que no le sirviera y robar lo que sí?

¿Ocurriría lo mismo con ella en algún momento? ¿Algún día llegarían otros a ese piso que había albergado sus esperanzas de

futuro con Enrique y harían lo que les pareciera con él? ¿Borrarían sus recuerdos? Era muy posible e igualmente insoportable.

Menos mal que tenía una lectura reconfortante, porque si no, no sabía cómo habría soportado toda la noche.

Cuanto más leía, más se preguntaba hasta qué punto la novela se había inspirado en las experiencias vividas por Eva en la Escuela de Verano, y si la misteriosa carta tendría que ver con el hombre que Eva había amado en la vida real y había perdido.

Pilar había leído la carta mil veces.

Era extraño, casi invasivo, leer la correspondencia íntima de otra persona, pero no dejaba de buscar pistas en la carta y en la novela que pudieran arrojar algo de luz sobre la vida de Eva y sobre cómo localizarla para entregarle el libro, tal y como le había pedido Zenaida. Y la carta parecía una extensión misma de la novela, pues la forma en que estaba escrita y los sentimientos que expresaba eran tan similares que parecía que estuvieran relacionados.

La protagonista del libro, Ana, era una profesora cubana que había participado en un intercambio cultural de verano en Boston. Le recordaba tanto a sí misma que a veces tenía que parar un momento la lectura, porque la realidad que destilaban las palabras la inundaba de pena. Para Ana —o la propia Eva—, el alargado espectro de la lucha de Cuba por la independencia se erguía amenazante, la incertidumbre del frágil futuro del país le impedía imaginar un futuro para sí misma. Era imposible no encontrar paralelismos entre las dificultades que había afrontado Cuba entonces y las que se le presentaban en el presente. Era como si la historia se repitiera, y los gritos de libertad que resonaban en las

páginas de la novela eran los mismos que latían en el corazón de Pilar.

Habían cambiado la tiranía de España por la dictadura de Fidel Castro.

¿Por eso había escrito el libro en inglés?, ¿porque iba dirigido al público estadounidense, que había tenido el control administrativo de Cuba en aquella época?

Pilar no estaba segura.

El libro tenía una parte política que retrataba con valentía el coste que la guerra había supuesto para el pueblo cubano. Pero en el fondo era la historia de amor entre Ana y el joven que conoció en Harvard. En eso, la autora también había sido valiente, al describir el enamoramiento desde el punto de vista de alguien que parecía entender las caras gemelas del amor y la pérdida, y era esa certeza, esa honradez, lo más fascinante del libro para Pilar. Aunque las separaran sesenta y cinco años, se preguntaba si Eva entendería por lo que estaba pasando Pilar ahora y lo inspiradora que le parecía su valentía.

Pilar se dirigió al fondo de la biblioteca, donde tenían los libros que estaban en peores condiciones o demasiado frágiles para prestarlos.

Había intentado mantener su actividad con los libros prohibidos al margen de la biblioteca para no implicar a Ignacio, pero ahora que tenía al enemigo en casa, su piso ya no era un escondite seguro.

Sacó los libros de la bolsa que solía utilizar para hacer la compra de la semana. Dentro llevaba una docena de títulos, trece contando *Tiempo para olvidar*, del que aún no podía despedirse. El valor de aquellos libros variaba. Los había con un significado puramente

sentimental y otros importantes desde un punto de vista monetario, como una edición de *Don Quijote* de 1605, una Biblia medieval que había pertenecido a una de las familias más influyentes de Cuba, que se remontaba a la época del dominio español, o una edición rara de un libro de Hemingway, firmado y regalado por él mismo a un amigo durante el tiempo que vivió en La Habana.

No era gran cosa teniendo en cuenta la cantidad de posesiones que había incautado el gobierno castrista, pero cuando le entraba la angustia, Pilar trataba de convencerse de que sí era algo.

Pilar sacó los libros de la bolsa con rapidez y cuidado, y los colocó en las estanterías. Los títulos más antiguos eran también más delicados, y no le gustaba nada la forma descuidada con la que se veía obligada a transportarlos y almacenarlos. Algunos de los libros de la propia biblioteca estaban en proceso de restauración, y tenían una cubierta provisional. Pilar disimuló los libros secretos bajo esas cubiertas y los colocó en los estantes de forma que quedaban ocultos a plena vista. No era una solución permanente, ni siquiera valía como solución a largo plazo, pero no le quedaba otra hasta que encontrara otro escondite.

Tras arrestar a Enrique, la policía secreta había ido a la biblioteca a buscarla. Se la habían llevado detenida para interrogarla sobre las actividades de su marido. Lo cierto era que, aunque hubiera estado dispuesta a delatar a Enrique —algo del todo inconcebible—, no hubiera podido decirles nada. Enrique había sido muy cuidadoso para protegerla, de modo que, si bien sabía cosas a grandes rasgos, como que ayudaba a aquellos que estaban en el punto de mira del régimen, realmente no sabía con quién trabajaba ni dónde se encontraban los pisos francos que utilizaban ni ninguna de las otras

cosas que no paraban de preguntarle una y otra vez, tratando de doblegarla.

Al final la soltaron, convencidos probablemente de que aquella bibliotecaria estudiosa que había estado muerta de miedo todo el tiempo era la última persona que se prestaría a hacer algo ilegal.

Pilar guardó la bolsa en la habitación del personal y volvió corriendo al mostrador.

Tres nuevos usuarios habían entrado en la biblioteca mientras ella estaba con los libros secretos, y pasó la siguiente hora ayudándolos a encontrar varios libros, recomendando algunos de sus favoritos a una mujer joven que buscaba una novela de aventuras.

Ignacio se le acercó.

—Ha venido una persona que quiere hablar contigo —le dijo en voz baja—. Yo me quedo aquí.

Algo en la forma de rehuirle la mirada la llenó de ansiedad.

—¿Es el mismo hombre que vino el otro día para hablar conmigo?

¿Es que también iba a detenerla?

Ignacio negó con la cabeza.

Pilar se dio la vuelta con el corazón acelerado. Le temblaban las piernas mientras atravesaba el espacio ocupado por todos aquellos libros que tanto amaba.

Cuando llegó al fondo de la sala, giró a la derecha, hacia la salita que solían utilizar para las tareas administrativas y para los descansos.

Julio, el sobrino de Enrique, esperaba apoyado en una esquina de la mesa con el sombrero en la mano. Levantó la cabeza al oír el golpeteo de los gastados tacones en el suelo.

Pilar se detuvo al verlo.

Julio se incorporó.

—Pilar.

Y lo supo. Lo supo nada más verlo, por la expresión de sus ojos, la forma de pronunciar su nombre, la voz quebrada.

«Enrique no va a volver».

Las piernas se le doblaron y un rugido furioso le inundó la cabeza. Se agarró a una de las librerías de la sala para no venirse abajo de golpe y al hacerlo rozó suavemente el lomo de cuero de un libro. Se dejó caer al suelo despacio, sin fijarse casi en que Julio se había agachado delante de ella imitando su postura.

—Lo siento —susurró—. Lo siento muchísimo.

Como es lógico, desde el principio había sabido que la detención de Enrique no iba a terminar bien, que cuando se lo llevaron aquel día sería muy probablemente la última vez que lo vería con vida.

La lógica se lo decía, pero así y todo se permitió albergar contra todo pronóstico la esperanza de volver a verlo, porque la alternativa era, sencillamente, insoportable. A lo mejor se había hecho un favor albergando la esperanza, porque sin ella, jamás habría logrado sobrevivir los días siguientes a su detención.

«No va a volver».

Pilar se miró la delgada alianza de oro que llevaba en el dedo, la que le había puesto Enrique el mágico día de su boda. En aquel momento se había sentido invencible, con un futuro por delante, segura de que podrían vencer todos los obstáculos que encontraran en el camino.

No se había preparado para la revolución de Fidel Castro.

Nadie lo había hecho en realidad.

—¿Qué le pasó? —preguntó, y levantó la cabeza para mirar a Julio.

Por dura que fuera, necesitaba saber la verdad. Era el fin de su historia, una parte de su amor, como el día que se conocieron o el día que se casaron.

—Murió en prisión —respondió Julio—. O eso es lo que me ha dicho Esteban.

Pilar conocía bien a Esteban. Antes de que sus vidas se derrumbaran, antes de la Revolución, soñaba con ser cómico y artista. Era la clase de persona que iluminaba una sala con su espontaneidad y su trato fácil. Enrique y él habían crecido juntos y eran como hermanos.

—Esteban estaba en la celda con él cuando murió. Acaban de soltarlo y ha venido corriendo a decírmelo. —Vaciló un momento antes de seguir—. Me ha dicho que te pida disculpas por no venir a decírtelo en persona. No es… No es la persona que tú recuerdas.

Cuánto habría tenido que pasar. Cuánto habría tenido que pasar Enrique.

—¿Estaban juntos Enrique y Esteban?

Julio asintió con la cabeza.

—Los tenían en una celda común con otros hombres. Las condiciones eran horribles, por lo que le he entendido. Enrique estaba enfermo, desnutrido, y no pudo resistir lo que le hicieron…

Pilar veía que Julio elegía las palabras con cuidado tratando de evitar las partes más feas. Como si no hubieran oído los rumores o a los pelotones de fusilamiento. Como si no supieran hasta dónde estaba dispuesto a llegar el régimen con tal de reprimir a los disidentes.

—Lo siento muchísimo —susurró Julio, o así lo oyó Pilar entre el zumbido ensordecedor de sus oídos.

Julio se ofreció a acompañarla a casa, pero ella le dijo que prefería volver sola.

Siempre había sido una persona reservada, le incomodaba hablar de sus sentimientos con desconocidos. Por eso supo que Enrique era perfecto para ella, porque con él se había sentido más cómoda que con ninguna otra persona, como si ocuparan un espacio íntimo propio en el mundo que hacía de refugio mutuo.

Por fuera eran muy distintos: Pilar no era de las que hacían amigos con facilidad, mientras que Enrique era amigo de todos. A veces, al volver caminando del trabajo, se lo encontraba con la cabeza metida bajo el capó del coche de algún vecino intentando arreglarlo. Enrique era una persona muy sociable, una cualidad que Pilar adoraba y envidiaba a la vez. Si los papeles se hubieran cambiado, si le hubiera ocurrido algo a ella, Enrique habría buscado consuelo en la compañía de los demás. Ella prefería envolverse en un manto de soledad que la protegía del mundo exterior.

Recorrió las calles de la ciudad sin pensar siquiera. Pasó junto al lugar en el que solían reunirse muchos de sus vecinos, donde en otro tiempo la recibía Enrique con su risa fácil.

No había nadie.

Pilar atravesó el edificio y, al llegar a su descansillo, a la puerta de su piso, volvió en sí, al mundo real, a la inevitable realidad de que, desde ese momento y hasta el día que muriera, al otro lado de la puerta solo habría silencio. Enrique no volvería a estar allí

esperándola, no volvería a entrar sonriendo a darle un beso y contarle lo que había hecho ese día.

Le temblaba la mano cuando metió la llave en la cerradura, giró el pomo y empujó la puerta, que anunció su presencia con un sobrecogedor chirrido de bisagras.

Cerró la puerta tras de sí con el corazón en la garganta y lo observó todo con los ojos inundados de lágrimas. Le resultó extraño que estuviera igual que esa misma mañana antes de saber que su marido estaba muerto, y, al mismo tiempo, se le antojó algo totalmente nuevo, un sueño que ya no reconocía.

Sin embargo…

Alguien había estado allí.

La sensación de que algo no estaba como debería le produjo un escalofrío en la columna que atravesó el duelo.

El libro de poesía de Enrique no estaba donde él lo había dejado, esperando a que volviera. Estaba cerca, pero no en el lugar exacto. Tal vez no se habría dado cuenta si no hubiera estado mirando el libro todos esos meses, incapaz de cambiarlo de sitio; tan solo podía cogerlo para ponerlo de nuevo en el mismo lugar exacto después de pasar suavemente las páginas y acariciar las palabras de tinta.

Alguien había tocado las cosas de su marido, las había registrado.

Pero ¿por qué?

¿En busca de sus secretos o los de ella?

Se devanó los sesos tratando de encontrar una conexión entre los acontecimientos de los últimos días, desentrañar la coincidencia de que un hombre hubiera ido a la biblioteca en la que ella trabajaba a preguntar a Ignacio si era leal a la revolución, que el comandante se mudara al piso de al lado, la visita de Julio y que alguien se hubiera

colado en su casa. ¿Acaso les había dicho algo Enrique en sus últimas horas que los había llevado a su piso a rebuscar entre los restos de su vida en pareja una última vez? ¿O tenía que ver con su vecino?

Pilar lo recorrió todo con la mirada.

No era obvio: no estaba todo manga por hombro, pero ella sí notaba la invasión, las cosas fuera de su sitio unos milímetros.

¿Qué andaban buscando? ¿Quién estaba detrás?

Se oyó un crujido en alguna parte del edificio, pero con aquellas paredes tan finas costaba trabajo saber si el ruido procedía de su propio piso o del de algún vecino.

El miedo se mezcló con el dolor que amenazaba con partirla en dos. Un sollozo brotó de sus labios, pero lo sofocó tapándose la boca con la mano, tratando de no hacer ruido. Estaba a punto de perder los nervios, perder el control de lo que la rodeaba, un poco más a cada minuto que pasaba. Habían puesto su vida patas arriba, primero con la noticia de que su marido estaba muerto y ahora con la invasión de su intimidad.

Pilar había hecho el camino desde la biblioteca a su casa rogando que le llegara la muerte, un mantra que se repetía en su cabeza. Le había pedido a Dios que se la llevara a ella también, ya que le había parecido bien llevárselo a él, porque no quería vivir en un mundo sin Enrique.

Sin embargo, en ese momento, ahora que veía que sus súplicas a lo mejor eran oídas, Pilar miró hacia los fogones de la cocina, la enorme sartén de hierro que dejaba allí porque no cabía en los diminutos armarios. Dejó el bolso y agarró la sartén muy despacio y

en absoluto silencio. Después del saloncito se abría un arco que conducía al dormitorio y al cuarto de baño adyacente.

¿Seguía habiendo alguien en el piso? ¿Estaría escondido allí?

Por un momento dudó si no sería mejor salir a pedir ayuda, pero desechó la idea rápidamente. ¿A quién iba a pedirle ayuda? Sabía quiénes registrarían el piso, y si el régimen iba a por ella, nadie en toda La Habana podría ayudarla, no habría ningún escondite seguro. La red de Enrique se había disuelto tras la detención de él y de sus amigos, y no se le ocurría nadie que quisiera o pudiera ayudarla. No podía arriesgarse a poner en peligro a los seres queridos de su marido: a Julio, que tenía dos hijos, o a Esteban, que bastante había sufrido ya.

Entró en el dormitorio con la sartén en las manos, aunque le costaba sujetarla.

Con cada paso empezó a cuestionarse la sensatez de su decisión, pero una testarudez que no sabía que tenía la impulsaba hacia delante. Ya le habían arrebatado suficiente —a su marido, su país, su tranquilidad—; aquel piso era lo único que le quedaba, y se negaba a que se convirtiera en otra víctima de aquella maldita revolución.

Furiosa y sin nada que perder ya, comprendió que las personas eran capaces de cualquier cosa, que las circunstancias podían empujar a uno a actuar de un modo totalmente inesperado. Comprendió hasta dónde era capaz de llegar uno por venganza.

No había nadie en el dormitorio.

Entró y miró también en el cuarto de baño.

No había nadie allí tampoco.

Dejó la sartén en el borde de la cama, exhausta por el esfuerzo, y se dejó caer.

El corazón le dio un vuelco.

Alguien había levantado las tablas del suelo junto a la cama, las mismas bajo las cuales había tenido escondidos los libros hasta esa misma mañana. Quien lo hubiera hecho había tratado de que no se notara, pero al cerrar el hueco había colocado las tablas al revés, de manera que las vetas de la madera no encajaban. No era gran cosa, pero teniendo en cuenta el riesgo que corría, se había aprendido de memoria hasta el mínimo detalle. Sabía lo que habrían encontrado al levantar las tablas —nada de nada—, pero ¿disuadiría a los que habían entrado o seguirían buscando? ¿Qué sería lo próximo? ¿Revolver la biblioteca entera para ver si ocultaba algo?

Tenía que cambiar de sitio los libros que había dejado en el trabajo. Cuando empezó con aquello se había jurado dejar a Ignacio al margen, no arriesgar su libertad o la de su familia. Pero se estaba quedando sin opciones, se estaba quedando sin amigos.

Todos se habían marchado de Cuba, todos la habían abandonado, el círculo de personas en las que podía confiar se había reducido muchísimo.

El silencio la engulló, a pesar del ruido que producía el tráfico en la calle al otro lado de las ventanas.

«Mi marido está muerto. Mi marido está muerto».

Tenía que decirlo en alto, gritarlo, para que fuera real. ¿Cómo era posible que en un momento todo su mundo se hubiera venido abajo, que le hubieran arrebatado la vida entera? ¿Cómo podía ser que fuera de aquellas cuatro paredes siguiera oyéndose el claxon de los

coches o las mujeres tendieran la ropa o hicieran la cola para conseguir comida, y que su marido estuviera muerto?

¿Cómo iba a hacer para levantarse al día siguiente, ponerse un vestido e ir a la biblioteca como si tal cosa?

No había cuerpo que enterrar ni funeral que celebrar. Tan solo tenía la fina alianza de oro en el dedo y el recuerdo de haber amado y haber sido amada, y que en otro tiempo había albergado la esperanza de un mundo mejor que el actual.

Pasaron los minutos, las horas. El sol se puso y salieron las estrellas. Pilar observaba las tablas del suelo mal colocadas sentada en la cama, y por primera vez en la vida no pensaba en nada. No había… nada.

Un inmenso vacío.

Un ruido al otro lado de la pared la sacó de su estupor. Serían las once de la noche.

Era el portazo de la puerta de la entrada, seguido del grifo del agua, en el piso contiguo.

El piso de Zenaida.

El piso del comandante del ejército.

Más pisadas.

¿Habría sido él quien había registrado sus cosas?

¿Habría estado implicado en la muerte de Enrique? ¿Lo habría visto en sus últimos momentos antes de morir?

Pilar había empezado a esconder los libros cuando se lo llevaron. Era como si la crueldad del régimen hubiera liberado algo dentro de ella, una especie de rebeldía desconocida que no se manifestó hasta que se lo arrebataron todo y sintió el deseo de contraatacar. La

primera vez fue cuando una lectora de la biblioteca se acercó a ella llorando y le contó que se iba de Cuba.

Enrique no podía haberles dicho nada sobre los libros ocultos porque no lo sabía. Las únicas personas a las que se lo había contado eran las que habían acudido a ella en busca de ayuda. Pero ya no sabía en quién confiar, quién podría fingir con la intención de averiguar algo para contárselo después a la policía secreta. En los tiempos desesperados que corrían había gente que vendería a su propia madre para sobrevivir.

¿Habrían traicionado a Enrique?

¿La habría traicionado alguien a ella?

El miedo y la rabia se entrelazaron en su interior y, con el dolor de la pérdida, hizo lo único que se le ocurría: leer.



9

EVA
Boston, 1900

El libro era espantoso.

Eva miró la página, los tachones furiosos y las anotaciones rápidas. Pensaba que el hecho de estar allí, viviendo una aventura, la ayudaría a terminar la novela, pero en su lugar cada vez le costaba más encontrar las palabras.

La historia que había empezado en La Habana, esa a la que había dedicado años, no le decía nada. Los personajes eran unos desconocidos, la ambientación no tenía la fuerza de antes y las dudas que la asaltaron cuando decidió emprender la hazaña de escribir una novela estaban allí otra vez.

Le daban ganas de llorar.

O de gritar.

O de eliminar una o dos frases.

Le había resultado más fácil al principio, el día que decidió que iba a escribir una novela: la página en blanco del cuaderno estaba llena de posibilidades; era un mundo sin explotar que esperaba a ser descubierto. Las primeras palabras la llenaron de felicidad por la promesa que encerraban, por la forma en que las frases se unían y se encadenaban unas tras otras, dando forma inicial a algo que le costaba creer que hubiera salido de ella. Se sintió como una madre orgullosa. Pero luego algo cambió. La página en blanco pasó de representar la libertad a ser una exigencia.

«Dame de comer. Llénname de palabras».

Y después esa libertad se convirtió en la necesidad clara de responder a una pregunta inevitable que había llegado a odiar: «¿Y después qué?».

Pero lo que estaba ocurriendo en ese momento tal vez fuera la fase más crítica de todo el proceso. Ahora estaba ya tan cerca del final que podía saborearlo, y las dudas aparecieron otra vez, consciente de que si conseguía publicar la novela, tendría que ponerle título y, peor aún, la gente la leería. Gente que la conocía: sus alumnas, sus amigos, sus colegas, el director del colegio. Cuando la leyeran, conocerían sus pensamientos íntimos, y no sabía si estaba preparada para ese grado de intimidad, preparada para que la conocieran tanto. Tal vez fuera ese el motivo por el que le estaba costando tanto terminarla ahora que ya no era una idea abstracta, sino una entidad perfectamente formada que un día dejaría de estar en sus manos para pasar a manos de otros. ¿O sería que los personajes habían dejado de dialogar con ella? ¿Que la historia ya no le decía nada? Ojalá lo supiera.

Había ido hasta allí con la esperanza de que cambiar de escenario respecto a la habitación que compartía con Dolores la ayudaría a superar el bloqueo creativo, y no se le ocurría mejor sitio que el majestuoso edificio gótico que albergaba la biblioteca de la universidad.

«Pues no».

—Lo admito, yo pongo la misma cara cuando escribo, pero no creo que estés con un manuscrito que se te resiste de una manera frustrante, así que ahora tengo curiosidad. ¿Qué te ha hecho ese cuaderno?

Eva levantó la cabeza sorprendida. El acento estadounidense la sacó de la desastrosa escena ambientada en Cienfuegos y la devolvió a la biblioteca de Gore Hall.

Delante de ella estaba James, mirándola con esa expresión ligeramente divertida de la noche que se conocieron. Seguía siendo como lo recordaba: los mismos ojos penetrantes, el pelo oscuro un poco despeinado, una mancha de tinta asomándole del puño de la camisa blanca que llevaba debajo del traje beis. Su aspecto era igual de refinado que el de los otros alumnos, pero de su exterior sofisticado se desprendía cierto desaliño.

Había pensado en él muchas veces desde el baile dos noches atrás, preguntándose cuándo volverían a encontrarse. Lo había buscado entre la gente en el concierto y la recepción en el teatro Sanders a la que habían asistido la víspera, pero si estaba allí, no lo había visto.

También había escrito sobre él, sobre lo que sentía cuando lo veía, al comprender por fin esa agitación extraña que se describía en algún libro que había leído. Las palabras que habían surgido de la

pluma no encajaban en el estilo del libro, desentonaban en la escena entre un niño y su abuelo en una granja en Cienfuegos, escena que tenía que escribir, pero no acertaba a hacerlo, y, sin embargo, había sentido el impulso de poner las palabras sobre el papel, diseccionar cada momento grabado en su memoria.

—No es nada —respondió, cerrando el cuaderno para que no leyera nada.

La novela estaba en español, y era bastante improbable que James hablara español; se lo habría comentado la otra noche o se habría lanzado a decir alguna palabra, pero no quería arriesgarse.

—Mientes fatal, ¿sabes?

Lo dijo con despreocupación, como si se conocieran de toda la vida en vez de ser meros conocidos. Sacó una silla de la mesa a su lado y se sentó sin molestarse siquiera en preguntarle si le importaba que le hiciera compañía.

—¿Historia de Estados Unidos? Un tema de lo más aburrido —bromeó con una leve curvatura de los labios y ojos chispeantes.

Lo dijo con un volumen demasiado alto para una biblioteca, lo que llamó la atención. A James no pareció preocuparle en absoluto, pero Eva deseó que se los tragara la tierra y que su segundo encuentro hubiera tenido lugar en un sitio íntimo en vez de a la vista de todos en Gore Hall.

—No es historia de Estados Unidos.

Tenían clase de historia de Estados Unidos, y también estudiaban métodos de enseñanza estadounidenses, geografía, inglés, historia de la colonización española, bibliotecas y psicología. Además, las mujeres daban clases sobre educación infantil, mientras que los hombres lo hacían de carpintería.

James se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—Pues ahora sí que me tienes en ascuas, lo admito.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Porque siento curiosidad por ti. Las cosas que te gustan y lo que te frustra —añadió, señalando el cuaderno—. Lo pasé muy bien la otra noche charlando contigo fuera del baile. Te confieso que me preguntaba cuándo volveríamos a encontrarnos, y esperaba que fuera pronto.

Eva sintió un cosquilleo en el pecho y bajó la mirada. Aún no estaba preparada para que James adivinara lo que sentía, y según lo que él le decía, su rostro se leía como un libro abierto.

—Escribo —dijo por fin.

—¿Eres escritora?

James parecía más intrigado de lo que hubiera imaginado. Eva se obligó a levantar la cabeza mientras reunía todo el aplomo que había adquirido después de muchos años dando clases a señoritas que no siempre tenían ganas de aprender.

—Así es.

Ya estaba. Lo había dicho. Había reconocido que era escritora.

James se inclinó sobre la mesa, reduciendo la distancia entre los dos.

—¿Y qué escribes?

Eva inspiró hondo.

—Estoy con una novela.

Si le quitaba importancia o se burlaba de ella, al menos sabría el tipo de hombre que era. Mejor saberlo ya que dejar que la atracción aumentara si no era digno de su interés y su afecto.

—Por eso me entendiste el otro día, cuando te hablé de mis frustraciones.

Eva asintió con la cabeza.

—¿Y de qué va tu novela? —continuó James.

—Va de una familia en Cienfuegos, Cuba, a finales del siglo xix. Es una historia familiar que recorre distintas generaciones y las dificultades que atraviesa su granja. Está narrada desde dos perspectivas temporales, una desde el punto de vista de la tía y la otra desde el del sobrino. —Dudó un momento mientras ponía las ideas en orden—. Te seré sincera: he cambiado de protagonista media docena de veces por lo menos. El sobrino es quien dialoga conmigo ahora, así que creo que va a ser él.

—¿Tus personajes te hablan?

James se le acercó aún más al decir eso, apenas unos centímetros separaban el rostro de ambos, y fue entonces cuando Eva se dio cuenta de que también ella se había estado acercando, de modo que los dos estaban muy juntos. Los ojos curiosos simplemente habían desaparecido, como si no hubiera nadie más en la biblioteca, sino que estaban los dos solos otra vez en una burbuja propia de intimidad.

Esa era la conexión que ella había estado buscando, la capacidad de compartir esa parte de sí misma con alguien que la comprendiera.

—Sí —admitió—. Así fue como decidí que era el sobrino quien tenía que contar esa parte de la historia. No existía al principio, pero apareció mientras iba construyendo la familia en mi cabeza. Y de pronto…, no conseguía que dejara de hablar. Se llevaba muy bien

con su abuelo, que lo estaba preparando para tomar las riendas de la pequeña finca familiar.

—Me parece extraordinario. Eres capaz de ocuparte de todas tus actividades cotidianas y, a la vez, viajar mentalmente a una época y un lugar totalmente diferentes.

—Sí, creo que así es como logré sobrevivir a la guerra.

Nada más decirlo deseó poder comerse las palabras.

—¿Cómo?

Abrió la boca para darle una respuesta fácil que le quitara las ganas de seguir preguntando, pero en su lugar le dijo la verdad.

—Trasladando a mis personajes lo que yo sentía. Los miedos. Las esperanzas. La novela no hablaba de la guerra. No podría haber escrito sobre ese tema aunque hubiera querido. Aún es muy reciente, muy doloroso. Demasiado. Pero tenía un montón de inquietudes ahí dentro. Yo… —titubeó un momento con las emociones a flor de piel—. Yo no… no sabía qué hacer con ellas, así que cada día, cuando me iba a dormir, escribía. Y la historia empezó a cobrar forma. Los días en que sentía que no tenía motivos para levantarme de la cama, sobre todo tras perder a mi madre, mis personajes me hacían compañía. Que pudieran superar los retos que les ponía la vida delante me daba esperanzas para superar los míos.

James negó con la cabeza, disgustado.

—Estoy impresionado, en serio.

—¿Sí? ¿Por qué?

—La forma en que describes tu proceso de escritura, lo que significa para ti y cómo lo iniciaste, vivir un momento traumático y que de él brote un trabajo creativo… —dudó antes de continuar—.

Supongo que yo aún estoy buscando lo que quiero decir, algo que importe.

Se sonrojó. Esta vez fue él quien se mostró avergonzado, como si Eva le hubiera sonsacado una confesión que no estaba preparado para compartir con nadie, de forma que los dos estaban empatados.

—Alguien muy sabio me dijo una vez que hay muchas formas de demostrar el amor hacia tu país, de pensar que lo que haces sí importa —respondió ella.

James le sonrió.

—¿Te acuerdas?

Ella asintió con la cabeza y, viéndolo vulnerable y un poco incómodo, decidió contarle el resto.

—He pensado mucho en lo que hablamos la otra noche.

—Yo también —respondió él, reclinándose en la silla y mirando a su alrededor, como si acabara de darse cuenta de que no estaban a solas—. ¿Has ido a la playa?

—¿La playa?

James asintió con la cabeza.

—No, aún no —continuó ella.

—Yo te llevo. ¿Tienes algún plan para mañana por la tarde? Iremos también a mi heladería favorita.

Ella sonrió.

—¿Playa y helado? Una excursión perfecta.

—¿Dónde te hospedas?

Eva le dio la dirección en la que vivía con Dolores.

—Tenemos una cita.

Eva no sabía muy bien qué responder, nerviosa y emocionada a partes iguales. Imaginaba que no iba a conseguir escribir nada. Y a

continuación se le ocurrió algo de lo más extraño: ¿qué iba a ponerse?

—Tengo que irme —dijo James a continuación, mirándola fijamente y sin hacer ademán de moverse—. He venido a documentarme para mi libro.

Eva se moría de ganas de preguntarle, pero después del momento de inseguridad que le había confesado sentir, no quería forzarlo ni que se sintiera incómodo con su bloqueo creativo.

De repente se los imaginó en la misma mesa, trabajando juntos en sus respectivos libros, y aunque sabía que aún no estaba lista, que los sentimientos que estaba empezando a tener eran nuevos para ella, no podía pensar en otra cosa, una esperanza prometedora brotó en su interior.

—Buena suerte.

James le sonrió con ironía.

—Gracias, la necesito.

Tenía que preguntárselo.

—¿De qué va?

James vaciló antes de contestar.

—De un ambicioso periodista que encuentra un cadáver en la ciudad. ¿Te suena el crimen del pozo que tuvo lugar en Manhattan en 1800?

Eva negó con la cabeza.

—Fue el caso de un asesinato famoso que tuvo lugar en Nueva York hace un siglo y el escandaloso juicio que se produjo después. Mi libro se inspira en eso. Es una historia ficticia, pero mi protagonista se encuentra por casualidad con un crimen similar y termina enredado en un juicio sensacionalista.

—Fascinante.

—Eso espero. Ahora mismo es solo un montón de ideas buenas y una escritura que deja bastante que desear. Quería documentarme sobre el caso real para dar forma al caso ficticio. Espero haber avanzado antes de que nos veamos mañana. Una editorial pequeña de Boston que dirigen dos hermanos está interesada en la novela, o al menos en el proyecto que les he presentado, pero escribirla me está costando más de lo que creía.

Se levantó para irse.

—¿Me dejarás leer tu novela algún día? —preguntó James.

—Está en español —respondió ella, dando gracias en cierta manera por la intimidad que le proporcionó que estuviera escrita en su lengua materna—. ¿Hablas español? —preguntó, aunque sabía que no.

—No, es una pena. Me encantaría leerla. ¿Escribirás algo en inglés para mí algún día?

El corazón le dio un vuelco. Había algo muy íntimo en cómo había dicho «Me encantaría leerla», como si le hubiera cogido la mano y le hubiera acariciado la cara interna de la muñeca, donde el pulso le latía enloquecido.

—Puede que lo haga —respondió, y aunque quiso decirlo con un tono ligero y despreocupado, lo cierto es que parecía más una promesa.



10

MARGO
Londres, 2024

Margo no podía dormir.

Los números rojos del despertador se burlaban de ella. Eran solo las dos de la madrugada.

Cada vez que trataba de cerrar los ojos, se le aparecía el señor Thornton moribundo. La policía ya habría avisado a su familia. No estaba casado ni tenía hijos, solo tenía una hermana mayor, que vivía en Gales, con quien hablaba con frecuencia. Estaría destrozada. Todos los que lo hubieran conocido se quedarían atónitos.

Era uno de los hombres más buenos que había conocido, y pensar que alguien lo había atacado brutalmente en su propia tienda, que el asesino probablemente estuviera allí aún cuando llegó ella era…

Margo se levantó con el pulso acelerado y fue a comprobar una vez más que había cerrado con llave la puerta de la calle. Estaba

cerrada, igual que dos horas antes cuando se fue a la cama. Había puesto una silla del comedor debajo del pomo para más seguridad, y seguía tal como la había dejado.

Cuando la llamó para decirle que habían asesinado al señor Thornton, Bea se había ofrecido a ir a dormir con ella, pero Margo solo quería ducharse, cambiarse de ropa y meterse en la cama.

Había tirado a la basura la ropa que llevaba puesta.

Pero ahora lamentaba haber decidido quedarse sola.

Su piso se le hacía mucho menos acogedor a las dos de la madrugada que unas horas antes.

Margo fue a la mesa del comedor y se sentó en la otra silla delante del ordenador y la escasa información que había recabado sobre *Tiempo para olvidar*.

La memoria usb que le había entregado el señor Thornton antes de morir estaba encima del ordenador. Se había dicho que no iba a pasar nada por examinar lo que hubiera averiguado el hombre, que no lo hacía porque Luke estuviera implicado en el caso también o porque una vez que se metía de lleno en algo, no lo soltaba por nada del mundo.

Al día siguiente devolvería a su cliente el dinero que le había pagado. Y entregaría la memoria usb a la policía. Apenas se había involucrado en el caso.

La información que contenía el dispositivo proporcionaba un interesante contexto al libro, aunque no mencionaba el nombre de la primera persona que había ido a la librería preguntando por él, como ella esperaba.

El libro lo había publicado Reston Brothers Publishing, una editorial pequeña de Boston que había estado en funcionamiento

unos treinta años, desde finales del siglo xix hasta comienzos del xx. Los editores, Henry Reston y su hermano John, habían fallecido hacía ya tiempo, pero las esquelas podían consultarse en Internet, y Margo buscó información sobre sus nietos en una web que podía no ser del todo fiable.

Consultó el correo electrónico de nuevo para ver si le había respondido alguno de los familiares de la editorial con los que se había puesto en contacto por las redes sociales.

Nada de momento.

Se había repetido que no tenía nada de malo investigar un poco, al fin y al cabo no podía dormir. Y ya que estaba despierta a esas horas, mejor hacer algo productivo que pasar el tiempo dando vueltas a su conversación con Luke, o pensando en el momento en que llegó a la librería y se encontró al pobre señor Thornton. Si lo habían asesinado por el libro, no podía pasar por alto que ella era culpable en parte por haberlo implicado en el asunto.

Era muy remota la posibilidad de que los nietos de Henry o John Reston supieran algo sobre un libro que sus abuelos habían publicado más de un siglo antes, pero esas posibilidades remotas eran lo único que tenía en ese momento. El señor Thornton no había logrado encontrar mucho más sobre el libro, lo que debía de haberle resultado de lo más frustrante, pues estaba segura de que no había muchos libros que le hubieran supuesto un obstáculo infranqueable.

¿Qué tenía de especial ese? ¿Por qué había gente dispuesta a matar por ese libro?

Claro que, a fin de cuentas, ¿qué hacía que algo fuera valioso? El deseo de tenerlo.

Esa era la piedra angular de su negocio. Ella se movía en un mercado secundario en el que los precios los marcaba la historia que tuviera el objeto, lo raro que fuera y hasta dónde estuviera dispuesta a llegar una persona con tal de conseguirlo.

La investigación del señor Thornton sobre Eva Fuentes, sin embargo, sí había resultado un poco más productiva. Leyó que fue profesora y viajó a Harvard en el verano de 1900 con una gran delegación de docentes cubanos. Fue el programa cultural de ese tipo más importante en su momento y hasta la fecha, y si bien existía gran cantidad de información sobre el tema, no había muchos más datos sobre Eva Fuentes.

Al menos resolvía parte del misterio, tal vez por qué optó por publicar en Boston. Pero quedaban muchas más preguntas.

Una notificación la avisó de la entrada de un correo electrónico. Leyó el nombre del remitente: Oliver Reston.

Asunto: Su mensaje

Oliver Reston, nacido el 3 de enero de 1948, en Cambridge, Massachusetts, según la web sobre genealogía en la que lo había encontrado. Era hijo del hijo menor de Henry Reston. Por lo que parecía, Oliver Reston era un entusiasta de la genealogía de su familia, de modo que lo había buscado a través de redes sociales y webs en las que investigaba sobre el legado de la familia Reston. Era en quien más confiaba que fuera a responder.

Abrió el correo y leyó el mensaje.

Estimada señora Reynolds:

Gracias por su correo. Sí que soy el nieto de Henry Reston. Él y su hermano tenían una editorial en Boston a principios del siglo xx. Publicaron alrededor de un centenar de libros hasta que se vieron obligados a cerrar para ir a combatir en la Gran Guerra. Mi abuelo y su hermano mayor murieron en combate. No me suena ese libro, *Tiempo para olvidar,* pero donamos parte de los documentos de mi abuelo relacionados con la editorial a la biblioteca pública municipal. La semana que viene voy a Omaha a visitar a mi nieta, pero a mi regreso a Boston revisaré los archivos y me pondré en contacto con usted si encuentro información relevante sobre el libro.

Atentamente,
Oliver Reston

No decía nada de que otras personas hubieran contactado con él para preguntarle por el libro, lo que la llevó a preguntarse por qué era la única que estaba buscando por ahí. ¿Y si sí habían contactado con él, pero no había dicho nada en su correo? A lo mejor no servía de mucho investigar la editorial.

Le escribió para agradecerle el mensaje y por un segundo consideró la posibilidad de preguntarle si se había puesto en contacto con él alguien más, pero después de lo que le había ocurrido al señor Thornton, pensó que era mejor no implicarlo demasiado.

El otro dato que había desenterrado el librero era igual de interesante. Se trataba del nombre de una «mujer también cubana» que vivía en Londres, una tal Natalia Evans, que dirigía un sitio web dedicado a recuperar artículos que pertenecieron a cubanos exiliados, según las anotaciones del señor Thornton y sus propias observaciones. Después de mirar un poco, Margo no pudo resistir la tentación de rellenar el formulario de contacto de la web. No

especificó el motivo, tan solo que tenía que ver con un libro, aunque sí se cuestionó varias veces lo que iba a hacer antes de pulsar el botón de «enviar».

La indecisión nocturna en Internet se estaba convirtiendo en el tema de la noche.

Con los dedos sobre el teclado listos para escribir, al final entró en uno de los sitios web que había consultado para encontrar a los descendientes de Henry Reston. No era la primera vez, y mucho se temía que no sería la última, que escribía el nombre de Luke en la caja de búsqueda. El nombre apareció al instante, debido, sin duda, a que el algoritmo había reconocido que era una información que ya había buscado, aunque llevase meses sin hacerlo.

Intentaba no pensar demasiado en él, no cometer esos deslices, no caer en la tentación de dejarlo entrar en su vida aunque fuera brevemente. Después de verlo con su novia, no pudo evitar preguntarse si habría cambiado la foto de perfil.

No lo había hecho.

Seguía siendo la foto de él solo en una excursión por las montañas galesas, sin mirar a la cámara, de manera que no se apreciaban bien los rasgos. Con su trabajo podría decirse que usaba las redes esporádicamente, y era mucho decir. Y tenía activados los controles de privacidad hasta tal punto que no podía ver mucho más. Probablemente fuera lo mejor. Ella lo había borrado de su lista de amistades cuando empezaron con los trámites de divorcio para evitar momentos de debilidad como ese.

Miró el reloj del portátil.

Las tres de la mañana.

Tenía que dormir si quería ser mínimamente productiva al día siguiente.

Cerró la ventana del buscador, dejando con ello el pasado atrás, donde le correspondía estar, y fue a comprobar una vez más que la puerta de la calle estuviera bien cerrada.

La silla seguía en su sitio, todo estaba como lo había dejado.

No tenía alarma, pero a lo mejor tenía que pensar en escribir a su casero para pedirle que le instalara una. Lo pondría en la lista de tareas pendientes.

Margo dejó encendida la luz del salón, pues no le apetecía demasiado quedarse a oscuras en el piso. La luna estaba cubierta esa noche, tampoco se veían las estrellas, y reinaba un silencio inquietante en la calle. Cuando encontró ese piso tras el divorcio, agradeció que fuera céntrico, y también que estuviera alojado en un barrio residencial, lo que reducía bastante los ruidos de la calle por la noche. Pero en ese momento deseó que hubiera un poco más de actividad, algo que le hiciese sentirse menos sola. Miró por la ventana. No se veía un alma, la calle estaba ocupada por los coches de los vecinos.

Le pareció ver un destello de luz en uno de los coches aparcados.

¿Serían las luces del salpicadero? ¿Un móvil tal vez?

Margo descorrió las cortinas con el corazón acelerado.

La tenue luz solo le permitió adivinar la silueta de una persona sentada en el asiento del conductor de un sedán oscuro, azul o tal vez negro. No sabría decirlo desde su posición. Estaba acostumbrada a los coches que había normalmente en su calle, pero ese no lo

reconocía. Sus vecinos eran en su mayoría criaturas de costumbres que se movían en el horario que les marcaba el trabajo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí ese coche? Y si ella podía apreciar la silueta que estaba dentro, ¿qué podía ver de su piso esa persona?

La luz del coche se apagó.

Margo se apartó de la ventana de un salto. Las cortinas se cerraron tras ella. Corrió a apagar la lámpara y el piso quedó a oscuras, impidiendo que la vieran desde fuera.

¿La estaban vigilando? ¿Sería el hombre del metro? ¿O tanto la había traumatizado el asesinato del señor Thornton que veía peligros inexistentes? Eso era lo malo de vivir en la ciudad, que costaba diferenciar entre una coincidencia y una amenaza.

El móvil estaba en la mesa, junto al portátil. Lo agarró con fuerza. Y regresó a la ventana, pero las cortinas de terciopelo eran demasiado gruesas para poder ver a través de ellas. Tampoco eran tupidas del todo, de modo que quien estuviera en el coche habría visto que había apagado la luz.

Oyó el claxon de un coche a lo lejos.

Se sobresaltó al oír el penetrante sonido. Y el móvil se le cayó al suelo.

«Mierda».

Se agachó a recogerlo y apartó un poco el borde de la cortina para mirar por la ventana.

El coche no estaba.

Necesitaba café. Dos tazas por lo menos.

Después del susto del coche, no se había dormido hasta las cuatro de la mañana, y cuando el despertador sonó tres horas más tarde para ir a trabajar, le había hecho falta toda su fuerza de voluntad para no apagarlo y seguir durmiendo.

Sin embargo, y pese al agotamiento, nada más sonar el despertador, lo recordó todo con aterradora claridad. Consultó el correo electrónico nada más despertarse, pero no había ningún mensaje de Greer ni de Luke. Tampoco de la policía.

Margo cogió la tarjeta que le había dado el policía y marcó el número.

—Matthews.

—Soy Margo Reynolds. Llamo para saber si han averiguado algo más sobre lo sucedido.

—Seguimos investigando —respondió al cabo de un momento—. La llamaremos si tenemos que hacerle más preguntas.

Margo abrió la boca con la intención de hablarle de la memoria usb y Oliver Reston, y del coche desconocido que había visto en su calle, pero el policía le había colgado.

Se quedó mirando el móvil atónita e indignada. Tal vez fuera una ingenua, pero esperaba, confiaba, en que la policía se mostrara un poco más cercana y comunicativa teniendo en cuenta que estaba con el señor Thornton cuando murió.

Se vistió a toda prisa, en piloto automático, mientras daba vueltas a lo ocurrido, tratando de encontrarle lógica.

Su trayecto diario hasta el trabajo se le hizo el doble de largo de lo habitual, pues iba todo el rato mirando hacia atrás y por el camino menos directo hasta su oficina. Menos mal que todo transcurría por

calles muy transitadas, de modo que nunca iba sola, pero aun así se ponía tensa cuando alguien caminaba cerca de ella, la rozaban sin querer o se producía algún ruido fuerte.

Resumiendo, tenía los nervios de punta cuando llegó.

Buscó las llaves de la oficina en el bolso, sorprendida al ver que la puerta no estaba entreabierta como siempre, lo que significaba que había llegado antes que Bea, y eso que era tarde. Las dos competían en broma a ver quién llegaba antes al trabajo, y por el momento ganaba Bea.

Margo se quedó un momento mirando las llaves, o mejor dicho, el llavero.

Se lo había regalado Luke el día que pusieron una puerta de seguridad en la oficina. Lo habían celebrado con champán y sexo en su mesa nueva. La vida le sonreía, llena de esperanzas para su matrimonio, su carrera, para sí misma, en el sentido de que estaba convirtiéndose en la persona que siempre había querido ser.

Ocho meses después le dijo a Luke que quería el divorcio.

Se quitó el recuerdo de la cabeza. Había vuelto a abrir la herida al ir a verlo la noche anterior y eso estaba haciendo aflorar sus sentimientos. Era más fácil cuando no pensaba en él, y se enterraba bajo el montón de cosas en las que prefería concentrarse.

Cogió el pomo para meter la llave, pero la puerta se abrió antes de que le diera tiempo a hacerlo.

Se quedó de piedra.

—Bea —llamó.

No obtuvo respuesta.

Empujó la puerta un centímetro para entrar y un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

Su preciosa y acogedora oficina, que ella misma había decorado hasta el último detalle, desde el tono claro de la pintura de las paredes hasta la mesa antigua tras la que se sentaba Bea, estaba destrozada.

La mesa de Bea estaba volcada, con los cajones abiertos y un par de ellos por el suelo. Todo estaba cubierto de papeles tirados. Habían rajado los cojines del pequeño sofá que tenían en la zona de espera para los clientes, cerca de la puerta de entrada, y se veían plumas desperdigadas por el suelo.

El ordenador y el teléfono de Bea estaban en el suelo también. Pero a ella no se la veía por ninguna parte.

Observó todo, desde la sala de recepción hasta la puerta entreabierta de su despacho, y por el hueco vio que había seguido la misma suerte que el de Bea.

Esta vez no vaciló, no se arriesgó a entrar y que el autor del destrozo siguiera allí dentro. Sacó el móvil para llamar a la policía y se fue a toda prisa.

—Todo despejado —dijo el agente de policía—. Nos llevaremos las imágenes del sistema de seguridad a ver qué encontramos. Nos ayudará que revise todo para ver si falta algo.

Que aquel fuera el tercer agente de policía que conocía en dos días no auguraba nada bueno.

—¿Qué pasa con mi ayudante? —preguntó.

Había llamado a Bea una docena de veces, pero no contestaba.

—Mandaremos a unos agentes a su casa, pero no parece que estuviera aquí. No parece que hubiera nadie trabajando.

—¿Cómo puede saberlo si está todo hecho un desastre? —preguntó Margo, tratando de mantener la calma y que no se notara

que le estaba entrando el pánico.

—Bueno, su bolso no está. Y no deja de llamarla al móvil, pero no se oye, por lo que es evidente que tampoco está aquí. Menos mal que no ha venido a la oficina. Habría sido mucho peor si hubiera llegado en pleno robo.

Margo lo miró con calma pero con firmeza.

—No puede decirme en serio que piensan que ha sido un robo. Y dice que no hay señales de que Bea estuviera aquí, pero ¿qué me dice de que la alarma estuviera desconectada? ¿Y si fue Bea la que marcó el código? ¿Y si la obligaron a hacerlo?

—Vamos a investigarlo. Podemos comprobar el sistema de seguridad. Lo más importante es que no cunda el pánico. Vemos robos a diario.

—¿Al día siguiente de que asesinen a mi colaborador en Notting Hill? ¿Qué posibilidades hay de que ambas cosas no estén relacionadas?

Margo inspiró hondo tratando de no perder los estribos, pese a lo frustrante que era la forma en que aquel agente trataba de calmarla.

Lo primero que había hecho nada más llegar la policía fue contarles lo ocurrido en la librería la noche anterior, que un hombre la seguía y que había visto a alguien en un coche aparcado delante de su casa. Viéndolo en retrospectiva, no sabía si apresurarse a darles toda la información que tenía la había ayudado o perjudicado, teniendo en cuenta el escepticismo que transmitía el agente de policía, pero no quería correr más riesgos. Puede que la policía no estuviera dispuesta a creerla, pero Margo no tenía ninguna duda de que el allanamiento estaba relacionado con el libro.

Sintió que la atravesaba una punzada de rabia. La oficina que habían destrozado era la suya, la que había levantado ella sola con lo que muchas veces se le había antojado poco más que un sueño imposible. Habían sido muchos los momentos de angustia durante el primer año, preguntándose si sería capaz de mantener el negocio. Había echado más horas que un reloj y sacrificado muchas cosas con el fin de alcanzar su meta, que no era otra que conservar esa empresa que había levantado ella sola. Y ver lo que habían hecho en ese espacio privado…

No había trabajado tanto para dejar que alguien llegara ahora e hiciera añicos su vida.

—¿Margo?

Se giró.

Luke entraba por la puerta mientras observaba las salas destrozadas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy bien. ¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo —contestó, bajando la voz—. Seguir con lo que estuvimos hablando anoche. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Me lo he encontrado así al llegar esta mañana.

—¿Dónde está Bea?

—La estoy llamando, pero sale el contestador. Me preocupa… Bea no faltaría al trabajo sin avisar. Después de lo que ocurrió anoche…

—Hemos enviado a unos agentes a su piso a ver —la interrumpió el policía—. Como le estaba diciendo a la señora Reynolds, probablemente decidiera tomarse el día libre o trabajar desde casa.

Por la forma de mirarlo, se notaba que Luke se había enfadado.

—No, Bea no es así. No le haría algo así a Margo.

—Eso es lo que les he dicho yo —convino ella.

—Déjenos un momento a solas —dijo Luke al policía y, sin esperar a que le dieran permiso, llevó a Margo hacia la entrada.

—¿Te has fijado en si te han seguido otra vez desde que fuiste a mi casa anoche? —le preguntó.

Ella vaciló un momento antes de contestar.

—Me pareció ver a alguien aparcado fuera de mi piso anoche —dijo al fin, y le detalló lo ocurrido.

No había vuelto a llorar desde que encontró el cadáver del señor Thornton, pero la invadía una pena inmensa que se mezclaba con el miedo de que le hubiera sucedido algo a su ayudante.

—No sé si tenía algo que ver o no —continuó Margo—. Estoy muy nerviosa desde que encontré al señor Thornton moribundo, y ahora me preocupa Bea. Hablé ayer con ella y no me dijo que fuera a quedarse trabajando en casa hoy. Ya sabes cómo es…

—Lo sé. Yo mismo iré a su piso a comprobar qué ha podido pasar si quieres.

—¿Seguro? Me siento fatal por arrastrarte a esta situación.

—A mí también me preocupa Bea. Y no me cuesta nada. —Luke se pasó la mano por el pelo—. Me quedé preocupado. Esto no puede ser una coincidencia.

—No, yo tampoco creo que lo sea. Anoche estuve investigando sobre Eva Fuentes y su libro. —Vaciló un momento antes de continuar, pero le parecía que llegados a este punto, lo mejor era incluir a Luke—. Antes de morir, el señor Thornton me dio una memoria usb con lo que había descubierto sobre el libro… y su autora.

—No me dijiste nada anoche.

—No, es verdad. Quería ver primero qué contenía.

—¿O estabas decidiendo si podías confiar en mí?

—No se trata de confiar en ti. Se trata de mi negocio, de proteger mi reputación, que incluye la discreción por mi parte.

—Sé cuánto significa tu empresa para ti. Y entiendo que tienes que ser discreta. —Frunció el ceño—. Pero, Margo, esta situación se ha ido de las manos. Puedes confiar en mí.

Tras el divorcio, había empezado a ir a terapia, lo que debería haber hecho después de que se divorciaran sus padres cuando era adolescente, y una de las cosas que había aprendido sobre sí misma era que tendía a intentar ocuparse de todo ella sola, que le costaba dejar entrar a los demás, pedir ayuda, confiar.

«No me sorprende, teniendo en cuenta tu infancia y juventud. Carecías de la estabilidad que necesitabas, de forma que es comprensible que creyeras que solo podías confiar en ti misma. Pero nadie puede con todo, Margo, independientemente de que seas una persona muy capaz. Al final, la vida desgasta. Pedir ayuda, confiar a otra persona parte de la responsabilidad, no es una señal de debilidad», le había dicho la psicóloga. A esas alturas ya era tarde para enmendar los errores que había cometido con Luke, pero se había tomado en serio el consejo. No le resultaba fácil, seguía costándole luchar contra sus impulsos, pero lo estaba intentando.

—¿Qué había en el usb? —preguntó Luke.

—No tanto como esperaba.

Le contó lo que había descubierto sobre Eva Fuentes y la editorial Reston Brothers Publishing.

—Mencionaba también una página web que busca objetos pertenecientes a cubanos que fueron robados o desaparecieron.

Cuando las familias cubanas salieron huyendo del país tras la revolución de 1959, el gobierno de Fidel Castro confiscó los bienes que dejaron al marcharse. Más tarde, obras de arte y libros han salido a la venta y las familias se han disputado la titularidad. Algunas obras de gran valor están siendo reclamadas. Natalia Evans, cubana, pero que vive aquí, en Londres, ha estado siguiendo la pista de esos artículos. El señor Thornton trató de contactar con ella para ver si sabía algo del libro.

—¿Y pudo hablar con ella?

—No lo dice en sus notas. Es una posibilidad muy remota, pero lo cierto es que no tenemos gran cosa por donde tirar. Le he enviado un mensaje a través del formulario de contacto que hay en su web, pero de momento no me ha respondido.

—¿Crees que tu cliente es el responsable de esto? —preguntó Luke, mirando hacia la puerta de la oficina.

—No lo sé. Intenté romper el acuerdo anoche —admitió al final—. Igual no se lo tomaron bien. —Lo miró de frente—. ¿Y tu cliente? ¿Has podido hablar con ella?

Luke asintió con la cabeza.

—Está en Escocia. Voy a ir a verla.

—¿A Escocia?

—Pensé en hablar con ella por teléfono, pero quiero verla en persona para hacerme una idea más precisa, en vista de la gravedad de la situación.

—¿Crees que podría estar detrás de todo esto?

—¿Sinceramente? Me sorprendería mucho. Me dijo que tenía una relación familiar. Su marido y ella son dueños de un restaurante de comida española en Edimburgo, cerca de la Royal Mile.

—¿Cómo se llama el restaurante? —preguntó Margo.

Él vaciló un momento antes de contestar.

—Red Bull. Mi cliente se llama Adriana Josephs.

«Por fin».

Margo buscó «Adriana Josephs» y «Red Bull» en el móvil. La información personal de Adriana venía en la web del restaurante. De ascendencia cubana, nació en Madrid, donde estudió Arquitectura y conoció a su marido, que estaba estudiando cocina española allí. Se casaron y se fueron a vivir a Edimburgo, la ciudad natal de él, donde abrieron un restaurante de cocina española de gran éxito, por lo que parecía.

—No parece la página web de un cerebro criminal —admitió.

—Estoy de acuerdo. Vigilar a alguien es caro. Contratar a alguien para cometer un crimen puede ser caro también. No me da la impresión de que esté tan forrada.

El móvil de Margo sonó en ese momento. Se le aceleró el pulso.

—A lo mejor es Bea.

El nombre de su asistente parpadeaba en la pantalla.

—Es ella.

Luke la miró aliviado.

—Bea, ¿estás bien? —preguntó Margo respondiendo a la llamada.

—Estoy bien —respondió ella—. Lo siento mucho. Acabo de ver todos tus mensajes. Estaba en clase de yoga y tenía el móvil apagado.

Margo estaba confusa. Intentaba no controlar el horario de Bea, y por la naturaleza de su área de trabajo no se ceñían al horario de oficina habitual, pero era de lo más impropio por su parte faltar al trabajo y menos aún sin avisar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bea.

—Han entrado a robar en la oficina. Me lo he encontrado todo revuelto cuando he llegado. Estoy aquí con la policía.

—¡¿Qué?! Cuánto lo siento. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Estaba preocupada por ti. Al llegar y ver que no estabas, temí que te hubiera ocurrido algo.

—Lamento haberte asustado. Cuando me escribiste por correo electrónico para decirme que me tomara el día, decidí ir a yoga.

—¿De qué correo me hablas?

—El que me mandaste anoche.

Se le aceleró el pulso otra vez.

—Yo no te envié ningún correo anoche.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luke moviendo los labios sin emitir sonido.

—¿Puedes reenviarme el correo, Bea?

—Claro. Pensé que eras tú. El remitente eras tú.

—Yo no te he enviado ningún correo. Parece que alguien quería que no hubiera nadie en la oficina esta mañana. Muy bien, escucha, lo que quiero es que te tomes unos días. De todos modos, no tenemos mucho trabajo ahora mismo. Vete a ver a tus padres. —Los padres de Bea se habían ido a vivir a España cuando se jubilaron—. A partir de ahora, hablaremos solo por teléfono. Parece que el correo electrónico no es seguro.

—Muy bien. Yo también estoy preocupada por ti. ¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Sí, haz una cosa. Devuelve el dinero a nuestro cliente. No pienso seguir adelante con este caso. Las cosas se nos están yendo de las manos.

—Cuenta con ello.

—Gracias, Bea. Aparte de eso, estoy bien, pero te mantendré al tanto. Ah, sí, otra cosa. Me he dado cuenta de que alguien me ha estado siguiendo últimamente. Ten cuidado.

—Y tú.

Cortó la llamada y abrió el correo. Allí estaba el mensaje que supuestamente le había enviado a Bea. Le pasó el móvil a Luke.

—Bea está bien. Estaba en clase de yoga. Me ha dicho que anoche recibió un correo electrónico mío en el que le decía que se tomara el día libre. Me lo ha reenviado. Obviamente, yo no le envié ningún correo.

Luke examinó el correo.

—Lo enviaron a las tres de la mañana. ¿No fue a esa hora cuando dices que viste el coche aparcado delante de tu casa?

—Sí.

—Me pregunto si habrán hackeado tu wifi para acceder a tus cuentas —dijo, devolviéndole el móvil—. O a lo mejor solo te han clonado el correo electrónico. No lo sé. Pero parece que no querían que Bea se acercara por aquí.

—Eso parece, sí. A lo mejor no querían hacerle daño. A lo mejor no querían que las cosas fueran tan lejos como con el señor Thornton. Y, sin embargo, no se esforzaron por que yo no viniera por aquí. Me da la impresión de que ya me tenían localizada.

El móvil volvió a sonar y se sorprendió al ver el nombre que aparecía en la pantalla.

—Es Natalia Evans —le dijo a Luke—. La mujer de la web sobre los bienes de ciudadanos cubanos desaparecidos o robados.

Margo contestó y aún vaciló un momento antes de poner el altavoz para que Luke pudiera escuchar la conversación también.

—Dígame —respondió Margo.

—Buenos días. Me llamo Natalia Evans y he recibido un mensaje suyo a través del formulario de contacto de mi web.

Margo lo miró. A pesar de estar divorciados, lo conocía, confiaba en él más de lo que había confiado nunca en nadie. Sabía defenderse como nadie que conociera y no tenía ninguna duda de que con él estaba segura. Aunque ya no estuviera en su vida, una parte de sí misma siempre se preocuparía por él, y su bienestar siempre sería importante para ella. Después de lo del señor Thornton no podría soportar que le ocurriera algo a él también por seguir con la investigación del libro. Tal vez lo mejor fuera unir fuerzas.

Margo repitió a la mujer lo que le había escrito en el mensaje: que la habían contratado para que buscara una novela desaparecida de una autora cubana y que había encontrado su web y quería saber si había oído hablar del libro.

—No me suena el título —respondió—, pero puedo revisar mis archivos para ver si alguien ha informado de su desaparición y llamarla de nuevo si averiguo algo. O si está libre hoy, podemos vernos. Vivo en Knightsbridge. No sé si le pillará muy lejos.

—En absoluto. No tardo en llegar. Tengo mucho interés en su trabajo. Le agradeceré mucho cualquier información que pueda darme sobre el libro. Creemos que existía una copia y desapareció durante la Revolución.

—Entonces ha acudido al lugar correcto. Mi misión consiste en tratar de localizar objetos robados o desaparecidos.

La mujer le dio la dirección de su piso y, tras quedar hacia el mediodía, cortó la llamada.

—Creía que no ibas a seguir trabajando en este asunto —dijo Luke — después de todo lo que ha sucedido. Margo, han allanado tu oficina, han asesinado a tu amigo…

—Ya sé lo que está en juego, pero a mi amigo lo asesinaron por algo que yo le pedí que investigara. Y ahora tú también estás implicado.

—¿Qué significa eso?

—No puedo… ¿Vas a decirle a tu cliente que vas a dejar de buscar el libro?

No respondió.

—Eso pensaba —respondió Margo.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te preocupas por mí?

—No quiero que te pase algo por culpa de este caso —respondió ella, esquivando la pregunta y los incómodos sentimientos que despertaba en ella.

—Voy contigo a ver a Natalia Evans.

—Muy bien.

—¿Y después de que hablemos con ella qué? —preguntó Luke—. ¿Piensas ponerte en peligro por este caso?

Margo echó un vistazo a la oficina.

—¿Ponerme en peligro? Me parece que ya estoy en peligro, y quienquiera que vaya detrás de esa dichosa novela no va a saber si he decidido dejar de buscarla o no. Ellos seguirán buscándola. Hasta ahora, ha sido todo un poco ponerme al día de la situación. Ahora quiero, o mejor, necesito comprender qué es lo que pasa. Por el señor Thornton y por mí.

«Y por ti», añadió en silencio.

Luke la estudió detenidamente un momento, antes de contestar.

—Supongo que eso significa que vamos a Knightsbridge —dijo con un suspiro.



11

PILAR
La Habana, 1966

Pilar permaneció en su piso llorando durante una semana. Durmió. Miró la pared, escuchando los sonidos que resonaban por todo el edificio y los que se colaban de la calle, su única compañía y el recordatorio de que no estaba sola. Comió lo poco que le quedaba, aunque todo le sabía a tierra y el estómago se le revolvía después de unos pocos bocados.

Leyó *Tiempo para olvidar*.

Cuando terminó la novela, cuando su mirada pasó de nuevo por las últimas palabras de Eva Fuentes, se sentó en la cama con un terrible dolor. Una lágrima se deslizó por su mejilla, y luego otra, y las lágrimas se convirtieron en sollozos que le sacudían todo el cuerpo.

Hizo lo único que se le ocurrió que podía hacer: releer la novela, y cuando la terminó, volvió a empezar.

Lo que no pudo leer fue la carta, aunque sus palabras la atormentaban.

El final del libro fue lo que más la impactó. Ana había vuelto a Cuba tras el intercambio cultural, con un océano de por medio entre Michael, el hombre que había conocido en Boston y al que había amado, y ella. Era la fortaleza de Ana, la manera en la que lo soportaba todo, lo que más la emocionaba. Eva describía el amor perdido de Ana con un dolor que trascendía el papel, con un pesar que Pilar entendía y conocía bien.

La conexión entre la carta que había encontrado entre las páginas y el final del libro era evidente.

No estaba preparada para llevar el libro a la biblioteca, para seguir con su vida como si todo fuera normal. Después de la visita de Julio, Ignacio le había dicho que se tomara el tiempo que necesitara, pero no habían hablado de un número de días concreto.

Tenía que decidir qué hacer con los libros que había escondido en la biblioteca. No podía tenerlos allí indefinidamente, por no hablar de la complicación añadida de la novela que le había encomendado su vecina. Cuanto más la leía, más se obsesionaba con ella, pero la responsabilidad de devolvérsela a su legítima dueña era también una de las pocas cosas que la ayudaban a no pensar en la pérdida.

Oía la voz de Enrique con toda claridad, alentándola, animándola a seguir buscando a Eva. Eso es lo que habría hecho él si viviera. En vida, su marido se había dedicado a ayudar a la gente, así que la mejor forma que tenía de honrarlo tras su muerte era hacer lo que él habría hecho.

Una vez decidido, Pilar se vistió rápidamente y se sorprendió bastante cuando se miró en el espejo del cuarto de baño. No estaba preparada para verse tan pálida, con las mejillas hundidas y unas ojeras oscuras. ¿Cuánto tiempo llevaba sin comer? Ni se acordaba ya. Los días que habían pasado desde que le dijeron que Enrique había muerto estaban borrosos.

Había un plátano un poco pasado en la encimera de la cocina, pero se lo comió sin pensar para tener algo en el estómago y se encaminó hacia la Biblioteca Nacional con la novela de Eva en el bolso. Cerró la puerta con llave y salió con la sensación de haber envejecido años desde la última vez que había realizado la misma rutina diaria.

—Es usted la bibliotecaria.

Pilar se sobresaltó al oír una voz masculina y se giró. El hombre la miraba, de espaldas a la puerta de Zenaida —porque para ella siempre sería el piso de Zenaida—. No llevaba el uniforme verde que tanto miedo le infundía, pero la reputación de los militares le precedía. Su vecino nuevo.

Sintió la agitación, la avalancha de sentimientos dispares que se apoderó de ella. Le dieron ganas de lanzarse sobre él y pegarle puñetazos en el pecho. Deseaba también regresar a la seguridad de su piso, con la puerta y varios cerrojos cerrados entre los dos. Sintió que el plátano le subía por la garganta y se imaginó echándoselo encima de las botas negras.

Él la observaba con los ojos oscuros entornados, atravesándola con la mirada mientras veía desfilar las diferentes emociones por su rostro. No le extrañaba que las vecinas estuvieran tan preocupadas. No sonreía, no transmitía afabilidad vecinal o soltura en su forma de

comportarse. Tan solo una frialdad que lo envolvía todo a su alrededor.

Deseó encogerse, hacerse pequeña e invisible para que la dejara en paz, pero la sensación vino y se fue en un suspiro. El régimen se lo había quitado todo. Su vida le daba igual ya.

Lo miró con firmeza, sosteniéndole la mirada.

—Sí, soy la bibliotecaria.

No le dijo cómo se llamaba ni le ofreció ningún tipo de saludo, no tenía ningunas ganas de darle la bienvenida al edificio. Ni siquiera podía disimularlo. No es que fuera un acto desafiante muy grande, pero en ese momento lo era todo para ella.

—Tenía curiosidad por usted. Llevo un tiempo sin verla. Empezaba a pensar si no sería un fantasma.

Sus palabras tenían dientes que se le clavaban, pero siguió sosteniéndole la mirada.

—He estado enferma —mintió, pues compartir con él su pérdida, pronunciar siquiera el nombre de Enrique, se le hacía insoportable.

Y de pronto no pudo aguantarlo más, notó que la bilis le subía a la garganta.

—Discúlpeme —añadió, y pasó por su lado tapándose la boca con la mano.

Se estaba asfixiando. Nunca había deseado tanto salir a la calle y respirar.

Cuando por fin se encontró fuera, el sol fue lo primero que le dio en la cara, con tanta fuerza que la cegó por completo después de tantos días encerrada. Tardó un momento en adaptarse a la luz, a los sonidos de la calle, a la gente que pasaba por su lado.

Y seguidamente vomitó en el pequeño recuadro de tierra en el que antes crecían las flores.

«¿Quién fue Eva Fuentes?».

Pilar estaba sentada en una mesa en la Biblioteca Nacional con todo el material de referencia que había encontrado sobre el proyecto de la Escuela de Verano. Había localizado el nombre de Eva Fuentes en una lista de participantes, así como el de la escuela donde daba clases. Había leído todos los artículos de prensa que había encontrado para averiguar todo lo posible sobre ella.

Se sentía mejor instalada cómodamente en la seguridad de un rincón de la biblioteca. Había algo acogedor y familiar en el acto de consultar libros y artículos de prensa. Nada más cruzar la entrada principal la invadió una sensación de calma y determinación.

La biblioteca conservaba ejemplares de guías telefónicas antiguas. Revisó las páginas de las guías de La Habana en busca de nombres, preguntándose cuántos habrían abandonado Cuba. Estaban desfasadas, eran de antes de la Revolución. Constituían una especie de cápsula del tiempo, un recuerdo de la vida antes de que todo cambiara.

Podía ser que Eva Fuentes se hubiera casado, que hubiera fallecido, que hubiera abandonado Cuba como tantos otros, o que se hubiera mudado simplemente y que ya no estuviera allí, aunque su nombre apareciera en la guía.

Había varias personas apellidadas Fuentes.

Pero solo una Eva.

Fuentes, Eva.

Allí estaba.

La dirección era del centro de La Habana, no lejos de donde vivía Pilar.

¿Sería posible? ¿Seguiría viviendo en La Habana?

—Pilar.

Se giró al oír su nombre, un susurro que tronó como un chillido en la biblioteca silenciosa.

Esteban estaba apoyado en la estantería.

Tenía el rostro cubierto de moratones en una amplia gama de colores, desde los más antiguos a otros que parecían recientes. No se atrevía a mirarla a los ojos.

Pilar se levantó de la mesa horrorizada y se dirigió hacia él, fijándose en su aspecto, en su cuerpo levemente hundido sobre la estantería y la forma en que le colgaba el brazo izquierdo, como si no estuviera en su sitio. Atrás quedó el misterio de Eva Fuentes.

—Lo siento mucho —susurró el hombre con la mirada gacha, mirándole los pies en vez de a los ojos—. Era el hombre más bueno que he conocido en mi vida.

—Sí que lo era.

¿Qué otra cosa podía decir? ¿Bastaban las palabras para describir cómo se sentía?

—Te quería mucho.

Pilar asintió con la cabeza.

—Siento acercarme así, a escondidas, no pretendía asustarte. No me atrevía a ir a tu casa, pero en cuanto he dado esquinazo al hombre que me seguía, te vi salir y te he seguido. Si puedo hacer algo por ti, hazme llegar un mensaje a través de Julio. Parece que

no sospechan tanto de él. —Vaciló un momento—. Voy a desaparecer un tiempo, pero cuando regrese…

Le haría bien desaparecer un tiempo. Una vez que llamabas la atención del régimen, lo más seguro era esconderse, evitar llamarla de nuevo. Pilar abrió la boca para preguntarle cómo lo habían liberado, pero no encontraba la forma de decirlo sin aumentar la culpa que se notaba que llevaba encima. A fin de cuentas, ¿quién podía explicar por qué unos vivían y otros morían?, ¿por qué el régimen decidía que algunos permanecieran en prisión y a otros los soltaba? Vivían en un estado caótico, cualquier esperanza de justicia pisoteada por los caprichos de los tiranos.

—Entiendo que me odies. Lamento haber regresado a casa y que él no lo haya hecho. Debería haber sido él. Ojalá hubiera sido él.

Pilar negó con la cabeza. No servía de nada pensar en eso, no tenía sentido que Esteban se castigase por algo que estaba fuera de su control. Los malos en esa historia eran Castro y sus hombres.

—No podías hacer nada.

A veces se temía que nadie podía hacer nada.

—¿Pasaste el otro día por la biblioteca a verme? —preguntó, recordando de repente la advertencia de Ignacio. No tenía mucho sentido, puesto que según él, el hombre le había preguntado si ella era leal a la revolución, pero sería una explicación que no implicaba que el Estado sospechara de ella.

—No. ¿Alguien te está buscando?

—Mi jefe me dijo que un hombre preguntó por mí hace una semana.

—Tienes que andarte con cuidado. Nos traicionaron. Alguien nos delató a los hombres de Castro, y no he conseguido saber quién fue.



12

MARGO
Londres, 2024

Margo y Luke llegaron al piso de Natalia Evans, en un lujoso edificio en Knightsbridge, con un portero vestido impecablemente que los condujo hacia los ascensores. Por dentro, el edificio era tan imponente como por fuera, y, dada su ubicación, Margo apostaría lo que fuera a que tendrían unas vistas impresionantes de Hyde Park.

El portero pasó el dispositivo electrónico de seguridad por delante del panel y subieron a la décima planta.

Margo esperó delante de la puerta junto a Luke, que llamó al timbre. No se notaba, pero este se estaba fijando en todos los detalles igual que ella, creando su propio expediente mental sobre Natalia Evans, que, a juzgar por todo aquello, era muy rica.

Una mujer, que parecía la viva imagen del estilo, abrió la puerta. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño tenso y unos

pendientes con unas esmeraldas inmensas. Podía tener cuarenta o sesenta años, imposible decirlo con certeza. Llevaba un vestido negro clásico que parecía salido de una pasarela y se ajustaba a su figura como un guante.

Margo tomó la iniciativa.

—¿Natalia Evans? Soy Margo Reynolds. Hemos hablado antes por teléfono. Este es mi colega, Luke.

La mujer asintió con la cabeza.

—Sí, claro. Adelante, por favor.

Los condujo hasta un gran salón que, efectivamente, tenía una espléndida vista sobre Hyde Park. Se sentó en un sofá verde pálido y les indicó por señas que se sentaran en sendos sillones situados frente a ella.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó la mujer—. Me ha dicho algo sobre un libro titulado *Tiempo para olvidar,* ¿no es así?

—Exacto. Nos han contratado para localizarlo.

No explicó que los habían contratado dos personas distintas porque pensó que era mejor optar por la explicación más sencilla. Tampoco le contó que habían asesinado al señor Thornton o que se temían que hubiera alguien más detrás del libro. Dado el peligro potencial que lo rodeaba, parecía que lo mejor era no implicarla demasiado. La muerte del librero había salido en la prensa, pero si lo había visto o había encontrado alguna relación con el libro, no dijo nada.

—Lo escribió una escritora cubana y lo publicó una editorial de Estados Unidos a principios del siglo xx —continuó Margo—. Creemos que desapareció en los años posteriores a la Revolución.

Natalia Evans asintió con la cabeza.

—No me sorprende, teniendo en cuenta las dificultades que se vivieron en aquella época. La Revolución fue devastadora para muchas personas. Mis padres nacieron en Cuba y se marcharon en 1959, unos meses después de que Castro tomara el poder. Vinieron a Londres porque mi padre tenía negocios con una empresa británica en La Habana en aquel tiempo, y lo contrataron de buena gana para ayudarlos a empezar una nueva vida. Yo nací aquí unos pocos años después.

»Cuando mis padres se vieron obligados a abandonar el país, no les permitieron traerse sus cosas. Fue terrible para ellos. Todo aquello que tuviera un valor sentimental para ellos —joyas familiares, fotos, la mantilla de su boda—, todo tuvo que quedarse en La Habana. Y la lista sigue. Castro lo confiscaba todo: dinero, propiedades, obras de arte, antigüedades… Todo se lo quedó el Gobierno cuando se marcharon.

»Mis padres, sobre todo mi madre, llevaban un registro meticuloso de todo. Para ella era importante preservar esa parte de nuestra historia, tratar de recuperar las cosas que nos robaron. Siempre pensó que Castro moriría y que sus actos serían invalidados. Como si su muerte pudiera borrar todo el daño que les habían hecho y las cosas pudieran volver a ser como antes, como si pudieran regresar a su vida anterior. Era su mayor deseo, su sueño más ansiado.

»Mi padre murió hace siete años, mi madre, dos años después. Por desgracia, ninguno de los dos llegó a ver la Cuba libre con la que tanto soñaban, ninguno pudo regresar a su patria. Mi padre se creó enemigos en la dictadura y no era seguro para ellos volver. Nunca recuperamos ninguno de los objetos que les robaron. Les prometí que haría lo que estuviera en mi mano, pero, obviamente, ha pasado

mucho tiempo y los bienes han ido cambiando de manos en circunstancias de dudosa legalidad.

—¿Fue eso lo que la llevó a crear la web? —preguntó Margo.

La mujer asintió con la cabeza.

—A partir del listado de efectos personales que habían creado mis padres, contacté con familiares y amigos, y añadí objetos a la lista inicial. Pero esta fue haciéndose más y más grande. A los cubanos nos apasiona nuestra historia, lo que perdimos. Formamos una comunidad muy unida. Pero el proyecto se convirtió en una forma de intentar seguir la pista a los objetos perdidos. De vez en cuando alguien contactaba conmigo para informar de que habían visto un cuadro que había pertenecido a una familia exiliada. No puedo garantizar la procedencia de los artículos, no soy jurista ni policía. Esto es solo un pasatiempo, y lo hago a través de contactos personales únicamente. No tengo documentación acreditativa ni nada de eso.

—¿Sabe qué pasó con todos estos artículos? —preguntó Margo.

Había algo atrayente en la pasión con la que hablaba. Se parecía mucho a la que tenía ella cuando buscaba los artículos que le encargaban sus clientes, aunque era consciente de que para aquella mujer era algo personal.

—Castro los repartía entre sus favoritos o se los guardaba para sí, según lo valiosos que fueran —respondió—. De vez en cuando, nos enterábamos de que tal o cual objeto había sido visto en algún sitio. Un cuadro propiedad de un amigo de la familia salió a subasta en París hace un par de años, y pudo recuperarlo. También hubo quienes dejaron sus objetos al cuidado de amigos que permanecieron en Cuba. Al fin y al cabo, nadie imaginaba que el

régimen duraría tanto tiempo. Pero, al final, los amigos se fueron y confiaron los objetos a otras personas para que los protegieran como mejor pudieran, los ocultaron por toda Cuba o, en algún caso, trataron de sacarlos a escondidas del país.

—¿Y el libro en cuestión? ¿Ha oído hablar de él o encontrado información entre sus contactos?

—Lo siento, pero no. Me gustaría poder ayudarla. He revisado mi base de datos y no he encontrado nada al respecto. —Los miró alternativamente—. ¿Quién los contrató para encontrarlo? Por lo que me ha comentado, imagino que perteneció a una familia cubana.

Margo vaciló un momento.

—Nuestro cliente prefiere mantener el anonimato. Es un asunto personal.

Luke no mostró intención de dar ningún otro dato, y dado que el cliente de ella era realmente anónimo, pensó que le correspondía a él contar lo de su propio cliente, no a ella.

—Entiendo —respondió la mujer—. Contactaré con algunas personas con las que suelo trabajar, de todos modos, y, si averiguo alguna cosa, los informaré.

—Se lo agradecemos. Nos resultaría muy útil. —Margo vaciló de nuevo—. Tenga cuidado cuando pregunte por él. Yo… yo hablaría únicamente con personas de absoluta confianza.

La mujer la miró con gesto de sorpresa.

—Hay… ¿Conoce a un librero llamado Thornton? —preguntó Margo—. Tiene una librería en Notting Hill.

—No me suena, no.

—Me entregó una memoria usb con lo que había averiguado sobre el libro y mencionaba su web. Me estaba ayudando a encontrarlo. —

Las ganas de llorar le hicieron un nudo en la garganta—. Lo… mataron ayer. En su librería.

—Qué horror. —La señora Evans se inclinó hacia ellos—. Lo siento mucho.

—Gracias. Era un gran hombre. Me preocupa que lo mataran porque estaba indagando sobre el libro. No queremos que nadie más resulte herido por su culpa.

—Estás muy callado —comentó Margo, mirando de soslayo a Luke al salir del edificio.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En que no quiero que te quedes sola en Londres cuando me vaya a Edimburgo con todo lo que está pasando.

—No va a pasarme nada. —Guardó silencio un momento mientras ordenaba las ideas—. O también podría acompañarte a ver a tu cliente.

Luke suspiró.

—Temía que fueras a sugerirlo. ¿No decías que ya no ibas a trabajar para tu cliente?

—Yo no he dicho que vaya a buscar el libro para él. Pero quiero saber en qué queda el asunto. Además, has sido tú el que has dicho que no querías que me quedara aquí sola con lo que está pasando. Le he dicho a Bea que se tome unos días y se vaya de la ciudad. Yo también debería hacerlo.

—¿Por qué te importa tanto? No es necesario que te arriesgues.

—Porque es mi trabajo. Porque se me da bien y estoy orgullosa de la empresa que he levantado. Porque me da la impresión de que es mi oportunidad de hacer algo importante, una forma de ayudar a la gente, aunque no sea gran cosa. Sé que no lo entiendes…

—No es cierto —replicó él—. Sí que lo entiendo. Es una de las cosas que siempre he admirado de ti: tu determinación. La pasión por tu trabajo. Recuerdo que te quedabas hasta tarde por la noche con ese brillo en los ojos cuando estabas buscando algún objeto raro. Me encantaba oírte hablar de ello. Pero te mentiría si no te dijera que también me preocupaba por ti.

—Lo sé.

—No quiero que te ocurra algo malo.

—Ya no tienes que preocuparte por mí. Ya no estamos casados.

—Lo sé. Supongo que cuesta abandonar los hábitos.

—¿Y si trabajamos juntos? —le propuso—. ¿Y si colaboramos? Podríamos formar un equipo otra vez. Solo en este caso.

Le tendió la mano con el corazón acelerado.

Luke titubeó un momento, pero Margo sabía que lo estaba valorando y, de pronto, justo cuando creía que iba a dejarla así, en suspenso, le estrechó la mano tendida.

—¿Socios? —preguntó Margo.

—Socios —repitió él, asintiendo con la cabeza.



13

EVA
Boston, 1900

—Hoy estás de buen humor —dijo Dolores desde el otro lado de la habitación compartida.

Eva se miró al espejo del tocador y se cepilló el pelo una última vez. Vio que se sonrojaba.

—¿Ah, sí?

—Venga ya, lo sabes perfectamente. Se nota que estás impaciente por… algo. Yo diría que es excitación, pero te noto demasiado nerviosa para que sea eso. Estás como una botella de champán recién descorchada.

Eva se rio.

—No sé muy bien cómo responder. Creo que nunca me habían comparado con una bebida alcohólica, y si lo hubieran hecho, no habría sido con champán, eso desde luego.

—Por no decir que estás tardando más en arreglarte de lo que es habitual en ti. ¡Pero si la noche del baile casi tuve que ponerte un lazo en el pelo yo misma!

—A lo mejor quiero ser como tú y por eso tardo un siglo en arreglarme —bromeó.

—Muy graciosa. Venga, hay una regla que dice que está prohibido guardar secretos a tu compañera de habitación. Tú conoces bien todas mis aventuras.

Eso era cierto. Dolores se había enamorado cien veces desde su llegada a Harvard, y mentiría si no admitiera que casi había disfrutado más a través de las aventuras de su amiga que si le hubieran ocurrido a ella. Dolores era muy divertida.

Dejó el cepillo en el tocador y se giró hacia su amiga.

—No es ningún secreto, creo. He quedado.

Dolores puso unos ojos como platos.

—Tienes una cita.

—No es una cita. Oficialmente, al menos. —¿O sí lo era? ¿Qué sabía ella sobre esas cosas?—. Me preguntó si quería ir a la playa con él.

Dolores se levantó de la cama y fue a sentarse en el borde de la de Eva frente a ella, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos.

—Cuéntamelo todo.

—No hay nada que contar.

—No me lo creo. Conozco esa mirada. Yo también la he tenido dos o tres veces. ¿Quién es él?

Eva vaciló un momento. Era la primera vez que le pasaba, que tenía una amiga con quien compartir ese tipo de cosas. Antes de

que muriese podía hablar con su madre, pero no era lo mismo contarle sus sentimientos a alguien de su edad. Era como las conversaciones que tenían sus alumnas, como las que describía en su libro y que no había vivido aún en primera persona.

—Es escritor. Lo conocí la noche del baile en el salón Hemenway.

—¡Lo sabía! No te comportabas de manera habitual.

—¿Qué quieres decir?

—Estabas pensativa, pero no como lo estás siempre. No como cuando escribes mentalmente ese libro tuyo, sino como cuando es algo que te está pasando de verdad. Pero no te vi hablar con nadie. Y por mucho que te insistí, no te vi bailar tampoco.

Era extraño ver que alguien la conocía así de bien, y más cuando estabas acostumbrada a estar sola. Había una intimidad en el hecho de compartir habitación con alguien que Eva no había sentido desde la muerte de su madre. Al principio le costó acostumbrarse a compartir con otra persona el espacio y tantas cosas de la vida, pero habían creado su propia rutina y se daba cuenta de que disfrutaba mucho cuando estaban las dos en su habitación. No tenía hermanas, pero siempre había imaginado que sería algo así.

—Salí a tomar el aire y resultó que él estaba haciendo lo mismo.

—¿Bailasteis a la luz de la luna?

—No. —Eva se rio al ver la decepción de su amiga—. Ya te lo he dicho, no soy muy de bailar. Aunque admito que suena muy romántico dicho así.

—¿Y si te lo hubiera pedido?

Lo pensó un segundo. En los momentos en los que se dejaba llevar por la fantasía, imaginaba que la invitaba a bailar y ella aceptaba.

—Puede que hubiera aceptado —admitió.

—¿Sabes bailar? ¿Quieres que practiquemos?

Eva se rio.

—Sé bailar. He enseñado a mis alumnas a hacerlo. Pero digamos que no me contrataron por mis capacidades para el baile.

—Pero dices que con él te lo pensarías.

—No se ha presentado la ocasión, pero en caso de hacerlo… no lo sé. Me habría sentido tentada, seguro. Tiene algo, no sé, una forma de ser que tranquiliza. Es muy agradable estar con él —añadió.

Dolores le echó una sonrisita cómplice.

—Te gusta.

—Puede. No lo sé. Apenas lo conozco. Solo hemos hablado dos veces, en el baile y ayer en la biblioteca, mientras escribía un rato.

—Y con solo dos veces te ha invitado a salir, y a la playa, nada menos. Suena muy romántico.

—No sé lo romántico que será. No es que tenga mucha experiencia en estas cosas. Es la primera vez que me encuentro en esta situación. No tengo ni idea de lo que hago.

—Yo no me preocuparía. Tienes que gustarle. ¿Cómo no vas a gustarle? Eres maravillosa. Cualquiera sería afortunado de estar contigo. —Vaciló un instante antes de continuar—. Sal. Diviértete. Pero, Eva, ten cuidado. Estoy segura de que es tan encantador como dices, pero los hombres pueden ser complicados. A veces crees que es un tipo decente y luego te sorprende. Por tu bien, espero que sea de los buenos. Es lo mínimo que te mereces.

—¿Navegar?

James sonrió.

—Tendrías que verte la cara. Sí, a navegar.

—Dijiste que íbamos a la playa.

Eva examinó la embarcación tratando de calcular cómo se las arreglaría en el mar un bote tan pequeño. Daba la sensación de que el océano lo engulliría sin esfuerzo. Por no hablar de que había tan poco espacio que irían los dos muy pegados.

Cuando James detuvo el coche delante del club náutico, Eva supuso que era porque entrarían por allí a la playa, pero, en vez de eso, la condujo hacia el muelle, donde los esperaba un pequeño bote blanco.

—Hace un día perfecto —repuso James—. ¿Has navegado alguna vez?

Eva negó con la cabeza sin separar la mirada del bote.

—Te va a encantar. No hay nada como estar en el agua. Salgo a navegar cuando me atasco y necesito inspiración. Nunca falla.

—¿Sales mucho a navegar?

No sabía por qué, pero no se lo había imaginado haciéndolo. Se había fijado en que la mayoría de los jóvenes de Harvard tenían aspecto de ser los hijos ricos de algunas de las familias más importantes del país, pero James no tenía ese aire: su ropa estaba un poco gastada, no eran prendas impecables hechas a medida. Y tampoco se comportaba igual: había una formalidad en él que no veía en los otros universitarios.

—Mis primos tienen una casa de verano en Buzzards Bay. Nos criamos juntos y navegábamos mucho. —Se giró hacia el bote—.

Este es de mi primo Ethan. Me deja que lo coja cuando no lo está usando nadie.

Eva lo observó un momento como tratando de decidir si estaba preparada para dar el salto. Era algo totalmente impropio de ella, pero todo en ese verano estaba dedicado a hacer cosas que no había hecho en la vida, experiencias nuevas.

En todas las interacciones entre ambos, James se había comportado como un caballero. Eva quería pensar que se le daba bien juzgar a la gente, dado que no le quedaba otra que fiarse de sí misma en el mundo, y también quería creer que podía confiar en él. Al fin y al cabo, habían estado solos fuera del salón de actos la otra noche; podría haber hecho algo inapropiado, y no lo había hecho.

Si alguien se enteraba de que había salido a navegar a solas con un hombre, correría el rumor entre los del curso, pero ya no era una jovencita pensando en el matrimonio y en una reputación que proteger. Llevaba mucho tiempo viviendo sola, y si a todos les parecía adecuada para cuidar de sí misma, no pensaba dejar que nadie le dijera cómo debía comportarse en nombre del decoro. Si querían tratarla como si fuera una criatura delicada por el hecho de ser mujer, no deberían haber creado un mundo que no era más que una lucha constante por la supervivencia.

James tuvo que ver la determinación en sus ojos, porque le tendió la mano.

Eva posó la palma en ella.

El bote se bamboleó un poco cuando entró, pero Eva se sentó rápidamente en el banco corrido y se colocó bien la falda.

Vio a James aflojar las cuerdas de amarre rápidamente y con seguridad. Estaba claro que lo había hecho muchas veces, porque

los movimientos eran tan naturales como respirar, y al poco se tranquilizó.

Sabía nadar —su tío le había enseñado cuando era pequeña—, aunque no tan bien como le gustaría en caso de que volcaran.

—Tendrías que verte la cara —dijo, deteniéndose un momento—. Te prometo que te traeré de vuelta en una hora totalmente seca y sana.

Eva se sonrojó.

—Hasta el viaje para venir aquí desde La Habana, no había vuelto a poner el pie en una embarcación desde que era muy pequeña, ni me acuerdo ya. Esto es muy distinto a subir a uno de vuestros poderosos barcos de guerra.

—¿Te gustó… la travesía?

—Sí. Me sorprendió lo mucho que me gustó. Estaba muy emocionada entre tanta novedad.

—Entonces, te lo prometo: te va a encantar. Después te llevaré a tomar un helado. ¿Confías en mí?

Eva vaciló un momento. Le estaba pidiendo más que fiarse de que iba a devolverla sana y salva al muelle. Había una nota interrogativa en su expresión que no tenía nada que ver con navegar y mucho con esa vibración íntima que fluía entre los dos.

Después de tantos años haciéndolo todo sola, se hacía difícil confiar en otra persona.

Dolores tenía razón en que James le gustaba. Era la primera vez que conocía a un hombre que le interesaba y le provocaba ese cosquilleo del que solo había leído en los libros. Probablemente no iría mucho más allá de lo que quedaba de verano, puesto que ella tenía su vida en La Habana y él en Boston, pero no quería volver a

Cuba y lamentarse por no haber seguido sus sentimientos por miedo. Si esa era su única oportunidad de vivir un romance, quería disfrutarla para que, cuando retomara su tranquila vida, pudiera recordar esa aventura con cariño y sabiendo que se había atrevido a correr el riesgo y abrirle el corazón a alguien.

—Confío en ti.

Lo dijo tan bajito que el viento se llevó sus palabras, pero la expresión calurosa que vio en el rostro de James le mostró que la había oído.

Cuando terminó de soltar la embarcación y prepararlo todo para zarpar, James se sentó muy cerca de ella en el banco.

Tenía razón: hacía un día perfecto para estar en el agua. Se veían otras embarcaciones a lo lejos, las velas ondeando como banderas. La escena era de lo más pintoresca e idílica, como sacada de un cuadro, el fondo pintado de pinceladas de azul cielo.

Un golpe de viento agitó el ala ancha de su sombrero de paja, y Eva se inclinó hacia delante y lo agarró por los pelos antes de que se le fuera volando. El agua se elevaba hasta el borde del bote y sentía las salpicaduras saladas en la cara a medida que se mecía surcando las olas.

Se sobresaltó al notar las manos de James en la cintura para equilibrarla cuando la embarcación se ladeó.

Eva se sentó de nuevo, agradecida por la ayuda. James sonrió, y sus dedos se demoraron un poco más en su cintura antes de soltarla y volver a centrarse en manejar el bote.

—¿Te está gustando?

Eva se echó hacia atrás y se rio, abrumada, sintiendo el sol en el rostro y la euforia que le corría por las venas.

—Es perfecto. Absolutamente perfecto.

Se adentraron un poco más en la bahía, hasta que el muelle se redujo a una motita en la distancia y las otras embarcaciones salpicaban el paisaje marino en aquel rincón del océano.

—¿Qué te está pareciendo el programa cultural? —preguntó James, más calmado.

Para Eva era fascinante verlo navegar, responder a indicaciones ocultas que solo él veía para ajustar su rumbo con suavidad.

—Pero dime la verdad, no la respuesta diplomática que estás obligada a dar porque estás aquí representando a tu país —añadió.

—¿Cómo sabes que mi respuesta diplomática no es la verdad?

—Porque siempre haces lo mismo: te pones una máscara cuando sales al mundo exterior. Pero, a veces, cuando hablamos, me permites atisbar cómo eres en realidad, lo que piensas de verdad. Y tengo ganas de conocer más.

Eva quería negarlo, quería decirle que la sugerencia era absurda, porque las máscaras se ponían precisamente para que nadie pudiera arrancarla y ver lo que había debajo. Como si fuera una especie de armadura, necesaria en esa época si eras mujer, y ella le había cogido cariño a la suya. Pero la había desarmado y ella había prometido que iba a ser valiente y disfrutar de su aventura, así que optó por decirle la verdad.

—Me provocó escepticismo al principio —admitió—. En Cuba aún estamos aclimatándonos a esta nueva relación con vuestro país. Haber pasado varias décadas luchando por independizarnos de España para terminar bajo el control de otra potencia extranjera ha sido descorazonador. No es nada personal contra vosotros, es más bien el resultado de no tener la libertad que tanto anhelamos.

»Pero ahora que estoy aquí… siento que se está generando un entendimiento entre ambos países. Este programa nos está dando la oportunidad de aprender los unos de los otros, de vernos en condiciones de igualdad, de desarrollar una amistad verdadera. Me parece… prometedor. Esperanzador, incluso. Toda mi vida ha sido moldeada por el conflicto. Es agradable ver el otro lado de las cosas, formar parte de un proyecto diplomático que establece vínculos entre los países, en especial cuando hay mucho en juego.

»Espero que este sea solo el comienzo. Puede que algún día un contingente de profesores estadounidenses viaje a la Universidad de La Habana a aprender de sus colegas cubanos. Parece que si el objetivo es llevarnos bien, escuchar y respetar la opinión del otro, la mejor forma de hacerlo es interactuando no solo a nivel académico, sino también personal, como seres humanos. Admito que no tenía muchas ganas de bailes, pero ahora que he visto que en ellos las personas se sueltan y que divertirnos y aprender los bailes de los otros puede eliminar barreras, comprendo lo eficaces que son.

—¿Solo eficaces? ¿No te has divertido? —bromeó él, aunque Eva percibió en su tono de voz que de verdad quería saberlo.

—Supongo que sí me he divertido —respondió ella con sinceridad, demasiado nerviosa aún para continuar con el coqueteo, a pesar de que reconoció los celos en su mirada y verlo la hizo estremecerse.

—Seguro que recibes muchas invitaciones a bailar.

Lo dijo en voz baja, probando, y por un momento Eva se permitió pensarlo así, pensar en que pudiera ser como Dolores, que tenía que quitarse de encima a los pretendientes.

—No tantas —respondió ella en el mismo tono.

Volvió la cabeza hacia el mar, incapaz de mirarlo a él de la vergüenza. Seguro que lo sabía, que notaba lo inexperta que era. Pese a la madurez de los veintitantos años, en ese aspecto era una novata.

Se produjo un silencio que duró más de lo normal.

Eva lo oyó moverse a su lado, el roce de los pantalones de lino al cambiar de posición. También percibió el aroma de su colonia y el calor que emanaba de él. Bajó la vista, incapaz de mirarlo a la cara, y se centró en el brazo, justo a su lado. Se había quitado la chaqueta de lino color marfil antes de subir a bordo y se había remangado la gastada camisa blanca, dejando a la vista las muñecas de piel clara cubierta de fino vello. Tenía la piel mucho más clara que ella, y pecas diseminadas por los antebrazos. Se fijó en que llevaba el puño manchado de tinta otra vez. ¿Habría estado escribiendo antes de pasar a recogerla?

Iba a preguntárselo, pero la pregunta se le quedó en los labios cuando subió la cabeza y sus miradas se encontraron.

James levantó la mano que segundos antes había estado contemplando y, rozándole levemente la mejilla, le apartó un mechón de pelo y se lo sujetó detrás de la oreja.

—Estás temblando —susurró.

¿Lo estaba?

Creía que no sentía el cuerpo, que estaba suspendida al borde de algo que no sabía definir. Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera pensarlo siquiera, James se movió, bajó la cabeza buscando la suya, o puede que fuera ella la que gravitó hacia él al mismo tiempo, y buscó sujeción en sus brazos mientras se precipitaba hacia algo para lo que no estaba en absoluto preparada.

Le olía el aliento un poco a menta, como si hubiera comido un caramelo y, acto seguido, le acarició los labios con los suyos con absoluta ternura, y la intimidad del acto la estremeció hasta lo más profundo de su ser.

Puede que ella no supiera qué hacer, pero era evidente que él sí, porque tras el roce preliminar, pasó por encima de los recelos que hubiera podido albergar. No entendía cómo podía juzgarlo, pero el instinto le decía que James besaba muy bien, y un segundo después se dejó llevar y muy posiblemente le entregó su corazón.



14

MARGO
En el tren a Escocia, 2024

Margo miró por la ventana del tren camino de Edimburgo.

No había encontrado plaza en ningún vuelo nocturno, pues todos iban llenos de pasajeros que hacían el trayecto Londres-Edimburgo a diario por motivos laborales; solo había uno con dos sitios disponibles, pero no les daba tiempo a llegar al aeropuerto, de modo que compró dos billetes para el tren, con cargo a la empresa. Habían salido de la estación de Euston unas horas antes y llegarían a Edimburgo por la mañana.

Según el horario que aparecía en su web, el Red Bull empezaba a servir comidas al mediodía, así que con un poco de suerte podrían hablar con Adriana Josephs antes de que abrieran. Había comprado el billete de vuelta en avión confiando en que hubieran encontrado respuestas.

Bebió un sorbo del *whisky* que había pedido en su primera visita al vagón cafetería y sintió que le quemaba la garganta.

Miró la hora.

Pasaba un poco de la una de la madrugada.

Hacía una noche preciosa, demasiado oscura para ver nada más allá de las luces de las ciudades por las que pasaban, pero la calma en la seguridad del vagón resultaba cómoda. Luke y ella habían subido al tren mirando a todos lados como si fueran fugitivos, pero no habían notado que los siguieran. Margo había tenido cuidado al comprar los billetes a través de una dirección de correo antigua que utilizaba para que no se llenara de *spam* la dirección principal. Se había asegurado de enviar un correo a Bea para decirle que se quedaría en casa a trabajar unos cuantos días con la esperanza de que, si les habían hackeado el correo, quien la estuviera vigilando no se despegaría de su casa en vez de seguirlos a Escocia.

Sin embargo, tenía la impresión de que no era suficiente, sobre todo porque no sabía a qué, o a quién, se enfrentaban.

—¿No puedes dormir?

Margo levantó la vista.

Luke estaba en el pasillo, junto a la fila de asientos vacíos frente a ella. Se había quitado la otra ropa y se había puesto una sudadera negra y unos pantalones de deporte que sabía que eran sus favoritos. Se los había comprado ella al poco de casarse, y, cada vez que mencionaba lo cómodos que eran, se llenaba de satisfacción. Le gustaba saber que había contribuido a simplificarle la vida, igual que hacía él con ella cuando se quedaba trabajando en la oficina y él le llevaba el café de una cafetería que le gustaba mucho o le preparaba su cena favorita cuando volvía después de un mal día.

Tenía buen aspecto. Muy bueno. Y no le costaba nada recordar lo que era abrazarlo, sentir el suave tejido en la mejilla cuando apoyaba la cabeza en su pecho y oía el latido de su corazón, o alojarse cómodamente entre sus brazos, donde siempre se había sentido protegida y seducida.

Tragó saliva. Tenía la garganta seca a pesar de que acababa de beber.

—No puedo, no.

No era solo por el dolor de la muerte del señor Thornton o por la preocupación por el allanamiento de su oficina y el misterio del libro. Estar ahí con Luke era superextraño. La adrenalina tras encontrar el cadáver del librero el día anterior le había servido de distracción, y, bueno, descubrir que alguien había entrado en su oficina, unido a la preocupación por Bea y a la última visita relacionada con el libro misterioso también le había ayudado a no pensar en su ex. Pero en ese momento la consumía una energía nerviosa al saber que iba en el tren con Luke, y estaba despertando todo tipo de sentimientos complicados.

Y ahora lo tenía allí delante, y con el vagón cafetería desierto no había nada que le sirviera de distracción, no tenía manera de evitarlo. Estaba allí mismo, y estaban divorciados, sí, pero estaba claro que en algún momento tendrían que hablar del tema y del hecho de que, por poco que les costara retomar las viejas costumbres y trabajar juntos, ya no eran socios y mucho menos amigos.

—¿Te importa que te acompañe?

Margo negó con la cabeza a pesar de lo que sentía en su interior. Luke se sentó frente a ella, pero la mesa no le ofrecía la protección

que necesitaba.

—¿Has cenado bien? —preguntó Luke.

Si fuera otra persona, Margo se habría tomado la pregunta como una forma inocua de entablar conversación, pero lo conocía bien —pese a todo, probablemente mejor que nadie—, y sabía adónde quería ir, lo que no estaba diciendo. «¿Tantas ganas tenías de evitarme que has preferido venir a cenar un sándwich seco de huevo con berros y una botella de agua del tiempo?».

—Muy bien —respondió ella alegremente. «Me habría comido un sándwich de atún y apio con tal de evitar esta situación tan incómoda, y sabes que odio el apio».

Luke negó con la cabeza suavemente, pero Margo no sabría decir si porque la situación le parecía divertida o exasperante.

—¿Te ha dicho la policía algo más sobre el allanamiento? —preguntó a continuación Luke.

—No. He intentado llamarles para ver si sabían algo, pero el policía que vino esta mañana no me ha contestado, y tenía el buzón de voz lleno. Lo intentaré otra vez por la mañana. Pensé que enviarles el contenido de la memoria usb los convencería de que las dos cosas están relacionadas, pero no sé si se lo han creído. O no me han dicho nada al respecto, desde luego. Antes del allanamiento, llamé al detective que me interrogó y no exagero si te digo que pasó olímpicamente de mí. A lo mejor cambia de idea ahora.

—Es posible. Pero puede que tarden en llegar a esa conclusión. La respuesta más sencilla para ellos es la más probable, y los robos que han tenido lugar en la zona de la librería están muy cercanos en el tiempo como para no tenerlos en cuenta. Cuando el objetivo es cerrar casos, a veces la respuesta más fácil parece la más

prometedora. Los crímenes no quedan perfectamente finiquitados. Todos reconocen que siempre queda algún detalle que no encaja.

—¿Lo echas de menos? —preguntó ella.

—¿Ser policía?

Ella asintió con la cabeza.

—A veces.

—Lo siento.

Luke negó con la cabeza.

—No lo lamento. Y no fue culpa tuya. Yo lo decidí. Quería que las cosas funcionaran. Y mi trabajo… me hacía ver cosas muy feas. Cuando era más joven y estaba empezando, me encantaba la persecución, el subidón de resolver los casos, de tratar de encontrar algo parecido a la justicia. Pero el tiempo me pasó factura. Y no solo en nuestro matrimonio.

Margo miró por la ventana una vez más, incapaz de mirarlo a los ojos. Detrás del cristal solo había oscuridad, las luces de la civilización estaban tan lejos que casi no se veían. Los demás pasajeros habían vuelto a sus asientos hacía rato, eran los únicos en el vagón, y el traqueteo rítmico del tren el único sonido entre ellos.

Lo miró, pero se encontró con su rostro de perfil mientras él también miraba por la ventana.

¿Había ido porque estaba buscándola y sospechaba que estaría allí o buscando estar un rato a solas? ¿Y ella? ¿Por qué lo había hecho ella?

Últimamente, no sabría decir. Las cosas estaban muy embrolladas y le costaba encontrarles sentido. Le resultaba demasiado agradable estar ahí con él, y al mismo tiempo la situación entre ellos era muy diferente, una nota discordante en el aire que lo confundía todo. No

habían resuelto las cosas entre ellos, no habían tenido una de esas difíciles conversaciones para aclarar y poner el punto final.

La verdad era que ella lo había evitado porque no encontraba las palabras, y ahora lo que tenía era una herida abierta que no había curado bien.

Luke parecía cansado, tenía ojeras y le estaba empezando a despuntar la barba.

—¿Tú tampoco podías dormir?

Él negó con la cabeza y se giró para mirarla de nuevo.

—Estoy preocupado por ti. Desde que te presentaste en mi casa la otra noche. —Guardó silencio un momento antes de seguir—. Nunca he dejado de preocuparme por ti. Sé que se suponía que tenía que hacerlo. Tendrían que ponerlo por escrito en el acuerdo de divorcio, al lado de quién se queda con la mesa del comedor. —Se la había quedado él. Ella no podía soportar la idea de sentarse en su silla de siempre y no tenerlo enfrente—. Pero aun así, seguía pensando en ti, preguntándome si estarías bien, si serías feliz. La noche que fui a ver al señor Thornton, le pregunté por ti. No pude evitarlo.

El corazón de Margo se aceleró.

Deslizó el vaso de *whisky* por la mesa hacia él.

Luke vaciló un momento, pero al final lo cogió y se lo llevó a los labios. ¿Cuántas veces habían bebido uno a medias? Era natural y fácil, y tal vez por eso fuera tan peligroso, la razón por la que se había alejado del vagón: porque le gustaba estar con él aunque querían cosas diferentes y parecían incapaces de dejar la mala costumbre de hacerse daño sin querer.

Y pese a todo…

Era muy pero que muy injusto que estuviera tan guapo y que después de todo lo ocurrido siguiera teniendo esa sensación de caer al vacío que se le ponía en la boca del estómago, el anhelo, la mezcla de miedo y deseo.

Bajó la cabeza. Le daba miedo que Luke lo viera en su cara, que se percatara de cómo observaba sus dedos largos y finos, su mandíbula marcada, la piel bronceada de la garganta.

Era una idea muy mala. Malísima.

—Me dijo que estabas bien —continuó él, aunque Margo no se lo había pedido—. Y me alegró oírlo. Y también… me pregunté qué quería decir. Si habías pasado página, si estabas con alguien…

No terminó la frase, como si estuviera esperando la explicación o la confirmación de Margo. Pero esta no se atrevía. Era demasiado, no podía.

Quedaron en silencio.

—Sasha y yo ya no estamos juntos —continuó Luke con tono despreocupado, pese a la solemnidad del momento.

«¿Qué?».

—Lo siento —dijo Margo, buscando las palabras adecuadas—. Parecíais felices el otro día cuando os vi juntos en tu casa. Pensé…

Él negó con la cabeza.

—No pasa nada. Cuando te fuiste, empezó a preguntarme por ti, por nuestro matrimonio… —se rio abochornado, alborotándose el pelo—. Teníamos una relación distendida. Nos lo pasábamos bien y nos gustábamos, pero le dejé claro desde el principio que no quería nada serio, no me veía capaz, y ella tampoco. Lo habríamos dejado tarde o temprano, no era un gran amor ni nada de eso. Ninguno de los dos lo buscaba. No pensaba arrastrarla mientras me aclaraba las

ideas, y tampoco creo que ella estuviera dispuesta. No la culpo. Volver a verte ha hecho que me dé cuenta de que no estaba preparado para una relación, aunque ni siquiera fuera seria.

—Te entiendo —confesó ella—. Yo también he salido con alguien, pero… creo que no estoy preparada para algo serio.

No podía imaginar pasar otra vez por el dolor de romper, como había pasado con Luke.

¿Era alivio lo que vio en el rostro de Luke? Duró solo un segundo, no sabría decirlo con seguridad.

Luke asintió con la cabeza.

—Cuando nos divorciamos, mis amigos me decían que lo mejor para superarlo era una nueva relación…, a veces con eufemismos realmente horribles. Oírlos hablar hacía que pareciera fácil, y yo no dejaba de pensar que si supieran lo que había perdido, no les parecería tan fácil. Para nada.

¿Y eso a cuento de qué venía?

Tenía razón, eso era cierto. Su matrimonio había sido especial. Cuando se divorciaron, Margo supo que no volvería a encontrar un amor igual. Imposible tener tanta suerte. Pero también había aprendido que, a veces, el amor no bastaba, que el cuento de hadas que le habían vendido de pequeña era una historia bonita, pero no era verdad. La verdad era que el matrimonio era difícil, y pese a los momentos de romanticismo, lo que verdaderamente había definido su relación había sido la incapacidad de unir las vidas de ambos y los desafíos cotidianos, no las mariposas en el estómago.

—Creo que voy a ir a ver si duermo un poco —murmuró Margo—. Mañana nos espera un día largo. Se está haciendo tarde.

—Hace mucho que es tarde. Lo siento, no quería espantarte.

Luke parecía tan frustrado como ella, y se acordó de cómo se trastabilló al verla en su casa la noche anterior.

—No lo has hecho, estoy cansada, en serio, y…

Joder, no podía seguir balbuceando y mirando la mesa como una cría enamorada. Era ridículo. Su comportamiento era ridículo. Era una ejecutiva de treinta y tantos y habían estado casados. No tendría que ser tan complicado enfrentarse a su ex.

Inspiró profundamente. En otro tiempo, no tan lejano, habría corrido a esconderse en la intimidad y la comodidad de su cochecama por miedo a enfrentarse a la tensión entre ambos, a reconocer sus propios sentimientos y lo vulnerable que era a ellos. Era el patrón de conducta que había desarrollado de pequeña, cuando se veía atrapada entre las peleas de sus padres, obligada a presenciar los problemas y los escollos de su matrimonio, cuando era demasiado pequeña para entenderlo y solo quería encontrar la forma de escapar. Y había repetido el mismo patrón en su matrimonio, un mecanismo de defensa cuando las cosas se ponían difíciles y la sacaban de su zona de confort. Pero necesitó la terapia y hacer frente a todos esos momentos difíciles de su vida para comprender que no quería que el pasado determinara su futuro. Cobrar conciencia de ello no era lo difícil; lo difícil era ponerlo en práctica, sobre todo en momentos como ese.

—Es raro estar así, aquí, juntos. No sé qué decir o cómo actuar —confesó con el corazón acelerado. Le gustaría hacerle comprender que incluso esa confesión, por obvia que fuera, le daba tanto pavor como tirarse de un avión o nadar entre tiburones—. Tengo la impresión de que voy a meter la pata, aunque supongo que en gran

medida se debe a que no hay una forma perfecta de manejar una situación como esta.

—Ya. Sí que es raro. Éramos amigos, siempre lo fuimos, siempre podíamos hablar. Se me hace duro no tener ese vínculo. Creo que es lo que más echo de menos. Hablar contigo. Reírme contigo. Vivir aventuras.

Empujó el vaso hacia ella.

—He pensado mucho en ti desde que te fuiste —continuó—. Imaginaba cómo sería volver a vernos. Estaba trabajando en mi mesa y de pronto me preguntaba qué pasaría si nos encontráramos por la calle un día. Lo que nos diríamos, cómo estarías, cómo sería tu vida. Si serías feliz.

Ella había estado haciendo lo mismo, pero no sabía que Luke también lo hacía.

—Por algún motivo no se me ocurrió que te plantarías en mi casa de noche y manchada de sangre —continuó él con una sonrisa triste —. Y debería haberlo hecho, teniendo en cuenta cómo nos conocimos.

Margo pestañeó varias veces, distraída, imaginándolo en su despacho pensando en ella, igual que le pasaba a ella con él por mucho que se esforzara en no hacerlo.

—¿Cómo que «teniendo en cuenta cómo nos conocimos»? —preguntó.

—El día que pasaste por el *pub* y te quedaste a tomar algo con todos, yo estaba allí supuestamente para conocer a otra persona. George había insistido en que fuera porque quería presentarme a una amiga de su novia, Aimee, que sabía que me iba a gustar.

No tendría que sentirse indignada por algo que había ocurrido hacía tanto tiempo, y, sin embargo, no le gustó nada pensar que Luke iba a conocer a otra aquel día, que si ella hubiera decidido no salir con los de clase, puede que las cosas hubieran sido diferentes. O puede que no. A lo mejor simplemente estaban destinados a estar juntos.

—Aimee era simpática —dijo Margo, acordándose de una chica menuda, morena, siempre dispuesta a dejar sus apuntes y organizar sesiones de estudio en grupo—. Creo que trabaja en el V&A.

—Sí.

—Seguís en contacto, por lo que veo —dijo Margo, tratando de que no se le alterase la voz. No es que estuviera celosa, tampoco tenía ningún derecho, pero le incomodaba admitir que no le hacía gracia. Tras el divorcio, se convirtió en una sombra de la que solía ser, su mundo se limitó al trabajo. No es que quisiera que Luke lo pasara mal también. Parte de sus motivos para separarse era que no querían lo mismo, que todo el amor que hubiera podido haber entre ellos no había bastado para hacer frente a sus problemas.

—George y sus intentos de que «volviera al mercado» después del divorcio. Era inasequible al desaliento —explicó Luke con un pequeño gemido de resignación. Y seguidamente se encogió de hombros—. Pero tenía buena intención. No puedo culparlo. La verdad es que yo estaba fatal y pensó que me vendría bien salir más para superar que me hubieras dejado.

—Yo no te dejé —protestó Margo, aunque el alma se le cayó a los pies. Trató de encontrar las palabras adecuadas para describir la pérdida más dolorosa de su vida—. Nos dejamos mutuamente. O así lo sentí yo.

Guardó silencio un momento con expresión inescrutable.

—Supongo que tienes razón.

—Entiendo que lo de Aimee no salió, ¿no?

Luke se rio.

—No me cabe duda de que la pobre no habrá sido capaz de olvidar la única vez que salimos. Qué desastre. —Se sonrojó—. Puede que llorase y todo.

—¿La hiciste llorar?

Jamás lo habría imaginado.

—La cita no estuvo tan mal. Me temo que fui yo el que lloró.

Margo lo miró boquiabierta.

—¿Qué? —preguntó Luke.

—Que tú no lloras nunca.

Ni siquiera el día que se casaron. Tenía una sonrisa radiante, igual que ella, nada de lágrimas.

—Pues parece que sí —respondió él, impasible—. Me preguntó qué había pasado mientras los demás me miraban incómodos, como deseando no estar presentes en una conversación tan embarazosa. Creo que la pregunta y mi intento de responder me pillaron tan de sopetón que me vine abajo. Por lo menos sirvió para quitarle las ganas a George de buscarme pareja. Se quedó flipado y le dije que no se le ocurriera volver a hacer de celestina en su vida.

Margo trató de encontrar las palabras adecuadas, algo con lo que llenar el silencio, pero no se le ocurría nada.

—No soy un ser incapaz de sentir, por si no lo sabías —continuó, como si hubiera leído la sorpresa en su cara—. Estábamos enamorados, estábamos casados, y de pronto dejamos de estarlo.

No esperarías que saliera indemne. Me afectó mucho. Me dejaste noqueado.

—No pretendía decir eso. Es que… yo no… —Margo calló un momento y tomó aire profundamente—. Casi al final, no hacía más que esperar una señal de que seguía habiendo algo por lo que luchar, que yo te importaba, que no estaba sola en nuestro matrimonio, y solo parecía que estabas dispuesto a mandarlo todo a la porra. Dispuesto a mandarme a mí a la porra. Pensaba que sería un alivio para ti volver a estar solo. Pensaba que al llegar yo había destrozado tu vida perfectamente organizada.

—¿Un alivio? ¿Lo dices en serio? ¿Que sería un alivio perder a mi mujer?

—¿Sabes lo que hiciste cuando te dije que quería el divorcio? Asentiste con la cabeza. Me dio la impresión de que sentiste alivio.

—Intentaba no llorar. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Discutir? ¿Decirte que no querías lo que tanto afirmabas necesitar? ¿Intentar convencerte cuando era obvio que te sentías desgraciada? Te quería. Quería que fueras feliz. Aunque eso implicara que yo no lo fuera.

—No era desgraciada… —repuso Margo—. Yo solo…

—¿Qué? Dime. No conseguí entenderlo. No me lo dijiste nunca.

—No me lo preguntaste. Pensé que era obvio. Intenté decirte cómo me sentía. Intenté hablar contigo.

—Para mí no era obvio. Creía que éramos felices. ¿Acaso nuestra vida era perfecta? No, claro que no. Pero yo no quería estar con ninguna otra persona. No quería nada más. Solo te quería a ti.

Margo inspiró profundamente con el corazón acelerado y se apretó el pecho con la mano tratando de calmar el intenso dolor, la herida que se había abierto de golpe. A lo mejor era esa la razón por la que

no habían hablado hasta ese momento. Cada palabra que intercambiaban le dolía como si la estuvieran haciendo pedazos con mil cuchillos.

Intentó recordar cómo se había sentido, el atosigamiento.

—No lo sabía —respondió con cautela, tratando de que las emociones no le impidieran hablar, aunque el tiempo transcurrido, la distancia y la terapia le habían enseñado a manejar sus sentimientos —. No sabía que tenías bastante conmigo. Sentía que querías más de lo que yo podía ofrecerte y que no estaba a la altura.

En aquella época, las emociones la consumían por completo, pero ahora se daba cuenta de los pequeños errores y malentendidos que se producían entre ellos inesperadamente, que habría abordado de inmediato de haber sabido que formarían una bola de nieve gigante que terminaría arrasándolos. Eso era lo malo de ver las cosas en retrospectiva: de haber sabido lo que ahora sabía, habría dado lo que fuera por volver atrás y hacer las cosas de otra forma.

Eran jóvenes, ella era muy inexperta. Había salido con muchos chicos, había tenido un par de novios, pero Luke había sido su primera relación seria, amor en mayúsculas, negrita y subrayado.

—Yo no sabía cómo se comporta una mujer casada —confesó—. Cuando nos casamos, pensé que sería fácil. Querernos al principio fue muy fácil. Aquella tarde cuando entraste en el *pub* y me sonreíste, pensé: «Quiero que me sonría así todos los días de mi vida». Es de locos. ¿Quién se enamora tan deprisa? Y cuando todos me decían que íbamos demasiado rápido, que bajáramos un poco el ritmo, solo pensaba que, si había sido tan fácil enamorarnos, era porque tenía que pasar, que había algo entre nosotros inmune a las peleas y las humillaciones que acababan con otras parejas.

»Suena a cuento de hadas, lo sé, pero creo que tenía que darle la oportunidad. Si nosotros éramos diferentes, si nuestro amor era diferente, no debía temer que fuera a cometer los mismos errores que mis padres. Que me despertaría un día amargada y divorciada, con un crío que iría de la casa de uno a la del otro como un pelele, el último vestigio de un matrimonio que nadie quería celebrar, que todos sabían que terminaría mal.

—Margo.

—Yo no quería casarme. Nunca quise. No te lo dije nunca. Ni siquiera habíamos hablado del tema cuando me lo pediste. No quería cargar con esa obligación después de lo que les ocurrió a mis padres. No quería darle a nadie el poder de hacerme daño de esa forma, no quería ser el tipo de persona capaz de herir a otra persona de esa forma. Y de repente apareciste tú con tus sonrisas y tus besos, lo más sólido y constante que había tenido en toda mi vida, y pensé que si iba a quebrantar mis reglas por alguien, no se me ocurría nadie mejor que tú. El día de la boda estaba muerta de miedo. Vomité dos veces. Nunca te lo dije porque me daba vergüenza. Una de mis damas de honor me sujetó el velo.

—Deberías habérmelo dicho. Te habría apoyado. Podríamos haberlo hablado.

Lo dijo con tal intensidad que no quedaba duda de la veracidad de sus palabras.

—Lo sé. Sé que lo habrías intentado. Pero no quería que vieras esa parte de mí. No quería dejar que la realidad se metiera en nuestra vida. Tú veías mi lado profesional, la parte de mi persona capaz de correr riesgos cuando existía una lógica, pero mi corazón no era racional. Tú admirabas esa versión, y yo no quería que te

dieras cuenta de que, si bien soy la reina de la eficacia y la organización en lo que a mi trabajo se refiere, soy un desastre cuando me siento emocionalmente vulnerable, cuando se trata de expresar lo que siento. Me resulta más fácil cuando tengo el control, cuando tengo un plan, cuando le encuentro sentido a las cosas. No te vi venir, y de repente estabas allí, simplemente me dejé arrastrar por la idea de ser una pareja, no mostré ninguna sensatez.

»Y supongo que una vez casados, me entró el pánico. No sabía cómo ser una esposa. El único ejemplo que conocía no era precisamente feliz y no quería que a mí me pasara lo mismo, pero cuanto más me preocupaba por no ser como mis padres, más me enredaba en las mismas trampas.

Luke soltó una palabrota.

—¿Sabes cuántas noches he pasado preguntándome qué había hecho mal? ¿Por qué de pronto me mirabas y te comportabas de un modo diferente? Me preocupaba que te molestara que tuviera siempre tantas ganas de ti, que estuviera tan enamorado de ti, que te hubiera empujado a un matrimonio que no deseabas. Cuando me dijiste que querías divorciarte, me enfadé tanto conmigo mismo que solo podía pensar en que tenía que darte lo que querías, que tenía que ser justo contigo.

Una lágrima cayó por la mejilla de Margo y se la limpió de un manotazo.

—No me empujaste a nada. Yo salté. No estaba acostumbrada a hacerlo y me asusté.

—No lo sabía.

—Ya. Y lo lamento. Lamento no habértelo dicho. Sinceramente, no era que no me fiara de ti, no me fiaba de mí. O a lo mejor no

confiaba en lo nuestro. En lo que teníamos estando juntos. Me parecía demasiado bueno para ser cierto, y seguía esperando que ocurriera lo inevitable, eso que llevaba temiendo desde el principio. Me ha costado muchas horas de terapia entender que a lo mejor mi miedo me estaba causando más problemas de lo que creía.

—No es culpa tuya —susurró—. Yo también podría haberte preguntado. Podría haber hablado más contigo. Podría haberte dicho lo que me asustaba. Nunca había querido a nadie como te quería a ti y me aterraba.

Sus palabras la aterrorizaron. La terapia le había ido muy bien y se sentía más fuerte y más segura de sí misma que entonces, sentía que tenía el control de la situación y que estaba mejor preparada para manejar situaciones que antes la habrían puesto frenética. Pero seguía siendo un proceso. Saber qué era lo que desencadenaba sus reacciones no facilitaba plantarles cara. Los viejos fantasmas seguían pululando.

Aunque por una parte encontraba cierto consuelo en sus palabras, en saber que los sentimientos de entonces no habían sido solo cosa suya, que la habían amado tanto como había amado ella, no conseguía librarse de la desgarradora realidad de que todo eso pertenecía ya al pasado, lo que le produjo una inevitable sensación de pérdida.

—Desearía poder volver y hacer las cosas de otra manera —confesó Margo—. Desearía que nos hubiéramos conocido más tarde, cuando yo me encontrara en un momento mejor. Aún estaba tratando de averiguar quién era y lo que quería hacer. No estaba preparada.

Él asintió con la cabeza.

—Creo que yo sabía que no estábamos en el mismo punto, que no estábamos preparados para todo lo que yo quería para los dos. O lo sospechaba. Confiaba en que iba a funcionar. Tal vez fuera demasiado arrogante.

—No lo fuiste. Lo hiciste lo mejor que pudiste. Los dos lo hicimos. —Margo inspiró hondo—. Lamento haberte presionado con tu trabajo. Lamento que te obligara a creer que ese era el problema, que debías solucionar de algún modo el peligro y la imprevisibilidad por mí.

—Puede que no fuera el problema, pero tampoco facilitaba las cosas.

—No, cierto, pero sé mejor que nadie lo importante que es disfrutar con lo que haces, y a ti te encantaba resolver casos, trabajar con la Interpol. Ojalá hubiera entendido entonces que no serías el hombre del que me enamoré si te quitara todo eso.

—No me habría asociado contigo si no me hubiera parecido bien hacerlo. Estaba quemado en el trabajo. Algunas de tus quejas también eran mías. Pero por mucho que te quisiera y por muy orgulloso que estuviera de ti, trabajar contigo tampoco se adaptaba a lo que yo necesitaba. Tú estabas levantando la empresa e hiciste lo que tenías que hacer. Era yo el que estaba atascado. Y no sabía cómo decírtelo, porque al final lo había elegido yo. Era yo quien presionó para arreglar las cosas y me daba vergüenza admitir que tampoco así funcionaban. A lo mejor me daba miedo enfrentarme a ello.

—Los dos cometimos errores. No creo que ninguno de los dos sea el culpable. —Margo alargó el brazo y puso la mano sobre la de él, que estaba posada sobre la mesa—. Lo siento.

—Yo también —respondió él, y le apretó la mano.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y Margo se las limpió con la mano libre.

—No quiero que llores —dijo Luke.

—No estoy triste. En cierto modo, me alegra que hayamos tenido esta conversación. No nos despedimos de nuestro matrimonio ni de nosotros como era debido. Esta me parece la despedida que necesitábamos.

—Es verdad.

Ninguno dijo nada. No había mucho más que decir. Permanecieron así, con las manos entrelazadas mientras el tren proseguía su marcha.



15

EVA
Boston, 1900

Después de que James la llevara a navegar hubo más salidas —excursiones a la playa, pícnics en el parque, viajes en coche fuera de Boston, hacia los campos de Massachusetts—, que Eva encajaba entre las muchas actividades del programa. Tenía la cabeza llena de todo lo que aprendían en las charlas y encuentros a los que asistían, y el corazón rebosante ante las posibilidades de la relación que estaba cobrando fuerza entre James y ella. Él le contaba cosas de su infancia, de su novela. Hubo más besos, a cada cual más atrevido, besos que la hacían sentir audaz.

A veces, cuando quedaba con él después de las clases, mantenían apasionadas discusiones sobre la historia de Estados Unidos que estaba aprendiendo, sobre su filosofía de la enseñanza y sus sueños de futuro para Cuba. A James se le daba muy bien escuchar, y

cualquier reticencia inicial que pudiera tener a expresar sus opiniones desaparecía al comprobar el interés que mostraba.

Su mundo en Harvard empezaba a reducirse al que habían creado los dos.

Había transcurrido la mitad del verano cuando se dio cuenta de que todo lo que había pretendido escribir se había quedado en agua de borrajas. Su novela, que aún no tenía título y no estaba terminada, esperaba en la mesa de su habitación, haciéndole guiños cuando regresaba de sus aventuras.

Por fin, un miércoles James le dijo que no podía quedar con ella y lo aprovechó para ir a la biblioteca a escribir.

Observó la sala en busca de un sitio. Había mucha gente y su sitio favorito estaba ocupado, así que se dirigió al fondo. El repiqueteo de sus tacones en el suelo despertó miradas de curiosidad entre los estudiantes —no en vano era una mujer, y cubana, en la Universidad de Harvard—, aunque lo cierto era que a esas alturas su presencia despertaba menos miradas que al principio. Los estudiantes se iban acostumbrando a estar juntos. A Eva le gustaba pensar que se irían de allí con una idea un poco diferente de la que tenían al llegar, y sabía que ella iba a ver el mundo de otra forma cuando volviera a Cuba.

Iba a echar mucho de menos Harvard. Iba a echar de menos las posibilidades que había allí, el hecho de que hubiera cruzado el océano para ir a una de las universidades más famosas del mundo y hacer que lo imposible pareciera alcanzable.

Más de uno de los docentes de la delegación había expresado su deseo de quedarse, y la idea se había abierto camino en ella. El propósito del programa de verano no era ese, claro, sino que se

esperaba de ellos que volvieran a La Habana para poner en práctica lo aprendido. Ella lo sabía y estaba orgullosa de representar a su país. Sin embargo, nadie la esperaba en Cuba. Volvería para estar sola en su apartamento, mientras que allí estaba rodeada de gente, y también estaba James…

Había varias mesas libres al fondo de la sala, y Eva se dirigió a la última, junto a un hombre inclinado sobre un montón de papeles, desperdigados a su alrededor.

Lo primero que reconoció fue su postura, su forma de moverse, y después se fijó en el pelo oscuro que había acariciado unas horas antes.

—No sabía que pensabas venir a la biblioteca también. He venido a escribir —dijo, con una sonrisa que se agrandó cuando él levantó la mirada de los papeles al oírla.

Si a ella le había sorprendido verlo allí, a él lo sorprendió aún más, y un segundo después algo parecido al pánico le atravesó fugazmente el rostro.

Eva retrocedió al notar por su actitud que se estaba inmiscuyendo en su espacio, que no era bien recibida. Estaba confusa. A ella no le gustaba que la interrumpieran cuando escribía. Por lo general, le daba vergüenza mostrar sus escritos a los demás, pero aun así le sorprendió mucho que se mostrara tan molesto.

La última vez que habían estado juntos, James la había besado y le había dicho que no podía dejar de pensar en ella. ¿Qué había cambiado?

Eva echó un vistazo rápido a su alrededor. No habían alardeado de su relación, y ella había dado por hecho que había sido porque él sabía lo importante que era para ella estar allí. No quería despertar

rumores sobre su vida personal y que su romance con James restara importancia a los motivos que la habían llevado hasta allí, no quería que los bostonianos que habían reunido los fondos para financiar el programa pensaran que no se lo estaba tomando en serio. Además, aunque se hubieran conocido en otras circunstancias, en Cuba tal vez, ella lo habría llevado con discreción. Pero en ese momento se le pasó por la cabeza si se habría equivocado, si lo que pasaba en realidad era que se avergonzaba de ella y tenía sus propios motivos para guardar en secreto su relación.

Eva bajó la cabeza tratando de calmar sus sentimientos. Estaba muy dolida. Su mirada aterrizó sobre la hoja que tenía James delante y su conocida caligrafía en tinta negra. Ley? automáticamente lo que decía:

> El programa nos ha dado la oportunidad de aprender los unos de los otros, de vernos en condiciones de igualdad…

Reconoció las palabras al instante porque eran suyas. Era lo que le había contestado a James cuando le preguntó qué le estaba pareciendo el programa de intercambio el día que salieron a navegar.

—Puedo explicarlo, Eva.

Ella levantó la vista y lo miró a la cara.

—¿Estás escribiendo sobre mí? ¿Sobre las cosas que te he dicho?

¿Para su novela? No tenía sentido. Se lo habría dicho, habría comentado algo en alguna de las muchas veces que habían hablado sobre su trabajo. Y entonces lo leyó: su nombre. Se refería a ella como la «maestra cubana Eva Fuentes». Como si fuera más un objeto de estudio que alguien de quien se estaba enamorando. ¿Por eso le hacía tantas preguntas? No era porque tuviera un interés

especial en ella o en sus opiniones, sino porque estaba reuniendo información sobre ella.

La noche que se conocieron fuera del salón de actos había mucha gente, pero sobre todo de dos clases: estudiantes de Harvard y periodistas.

—Ven, no es sitio para tener esta conversación.

James se levantó y la tomó de la mano. Estaba hecha un lío, tanto que no pudo hacer nada más que acompañarlo hasta un rincón de la sala.

Pero allí se soltó de un tirón.

—No estudias aquí, ¿verdad?

James titubeó un momento antes de contestar.

—En mi defensa he de decir que yo nunca dije que lo hiciera. Tú lo diste por sentado.

Eva repasó todas las conversaciones que habían mantenido, recordó la ambigüedad de sus respuestas. Puede que no le hubiera mentido abiertamente, pero estaba claro que la había conducido en una dirección determinada.

—Dejaste que lo diera por sentado. ¿Por qué? Porque querías que lo hiciera. Porque todo esto dependía de ello. —Estaba furiosa, las palabras en español entrechocaban velozmente en su cabeza. Tardaba un poco más en decir lo que quería en inglés y la enfureció aún más saber que no le quedaba otra que hablar en la lengua de él para hacerse entender—. Menuda historia te he dado. Eres periodista.

Dijo esto último como si fuera un insulto, aunque no tuviera nada en contra de los periodistas. Los admiraba incluso. Pero que la

hubiera seducido fingiendo que le gustaba solo para sonsacarle información…

Notó que se ponía roja de indignación.

Ella no confiaba en muchas personas, no se permitía intimar con nadie, por eso le dolía tanto que alguien en quien había confiado, que había encendido el deseo en ella, le hubiera mentido.

—¿Hasta dónde habrías sido capaz de llegar? ¿Hasta cuándo pensabas seguir mintiéndome? He oído hablar de lo que cuentan vuestros periódicos. ¿Pensabas publicar alguna historia escandalosa?

Puede que las palabras no le salieran tan rápido como le habría gustado, pero le era imposible contener la rabia. No dejaría que aquel hombre la avergonzara. No dejaría que un artículo suyo la pusiera en evidencia, no se disculparía por el hecho de haber…

—Eva —la interrumpió, acercándose a ella rápidamente hasta poco menos de un brazo de distancia—. Ya vale.

—¿Cómo te atreves a decirme que ya vale? Confié en ti. ¿Sabes lo mucho que me cuesta confiar en la gente? Me has mentido, me has hecho creer que estabas interesado en mí, conseguiste que te contara cosas, que confiara en ti, y todo ¿por qué?, ¿por un artículo sobre una maestra cubana que no le importa a nadie? No vas a decirme si puedo o no enfadarme. No tienes ningún derecho a…

—No iba a escribir un artículo sobre ti. —Alargó la mano y la atrajo hacia sí tomándola por el codo—. Es verdad que la noche del baile estaba allí por trabajo. Y que me había fijado en ti antes, en la celebración del 4 de julio. En eso consiste mi trabajo, en fijarme en las personas, estudiarlas. Tú haces lo mismo. Te he visto hacerlo. Eso fue lo que me atrajo de ti ese día. Se notaba que tenías curiosidad por la forma en que lo observabas todo, evaluándolo y

captándolo todo con lo que ahora sé que es la mirada de una escritora, y me llamó la atención porque yo hago lo mismo. Cuando empezamos a hablar la noche del baile, me quedé porque me gustó hablar contigo, pero eras interesante y preciosa. No pensaba en ti como periodista, pensaba en ti como hombre.

—No te creo.

—Vamos, Eva. Me conoces. Sabes lo que sentimos cuando estamos juntos, cuando nos abrazamos y nos besamos.

¿Lo sabía de verdad? Hasta ese momento pensaba que sí, pero ahora se sentía como una idiota. Una novata. ¿Qué sabía ella del deseo? ¿Qué sabía ella de la naturaleza de los hombres? Sabía desde el principio que no era la primera mujer a la que besaba, que había habido otras. Era evidente sin necesidad de decirlo en voz alta, sin necesidad de preguntárselo. ¿Cómo podía distinguir lo que era verdad y lo que era fingido? ¿Cómo podía volver a confiar en él?

—Creía que te conocía. Pero esto, ese artículo… ¿Cuándo empezaste a escribirlo?

James titubeó de nuevo.

—Me lo debes. Dime la verdad.

Él asintió con la cabeza.

—Trabajo para un periódico de Boston. Es una publicación pequeña, solo llevo dos años con ellos. Empecé como poco más que el chico de los recados, pero terminé convenciendo al editor para que me diera la oportunidad de escribir algo. Estaba estudiando en Harvard. Un año por lo menos. Pero mi padre enfermó y mi madre necesitaba que volviera y la ayudara con la tienda. Hace cinco años de eso. Cuando mi padre murió y mi madre se fue a vivir con su

hermana y su cuñado a Providence, empecé a trabajar en el periódico. Y a escribir la novela de la que te hablé.

»Estudiar aquí era asombroso. Ya has visto cómo es todo, las oportunidades que hay. Como esta biblioteca, sin ir más lejos. Me abrió un mundo de posibilidades. No quiero perderlo. Cuando anunciaron lo del programa de intercambio, se formó un buen revuelo en Boston, probablemente porque Cuba genera mucho interés. Y se me ocurrió escribir un artículo sobre la experiencia, no solo desde el exterior, sino también desde el punto de vista de alguien que estuviera participando en el programa: un profesor cubano.

—Entonces, no tenía nada que ver conmigo personalmente. Simplemente, encajaba con lo que buscabas.

¿Se habría dado cuenta de lo sola que estaba? ¿La había elegido por eso? ¿Había algo en ella que indicara su vulnerabilidad?

—No, para nada. Piensa en la noche que nos conocimos, recuerda cómo nos encontramos. No fui a buscarte. Te vi, me fijé en ti, sí. Me llamaste la atención porque ya estaba interesado en ti, pero había salido a tomar un poco el aire cuando saliste corriendo, y reconocí en ti el mismo desasosiego que sentía yo.

»Y luego empezamos a hablar y me quedé fascinado. Te pregunté tantas cosas porque quería saber lo que pensabas, entender cómo era tu vida. Te protegías detrás de numerosos muros, y quería ser yo quien los derribara. Aspiraba a ganarme tu confianza, a ser el hombre merecedor de alguien como tú.

Eva se apartó las lágrimas atragantándose con los sollozos.

Todo lo que había descrito, la sensación de llamar la atención de alguien, de entablar una conexión con alguien en ese mundo

terrible, lo había significado todo para ella. Perderlo…

—Y a pesar de todo, seguiste haciéndome preguntas. Y seguiste escribiendo sobre mí.

—Eva.

Cada vez que pronunciaba su nombre se acercaba un poquito más, hasta que no quedó espacio entre ellos, apenas unos centímetros. Entonces levantó la mano y le secó las lágrimas con las yemas de los dedos.

Eva se estremeció. Le vibraba el cuerpo de tensión y tristeza, y también por el nudo de deseo que se le ponía en la boca del estómago cada vez que lo tenía cerca.

Debería apartarse de él.

Debería poner distancia entre ellos, pensar con lógica y sentido común. Sabía que tenía que hacerlo. Era lista, era capaz y era independiente, y por mucho que quisiera creer en el deseo que veía en sus ojos y la caricia de su voz, lo cierto era que había seguido escribiendo sobre ella. Su primer encuentro, pese a sus intenciones iniciales, no había alterado sus planes. La cita que había escrito era del día que fueron a navegar, después de que algo en su interior cambiara para siempre.

—Me estás utilizando para ascender en tu carrera.

Se separó de él e inspiró profundamente con el corazón acelerado.

James avanzó hacia ella y la estrechó entre los brazos.

—Yo jamás te utilizaría. Pensé que cuando terminara el artículo, cuando tuviera algo que pudiera enseñarte, algo de lo que estuviera orgulloso, a lo mejor lograría convencerte para enseñárselo a mi editor y que lo publicara. Pensé incluso que podríamos escribirlo juntos y firmarlo los dos.

—Yo no quiero eso.

—¿Por qué no? Tú misma lo dijiste cuando nos conocimos, que querías representar a Cuba, cumplir con tu obligación.

—No así.

¿De verdad no lo entendía? Nunca en toda su vida habían tenido en cuenta su voz. Era una mujer cubana que había vivido la mayor parte de su vida en los márgenes de la pobreza. Como si fuera invisible. Cuando escribía, cuando derramaba sobre el papel todos los sentimientos, los miedos, los sueños y los deseos que albergaba en su interior, se sentía poderosa. Era la oportunidad de decir algo que la gente escucharía, la esperanza de que sus palabras llegaran algún día a resonar en alguien, la oportunidad de establecer una conexión.

Pensar que quisiera arrebatárselo, retorcer en cierta forma sus palabras, sus pensamientos más íntimos, le parecía la mayor de las traiciones. Había compartido con él esa parte de sí misma porque pensaba que era un hombre especial, que tenían algo especial. No para que el mundo lo juzgara.

—No tengo ningún interés en convertirme en una celebridad, en recibir la atención que conlleva esta exhibición. Estoy orgullosa de representar a mi país, y espero que las personas que he conocido aquí tengan buena opinión de mí y que mis actos contribuyan a crearse una opinión favorable de Cuba. Pero no busco la atención para mí. No quiero ser la protagonista de ningún artículo, no quiero que mis palabras se publiquen en tu periódico. Cómo y cuándo decida contar mi historia es cosa mía. Y de nadie más.

Notó la vacilación en su rostro y prácticamente lo vio formular los argumentos con los que tratar de convencerla.

De nuevo la sorprendió.

—Lo entiendo. Romperé el artículo. Te lo prometo. Lo escribiré desde otro ángulo o buscaré a otra persona para que me dé su opinión. Lo siento. Me importas mucho. No quiero arriesgar eso. Lo que hay entre los dos es mucho más importante que cualquier artículo. Perdóname, por favor.

Sus cuerpos se habían acercado de nuevo mientras hablaban. James bajó la cabeza y apoyó la frente en la de ella.

—Perdóname, por favor —repitió.

Eva quería hacerlo, o al menos una parte sí quería, pero en lo más hondo de su mente oyó una advertencia…

Si había sido capaz de mentirle sobre eso, ¿sobre qué otras cosas podría mentir?

—No lo sé.

James le rozó los labios levemente con los suyos.

—No sé cómo voy a olvidar esto. No… No confío en muchas personas. Nunca había…

Aquello era humillante, tremendamente humillante. Pero tenía que hacerle entender, quería que comprendiera lo mucho que le había costado abrirse a él.

—Nunca había sentido algo así. Nunca había tenido una conexión tan grande con nadie. —Tragó saliva—. No vuelvas a hacerme daño.

—No lo haré.

Profundizó el beso mientras la estrechaba entre sus brazos, acariciándole la cintura, subiendo las manos por su espalda…

Eva se apartó con el pulso desbocado.

A su cuerpo no le había costado nada perder el control de la situación, la pasión ardía intensamente en su interior. Apagar la

mente o apartar a un lado sus recelos no era tan fácil.

—Prométemelo. Júrame que no volverás a mentirme. Que a partir de hoy serás sincero conmigo.

James la miró a los ojos y Eva vio que decía la verdad.

—Lo juro.



16

PILAR
La Habana, 1966

Tenía que cambiar de sitio los libros.

Una vez que Esteban se fue, y con la mente puesta en la advertencia de que tuviera cuidado porque alguien los había traicionado, Pilar salió de la Biblioteca Nacional con la dirección de Eva Fuentes en un papel en el bolsillo de la falda y las notas que había tomado guardadas en su bolsa de gran tamaño.

Miró la hora que era mientras se dirigía hacia su biblioteca. Estaba oscuro; la pequeña biblioteca de barrio habría cerrado ya, casi dos horas antes. Sabía que a Ignacio le gustaba quedarse un poco entre las estanterías, pero era tarde incluso para él, y probablemente estaría ya en casa con su mujer.

Había considerado la posibilidad de acudir a él en busca de ayuda, confiarle lo que se traía entre manos. Al fin y al cabo, si había

alguien que amaba los libros era Ignacio. Pero rápidamente lo había descartado porque no podía poner en peligro su vida de esa forma. Haber visto a Esteban demacrado y angustiado tras pasar por la cárcel tenía que servirle de recordatorio de lo despiadado que podía ser el régimen.

No tenía ningún plan. Le había dado muchas vueltas, pero no se le había ocurrido nada. El problema era que ya no sabía en quién confiar, y como revelar su secreto a otra persona significaba ponerla en peligro, era imposible no sentirse sola.

Pilar miró hacia atrás mientras cruzaba la calle y se dirigió a la entrada trasera de la biblioteca. Las luces estaban apagadas, como ella esperaba. Desde fuera se veía todo tranquilo, no había nadie dentro.

Abrió con su llave y compuso una mueca al oír el chirrido de la puerta. Se oía el sonido de la conversación y las risas a la hora de la cena que se colaban por las ventanas abiertas. Conocía a todas esas familias, había ayudado a sus hijos a elegir un libro, había escuchado sus historias y les había hecho sugerencias. Había formado parte de sus vidas, su presencia en los márgenes en cierta forma, y, sin embargo, se preguntó si la denunciarían llegado el caso.

Cerró la puerta con llave. Caminaba deprisa, sin atreverse a dar la luz, moviéndose con soltura por los pasillos que conocía de memoria. Llegó a la estantería en la que había escondido los libros y se los guardó en la bolsa. Entre ellos estaba *Tiempo para olvidar*.

Se dio la vuelta para marcharse…

—Le he dicho todo lo que sé.

Se quedó de piedra.

—Yo creo que no.

Las voces de dos hombres procedían de la parte delantera de la biblioteca.

Se asomó por un lado de la estantería, pero estaba todo oscuro, excepto por una lucecilla en el mostrador en el que Ignacio y ella pasaban gran parte del día. No veía quiénes eran y las voces estaban demasiado lejos para distinguir lo que decían. Una sonaba suplicante, la otra, enfadada e impaciente. Aguzó el oído para intentar captar lo que decían.

—… necesito más…

—… considerar lo que hay en juego…

—… lo hago, se lo prometo…

Pilar permaneció donde estaba, sin poder moverse, temerosa de que oyeran sus pasos y la puerta al cerrarse. ¿Habrían oído el chirrido al entrar?

Se asomó de nuevo y se adelantó un paso para ver mejor el espacio del mostrador iluminado por el suave resplandor.

Vio a un hombre, de espaldas a ella, con un uniforme que reconoció al instante. Era un militar, uno de los hombres de Castro. En ese momento se giró levemente, y Pilar lo vio de perfil y recordó el encuentro con su vecino en el pasillo ese mismo día.

El comandante estaba allí, en su biblioteca.

Y detrás de él…, Ignacio.

Pilar se echó hacia atrás con el corazón acelerado.

¿Ignacio?

Ella lo respetaba. Siempre lo había hecho. Un hombre entregado a los libros que estaban a su cuidado, siempre amable y respetuoso con ella.

¿Estaba a las órdenes de Fidel?

Se produjo un silencio seguido por el sonido de la puerta principal al cerrarse.

Se asomó nuevamente. Ignacio estaba sentado en el taburete, inclinado sobre el mostrador y con la cabeza apoyada entre las manos.

Pilar dudó un momento, debatiéndose entre las ganas de huir y la incapacidad de pasar por alto lo que acababa de oír. Al final, salió de su escondite.

—Oí el chirrido de la puerta de atrás. Tenía la corazonada de que serías tú —dijo Ignacio sin levantar la cabeza—. Nadie más tiene llave, ¿no?

Pilar se detuvo delante de él.

—¿En qué te has metido?

Siempre lo había admirado, siempre quería impresionarlo haciendo bien su trabajo, esforzándose para merecer su respeto.

Ignacio suspiró.

—Sé que has oído la conversación, o al menos una parte. Imagino que lo habrás adivinado.

—Pasas información al régimen. ¿Sobre quiénes? ¿Usuarios? ¿Vecinos? ¿Sobre mí?

—Yo no quería. —Levantó la mirada. Tenía los ojos rojos—. Tienes que creerme. No quería hacerlo. Mi mujer…

No había muchas cosas que amase más que los libros, excepto a su mujer. Pilar sabía que la quería muchísimo.

—Empezó a aceptar encargos de costura en casa, algunas personas le pagaban en especie, y la denunciaron. Cuando fueron a nuestra casa, encontraron cierta carne que no deberíamos tener. Su salud… No habría sobrevivido si la hubieran metido en la cárcel.

Pilar dudaba que la mujer hubiera sobrevivido, y más aún después de ver las consecuencias del encierro en Esteban. Y aun así, aunque comprendía la elección que se había visto obligado a tomar, le costaba aceptar su decisión de sacrificar a los demás.

—Tienes que haberles dado algo muy útil para que no la detuvieran.

Ignacio guardó silencio un momento.

—La biblioteca. Querían asegurarse de que no hacíamos nada subversivo. Me han obligado a informar de cualquier cosa sospechosa que viera.

Todo ese tiempo preguntándose por qué los castristas tenían tanto interés en ella, suponiendo que tendría que ver con Enrique, pero ahora entendía el porqué. Ignacio la había traicionado.

—¿Qué les has dicho sobre mí?

¿Cuánto sabía?

Ignacio palideció y fijó la mirada en un punto situado por encima del hombro de Pilar, incapaz de mirarla a los ojos.

—Nada. Lo juro. Me preguntaron por ti, por lo que pasó con tu marido. Ocurrió tal como te dije: querían saber si eras leal a la revolución y les dije que sí, que no tenía motivo para creer lo contrario. Te advertí. Te he protegido.

Estuvo a punto de creerlo. O mejor dicho, a punto de creer que Ignacio se creía lo que decía. Lo habría hecho si él no se hubiera empeñado tanto en no mirarla a los ojos y si no tuviera tanta pinta de sentirse culpable.

—¿Qué has hecho?

Ignacio la miró a los ojos y le sostuvo la mirada.

Pilar vio en ellos la respuesta que buscaba.

—Lo siento —susurró.

«No».

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No dejaban de presionarme, de amenazarme, de decirme que tenía que darles algo. Tú sabes lo importante que es este sitio para mí, lo importantes que son estos libros. No quería que le hicieran daño a la biblioteca. No quería que te hicieran daño.

Pilar lo miró horrorizada.

—Y en su lugar les entregaste a mi marido, ¿no?

—No sabía en lo que estaba metido. No sabía que trabajaba contra el régimen.

—Entonces, ¿qué les dijiste para que lo mataran?

—Un día vino a buscarte y estuvo hablando con un hombre. Parecía sorprendido de verlo y la conversación se transformó en una discusión acalorada. No me di cuenta de que la policía secreta tenía a aquel hombre bajo vigilancia. Lo único que hice fue contarles lo que vi. No sabía cómo terminarían las cosas. No sabía que lo matarían. Yo no…

En los peores momentos de dolor por la pérdida, Pilar se había preguntado cómo reaccionaría si alguna vez se encontrara cara a cara con el responsable de la muerte de su marido. En sus pesadillas, en sus momentos de rabia, veía a alguien anónimo, alguien sin rostro. Nunca se le había ocurrido la posibilidad de que fuera una de las pocas personas a las que consideraba amigas.

Ignacio la miró como buscando su absolución, el perdón que Pilar no quería ni era capaz de darle.

Y al final, cuando no encontró qué decir y comprendió que todo lo que había entre ellos era un inmenso vacío, que jamás podría volver

a aquella biblioteca, salió corriendo.



17

MARGO
Edimburgo, 2024

—¿Te ha dicho algo la policía? —preguntó Luke en el taxi que los llevó desde la estación al restaurante de su clienta.

—Nada. He llamado a la comisaría y he dejado un mensaje para el detective porque tenía lleno el buzón de voz. He llamado también a Bea para ver cómo estaba y todo va bien. No cree que la hayan seguido ni nada. Tampoco ha recibido ningún otro correo electrónico falso. Las cosas se han calmado un poco, lo que me lleva a pensar si la persona que está detrás del asunto no se esperaba que fuera a atraer tanta atención policial.

—Puede ser. Es muy probable que el responsable de los allanamientos haya contratado a otros para que hagan el trabajo sucio en vez de mancharse las manos. Y a lo mejor se les han ido las

cosas de las manos y están esperando a que se calmen un poco las aguas.

Cuando salieron del taxi, Luke se colocó entre Margo y la calle. Notó que estaba tenso mientras observaba los alrededores.

El restaurante Red Bull estaba muy bien posicionado cerca de la Royal Mile. El cartel era un bonito recuadro rojo con la silueta de un toro resaltada en negro. Parecía la clase de sitio en el que cuesta trabajo reservar mesa y al que los empleados del banco llevaban a sus citas un viernes por la noche. Seguro que recibiría buenas reseñas en internet describiéndolo como «atrevido» e «innovador».

Viendo la ubicación, apostaría a que le iba bien, pero aún estaba por ver que tuviera el dinero suficiente para contratar a alguien para seguirla por Londres.

El interior parecía una cueva, y Margo tuvo la sensación de que habían abandonado las calles adoquinadas de Edimburgo para descender a una guarida subterránea envuelta en el delicioso olor de la carne y los quesos.

—Me recuerda a…

—Aquel sitio de Barcelona —terminó Luke.

Margo asintió con la cabeza.

Le propuso matrimonio en Barcelona. Acababan de terminar los exámenes del primer trimestre y estaban agotados después de dos semanas subsistiendo a base de cafeína y comida para llevar. El viaje había sido el regalo de Navidad de Luke, y habían pasado tres días maravillosos paseando por la ciudad.

La última noche habían encontrado por casualidad un restaurante tan pequeño que solo cabían unas pocas mesas. Se sentaron muy juntos y, de repente, la miró a los ojos y le dijo: «Cásate conmigo».

Había tenido que repetirlo, como le gustaba decir cada vez que lo contaba, porque Margo se había quedado tan atónita que sintió como si la hubiera golpeado un rayo. Todo le había parecido increíble —el propio Luke era un unicornio, sobre todo viendo los tipos tan horribles con los que había salido— y la idea de casarse no era algo que hubiera contemplado siquiera.

Para ser justos, no creía que Luke planeara casarse tampoco, a juzgar por la forma en que se lo había propuesto así sin más, sin anillo ni nada, algo totalmente impropio de él.

Cuando ella se lo contaba a sus amigos, esa era la parte que más le gustaba, que no hubiera anillo ni pétalos de rosa ni velas ni ninguno de los estereotipos románticos de postal. Solo los dos tomando sangría en un pequeño restaurante en Barcelona que parecía una cueva, perdidamente enamorados.

—Lo pasamos bien aquella noche —dijo Margo.

Luke asintió con la cabeza.

—La verdad es que sí.

Extendió la mano para cederle el paso. Se acercaron hasta el atril donde recibían a los clientes y miró a su alrededor en busca de Adriana Josephs. El restaurante acababa de abrir y solo había dos mesas ocupadas. Si la mujer estaba detrás del asesinato del señor Thornton, al menos le harían frente en un lugar público, aunque fuera en su terreno.

Margo esperó pacientemente a que Luke dijera su nombre a la encargada de sala y que tenían una cita con la dueña.

La mujer los condujo a una mesa situada en un rincón. No tardó en llegar la camarera a tomarles nota —unas tapas y una botella de

vino tinto que les recomendó— y marcharse rápidamente para darles intimidad.

Les sirvieron el vino, pero Margo no pudo dar más que un par de sorbitos de lo nerviosa que estaba.

—Gracias por dejarme venir contigo —dijo Margo.

—De nada. A lo mejor ha sido excesivo venir aquí en persona, pero me parecía que tenía que hablarlo con ella cara a cara para evaluar mejor la situación. —Le sonrió con tristeza—. Siempre me pasa esto con el trabajo. Y también en la vida. Cuando se me mete algo en la cabeza, voy hasta el final.

—Era una de las cosas que más me costaban cuando eras policía. Nunca hablábamos de tu trabajo.

—Ya. Es que para mí eras un santuario, y no quería que lo feo de mi trabajo invadiera nuestro hogar. Antes de conocernos, cuando estaba en la Unidad de Delincuencia Violenta, no era capaz de desconectar. Las cosas que veía, los casos que investigaba, me perseguían a todas partes. Y cuando empecé a trabajar en asuntos de crimen organizado y delitos en el campo de las obras de arte, no sé, pensé que sería diferente. Pensé que podría dejar el trabajo al llegar a casa. Pero seguía acosándome. Seguía tratando con personas horribles que hacían cosas horribles. Tú veías esas obras de arte tan hermosas, la alegría de tus clientes cuando les conseguías ese collar o ese cuadro. Te encantaba. Y yo no quería quitarte la alegría, no quería mostrar el otro lado, el que yo vivía a diario, viendo cómo las organizaciones criminales utilizaban ese mismo tipo de obras como moneda de cambio.

—No lo sabía. Ocultabas muy bien esa parte para que yo no tuviera acceso. Ojalá te hubiera preguntado por qué lo hacías. Ojalá

lo hubiera entendido mejor.

De pronto, Luke centró la mirada en algo por detrás de Margo y se inclinó hacia delante.

—Adriana Josephs acaba de entrar.

Margo se giró y echó un vistazo con despreocupación. Una mujer rubia acababa de entrar en el restaurante y hablaba con la camarera al tiempo que miraba hacia su mesa.

Margo la reconoció de inmediato por la foto que salía en la web del restaurante.

En la décima de segundo que pasó antes de que sus miradas se cruzaran, intentó clasificar la reacción de la mujer, buscando un gesto de reconocimiento en su cara, algo que indicara que estaba detrás del asesinato y el allanamiento de su oficina.

No vio nada, claro que a lo mejor era muy buena actriz.

La mujer le dijo algo a la camarera y a continuación se dirigió a la mesa con una sonrisa educada. Era la sonrisa de alguien acostumbrado a tratar con clientes, la misma que Margo estampaba en su rostro a diario.

Se detuvo junto a su mesa y los miró a ambos, que se levantaron a saludarla.

—¿Eres Luke? Adriana. Lamento lo que le ha ocurrido a Mitch. ¿Qué tal está?

—Mejor —respondió él—. Sigue en el hospital, pero la operación salió bien.

Le estrechó la mano y seguidamente le presentó a Margo como su colega.

—Qué bien, me alegro. No sé si te lo habrá dicho, pero mi marido y él fueron compañeros de habitación en la universidad. Son buenos

amigos.

Luke asintió con la cabeza.

—Estaba preocupado por haberte dejado así. Ya sabes cómo es.

—Le dije que no se preocupara. No podía creer que me escribiera desde el hospital para pedirme disculpas.

Los tres se sentaron y Adriana retomó la conversación.

—Me dijiste que querías hablar conmigo sobre el libro. ¿Lo has encontrado?

Luke negó con la cabeza.

—No, pero tenemos algunas preguntas sobre él. En el expediente, Mitch dejó escrito que tienes un vínculo personal con la novela, que perteneció a tu familia y desapareció durante la Revolución.

—Sí, mi abuela recibió el libro de su madre, mi bisabuela, con el encargo de devolvérselo a la autora, Eva Fuentes —respondió la mujer, mirando a Margo—. Mi abuela se sentía muy mal por haber tenido que dejarlo en Cuba al exiliarse sin haber cumplido la promesa hecha a su madre. Sentía que le había fallado a su amiga. Era una cuestión de honor para ella. Mi bisabuela y Eva Fuentes eran amigas. Compartieron habitación un verano.

«Un verano…».

—¿Tu bisabuela participó en la Escuela de Verano para maestros cubanos? —preguntó Margo, recordando lo que había averiguado sobre Eva Fuentes y el programa cultural en Boston a principios del siglo xx.

—Sí. Mi bisabuela Dolores y Eva compartieron habitación. Eva le dio un ejemplar del libro. No sé por qué. No llegué a conocer a Eva. Mi bisabuela murió en Cuba antes de que yo naciera, y, a su muerte, mi abuela heredó sus pertenencias.

—¿Crees que el libro sigue en Cuba? —preguntó Margo.

—No lo sé. Cuando mi abuela huyó de La Habana, se lo confió a una vecina que era bibliotecaria.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—No, lo siento. Yo tenía ocho años cuando murió mi abuela. Si me lo dijo, no lo recuerdo, y no he encontrado nada entre los documentos de mis padres. Pero puedo volver a mirar. Los he revisado bastante, pero se mudaron varias veces a lo largo de su vida. Es una de las historias familiares que han ido pasando de generación en generación, pero me gustaría haberles preguntado cuando era más joven, me gustaría tener más información. Volveré a preguntar a los miembros más mayores de la familia para ver si saben algo más.

—¿Sabes si la bibliotecaria vive todavía? ¿O si se quedó en La Habana? —preguntó Luke.

—No lo sé.

—¿Sabes de qué trataba el libro?

—Tampoco. Mi abuela nunca me lo dijo.

—¿En qué año se marchó de Cuba? —preguntó Luke.

—En 1966. Fue a España. Tenía una prima en Madrid. Mis padres se llevaron también a mis abuelos y luego me tuvieron a mí. Mi familia se estableció allí, tuvieron una buena vida después de todo. Estaban decididos a construir un hogar a pesar de lo que les robó el régimen castrista.

Su voz dejaba traslucir la pasión por el tema, una rabia que le recordó a Natalia Evans. Las primeras impresiones resultaban muy útiles en su trabajo, y su impresión sobre Adriana Josephs era que decía la verdad.

—No creo que la novela sea especialmente valiosa, al menos desde el punto de vista económico, pero es una promesa que hizo mi familia —continuó la mujer—. Por eso quería encontrarla.

—¿Para devolvérsela a la familia de Eva? —preguntó Luke.

Adriana asintió con la cabeza.

—Sé que os parecerá una tontería. Desde que murieron mis padres me apetece saber más sobre nuestra historia, nuestro pasado. Mi marido es maravilloso y me encanta vivir en Escocia, pero él es escocés, tiene aquí todo, nuestra vida está aquí. Supongo que me planteé esto de la búsqueda del libro como una forma de saber más cosas sobre mi familia y sentir la conexión con mi herencia cubana para poder compartirla con mis hijos. Estamos organizando un viaje a Cuba para saber más y esparcir las cenizas de mis padres. Es lo que habrían querido. Llevamos años esperando, pero, con todo lo que ha ocurrido en el mundo y que han sido tiempos difíciles para el negocio de la restauración, no habíamos podido reunir el dinero hasta ahora. Me hice la idea de buscar a los familiares de Eva Fuentes y devolverles el libro. Es una forma de cerrar el círculo.

Luke se inclinó hacia delante.

—¿Se lo has contado a alguien?

—Solo a la familia. Y también estoy en un foro sobre historia de Cuba y genealogía. Me resulta muy útil hablar con otros que buscan lo mismo. —Sonrió—. Mi familia se mete conmigo porque dicen que estoy enganchada. Cuando contraté a su agencia, dijeron que me estaba pasando. Creo que los convenció que fuera Mitch, y confiamos en él. Pero les prometí que lo dejaría si la cosa superaba la tarifa inicial de dos mil libras.

Margo pensó que Mitch les había hecho el descuento de amigos. Dos mil libras no pagaban el alquiler del lujoso edificio donde tenía Luke la oficina.

—¿Recuerdas que te llamara la atención alguien del foro? —preguntó Luke—. ¿Alguien extraño o con un interés especial en la novela?

—No.

—Ya sé que me has dicho que pensabas que eras la única de tu familia que buscaba el libro, pero ¿podría estar haciéndolo alguna otra persona? ¿Alguien de la familia de Eva Fuentes tal vez?

—No me dio la impresión de que tuviera hijos o mucha familia. Siempre pensé que esa fue la razón por la que le dio el libro a mi bisabuela. Se hicieron muy amigas en aquel verano que pasaron en Harvard. No sé por qué perdieron el contacto o qué le ocurrió a Eva Fuentes. Habrá muerto ya, seguro.

—Yo no escribiría nada en el foro —le advirtió Luke—. Y nos vendría muy bien toda la información que hayas encontrado y los nombres de usuario de las personas con las que hayas intercambiado información.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Luke vaciló un momento antes de contestar.

—Me puse en contacto con el señor Thornton, un librero de Londres, cuando nos contrataste para buscar el libro. Tenía un don especial para encontrar libros raros. Alguien entró en su librería hace dos noches y lo mató.

La mujer palideció.

—¡Qué horror! Lo siento mucho.

—Creemos que lo mataron por el libro —intervino Margo.

—¿Cómo puede ser eso? No entiendo qué puede tener ese libro para matar por él. Mi abuela nunca dijo que pudiera ser peligroso. No me puedo creer que el hecho de preguntar por el libro lo pusiera en peligro… Haré todo lo que esté en mi mano. Hablaré con la policía.

—Gracias —dijo Margo—. Les daré tu contacto. Creen que pudo ser un robo, pero habíamos quedado en la librería para ponerme al corriente de lo que había descubierto. Yo lo encontré y, justo antes de morir, me advirtió que tuviera cuidado. Me dijo: «Quieren el libro».

—¿Quiénes? —preguntó la mujer.

—Ni idea. El asesinato no ha sido lo único sospechoso ocurrido en estos dos días. También han registrado mi oficina. Y me han estado siguiendo.

—¿Has notado que te hayan seguido? —preguntó Luke—. ¿Has notado algo sospechoso?

—No, no se me ocurre nada. Lo siento, no puedo creer que haya ocurrido todo eso por culpa de un libro.

—Ten cuidado —le advirtió Luke—. Según parece, el ejemplar de tu familia es el único que existe. Y alguien está dispuesto a matar por él.

—¿Qué te ha parecido Adriana Josephs? —preguntó Luke cuando salían del restaurante.

—Me ha caído bien —respondió Margo, de pie a su lado mientras paraban un taxi para ir al aeropuerto—. Tenías razón. No creo que

tenga nada que ver con la muerte del señor Thornton ni con el allanamiento de mi oficina. Pero sigo sin encontrar el móvil.

—Estoy de acuerdo. Todos coinciden en que el libro no tiene gran valor objetivo. No es que sea una primera edición de una novela clásica. La cantidad de personas para las que tiene algún valor es relativamente pequeña.

—Exacto. ¿Qué tiene de especial entonces? A lo mejor Eva escribió algo dentro y no quieren que salga a la luz —sugirió Margo.

—Pero si fuera ese el caso, estamos hablando de una información que tiene más de ciento veinte años. Ya no vive ninguna de las personas implicadas entonces. Estamos hablando de una o dos generaciones atrás. ¿Quién podría estar dispuesto a matar por un secreto tan antiguo?

—Ni idea —dijo Margo con un suspiro—. Se nos escapa algo.

—Se nos escapan muchas cosas. Ahora que hemos descartado a Adriana Josephs, tenemos que averiguar la identidad de tu cliente. Estoy sondeando a ver si alguien sabe algo de ese William Greer. Aún no he recibido noticias, pero voy a investigarlo a fondo. ¿Qué tienen que ver en todo esto? ¿Y quiénes son?

—No quiero esperar una semana hasta que me responda Oliver Reston —dijo Margo—. Quiero ir a Boston a comprobar personalmente lo que haya en la biblioteca sobre la editorial de los hermanos Reston. El libro se publicó en Boston por alguna razón. Se escribió en inglés por alguna razón. Y no creo que sea una coincidencia que se publicara un año después de que Eva Fuentes fuera a Harvard.

—Pues vamos a Boston.

El aeropuerto de Edimburgo estaba muy concurrido cuando llegaron. Habían conseguido comprar billetes en el primer vuelo con destino al aeropuerto Logan, en Boston, con una pequeña escala en Heathrow. Por suerte, Margo era de las que siempre empacaba más ropa de la necesaria, y el viaje a Escocia no había sido una excepción: llevaba ropa de más y el pasaporte.

Luke fue a comprar un café para ambos mientras ella revisaba el correo en la zona de espera. Pese a haberle dicho a Bea que se olvidara del caso, Bea era Bea, y le había enviado un montón de información sobre el proyecto de la Escuela de Verano.

Luke se dirigía a ella hablando por teléfono y con sus cafés en una bandeja de cartón. Le pasó la bandeja sin decir nada y se giró para seguir hablando mientras miraba hacia los ventanales y el avión situado en la terminal. Al cabo de un rato, se despidió y se volvió hacia ella.

—Perdona. Estaba hablando con un antiguo compañero, Boyers. ¿Te acuerdas de él?

Margo negó con la cabeza.

—Tengo algo sobre el señor Greer.

—¿Qué has averiguado?

—Es estadounidense. Nacido en Delaware. Fue a West Point. Fue un boina verde. Abandonó el ejército con grado de capitán y se puso a trabajar en una empresa de seguridad privada. No ha estado casado. No tiene hijos.

—¿Cómo se llama la empresa de seguridad?

—Flintrock. Y adivina dónde está.

—¿Boston?

Luke asintió con la cabeza.

—¿Es una empresa con mucha presencia en redes?

—No, lo normal. Discreta. Parece cara. Una lista de clientes nos resultaría muy útil, pero, por desgracia, no nos la han dado. Apuesto a que tienen clientes internacionales.

—Podríamos pasar por sus oficinas cuando lleguemos —sugirió Margo.

—No sé si sacaremos algo, pero podemos intentarlo. Boyers me ha dado también información sobre la muerte del señor Thornton. Por lo visto siguen con la teoría del robo que se salió de madre. Han detenido a uno de los implicados en el robo de la panadería y lo están interrogando sobre el señor Thornton.

—¿En serio? ¿Después de todo lo que les he dicho?

—Ya. Entiendo que estés frustrada, créeme, pero en nueve de cada diez casos, cuando matan a una mujer, el marido tiene algo que ver. Si entran en una panadería, es un robo. La mayor parte de los casos tienen una explicación simple. Los complicados, extraños y fortuitos no son lo habitual. Es la teoría de la navaja de Ockham: buscan la explicación más simple, y perseguir un libro misterioso por medio mundo no encaja.

—Lo pillo, pero no por ello resulta menos frustrante.

Luke se rio.

—Créeme, lo entiendo. No te imaginas la de veces que estaba trabajando en algo y tenía una corazonada. Sabía que no me equivocaba, pero la burocracia me tenía atado de pies y manos. No te haces una idea de lo frustrante que era. Pero era el sistema con el que teníamos que trabajar. Hacíamos nuestro trabajo, obedecíamos las normas y, a veces, pillábamos a los malos.

»Te envidiaba por eso, por poder ser tu propia jefa y establecer tus propias normas. Me parecía una forma mucho más eficaz de hacer las cosas. Es una de las cosas que más me gustan de tener mi propia empresa.

—Cierto —respondió ella—. No me veo trabajando con toda esa burocracia. No podría con ello. Dicho lo cual, también tiene sus cosas buenas, como el acceso a bases de datos que me resultarían muy útiles. Y tiene que estar bien sentirse parte de un equipo, trabajar con otras personas.

—Ahí te doy la razón —contestó él, encogiéndose de hombros—. Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, como todos los trabajos.

—Es perfecto para ti.

—No sé si tomármelo como un cumplido —bromeó él.

—Desde luego. Eres inteligente y tenaz. Tienes un talento especial para llegar al fondo de las cosas, lo cual no me sorprende, porque se te da bien todo lo que haces —bromeó.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Siempre me sentí un poco intimidada por eso. Parecía que no te equivocabas nunca.

—Me equivoco muchas veces, te lo aseguro. Pregúntaselo a mi exmujer y a mis exnovias. El trabajo es fácil. La vida personal no tanto.

—No creo que eso vaya a dañar tu imagen. Las relaciones son difíciles. Y más cuando tienes un trabajo complicado. ¿Eres más feliz ahora? En el trabajo, quiero decir.

—En el trabajo supongo que sí. He levantado una empresa de la que estoy orgulloso. Somos seis investigadores. Yo no soy el único expolicía que acabó quemado. Me gusta lo que hago. Tuve un caso

de fraude que parecía un caso claro de estafa a la compañía de seguros, pero conforme empezamos a rascar, nos dimos cuenta de que usaban las obras de arte como tapadera para hacer contrabando. Fue un caso difícil, pero muy satisfactorio desarticular una red como aquella.

—Me alegro de que hayas encontrado algo que te gusta. Es lo que siempre quise —respondió Margo.

Se produjo un silencio.

—¿Fue eso lo que ocurrió? —preguntó Luke al cabo de un rato—. Lo que has dicho antes de que las cosas son complicadas. ¿Era demasiado complicado?

—Tal vez.

—¿Crees…? ¿Crees que es posible que las cosas sean simples? ¿Que tal vez ninguno de los dos seamos las personas que éramos entonces y que podamos hacerlo todo mejor ahora, después de lo que hemos aprendido?

El pulso le retumbaba en los oídos.

—Tal vez. —Lo dijo tan bajo que supo que Luke la había oído por la forma en que se tensó. Tragó saliva, incapaz de mirarlo—. Gracias por estar a mi lado. Por todo esto. Es agradable saber que puedo contar contigo. Me encanta tener mi propia empresa, la libertad que me da, pero mentiría si no admitiera que a veces me siento sola. Tengo a Bea, pero ella trabaja para mí. No es lo mismo que tener un socio, alguien que trabaja en la misma industria, con quien hablar y debatir las ideas. No es lo mismo que tenerte otra vez en mi vida.

Luke se acercó a ella y le rodeó los hombros con el brazo. Margo se apoyó contra él.

—Lo echaba de menos —dijo—. Hablar contigo. Eras mi mujer, pero también mi amiga. Y, a veces, cuando he tenido un mal día, o leo un artículo divertido o me acuerdo de algo de repente, eres la primera persona a la que se lo quiero contar.

—Yo también lo echaba de menos.

Podría decir mucho más, querría decir mucho más, pero la situación entre ellos era demasiado nueva y demasiado reciente para contárselo todo, para abrirse así. Ese había sido siempre el problema con él: que todo resultaba demasiado fácil. Demasiado fácil hablar con él, preocuparse por él, enamorarse de él.

Luke miró el reloj y la soltó, aunque con reticencia.

—Voy a comprar un libro para el vuelo. ¿Quieres algo?

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar. Sabía por la forma en que Luke le evitaba la mirada que le daba vergüenza haberle revelado tantas cosas, haberse quedado en una posición tan vulnerable frente a ella.

—No tardo.

Margo lo vio alejarse mientras intentaba desenredar la maraña de sentimientos que daban vueltas dentro de ella. No sabía a quién quería engañar: seguía queriéndolo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Nunca había dejado de quererlo. Probablemente siempre lo querría. ¿Seguiría queriéndola él?

Leyó la tarjeta de embarque y se levantó para ponerse en la fila. Faltaban diez minutos, pero ya había gente dirigiéndose hacia la puerta. Luke y ella estaban en el primer grupo de embarque.

Un hombre se abrió paso entre la gente hasta la puerta.

El móvil se le resbaló a Margo de la mano y cayó al suelo con un golpe sordo. Se agachó a recogerlo.

El hombre miraba a su alrededor, escudriñando a los pasajeros con un apremio que le aceleró el corazón.

Ella permaneció agachada, aferrándose al móvil, con la esperanza de que la gente que se arremolinaba a su alrededor impidiera que el hombre reparase en ella. Entonces él se giró…

Margo contuvo la respiración.

El hombre giró sobre los talones y se alejó hacia el interior de la terminal.

Alguien la empujó por detrás.

Margo se levantó despacio y se disculpó con el ejecutivo que se había chocado con ella. El tipo se había esfumado.

—¿Embarcamos?

Margo se sobresaltó al oír la voz de Luke, que se acercaba a ella.

—Acabo de ver al tipo ese —susurró mientras le daba un codazo, observando la zona.

—¿Qué tipo?

—El que me seguía en Londres.



18

EVA
Boston, 1900

—No deja de mirarte —susurró Dolores a Eva al oído mientras daban una vuelta por el salón de actos. Era uno de los últimos bailes. Julio se estaba terminando y con ello la estancia en Boston. Regresaban a La Habana en agosto, pero antes, les habían organizado una excursión a Nueva York, Filadelfia y Washington D.C. para cerrar con varias actividades diplomáticas, entre las que se encontraba el encuentro con el presidente McKinley.

Eva echó un vistazo hacia donde estaba James y agachó la cabeza. Sí que la estaba mirando.

—¿Habéis hablado de lo que vais a hacer… cuando…?

Cuando el contingente volviera a La Habana.

—No lo hemos hablado.

Dolores la miró de soslayo.

—Podéis escribiros cartas. O visitaros.

—Puede —respondió Eva, y lo miró.

James seguía mirándola.

—¿Lo quieres?

Dolores lo dijo tan bajo que a Eva le costó oírla entre el alboroto de la gente y la música, pero las palabras resonaron en su cabeza como si las hubiera gritado.

La verdad era que aún no había tomado una decisión al respecto.

—¿Crees que él te quiere a ti? —preguntó Dolores.

Era evidente el tono interrogativo en su voz, la sutil indirecta. Eva le había contado la bronca que habían tenido en la biblioteca y sabía por las miradas de preocupación de su amiga que no estaba para nada convencida de que James fuera a cumplir su promesa. Dolores no quería juzgar la situación hasta no tener alguna prueba, pero Eva no sabía cuál.

—No lo sé —respondió Eva.

James había cumplido su palabra y se habían olvidado de su sugerencia de escribir un artículo sobre la estancia de Eva en Harvard. Recordaba la promesa que le había hecho, el juramento de que no volvería a traicionar su confianza. Cuando se lo dijo, la había mirado con una expresión que se parecía mucho al amor.

Pero si eso era cierto… ¿cómo podría irse y alejarse de él en unos días?

James se apartó bruscamente de la mesa en la que estaba apoyado en un extremo del salón y se dirigió hacia ellas.

El corazón de Eva se desbocaba con cada paso. ¿Iba a pedirle que bailara con él? ¿Le diría que sí? Seguían manteniendo en secreto su

interés, no solo por la reputación de ella, sino también por la complicación añadida de que era periodista.

Pasó rozándola, pero el movimiento fue tan rápido y breve que diría que habían sido imaginaciones suyas de no ser por el papel enrollado que le dejó en la mano al pasar.

Más tarde, en la intimidad de su habitación, lo compartió con Dolores. Estaba tumbada sobre la almohada cuando lo desenrolló y leyó en alto lo que había escrito.

Reúnete conmigo en Harvard Yard a las 7:00.

—Vamos, quiero llevarte a Buzzards Bay. Quiero enseñarte dónde pasaba los veranos cuando era niño. Te va a encantar —dijo cuando se encontraron a la mañana siguiente.

Cuanto más se acercaba el momento de abandonar Boston, más intentaba convencerla de que se saltara las actividades organizadas y pasara el tiempo con él en su lugar.

James caminaba a su lado mientras ella cruzaba el campus en dirección a su aula.

—No puedo. Tengo una clase de Geografía esta mañana. Cada vez falta más gente en algunas clases. Notarían mi ausencia.

—Di que no te encuentras bien. Lo entenderán. —Se detuvo—. Te vas dentro de nada. Casi no nos hemos visto y dentro de poco volverás a Cuba. Además, hace un día precioso. No querrás pasarlo en clase aprendiendo geografía.

Eva se lo pensó. No se equivocaba. El curso había sido organizado tan al detalle que no podía más con el ritmo, y no era la única, a

juzgar por la cantidad de profesores que habían empezado a faltar a clase. Y aunque sabía que su relación se precipitaba hacia su conclusión natural, no estaba preparada para decirle adiós.

Les quedaban dos días.

James la tomó de la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Por favor. Quiero compartirlo contigo. Si nos vamos ahora, estaremos de vuelta por la noche.

Como profesora, la idea de saltarse clases iba en contra de todo lo que defendía, pero de pronto se sintió como si le hubiera cambiado el sitio a una de sus alumnas, pensando solo en salir y en el amor, abandonando los estudios por el placer.

¿Cuántas veces las había oído hablar de sus planes con un pinchazo de envidia, el deseo de olvidar sus responsabilidades por un momento?

James la soltó rápidamente para dejar pasar a alguien que se acercaba por el sendero.

Miró a su alrededor y entonces la tomó por la cintura y la estrechó contra él.

—Te lo pido por favor, Eva.

Le dio un rápido beso en el cuello antes de soltarla.

—¿Me prometes que estaremos de vuelta por la noche? —preguntó, consciente de que la decisión estaba tomada antes de preguntarlo siquiera—. No puedo perder dos clases seguidas.

Él se rio.

—Te lo prometo. Fueron a Buzzards Bay en el coche que otro primo le había prestado a James. Eva no sabía si llegaría a acostumbrarse a la novedad de circular en un automóvil, y no era la

única asombrada. Era todavía tan infrecuente verlos en las calles que llamaban la atención de no pocos peatones.

Nunca le había comentado nada, pero Eva tenía la sensación de que los primos de James eran bastante adinerados, y lo avergonzaba no haberse criado en una familia igual de privilegiada.

La casa de Buzzards Bay era tan bonita como la había descrito. No le resultó difícil entender por qué tenía unos recuerdos tan felices de los veranos que había pasado allí.

Aparcó en el sendero de entrada de la casa y salió a abrirle la puerta a Eva. Tras cerrarla, le rodeó la cintura con los brazos como si quisiera permanecer así para siempre, acariciados por la brisa.

Los ojos de Eva se llenaron de lágrimas al entender por qué James había insistido tanto en llevarla, por qué quería compartir esa parte de sí mismo con ella.

Aquello era un adiós.

Allí, lejos del ajetreo de Harvard y la novedad del programa cultural, nadie podía verlos, de modo que se dejó estrechar entre sus brazos, y agradeció haber decidido acompañarlo pese a sus reservas iniciales.

James la besó y después la soltó.

—Aquella era mi habitación cuando venía —dijo, señalando la segunda planta.

Eva observó el edificio gris claro, la fachada delantera cuajada de ventanas resplandecientes desde las que se tenía una espléndida vista del agua.

—Es precioso. Todo. Ahora entiendo por qué te gustaba tanto venir.

James entrelazó los dedos con los suyos y tiró de ella para llevarla a la casa.

Se le hacía extraño entrar en una casa ajena mientras los dueños no estaban. Los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas que se agitaron con la brisa al abrir la puerta.

—Están preparando la casa para venderla —explicó James—. Ahora que mis primos son mayores y se han ido a vivir a otra parte por trabajo, mis tíos han decidido vender.

Eva percibió la sal en el ambiente, el olor del mar que tiraba de ella. Recorrieron la casa de la mano mientras James le enseñaba las habitaciones y la hacía reír con las aventuras que había vivido allí con sus primos.

—Te envidio por haber tenido una gran familia —dijo—. Yo siempre quise que la mía fuera más grande, estar rodeada de gente.

—¿Te sentías sola de pequeña?

Eva asintió con la cabeza, un poco avergonzada al admitir que también de adulta se sentía sola.

—Ya no lo estás —respondió él, apretándole la mano.

Eva sintió que se le encogía el corazón al entender lo que implicaba. ¿Sentía James lo mismo que ella? ¿Significaba eso para él tanto como para ella?

A veces creía saberlo, pero otras no lo tenía tan claro.

Eva se soltó y se acercó a una ventana a contemplar el mar.

—Podemos bañarnos —sugirió James, que no se había movido de su sitio—. El agua estará fría, pero…

—Me gustaría.

El agua estaba helada para lo que ella estaba acostumbrada.

Eva soltó un grito, y otro, olvidando el recato que se había apoderado de ella unos momentos antes mientras corría por el agua en dirección a la calidez de la orilla. Se había puesto el bañador que le había prestado Dolores, profundamente cohibida por la cantidad de piel que enseñaba y el ardor que reflejaba la mirada de James al verla enfundada en él.

El agua le salpicaba los muslos y el estómago mientras corría hacia la orilla, con James detrás de ella. La agarró por la cintura y la atrajo hacia él, la alzó y se puso a dar vueltas con ella. Los giros la mareaban, pero la sensación momentánea de volar le produjo verdadera euforia.

James la dejó en el suelo.

—Me gustaría ir a verte a La Habana —murmuró, acariciándole un mechón de pelo entre los dedos, y tiró de ella.

—¿De veras?

No habían hablado de lo que iba a pasar con ellos cuando volviera a Cuba. En los momentos de optimismo, Eva había contemplado la posibilidad de que pudieran escribirse, tal vez, mantener el contacto de todas las formas posibles, pero jamás se le había pasado por la cabeza que James quisiera hacer un viaje tan largo para verla.

—De veras. Me gustaría mucho. No sé cómo voy a poder dejar que te vayas. Nunca había sentido nada igual, Eva. Nunca.

Eva sintió que la esperanza brotaba en su interior.

—Yo tampoco había sentido nunca nada igual.

«Te quiero».

Lo tenía en la punta de la lengua, pero le daba miedo ser la primera en decirlo, convertir aquello que había entre los dos en algo

aún más serio. Pero si él estaba pensando en un futuro juntos, si estaba considerando la posibilidad de volver a estar juntos…

James la miró a los ojos con gesto solemne.

—¿Me quieres?

Eva notó que le ardían las mejillas. Quería apartar la mirada porque sabía que no podría ocultárselo. Tenía que saber lo que sentía por él. Ella carecía de la sofisticación y el artificio para fingir lo contrario.

—¿Me quieres, Eva? —repitió al ver que no contestaba.

No tenía sentido mentir. Sí, lo quería.

Pero no le salían las palabras, así que asintió con la cabeza.

—No pienso dejarte escapar —susurró él—. No puedo. Encontraremos la manera. Te lo prometo. Confía en mí.

No había vuelta atrás. Pese a toda la cautela que había tenido, le había entregado su corazón.

—Te quiero —le susurró James al oído.

Y lo creyó.



19

PILAR
La Habana, 1966

Pilar estaba exhausta cuando por fin llegó al portal de su casa. Las emociones del día la habían dejado extenuada. Aquel ya no era un hogar, ya no era ese lugar seguro y feliz que Enrique y ella habían creado juntos, pero no tenía adonde ir. De momento, esa noche solo tenía ganas de meterse en la cama y hundirse bajo las mantas. Al día siguiente ya pensaría en el futuro. Volver a la biblioteca había dejado de ser una opción tras conocer la deslealtad de Ignacio, pero la dura e ineludible realidad era que no podría sobrevivir si no encontraba un modo de ganarse la vida.

Abrió la puerta de su piso y la cerró sin hacer ruido.

Se quedó de piedra con los dedos en el pomo.

Todo estaba revuelto: habían sacado los libros de las estanterías, quitado los cojines del sofá y abierto todos los muebles.

En el interior la esperaba un hombre de espaldas a ella.

Pilar abrió la boca para preguntar qué hacía allí, para decirle que se fuera y todo lo que se le pasaba por la cabeza, pero no le salían las palabras. Solo pudo quedarse allí de pie aterrorizada.

El hombre se giró y la miró a los ojos.

Su vecino nuevo.

—¿Dónde están los libros? —preguntó el comandante, avanzando hacia ella.

—¿Qué libros?

—Sabe perfectamente de lo que hablo. *Don Quijote* y los demás. Sé que los tiene usted.

—No sé de qué me habla.

—No mienta. Sé que los tiene usted —repitió—. He interrogado al funcionario que le trajo el ejemplar del *Don Quijote* de su familia antes de que abandonaran Cuba. Me dijo que se suponía que no tenía que mirar el artículo que debía traerle aquí, pero lo hizo.

»Al principio, cuando le pedí que me describiera el piso en el que dejó el libro, pensé que era su marido el que se encargaba del asunto. Estaba al tanto de sus actividades políticas, incluso fui a verlo a la cárcel. Pero las fechas no coincidían. Él ya estaba preso cuando ese funcionario le trajo el libro. Y después descubrí que la mujer de Enrique era bibliotecaria. Por suerte ya teníamos un informante en la biblioteca.

»Su marido me suplicó que no la matara, ¿sabe? —dijo, como quien habla del tiempo—. Me pidió que la dejara en paz. Me lo suplicó. No sabía en qué andaba usted metida, pero lo aterraba pensar en que viniera a verla.

Pilar sintió náuseas.

—¿Lo mató usted?

—No. Lo mató la cárcel. ¿Dónde está el libro? ¿Cuántos libros tiene ocultos aquí?

Pilar se agarró al bolso. Retrocedió un milímetro tratando de poner distancia entre los dos, tratando de acercarse a la puerta lo suficiente para intentar huir.

Y de repente lo entendió, algo de lo que no se había percatado hasta ese momento. Si el régimen sabía que se dedicaba a ocultar libros, no se habría molestado en registrar su piso en múltiples ocasiones mientras estaba fuera. Se habría ocupado de ella igual que habían hecho con Enrique. El comandante había ido a su casa no porque trabajara para el régimen, porque estuviera cumpliendo órdenes, sino porque se había enterado de que poseía algo valioso y quería quedárselo. Por eso estaban teniendo esa conversación en su casa en vez de en una sala de interrogatorios o una celda. Era una cuestión de codicia, simple y llanamente, y abusaba de su poder para conseguir algo que quería para sí, como hacían tantos otros.

El comandante actuó con rapidez. Le arrancó el bolso del hombro sin que Pilar se diera cuenta siquiera. Cuando lo hizo, se lanzó hacia él tratando de recuperarlo, pero le dio un puñetazo que la tiró al suelo.

Pilar sintió el dolor punzante y agónico. Aunque los ojos le hacían chiribitas, lo vio sacar el ejemplar de *Tiempo para olvidar* del bolso. Intentó levantarse apoyándose en un armario de la cocina y en la encimera para recuperar el equilibrio.

Tenía que huir de allí, pero el comandante se interponía entre la puerta y ella.

Lo vio hojear el libro hasta que llegó al final, y reconoció el momento exacto en que encontró la lista, la que había escrito unas horas antes especificando los lugares en los que había escondido los libros.

Había metido la lista —una suerte de mapa— en el libro de Eva Fuentes porque le había parecido el lugar más seguro, un libro que sabía que protegería hasta el final.

No iba a dejarla con vida.

¿Por qué habría de hacerlo?

Iba a morir en su casa, esa misma noche.

Había pensado en la muerte más veces desde que se llevaron a Enrique que en toda su vida. Cuando se enteró de que había muerto, se había preguntado muchas veces cómo habrían sido sus últimos momentos de vida, desesperada por saber cómo había afrontado la muerte, si la habría aceptado con cierta resignación o si habría peleado, desafiante hasta el final.

Había pensado también en su propia muerte, abierta a que llegara en muchas ocasiones. Pero en ese momento, ahora que se encontraba frente a ella, con el libro que guardaba su gran secreto en peligro, no optó por esperarla en paz, sino que alargó el brazo y agarró la sartén de hierro en la que su madre y su abuela habían cocinado para la familia, la que había heredado al morir su madre y la que ella había aportado a su matrimonio con Enrique.

El comandante era militar. Se había ganado su puesto en las montañas, librando la guerra de guerrillas, pero eso no lo había preparado para enfrentarse a una mujer cubana armada con una sartén de hierro. Pilar se movió más rápido de lo que habría creído posible, más de lo que se le antojaba humanamente posible

teniendo en cuenta lo que pesaba la dichosa sartén y su debilidad física, con lo que le dolía la cabeza. Se movió con la fuerza que le ofrecían sus ancestros, con las manos de su abuela y las de su madre, que habían manipulado la sartén con amor tantas veces, y la levantó una vez más.

Lo golpeó en el lugar en el que terminaba la cara y empezaba el cráneo.

Tiempo para olvidar cayó al suelo.

El comandante fue detrás.

La sartén se le resbaló de las manos.

Pilar se lo quedó mirando, tratando de entender lo que acababa de hacer.

Lo había matado.

¿Cómo iba a sacar el cadáver de allí sin que la vieran? Pesaría cuarenta y cinco kilos más que ella por lo menos y le sacaba varios centímetros. No podría levantarlo y tampoco podría esconderlo.

Había matado a un hombre de Fidel Castro, un oficial del ejército cubano.

No había vuelta atrás. Tal vez hubiera pospuesto un poco su muerte, pero desde luego no se había zafado de ella.

Sintió que se quedaba sin fuerzas.

La adrenalina había guiado sus movimientos un momento antes, el deseo de defenderse, de hacer algo después de haberlo perdido casi todo. Estaba furiosa con él, con el gobierno, con el mundo que había decidido quitarle tanto y darle tan poco. Había dejado que la rabia tomase las decisiones, pero esa rabia era un lujo en esos tiempos, tanto como la carne, y debería haberlo pensado mejor,

debería haberse dado cuenta de que hiciera lo que hiciera, pagaría el pato.

Oyó pasos detrás de ella.

Llamaron a la puerta.

Levantó la cabeza y vio abrirse la puerta sin poder hacer nada para evitarlo.

La señora Padilla y la señora Arango estaban de pie en el umbral, empuñando ollas y sartenes convertidas en armas improvisadas.

La señora Arango puso los ojos como platos al ver al hombre en el suelo.

—¿Está muerto? —preguntó la señora Padilla.

—Creo que sí.

Las dos miraron la sartén que reposaba en el suelo.

—¿Le has dado fuerte? —preguntó la señora Arango.

La señora Padilla no esperó a que Pilar respondiera. Se dio media vuelta para cerrar la puerta, y echó la llave y el pestillo que a Pilar no le había dado tiempo a cerrar para que nadie más se enterase.

—Sí —respondió Pilar.

La señora Padilla fue la primera en actuar. Se acercó rápidamente al muerto. Llevaba su vestido rosa de flores, descolorido ya de tanto lavarlo, pero no por ello menos bonito. Había algo incongruente en las delicadas y bonitas flores tan cerca de la muerte.

La mujer se agachó y comprobó el estado del comandante con la precisión de alguien acostumbrado a ese tipo de situaciones. Pilar se acordó de pronto de que había sido enfermera. Era uno de los pocos datos sobre sus vecinos que había recogido sin darse cuenta y que había ido olvidando.

—No está muerto —informó la mujer, apartándose del cuerpo—. Al menos de momento. Está inconsciente, eso sí. —Miró a Pilar—. ¿Qué piensas hacer?

—Yo…

—Si no lo matas, tendrás que irte. Será imposible sacarlo de aquí sin que se dé cuenta alguien, y no creo que sea fácil hacerlo pasar por un accidente. Cuando recupere el conocimiento, la va a liar pero bien. ¿Te vio o lo golpeaste por la espalda?

Pilar tardó un momento en comprender lo que le preguntaba su vecina, en encontrar sentido a aquella conversación que estaban teniendo con extraña normalidad. Cualquiera diría que estaban hablando de las reformas que había que llevar a cabo en el edificio por las goteras del tejado o lamentándose del precio del pan.

—Me vio —confirmó Pilar.

—Pues ya está —intervino la señora Arango—. Tienes que irte.

«¿Del edificio?».

En su estupor, debió de decirlo en voz alta, porque la señora Padilla negó con la cabeza.

—De Cuba. Mi hermano es pescador. De vez en cuando va a los Cayos. Puede llevarte a Cayo Hueso. Tendrías que irte cuanto antes, al amparo de la oscuridad.

—¿Ya? ¿Abandonar Cuba ahora mismo?

No tenía sentido. De pronto, sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo hasta la noche que Zenaida llamó a su puerta y le dio la novela de Eva Fuentes. Recordó la forma en que su vecina le dijo que se iba de Cuba, como si no diera crédito a sus propias palabras, como si no hubiera aceptado la realidad de la situación, como esperando a que ocurriera algo que lo detuviera todo.

¿Eso era lo que se sentía al verse forzado al exilio?

—Es la única forma —respondió la señora Arango—. Vendrán a por ti. Y después de todo…

—Tienes que irte —corroboró la otra—. Antes de que despierte. Coge lo que necesites y vete. —Le dio una dirección cerca del puerto —. Mi hermano se reunirá contigo dentro de tres horas. A esa hora ya será bastante tarde. Yo me encargo.

No podía irse. Pero tampoco podía quedarse.

—Tienes que irte —insistió la señora Arango.

Pilar se agachó a recoger la novela que se le había caído al comandante y la estrechó contra su pecho.

—Allí estaré dentro de tres horas.

Tenía que pasar por un sitio antes.



20

MARGO
Boston, 2024

Nada más aterrizar, Margo observó detenidamente a la gente buscando al hombre que había visto en el aeropuerto de Edimburgo. Igual que había hecho durante la escala en Heathrow. Allí tampoco lo habían visto, pero Margo no podía quitarse de encima la sensación de que estaba allí esperándolos, observándolos.

¿Cómo se había enterado de que estaban en Escocia?

—¿Lo ves? —preguntó Luke.

—No. A lo mejor cogió un vuelo más tarde.

—Puede ser. Había varios vuelos después del nuestro.

Habían sido de los últimos en embarcar, pero el hombre no había subido al avión. Margo lo había visto de refilón y luego se perdió entre la multitud.

—Yo no lo vi en Edimburgo —añadió Luke con voz tensa.

Margo se dio cuenta de que se sentía mal por no haber estado más atento.

—Ni yo. Y eso que me fijé bien.

¿Tan bueno era el tipo ese que los había seguido todo el rato y ninguno de los dos se había percatado?

Se dirigieron a buen paso a la zona de recogida de equipaje y salieron a la calle a buscar un taxi. Dada la cantidad de horas que habían perdido en el viaje, decidieron pasar por la biblioteca pública antes de ir al hotel en Beacon Hill.

Faltaban dos horas para que cerraran cuando llegaron a la biblioteca. Un empleado los condujo amablemente a una sala de estudio vacía y les llevó la gran cantidad de documentos que había donado la familia Reston. Una vez a solas, Margo y Luke se miraron con preocupación.

—No sé qué era lo que esperaba, pero esto supera con creces cualquier expectativa —comentó Luke.

—Opino lo mismo. La editorial no estuvo en funcionamiento mucho tiempo y, por lo que sé, no publicaron muchos títulos. ¿Crees que vamos a poder revisar todo esto en dos horas?

—No lo sé. En el peor de los casos, podemos volver mañana. ¿Nos lo repartimos? —preguntó, señalando una de las cajas más apartadas—. Yo empezaré por allí y tú te quedas con estas de aquí. No están marcadas por año ni nada, ¿no?

—Parece que no. Venga, vamos.

Pasaron una hora estudiando detenidamente los documentos uno al lado del otro. Ninguno encontró nada sobre Eva Fuentes o su libro.

Extendieron sobre la mesa toda la documentación que la familia había donado sobre el negocio de sus antepasados, una mezcla bastante ecléctica, y la falta de orden le decía a Margo que Oliver Reston, con lo meticuloso que era con su archivo genealógico, no se había implicado tanto como le habría gustado. Aquello tenía más pinta de que habían metido todo lo que tenían en cajas de forma aleatoria.

Tomó el siguiente papel del montón y el corazón se le aceleró cuando leyó lo que había escrito.

—He encontrado algo. Es una carta de Eva Fuentes. La envió junto con el manuscrito de su libro.

Luke dejó los papeles que tenía en las manos y se inclinó para leerla. La carta estaba mecanografiada y firmada por ella. Se presentaba y explicaba que era una profesora de Cuba que había viajado a Estados Unidos el año anterior para asistir a la Escuela de Verano para maestros cubanos en Harvard.

En la información de contacto aparecía una dirección en Massachusetts.

—Entonces, ¿se quedó en Estados Unidos? —murmuró Luke—. ¿O regresó a La Habana después del curso y vino de nuevo un año más tarde?

—No lo sé. Pero mira esto. —Margo señaló el segundo párrafo—. Explica el argumento del libro. Parece que cuenta la historia de amor entre una profesora cubana que viaja a Boston a estudiar y un joven escritor estadounidense que conoce allí. Lo define como ficción, pero me pregunto cuánto se habrá inspirado en su propia vida. Es imposible no establecer paralelismos con lo que sabemos de ella.

Luke frunció el ceño.

—Sigue sin aparecer nada por lo que alguien estuviera dispuesto a matar. ¿Qué secreto podría ocultarse entre sus páginas, y más siendo un libro de ficción?

—Ya. Yo tampoco lo entiendo. ¿Qué se nos escapa?

—Tu cliente tiene que saber más de lo que te ha dicho. Mañana por la mañana iremos a las oficinas de Flintrock a ver qué averiguamos sobre William Greer y la persona que lo contrató. ¿Ha respondido a tus mensajes desde la última vez que hablasteis por teléfono?

—No. Los datos de la transferencia bancaria tampoco se pueden rastrear. —Cogió el móvil—. Al menos hemos conseguido la dirección de Eva durante el tiempo que estuvo en Boston. A lo mejor averiguamos con quién se hospedó y por qué volvió un año después del curso de verano.

Escribió la dirección que aparecía en la carta en el buscador. Los resultados que arrojó llevaban a una casa antigua en Lowell, Massachusetts. Pinchó en el enlace y leyó la información.

Miró a Luke con el corazón acelerado.

—Creo que acabo de descubrir uno de los secretos de Eva Fuentes. ¿Sabes qué había en la dirección que aparece en su carta? A comienzos del siglo xx fue un hogar para madres solteras.



21

PILAR
La Habana, 1966

Pilar se detuvo frente al edificio de Eva Fuentes y rogó que fuera el lugar correcto. Tenía dos horas y media antes de encontrarse con el hermano de la señora Padilla. Dos horas y media para abandonar Cuba.

¿Volvería alguna vez?

Una extraña sensación de calma se había apoderado de ella desde que se fue de su piso solamente con el bolso. La señora Padilla le había aconsejado que no llevara muchas cosas, y ahora que se encontraba en la situación que había visto afrontar a tantos otros —la de huir del único hogar que conocía con una bolsa con sus posesiones más preciadas— se reconcilió con el hecho de que poco podía hacer.

Puede que se hubiera estado preparando mentalmente para ese momento sin darse cuenta, haciendo una especie de inventario de lo que era importante para ella y lo que no, de lo que podía prescindir y lo que no.

Había cogido el libro de poesía que estaba leyendo Enrique la noche que se lo llevaron, lo último que había tenido en las manos antes de desaparecer. El punto de lectura que le había hecho como regalo de aniversario ya no marcaba la página por la que iba de *Tiempo para olvidar*, sino que descansaba entre las páginas del libro de poesía. La alianza embellecía su dedo anular.

Todo lo demás había tenido que dejarlo.

Era demasiado peligroso ocuparse de repartir aquello que dejaba, demasiado complicado para preocuparse por ello dado el estado del comandante.

El piso y todo lo que contenía pasaría a las manos de otras personas con toda seguridad, se convertiría en el hogar de otros, y solo pidió que fueran felices allí, que los sueños que Enrique y ella habían dejado en aquel espacio y los detalles que tanto habían mimado perdurasen en el tiempo.

La lista de libros y el lugar en el que estaban escondidos estaban también en su bolso.

Pilar esperó fuera del edificio hasta que llegó una mujer con las llaves en la mano.

—Disculpe. ¿Vive usted aquí? —preguntó.

La mujer miró a su alrededor y asintió con la cabeza.

—¿Sabe si vive aquí Eva Fuentes? Tengo algo que le pertenece y me gustaría devolvérselo.

—¿Eva? —La mujer vaciló un momento antes de continuar—. Vive en el cuarto.

Pilar sintió que se le aceleraba el pulso.

La vecina la dejó entrar, y subió las escaleras hasta el piso. Inspiró profundamente antes de llamar a la puerta. No le había dado tiempo a preparar lo que iba a decirle, cómo iba a explicarle las extrañas circunstancias que la habían llevado hasta su puerta; no había tenido la oportunidad de prepararse para el hecho de que estaba a punto de conocer a alguien cuyas palabras tanto habían significado para ella.

Esperó un momento mientras oía el ruido de pasos al otro lado de la puerta. Y, por fin, abrieron y se encontró frente a una mujer.

Quedó decepcionada.

Ella esperaba encontrarse con una mujer octogenaria, pero la que tenía delante era menor que ella incluso.

Pilar titubeó un segundo.

—Perdone que la moleste. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Eva?

—Yo soy Eva, aunque nadie me llama así. Prefiero Evita.

—Yo soy Pilar Castillo. Soy bibliotecaria. Perdón, busco a Eva Fuentes. Escribió un libro titulado *Tiempo para olvidar*. Vengo de parte de Zenaida Torres.

—No conozco a ninguna Zenaida Torres. A lo mejor mi abuela sí. Este piso es suyo. Se llama Eva Fuentes. Me pusieron Eva por ella.

—¿Su abuela es profesora?

—Lo fue. Ya no trabaja. Por su salud, ¿sabe?

—¿Sabe si participó en el programa de la Escuela de Verano para maestros cubanos que se celebró en 1900?

—¿El viaje a Harvard, Estados Unidos? —dijo la mujer con ojos como platos—. No lo creo. Nunca ha dicho nada al respecto.

—¿Quién es, Evita? —preguntó una voz procedente de una de las habitaciones.

Pilar sacó el libro del bolso y se lo tendió.

—Tenía que entregar este libro a su abuela. Mi vecina me lo dejó. Se llama Zenaida Torres. Me dijo que su madre se lo guardó a su abuela. Eran muy amigas.

—Un momento —dijo Evita.

Cerró la puerta y la dejó esperando unos minutos antes de volver.

—A mi abuela le gustaría hablar con usted. Pase, por favor.

Evita se echó a un lado para dejarla pasar.

—Siento venir tan tarde, pero era un poco urgente…

Pilar siguió a la mujer hacia el interior y entonces la vio, sentada en un sofá de flores en el salón. Una mujer de ochenta y tantos.

Eva Fuentes.

Pilar se presentó y le explicó lo mismo que le había dicho a Evita, pero la reacción de la anciana le dejó claro que su nieta ya se lo había contado.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

—Por supuesto.

Le temblaban las manos cuando se lo entregó y acarició las letras de la cubierta, el título y su nombre.

Pilar aceptó la invitación de Evita y se sentó en una silla. Cuando le ofreció café, declinó el ofrecimiento educadamente sin dejar de mirar a Eva, que parecía cautivada por el libro.

—¿Cómo está Zenaida? —preguntó la mujer por fin, mirándola a los ojos.

Pilar se lo pensó un momento, sin saber hasta dónde podía contar.

—Se ha ido. A España. No podía llevarse el libro porque no quería arriesgarse a que le ocurriera algo, y me pidió que se lo trajera yo. Creo que no sabía gran cosa sobre él, no sabía por qué lo tenía su madre, solo que se lo había guardado y que tenía que devolvérselo.

—No me extraña. A su madre, Dolores, siempre se le dio muy bien guardar secretos. —Suspiró—. Lamento que Zenaida tuviera que irse, aunque tampoco la culpo. Vivimos tiempos difíciles. Aterradores.

La mujer hablaba con la misma libertad que Pilar había notado en las mujeres mayores de su edificio, como la señora Padilla o la señora Arango, con el juicio de alguien que había vivido demasiado tiempo como para ser derrotada por Fidel Castro y sus secuaces. Pilar admiró su coraje. Esperaba ser como ella algún día, sin miedo a lo que pudiera pasar porque había sobrevivido a los golpes de la vida.

—¿Zenaida y tú erais muy amigas?

—No mucho. Era amable conmigo, pero no nos conocíamos tanto. Todos la respetaban mucho en nuestro edificio. Sabía estar pendiente de la gente. Cuando mi marido… En un momento difícil que pasé hace un tiempo, me dejó un flan en la puerta.

En ese momento, Pilar se dio cuenta de que Eva tenía una mirada amable y se comportaba de una forma que producía una honda emoción en los demás sin necesidad de decir nada, como si entendiera los momentos más difíciles de la vida de una persona.

—Su madre también era así —explicó Eva—. Dolores se preocupaba mucho por los demás.

—¿Cómo se conocieron ustedes? —Nada más decirlo, se sonrojó —. Perdone. Sé que es un poco atrevido por mi parte, pero le confieso que desde que Zenaida me pidió que la buscara y le entregara el libro, no he podido evitar preguntármelo.

—Dolores y yo compartimos habitación en Harvard.

—¡Harvard! —terció Evita—. Entonces es cierto. ¿Cómo no se lo has dicho a nadie?

—Porque hay cosas de las que es muy difícil hablar. Algunos recuerdos los llevas siempre contigo y otros es mejor dejarlos en el pasado. El verano que pasé en Harvard fue complicado. Y, luego, cuando regresé a La Habana, me costaba mucho hablar de ello.

—¿Qué pasó? —preguntó Evita.

Pilar escuchó a Eva contarle a su nieta lo que ocurrió aquel verano.

—Dolores también era profesora, y nos hicimos amigas. Cuando publicaron el libro, el editor me envió un ejemplar. No habían impreso muchos, una docena o así, de modo que no fue el gran éxito que yo había imaginado, pero así es la vida. ¿Cuándo salen las cosas como nosotros queremos?

»Cuando volví a Cuba… tardé un tiempo en recuperarme. No quería ni mirar el libro, quería tirarlo. Pero Dolores me dijo que lo lamentaría, que algún día lo querría, así que me lo guardó ella. Zenaida debió de heredarlo cuando ella murió. Me enteré de su muerte semanas después de que ocurriera. Perdimos el contacto con los años.

Eva miró el libro de nuevo. Levantó la cubierta y dejó escapar un suspiro.

—Pensé que no volvería a verlo. Pensé que habría desaparecido. No me lo puedo creer… Gracias —le dijo a Pilar—. Gracias por traérmelo.

—De nada.

Pilar inspiró profundamente. No le quedaba mucho tiempo y si no reunía el valor para decirle lo mucho que había significado aquel libro para ella, lo lamentaría.

—Mi marido —tragó saliva por el esfuerzo, las palabras le sabían a ceniza—. Mi marido ya no está. Su libro llegó a mi vida después de que se lo llevara la policía. Y luego, cuando me enteré de que había muerto, quise morirme. Quería estar en cualquier otra parte, quería escapar de esa sensación que tenía por dentro. Terminé de leerlo mientras pasaba el duelo. Y después lo releí una y otra vez. No sé cómo describirlo, cómo explicar lo que ha significado para mí. Gracias. Gracias por escribirlo. Por compartir los personajes conmigo. Me han ayudado a sentirme menos sola.

Eva le tomó la mano.

—Lamento mucho tu pérdida. Sé que estas palabras no sirven de mucho.

—Gracias. Cuando leí las palabras escritas en *Tiempo para olvidar,* cuando leí el dolor de Ana al perder a Michael, sentí como si me hubieran sacado el dolor de la pérdida y lo hubieran puesto en las páginas. —Se sonrojó—. Lo siento, sé que debe pensar que soy una descarada, pero cuando me enteré de que participó en el programa de la Escuela de Verano, me pregunté hasta qué punto se inspiró en sus propias experiencias. No puedo dejar de pensar en los personajes, en lo mucho que se amaban…

Eva negó con la cabeza.

—El libro, lo que escribí sobre Ana y Michael, su amor, era todo mentira.



22

EVA
Boston, 1900

Eva estaba en la calle observando el edificio de ladrillo del periódico. Se puso la mano en el vientre y se acarició el bulto que ya iba creciendo.

En el viaje en barco desde La Habana había tenido muchas náuseas. La vez anterior, el viaje había sido una aventura, pero embarazada la cosa era muy diferente. Claro que estaba empezando a comprender que todo era diferente ahora. Los alimentos que antes le gustaban, ya no le sentaban bien; las actividades que antes realizaba con soltura, ahora le resultaban agotadoras. Estaba siempre cansada, algo que no dejaba de sorprenderle, puesto que el embarazo apenas se le notaba.

El viaje había sido peor de lo que esperaba, pero tenía que ir.

Había escrito a James, como se habían prometido.

Las primeras cartas trataban de su vuelta a la vida en Cuba, de las clases, de cuánto lo echaba de menos.

No recibió respuesta.

Y poco después, la realidad se hizo patente, el período no le bajaba y su cuerpo había empezado a cambiar.

El tono de la siguiente carta fue de desesperación.

Y tampoco recibió respuesta.

Así que decidió ir a Boston.

Eva entró en el edificio. Lo primero que notó fue el ruido. Siempre había tenido curiosidad por la carrera de James, por lo que empujaba a una persona a hacerse periodista. Su lugar de trabajo era tal como se lo había imaginado y a la vez para nada lo era.

Había mucho ajetreo, la redacción estaba llena de hombres trabajando delante de la máquina de escribir que de vez en cuando hablaban a gritos a algún compañero sin moverse del sitio. Observó la amplia sala con el corazón en la garganta, buscando a James, pero no lo vio.

—Disculpe —le dijo al hombre de la mesa más cercana—. ¿Está aquí James Webber?

El hombre levantó la vista del papel que estaba leyendo.

—¿James? Estará en la parte de atrás. —Acompañó las palabras con un gesto de la cabeza en dirección al pasillo que había al otro lado—. Seguro que lo encuentra por allí. —La miró con detenimiento y debió de ver algo en su expresión que encendió la chispa periodística—. ¿Tiene una historia para él?

—Algo así.

Eva pasó por su lado y otros la miraron al pasar. Enfiló el pasillo hasta una pequeña sala donde estaban lo que parecían ediciones

pasadas del periódico.

James estaba sentado en medio de todo aquello, encorvado sobre un montón. Por suerte, estaba solo.

Había pensado tantas veces en ese momento que, ahora que lo tenía delante, tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para hablar con él.

A lo mejor no había recibido las cartas en la casa de huéspedes en la que vivía. A lo mejor todo había sido un malentendido y se alegraría de verla y de saber que estaba embarazada, se daría cuenta de que había hecho el largo viaje porque lo amaba.

James levantó la cabeza y las esperanzas de Eva se vinieron abajo.

La miró con estupefacción en vez de con alegría, y luego algo que en el mejor de los casos describiría como pánico transformó por completo su expresión.

Eva entró y cerró la puerta. Y se tocó la barriga.

James siguió el movimiento con la mirada, y permaneció allí unos segundos antes de subirla lentamente y mirarla a la cara.

—¿Qué haces aquí?

Era un milagro que no oyera el corazón de Eva partirse en dos.

—¿Has recibido mis cartas? —preguntó Eva, pasando por alto la pregunta de James. Había hecho un viaje muy largo y no se iría sin obtener las respuestas que necesitaba.

—No. —Vaciló un momento antes de seguir—. Ya no… no vivo en el mismo sitio.

—No me has escrito.

James fijó la mirada en la puerta, justo detrás de ella.

—Este no es momento ni lugar para hablar.

—No sabía adónde ir. Tenía que verte. —Inspiró profundamente—. Estoy embarazada.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo vas a estar embarazada?

—Como pasan estas cosas, supongo —respondió ella con una calma terrible.

—Pero yo tomé precauciones —siseó él y la agarró del brazo para acercarla a él—. Además —dijo muy bajo—, no puedo tener niños. No puede ser mío.

—Las precauciones no funcionaron y el niño es tuyo. No he estado con nadie más —respondió ella, soltándose.

Se apoyó en la puerta, aliviada de poner distancia entre ellos. Volvió a acariciarse la barriga mientras lo observaba, tratando de entender cómo podían haberse estropeado tanto las cosas. El hombre que ella creía amar, el hombre con quien siempre se había sentido a gusto, el hombre en quien había confiado no aparecía por ninguna parte.

Lo supo antes de ir. Lo supo al no recibir respuesta a sus cartas y no presentarse en su casa con un anillo. Sabía que allí terminaba su aventura antes incluso de subir al barco en dirección a Boston, pero aun así había ido porque se negaba a que James se librara de ella tan fácilmente, como si no hubiera significado nada, como si ese bebé no significara nada.

—Estoy casado.

Lo dijo con rabia, como si fuera una acusación sobre ella y no sobre él.

Eva lo miró horrorizada.

—¿Desde cuándo? ¿Hace poco? ¿O siempre lo has estado? ¿Me mentiste desde el principio?

James miró hacia otro lado.

—Cinco años.

«Cinco años».

Si fuera otra persona, si hubiera llevado otra clase de vida, una que no hubiera estado definida por la guerra, la muerte y esa especie de inseguridad que lo invadía todo e infundía un miedo que nunca acertabas a quitarte de encima, en ese momento se habría derrumbado.

Si no hubiera vivido ya pérdidas desgarradoras, puede que se hubiera desplomado en el suelo, o que hubiera gritado, o que hubiera llorado, o que le hubiera aporreado el pecho mientras descargaba en él toda su rabia. Y por un momento lo hizo. Por un instante dejó que todas esas emociones la inundaran, la angustiaran, y sucumbió al dolor y la pena.

Pero fue solo un instante.

Después de todo, la vida le había demostrado que era más fuerte que los problemas que pudieran salirle al paso, por insalvables que pareciesen.

Lo superaría, no sabía cómo, pero lo haría.

Sin embargo, se le abrieron nuevas grietas en la armadura que se había construido alrededor. Era inevitable. Había sido una tonta al confiar en él. Pero no podía echarse la culpa. Y no lo haría. ¿Qué clase de hombre engañaba a una mujer como había hecho él? ¿Qué clase de hombre se negaba a hacerse responsable de sus actos?

—¿Cómo pudiste? Después de todo, después de jurarme que serías sincero conmigo, después de prometerme que podía confiar en ti.

James no dijo nada. No se molestó en responder.

¿Cómo podía haberle mentido con tanta habilidad? ¿Cómo podía irse a casa con su mujer después de estar con ella?

No se lo explicaba.

Tal vez fuera eso lo único bueno que iba a sacar de lo sucedido, la certeza de que nunca podría entender cómo alguien podía ser tan cobarde y tan cruel.

Por eso casi nunca le daba muestras de cariño en público, y las pocas veces que lo había hecho habían sido breves, deteniéndose en cuanto había alguien cerca. En su momento se lo tomó como una muestra de respeto hacia ella, que lo hacía para proteger su honor y su deseo de intimidad. Siempre se las apañaba para llevarla al barco o a la casa de alguien, y lo hacía para poner distancia entre su vida y ella.

—¿Lo sabe? ¿Tu mujer sabe que existo?

—No, no. —Se acercó a ella mirándola furioso—. No debe enterarse. Mi suegro es el dueño del periódico. Sería mi ruina si llegara a enterarse. Perdería mi trabajo. Lo perdería todo.

—A mí me has arruinado la vida —siseó ella—. Porque fui una inocente y te creí, creí tus promesas. Lo he perdido todo.

—Tuvimos un verano para los dos. No se suponía que fuera a haber más. Fue divertido. Lo pasé muy bien contigo. Pero siempre supimos que se acabaría.

Se apartó de ella.

—Hasta que tú sugeriste que no —replicó ella—. Fuiste tú quien propuso ir a La Habana, fuiste tú quien dijo que no sabías cómo ibas a poder dejarme marchar. Yo te creí. No hacía falta que me dijeras todo eso. Pero querías seducirme, ¿verdad? No habías conseguido todo lo que querías de mí, por eso me dijiste lo que pensaste que

necesitaba oír para llevarme a la cama, perdona, a la cama de tu primo.

—Fue decisión tuya. Tú me deseabas. Dijiste que me querías. Pensé que entendías las reglas, que entendías lo que estaba pasando.

—No podía entenderlo cuando me ocultabas el hecho de que estabas casado. Me engatusaste. Conseguiste lo que querías y te fuiste tan tranquilo como si no hubiera significado nada para ti, porque no significó nada para ti, ¿no es así? Lo nuestro no fue nada especial.

—No lo entiendes. No has estado casada, nunca has tenido esa clase de responsabilidad, esa clase de compromiso. Cuando te conocí fue como empezar de nuevo. Contigo podía ser otra persona. No tenía que preocuparme por lo que me esperaba al llegar a casa. No te mentí cuando te dije que me importabas y que me lo pasé muy bien contigo.

—No, solo me mentiste sobre todo lo demás. No eras otra persona, fingías ser alguien que no existía. Todo era mentira.

James se dejó caer contra la mesa.

—¿Qué quieres de mí? ¿A qué has venido? No puedo casarme contigo. Tengo algo de dinero, puedo dártelo, pero no tengo nada más para ti. Siento que te hayas enterado en este estado…

Le entraron unas náuseas que se mezclaron con la bilis que notaba en los labios. No se pondría a vomitar delante de ese hombre, no dejaría que viera su humillación.

—No necesito nada de ti.

Había sobrevivido a una guerra, se las había arreglado para vivir ella sola y no pensaba dejar que acabara con ella un hombre que no

era más que un mentiroso y un farsante.

—Eva…

No le dejó terminar la frase. Aguantó el tipo mientras salía de la redacción dejando tras de sí un reguero de miradas curiosas. ¿Habría ido alguna otra mujer antes en una situación parecida? Ahora que sabía la habilidad que tenía para mentir, no le cabía duda de que habría repetido el patrón de seducir, engañar y descartar a otras mujeres.

Vomitó en un callejón en cuanto pisó la calle.

¿Qué iba a hacer?

No pudo pensar en otra cosa en el largo trayecto de vuelta al hotel, ni sentada en la cama mirando el techo sin poder dormir de la preocupación.

Al final, cuando le dieron las doce de la noche y seguía sin encontrar una solución y sin poder acallar los miedos que la invadían, hizo lo único que sabía hacer en momentos como ese.

Escribir.



23

PILAR
La Habana, 1966

Por un momento, Pilar pensó que había oído mal.

—¿Qué era mentira?

—El amor entre los protagonistas, Ana y Michael. El romance. Todo. Michael, o el hombre que me sirvió de inspiración, no era como lo describo en la novela. Sí, es una historia ficticia, pero se inspira en gran medida en mi vida, en cosas que ocurrieron cuando asistí a la Escuela de Verano para maestros cubanos.

»Cuando salí de Cuba aquel verano para ir a Boston, estaba escribiendo una novela diferente. Llevaba años escribiéndola, pero, en realidad, no me decía nada. No dejaba de modificar la historia y los personajes, pero no funcionaba. No sé cómo explicarlo. Cuando te dedicas a escribir, a veces ocurre que sientes que todo encaja en

su sitio. Nunca me había pasado hasta que empecé a escribir *Tiempo para olvidar*.

Eva tomó aire profundamente y, aunque hablaba de cosas que habían ocurrido sesenta años atrás, Pilar percibía la rabia y el dolor en la habitación.

A su lado, su nieta la miraba estupefacta.

—Nos conocimos en Harvard, como cuento en la novela. En un baile. Pero lo de que me invitó a bailar no ocurrió de verdad. —Eva esbozó un amago de sonrisa—. Ni siquiera entonces habría bailado. Nunca se me dio muy bien, no como a Dolores. La verdad es que le tenía un poco de envidia por ello. Poseía una delicadeza que yo no tuve nunca, pero que me habría gustado poseer. Así que decidí darle un poco a Ana, y me inventé que conocía a Michael en un baile y él la conquistaba totalmente. —Sonrió—. Tenía que ser valiente cuando escribía sobre Ana. Tenía que ser la versión de mí misma que me habría gustado ser. Ana era una aspiración. Como una hermana mayor a la que admiras o una amiga a quien pedir consejo. Ana también había vivido una guerra y no había salido indemne, como yo. Aunque no la había desgastado tanto como a mí.

—¿Y Michael? —preguntó Pilar.

Eva cerró los ojos un momento. Cuando volvió a abrirlos, parecía estar muy lejos de allí, en otro lugar y otro tiempo.

—El verdadero nombre de Michael era James. Cuando nos conocimos, pensé que estudiaba en la universidad. El programa nos animaba a entablar amistad con los alumnos. Más tarde me enteré de que era periodista. Quería escribir un artículo sobre el programa de la Escuela de Verano desde la perspectiva de uno de los docentes cubanos. No sé hasta qué punto empezó a hablar conmigo con ello

en mente. Ya no sé qué creer. Insistió en que no lo había hecho por eso, que yo le importaba, pero luego descubrí que era capaz de decir muchas cosas que no pensaba en realidad.

—En el libro no es periodista.

—No, eso también lo cambié. Era mi vida y a la vez no lo era, ¿entiendes? Escribí las verdades que necesitaba sacar de mí misma, y el resto lo modifiqué para no sentir que había desnudado mi alma por completo. Escribir un libro es un poco como ir por la calle semidesnuda. Resulta difícil saber si has revelado demasiado. Es mejor emborronar un poco las cosas para proteger las partes de ti misma que te hacen sentir más vulnerable.

—¿Por eso lo escribió en inglés? También tenía curiosidad sobre eso.

Eva sonrió, pero el efecto fue de tristeza.

—No, escribí en inglés justo por lo contrario, de hecho. No porque quisiera omitir partes de mí, sino en parte porque quería que James lo leyera. No quería que pudiera mirar para otro lado. En una ocasión me preguntó si alguna vez escribiría algo en inglés para que él pudiera leerlo. No hablaba español. Toda nuestra relación fue en inglés. Quería devolverle toda mi rabia y todo mi dolor.

—¿Qué ocurrió entre vosotros? —preguntó Evita.

—Que yo me enamoré de él —respondió su abuela, acariciándole la mano—. Sabía que no era buena idea, sabía que no debía hacerlo. Pero James tenía algo… Hacía que me sintiera especial. Y pensé que mi amor era correspondido. Nunca había sentido nada parecido antes de conocerlo, no había pasado de darle la mano a un hombre. Pero James era inteligente y divertido, y perdí la cabeza. Era la primera vez en mi vida que me pasaba algo así. Me pasó todo lo que

cuentan las novelas. Estuvimos juntos prácticamente todo el verano, pero yo tenía que volver a La Habana. Aquí me esperaba mi trabajo de profesora y tenía responsabilidades. Como Ana en la novela, yo también me preparé para despedirme del único hombre que había amado.

—¿Pensaste alguna vez en quedarte en Boston? —preguntó Evita.

—Sí. Quería que me pidiera que me quedara, quería que me pidiera mucho más, sinceramente. Pensé… pensé que me había prometido muchas cosas. No sé. Era joven e ingenua. Pensé que era como los héroes de mis libros. Me dijo que me quería y me lo creí. Me dijo que vendría a verme y me lo creí.

—¿No lo hizo? —preguntó Evita.

—No, claro que no.

Eva se levantó con piernas temblorosas y se acercó a la ventana, de espaldas a su nieta y a Pilar.

Se produjo un silencio.

—Me di cuenta de que estaba embarazada a las pocas semanas de regresar —dijo, pronunciando cada palabra despacio, como si le costara un mundo verbalizarlo.

Pilar miró a Evita. La joven se había puesto pálida y miraba a su abuela boquiabierta.

—Estaba muerta de miedo —continuó—. No había pensado en tener hijos, casi no podía mantenerme yo sola. Me las apañaba con el sueldo de profesora en un país que acababa de salir de un conflicto terrible. No tenía familia.

»Escribí a James de inmediato para contárselo. —Se volvió a mirar a su nieta—. Me avergüenza admitirlo, pero le pedía que se casara conmigo en la carta. No era algo habitual, pero no tenía alternativa.

Lo amaba. Pensaba que él me amaba a mí. Íbamos a tener un hijo, aunque no lo hubiéramos planeado. Esperaba que nos casáramos y que nuestra historia tuviera el final feliz que solo me había atrevido a soñar. Esperé meses a que me respondiera. No lo hizo.

—Lo siento mucho —susurró Evita.

—Me preocupaba que le hubiera pasado algo, que mi carta se hubiera perdido por el camino. Volví a escribirle y seguía sin responderme. Cuando estaba de tres meses, no pude seguir esperando. Ya no podía ocultarlo. No sabía qué hacer. Le escribí una última carta para decirle que iba a Boston. Compré un billete de barco y recé por que todo saliera bien. Confiaba en que me respondería que estaría allí esperándome.

»Pero yo sabía que algo no iba bien. Intentaba tener fe, pero lo sabía. Simplemente, no quería hacer frente a lo inimaginable, porque la verdad era que no tenía nada, no tenía ninguna opción buena. Así que fui a Boston.

—¿Lo viste? —preguntó Evita.

Pilar sentía que no le correspondía estar presente en ese momento familiar tan íntimo, pero algo en la conducta de Eva daba a entender que necesitaba desahogarse contándoles aquella historia que le había pesado mucho durante demasiado tiempo. No parecía importarle que Pilar estuviera delante. Puede incluso que estuviera aprovechando su presencia para amortiguar el golpe para su nieta.

—Sí —respondió—. Cuando me presenté en el periódico donde trabajaba, me miró horrorizado. Allí me enteré de que ya estaba casado, así que no íbamos a casarnos. Me pidió disculpas y lamentó lo ocurrido, la situación en la que me encontraba. Y eso fue todo. La ardiente llama de mi gran historia de amor se apagó en un instante.

—Qué cobarde. Menudo… —exclamó Evita.

—Sí, todo eso.

—Lo siento —dijo Pilar—. No puedo ni imaginar lo aterrador que tuvo que ser para usted encontrarse sola en el mundo tras descubrir la traición de un hombre en el que confiaba, y, encima, embarazada.

—Me sentí… No sé cómo… Me cuesta encontrar las palabras para describir mi desesperación. Y mi rabia. Estaba furiosa con él, y conmigo misma. Había un hogar para madres solteras en Massachusetts, gestionado por la iglesia, y fui para tener a mi bebé. Y para darlo en adopción.

»No me quedaba otra opción. Nadie me contrataría para dar clases sabiendo que tenía una hija y no estaba casada. No se fiarían de mí. ¿Y cómo iba a mantenernos a las dos sin poder trabajar? ¿Cómo habríamos sobrevivido? Fue la decisión más difícil que he tomado en mi vida. No pasa un solo día en que no lo lamente, que no me repita que fue la decisión correcta aunque me partiera el alma.

Pilar se limpió una lágrima que le cayó por la mejilla y Evita lloraba sin contención alguna.

—Me sentía muy sola allí. Era todo silencio y tristeza, rodeada por otras mujeres en situaciones tan horribles como la mía, cada una pasando por la rabia y el duelo como podía. Sentía que mi cuerpo era una bomba de relojería y, aunque sabía que no me quedaba otra, creí volverme loca a medida que se acercaba la fecha, a medida que llegaba el momento de separarme de mi bebé. Tiré a la basura el libro que estaba escribiendo cuando llegué a Harvard y conocí a James. Y empecé a escribir *Tiempo para olvidar*. Lo escribí entre las patadas del bebé y las noches insomnes a causa del

malestar; en los días en los que solo me levantaba de la cama porque sabía que tenía que hacerlo por mi hija.

Pilar lo entendió ahora que Eva les estaba explicando por lo que había pasado mientras escribía la novela. Desde el primer momento había percibido ese algo en *Tiempo para olvidar*, esa tensión, esa historia por debajo de la historia. Era la rabia y la tristeza lo que atravesaba el amor descrito en las páginas, y eso era lo que más la había atraído del libro. Turbulenta en algunas partes como lo era la vida misma, dolorosa.

—Y así terminé el libro y nació mi hija. Lo más difícil que he hecho en mi vida ha sido separarme de ella. Encontré una editorial en Boston y les envié el libro, y luego cogí un barco de vuelta a La Habana.

—¿Sabes qué pasó con tu hija… con mi tía? —preguntó Evita.

—La adoptó una pareja de Boston que no podía tener hijos, creo. No los conocí, ni siquiera sé cómo se llamaban, pero algunas enfermeras se apiadaron de mí y me dijeron que parecían buenas personas. Tuve en brazos a mi pequeña unos minutos cuando nació y luego… No pasa un solo día en que no piense en ella —añadió en un susurro.

La pieza final del rompecabezas encajó en su sitio.

—Perdone, Eva, pero dentro del libro había un papel doblado, una carta. Pensé que era una carta de amor, no lo entendí… —Pilar se detuvo porque se le quebró la voz.

Eva abrió el libro y lo hojeó. Se detuvo al llegar al capítulo en el que había metido la carta. Acarició muy levemente la página con los dedos, pero no hizo ademán de desplegar la carta. A lo mejor prefería leerla en la intimidad.

—La escribí para ella —explicó Eva con una sonrisa triste—. Cuando estoy feliz, cuando estoy triste, cuando necesito expresar mis emociones, escribo. He escrito innumerables cartas a mi hija, aunque sabía que no tendría oportunidad de hacérselas llegar.

—Lo siento —dijo Pilar—. Siento haber venido y haberla hecho pasar por todo esto. No quería entristecerla.

—No se disculpe —contestó ella, y miró el libro—. Me ha traído algo maravilloso. Creía que no volvería a verlo. Siempre quise ser escritora. Me sentía muy sola, invisible en el mundo que me tocó vivir. Lo que más deseaba era que mis palabras le llegaran a alguien, que les hablara.

—No sabe cuánto ha significado para mí su libro.

—Gracias.

Eva miró a su nieta.

—Me casé con el abuelo de Evita años después. No… fue un buen matrimonio.

Si la chica se sorprendió al oír hablar a su abuela con esa sinceridad, no lo demostró.

—Nos divorciamos cuando nació nuestro hijo, el padre de Evita. Por eso perdimos el contacto Dolores y yo. Ella no quería que me casara con él. Creía que no estábamos hechos el uno para el otro, que no iba a ser feliz. No se equivocaba, en cierto modo. No estábamos hechos el uno para el otro, aunque al final encontré la felicidad en mi hijo y después en mi nieta. Dolores y yo tuvimos una pelea enorme en su momento, de esas que solo pueden tener las amigas que son como hermanas.

Evita frunció el ceño.

—¿Cómo conseguiste…?

—¿Sobrevivir? —preguntó Eva con una sonrisa triste.

Evita asintió con la cabeza y Pilar se inclinó hacia delante, ansiosa por oír su respuesta y encontrar tal vez algo que le diera esperanzas.

—Supongo que se suaviza con el tiempo —dijo—. La gente lo dice siempre, así que tiene que ser cierto. —Se rio—. Las pérdidas te acompañan siempre; el dolor pasa a formar parte de lo que eres. Algunos días es una herida abierta como el primer día, y otros es más un dolor sordo. —Sonrió—. Pienso en mi hija, tu tía. La imagino en el mundo, imagino la vida que lleva. A veces hablo con ella. Le escribo cartas que no le enviaré nunca. Celebro su cumpleaños todos los años. No puedo lamentar lo que ocurrió, no puedo lamentar los errores que cometí porque sé que está ahí, viviendo su vida. No la conoceré nunca, no la veré nunca, pero saber que existe me basta.

»Quería revelar el tipo de hombre que era James. Al principio ese era el plan, dejarlo en evidencia. Pero escribí *Tiempo para olvidar* mientras mi hija crecía en mi vientre. A veces le leía pasajes. Y si por casualidad llegaba a leerlo, no quería que sintiera que no era producto del amor. Puede que James no fuera capaz de amar, por eso decidí darle yo el doble. Le regalé nuestra historia, o la parte buena, al menos. Sé que sonará ingenuo o fantasioso, lo sé, pero solo tenía eso, las palabras. Quise creer que era suficiente.

Pilar se limpió las lágrimas.

—Lo fueron —dijo.

—He tenido una vida dura, pero muchos otros dirán lo mismo. También ha habido más alegría y amor de lo que creí posible. Mis hijos, mi nieta, lo son todo para mí. Son mi legado.

Estuvieron charlando una hora más pasando de la vida personal a los libros con los que habían disfrutado. Cuando llegó la hora de irse, Pilar se levantó.

Eva cogió el libro. Contempló la cubierta y acarició el título como si estuviera tocando algo especialmente fino y delicado, como si sostuviera sus recuerdos en las manos.

—Gracias por venir a devolvérmelo, por dejarme verlo de nuevo. Significa más para mí de lo que puedas imaginar. Me gusta pensar que las cosas ocurren como está escrito que pasen, aunque nos cueste entenderlo. Me alegro de que mi libro te encontrara. Me alegro de que nos hayamos conocido.

Pilar asintió con la cabeza, demasiado emocionada para hablar.

Había algo en los libros que acercaba a las personas, una pasión, una devoción que creaba un vínculo íntimo y una comprensión. Al fin y al cabo, los libros apelaban a lo más hondo del alma y unían a los lectores de maneras inolvidables. Compartir un libro favorito era como crear una historia común entre personas que habían transitado por la vida y el mundo que existía en sus páginas.

Pilar estudió detenidamente a Eva Fuentes un momento, consciente del peso de lo que había descubierto esa tarde. Se había equivocado al confiar en Ignacio, ahora lo sabía. Pero tenía la sensación de que esta vez no se equivocaba.

Vaciló aún un instante antes de meter la mano en la bolsa.

—Necesito ayuda.



24

MARGO
Boston, 2024

Llamaron a la puerta de la habitación de Margo.

Luke había reservado habitaciones contiguas en un pequeño hotel *boutique* en Beacon Hill. Las habitaciones eran bonitas y agradables, la cama de dos por dos era muy cómoda y la ducha tenía la presión ideal. Y no estaba mal tener a Luke al lado. Después de ver en el aeropuerto de Edimburgo al hombre que la había estado siguiendo, se sentía como si llevara una diana en la espalda.

Margo se quitó la toalla del pelo mojado. Se había duchado al volver de la biblioteca, cansada después del largo día de viaje. Era de madrugada en Londres y su cuerpo estaba desacompasado. Aún no habían comido, había optado por dar prioridad a asearse y cambiarse de ropa.

Se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

Era Luke.

Descorrió el cerrojo y abrió.

—He comprado sushi en un restaurante aquí al lado —dijo al tiempo que levantaba las bandejas—. ¿Tienes hambre?

—¡Sí! Gracias. Yo he preferido ducharme, pero estaba pensando que comer algo me vendría de lujo.

—He traído un montón de salmón, sé que es tu favorito. Y he comprado sake también.

Margo gimió agradecida.

—Eres el mejor. Gracias.

—De nada. Imaginé que tendrías hambre.

Tenía toda la pinta de que él también se había duchado y cambiado de ropa, porque ya no llevaba los pantalones oscuros de antes. Llevaba unos de deporte grises y una sudadera negra con capucha.

Le sentaba muy bien todo.

Realmente bien.

—¿Por qué no comemos aquí? —sugirió Margo y señaló la pequeña zona de estar al lado de la cama.

Luke dispuso la comida en la mesa y se sentó cerca del sofá en una de las sillas. Margo lo hizo en el sofá, a su lado.

Comieron en silencio durante unos minutos y lo acompañaron con el sake. Habría sido raro si no fuera por la cantidad de veces que se habían encontrado en esa situación después de un largo día. Era fácil adoptar cada uno su rol y actuar con la familiaridad aprendida.

—¿Quieres que veamos algo en la tele? —preguntó Luke.

—Vale, pon lo que quieras.

Margo dejó a un lado la comida y se acomodó en el sofá mientras Luke elegía una serie de misterio de la que habían visto la primera temporada cuando estaban juntos.

Por entonces solían sentarse un rato en el sofá por la noche y cenar viendo la tele. Casi no usaban la mesa gigante que les habían regalado sus padres. Esos habían sido sus momentos favoritos, poder relajarse después de otro día de trabajo febril mientras levantaba su empresa.

Un episodio se convirtió en dos y cuando Luke se removió incómodo en la silla, lo invitó a sentarse con ella en el sofá. Lo dudó un momento antes de aceptar.

Más tarde pensaría en cómo se había desarrollado la noche, desde el momento en que Luke se presentó en la puerta de la habitación con la cena, o no, antes incluso, tal vez mientras se duchaba, hasta que lo invitó a sentarse con ella en el sofá. La cuestión era que habían salido juntos, se habían prometido y se habían casado. Conocían los movimientos del otro como la palma de la mano. Margo sabía que cuando Luke fue a su habitación con sushi no pensaba solo en cenar. Qué porras, sabía que iban a terminar así desde el momento en que le dijo que ya no estaba con Sasha. Y seguramente él también sabía que ella no pensaba solo en ver la tele cuando lo invitó a sentarse en el sofá a su lado. Los dos habían estado manteniendo una conversación sin necesidad de hablar que los había llevado a estar juntos en un sofá enano no más cómodo que la silla de antes, con la pierna de Luke pegada a la suya. Margo no sabía cómo hacer para no toquetearse el pelo de los nervios que tenía.

Al final, Luke se giró hacia ella.

—Esto es raro.

Margo se rio sin poder evitarlo.

—Sí que lo es.

Luke tragó saliva antes de hablar otra vez.

—Pienso… mucho en ti. He pensado mucho en ti en este tiempo. Nunca he dejado de hacerlo. Creo… Quería ayudar a Mitch, claro. A ver, lo último que necesitaba era preocuparse por el trabajo, pero, sinceramente, cualquier otra persona podría haberse encargado. Me autoconvencí de que yo era el más adecuado porque ya había trabajado en casos similares contigo y tenía contactos útiles, como el señor Thornton, pero la verdad es que creo que cogí el caso porque me daba la excusa perfecta para hablar con alguien que te conocía, que trabajaba contigo. Porque como ya he dicho, pienso mucho en ti. Te echo de menos. Nunca he dejado de hacerlo.

Pues ya estaba.

No le sorprendió que Luke hubiera decidido sacar el tema, sobre todo después de cuánto estaban mareando la perdiz, pero ahora que le había arrojado el guante, no le quedaba más remedio que enfrentarse a sus miedos.

Le pitaban tanto los oídos que casi no lo oía.

No era buena idea. Estaban divorciados. Le había costado mucho recuperarse después de separarse. ¿Cómo se las arreglaría cuando las cosas se torcieran? Porque se torcerían. Era inevitable.

Se produjo un silencio incómodo. Margo observaba el sofá, concentrada en el tejido de la tapicería sin poder moverse mientras se decía que tenía que levantarse y separarse de él, pensar con sentido común y razonar las cosas.

Siguió mirando el sofá porque sabía que si levantaba la cabeza, si lo miraba a los ojos y veía el deseo reflejado en ellos, el deseo que percibía en su voz…

Y entonces lo dijo porque era la verdad, y sobre todo porque Luke merecía que le dijera la verdad.

—Yo tampoco he dejado de pensar en ti. Y también te echo de menos.

Ella se movió primero y mandó a la porra las dudas.

Lo besó.

En un principio Luke se quedó inmóvil. Al parecer no se esperaba que ella tomara la voz cantante, pero al segundo le rodeó la cintura con los brazos y la estrechó contra su cuerpo como si no quisiera dejarla escapar.

Margo abrió lentamente los ojos. El sol se colaba en la habitación a través de las cortinas. Se giró hacia un lado.

Luke no estaba.

Se sentó en la cama y las sábanas se deslizaron por su cuerpo hasta la cintura. Cobró consciencia de pronto de lo que había pasado.

Habían hecho el amor. Dos veces. Y después habían dormido juntos, cómodamente encajada contra su cuerpo, los dedos entrelazados, las palmas juntas, el latido de su corazón contra su espalda. Luke no la había soltado en toda la noche, lo que era extraordinario, pues cuando estaban casados no eran de los que dormían pegados, sino que cada uno prefería tener su espacio y descansar bien. Pero eso era antes…

Si hubiera sabido que la última noche que durmieron juntos como pareja casada iba a ser la última, ¿se habría dado la vuelta o lo habría abrazado como la noche anterior?

Sobre la almohada, con la marca que había dejado su cabeza, Luke había dejado una notita con el logo del hotel.

Margo la cogió y leyó lo que había escrito:

> He bajado a por un café. No quería despertarte. Te subo un cappuccino. He conseguido cita para ver a los de Flintrock a las 10:00.

Luke ¿Lamentaba lo que había sucedido?

En ese momento sonó el teléfono.

Miró la pantalla esperando —confiando, mejor— en ver el nombre de Luke.

Greer.

No hacía ni cuatro días que habían hablado, desde que le mandó la foto de Luke, pero parecía que hubiera pasado una eternidad con todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo.

Aunque no trabajaba para él, no pudo resistirse a contestar. Al fin y al cabo, habían ido a Boston en parte para saber más sobre el misterioso Greer y la persona que lo había contratado.

—Mi jefe quiere verla —dijo Greer.

—Creo que no tenemos nada que hablar y menos después del truquito ese de enviarme aquella foto. Alguien ha entrado en mi oficina. Le he devuelto el dinero que me pagó. No tengo nada más que hacer con ustedes.

—Por favor… —Lo dijo como alguien que no estaba muy acostumbrado a decirlo—. Entiendo que esté molesta. Mi jefe está tan preocupado como usted por la dirección que ha tomado todo el

asunto. Le aseguro que no pretendía que hubiera heridos, y mucho menos muertos.

La puerta de la habitación se abrió y entró Luke con cara de entusiasmo y el móvil en la mano. Se detuvo cuando la vio hablando por teléfono.

—Es Greer —dijo Margo, articulando las palabras en silencio. Y a continuación puso la llamada en altavoz.

Luke se acercó a ella a toda prisa.

—¿Quién es su jefe? —preguntó Margo—. ¿Quién me contrató? Es lo menos que merezco.

—Se llama Bennett Baskin. Es un empresario estadounidense. Le gustaría hablar un minuto con usted. Podemos vernos en un sitio público. Donde usted quiera. Entiende que la asuste reunirse con él, pero confía en que lo reconsidere cuando hable con él y le explique por qué quiere el libro.

¿Qué relación tendría aquel hombre con un libro escrito por una autora cubana a principios del siglo xx?

—¿Por qué no puede decírmelo usted? Déjeme que sea yo quien lo decida.

—Como le dije cuando nos reunimos, es un asunto personal. No me corresponde a mí decirle nada. Está en Londres. Ha estado fuera por negocios, pero ha venido para verla y hablar con usted en persona.

Margo vaciló. No pensaba que su cliente tuviera nada que ver con los ataques, y mentiría si no admitiera que se sentía atrapada por el misterio de aquel libro extraño y también un poco culpable y responsable de la muerte del señor Thornton. Pero eso no quería decir que confiara en él.

Probablemente no debería haber contemplando la posibilidad de escuchar lo que quería decirle, pero sentía que se lo debía al señor Thornton. Todo había comenzado con ese tal Bennett Baskin contratándola. Tenía que llegar al fondo de la cuestión.

—¿Su jefe está en Londres ahora mismo? —preguntó tras tomar la decisión.

—Se hospeda en un hotel en Mayfair —confirmó Greer.

—No estoy en Londres ahora mismo. Deje que me lo piense. Se lo confirmo en breve.

Cortó la llamada con el corazón acelerado.

—¿Lo has oído? —preguntó a Luke.

Este asintió con la cabeza.

—Por fin tenemos un nombre. Pero, escucha, sabes que había rumores de que iban a subastar el libro, ¿no?

—¿Tienes confirmación de alguna casa de subastas?

—Sí. ¿Te acuerdas de la bibliotecaria cubana de quien nos habló Adriana? Se llama Pilar Castillo. Ella es la persona que lo tiene en su poder y quiere subastarlo. Me lo acaba de decir un contacto. Pilar está en Londres. Así que el libro también.



25

MARGO
Londres, 2024

—Creo que hay una relación entre Bennett Baskin y Eva Fuentes.

Se había pasado gran parte del vuelo desde Boston buscando información sobre ese hombre con la fluctuante conexión a Internet del avión.

Por lo que había podido averiguar, se había hecho rico invirtiendo en el negocio inmobiliario centrado en propiedades comerciales. Era estadounidense, pero por lo que parecía, gran parte de sus operaciones se llevaba a cabo en el Reino Unido, lo que explicaba su pertenencia a un club privado. Había encontrado alguna foto suya en diversos eventos de carácter benéfico, pero por lo general trataba de no llamar mucho la atención. Aparentaba alrededor de sesenta años y apostaría a que uno de sus progenitores era el hijo que Eva había

dado en adopción, razón por la cual estuvo en aquel hogar en Boston en la época en la que se publicó el libro.

Luke sonrió.

—Imaginaba que ese era el motivo por el que habías accedido a reunirte con él. Veía girar los engranajes en tu mente, pero no sabía qué conclusión habías sacado. Creo que tienes razón. La edad encaja.

—Y entiendo el valor sentimental del libro, pues lo habría escrito su abuela —añadió Margo—. Lo que no entiendo es por qué hay otra persona dispuesta a cualquier cosa por conseguirlo.

—Estoy de acuerdo. Espero que arroje algo de luz sobre qué es lo que oculta ese libro.

—Si confirma nuestras sospechas y nos da permiso para contárselo a Adriana, ¿crees que con ello dará por cumplido su deber de devolverlo a la familia de Eva Fuentes? —preguntó Margo.

—Tendré que hablarlo con ella, pero creo que sí.

En otro tiempo, Margo habría esperado, temerosa de hacer frente a sus sentimientos, de mostrarse vulnerable, pero ya no era la misma persona, no quería que el pasado definiera su vida. Quería ser valiente.

Margo entrelazó los dedos con los de él.

Luke se acercó más a ella en el asiento, le rodeó los hombros con el brazo, y Margo se apoyó en él.

Miró la hora. En una hora aterrizarían en Heathrow.

Antes de abandonar Boston, le había escrito a Greer la dirección de su *pub* favorito de Mayfair y le había dicho que se reuniría con él a su llegada a Londres. Era cliente habitual desde la universidad y el

personal la conocía bien. Aprovechar la ventaja de jugar en casa era importante. Por no hablar de que tenía a su lado a Luke.

Margo los vio nada más entrar con Luke en el *pub*.

Estaban en una mesa situada en un rincón, y Willian Greer se había sentado de espaldas a la pared y no dejaba de mirar hacia la puerta. Si les sorprendió verla con Luke, no lo demostraron.

Margo echó un rápido vistazo a su alrededor, igual que Luke, pero no había nadie más aparte del personal, Greer y Bennett Baskin y un par de clientes habituales cerca de la barra.

Los dos se levantaron cuando se acercaron a su mesa.

Baskin era de constitución delgada con una buena mata de pelo oscuro, gris a la altura de las sienes. Vestía un traje impecable desde el corte de la chaqueta y los pantalones azul marino hasta la camisa de un blanco inmaculado. Era el tipo de traje hecho a medida en alguna sastrería antigua situada en una calle empedrada y con escudo de armas sobre la puerta.

Margo tomó asiento en una de las dos sillas libres y los hombres volvieron a sentarse. Notó que Luke vacilaba, molesto porque Greer hubiera cogido el sitio desde el que se tenía una mejor vista, pero no dijo nada y se sentó junto a Margo.

—Gracias por reunirse con nosotros —dijo Bennett con amabilidad, centrándose en Margo e ignorando por completo a Luke—. Me llamo Bennett Baskin. Yo le pedí a William que la contratara para buscar *Tiempo para olvidar.* Cuando se reunió con usted, le explicó que lo quería por motivos sentimentales. Y era verdad.

—Ha muerto un hombre. Creo que me debe una explicación. Es lo mínimo.

—Yo no he tenido nada que ver con eso.

—Lo mataron por culpa del libro. ¿Por qué hay alguien dispuesto a matar por él? ¿Y por qué lo quiere usted?

—Eva Fuentes es mi abuela.

Ahí estaba la pieza del rompecabezas que faltaba.

—Mi hija va a la universidad en Estados Unidos. A sus amigos y a ella les interesa la genealogía por una asignatura que tienen. Blair decidió hacerse una de esas pruebas de adn que te dicen tus orígenes étnicos y tu ascendencia. Yo intenté disuadirla porque no me parece prudente dar tanta información personal a esas empresas, pero hace tiempo que dejó de hacerme caso. Nos encontramos con varias sorpresas: una vinculación con Cuba que desconocíamos y el hecho de que mi hija tenía una familia de la que no habíamos oído hablar.

»Mi mujer sintió curiosidad por el asunto y decidió hacerse ella también las pruebas para ver si el misterio tenía que ver con su lado del árbol genealógico, pero no. Era por mi parte. Así que contraté a un investigador, que empezó a hablar con miembros de la familia hasta que la verdad salió a la luz. Mi madre era adoptada. Ella nunca lo supo y murió creyendo que mis abuelos maternos eran sus padres.

»Después nos enteramos de que su madre se llamaba Eva Fuentes, mi abuela. El investigador intentó averiguar todo lo que pudo sobre Eva, y descubrió que viajó a Harvard de joven, cuando era profesora en La Habana. Y que publicó una novela, *Tiempo para olvidar*.

—¿Y su abuelo? ¿Lo encontró?

—Lo encontré, sí. Esa fue la parte más fácil del rompecabezas. Apareció en las pruebas que se hizo mi hija. Mi abuelo era James Webber.

El nombre le sonaba de algo. Creía haberlo oído nombrar en clase de Historia de Estados Unidos.

—Fue senador, ¿no?

—Así es. Senador en Massachusetts. Intentó presentarse a las presidenciales, pero no lo logró. Hizo fortuna en el mundo de la prensa, o mejor dicho, se casó con la heredera de un emporio de la prensa. El padre de su mujer tenía un periódico en Boston. James era el chico de los recados cuando empezó a tontear con la hija del jefe. A la muerte de su suegro, James tomó las riendas del negocio familiar, que a esas alturas estaba constituido por una veintena de periódicos. Eso fue justo antes de la Primera Guerra Mundial. Su influencia aumentó a partir de ese momento.

—¿Sabía Eva que estaba casado? ¿Se aprovechó de ella?

—No lo sé. Esos son los detalles que faltan. Tengo los hechos verídicos, los datos genealógicos, pero no sé lo que ocurrió entre ellos, cómo era su vida. —Se le quebró la voz—. Desconozco el origen de mi madre, mi origen. Hay muchas preguntas que me muero por hacer, pero no queda nadie que pueda darme una respuesta.

—¿Cree que su padre supo de su existencia? —preguntó Margo—. ¿Cree que sabía que tenía una hija y un nieto?

—No lo sé. No tuvo más hijos, al menos, que yo sepa. Su fortuna la heredó un sobrino.

—¿Cree que el sobrino es quien anda buscando el libro? —preguntó Margo—. ¿Cuántos años tiene?

—No, el sobrino murió hace unos años. Pero tiene tres hijos. Supongo que podría ser uno de ellos. Su fortuna debe de estar valorada en más de cien millones de dólares.

Una cantidad por la que mucha gente mataría.

Llevaban todo ese tiempo preguntándose qué tenía el libro para que alguien estuviera dispuesto a matar por conseguirlo. Puede que lo hubieran estado mirando desde el ángulo equivocado. A lo mejor no tenía que ver con el libro, sino con la vida de Eva.

—¿Sabe la familia de su existencia? —preguntó Margo.

—Lo desconozco. —Baskin guardó silencio un momento mientras miraba alternativamente a Margo y a Luke—. Aún no he decidido qué voy a hacer. Mi madre… mi madre era una mujer orgullosa. La familia era muy importante para ella. Estaba muy unida a sus padres. Ella venía de un tiempo en el que no se mostraban los asuntos personales a todo el mundo. Si voy por ahí, las cosas se pondrán feas y saldrán a la luz pública. No sé si quiero pasar y hacer pasar a mi familia por eso.

»Yo no heredé mi fortuna, señora Reynolds. La he construido con mi trabajo, poco a poco. No he necesitado el nombre de mi abuelo para alcanzar el éxito, y no sé si lo quiero ahora. Y menos aún si era la clase de hombre capaz de aprovecharse de mi abuela y tratarla de una forma horrible.

—¿Sabe si el libro ofrece pruebas de que James Webber fuera el padre?

—No tengo ni idea. No conozco a nadie que lo haya leído.

—Cuando comenzó la investigación, ¿sabía que había alguien más interesado en el libro?

—Sí, había oído que había alguien más. Desconocía su identidad o el motivo por el que lo buscaba. Por eso en parte ordené a William que le transmitiera que era muy importante para mí que fuera discreta. No pensé que fueran capaces de matar por él.

—¿Trabaja para usted la persona que registró mi oficina? ¿Contrató a alguien para que me siguiera?

—No.

—¿Contrató a alguien para que siguiera a mi exmarido?

Baskin miró una vez a Luke con cara casi de arrepentimiento.

—Sí. —Y señaló a Greer.

—Entonces, ¿fue usted quien le hizo la foto a Luke? —preguntó Margo a Greer.

Greer asintió con la cabeza.

—¿Cómo supo que era él a quien debía seguir? —preguntó Margo.

—Al igual que usted, consultó las casas de subastas porque su cliente había oído que el libro podría salir a subasta. —Se encogió de hombros—. Tengo un contacto en una de esas casas de subastas y me avisó.

—¿Me contrató a mí por mi relación con Luke? —preguntó a Baskin.

—En parte. Hicimos algunas pesquisas y descubrimos que tiene usted buena reputación. Pero no perdíamos nada porque su exmarido también estuviera buscando el libro. Pensé que su relación personal podría ser útil a la hora de reunir información, más que si fuera un desconocido, eso desde luego.

—Entonces, ¿ordenó a Greer que me enviara la foto para mantenerme enganchada por si acaso se me ocurría dejar el caso? ¿Es eso?

—William lo hizo *motu proprio*. No me parece mal el método, pero yo no se lo ordené.

—¿Cree que algún pariente de James Webber está buscando el libro? ¿Cree que podría ser el responsable de la muerte de mi amigo?

Baskin dudó antes de contestar.

—No lo sé. Es posible. Si no es alguien de su familia, ¿quién puede ser?

—¿Por qué no me lo contó cuando me contrató? Su relación personal con el libro —preguntó Margo—. ¿No cree que podría haber tenido más posibilidades de encontrarlo de haber contado con toda la información necesaria?

—No estaba preparado para dejar que el secreto sobre los orígenes de mi madre saliera a la luz. Además, era solo un libro. Pensé que sería una tarea moderadamente cara. El investigador privado que contraté consiguió la información que le había pedido, pero carecía de experiencia en el mundo de las antigüedades o los libros. —Suspiró—. Lamento mucho los inconvenientes que le he causado, y la muerte de su amigo.

»Solo quería saber quién era mi abuela. Cuando me enteré de que había publicado un libro, sentí que era mi oportunidad de conocerla mejor por mí, por mi hija y por la memoria de mi madre. Sé que no se fía de mí, pero estoy dispuesto a pagar más si decide seguir con el caso. Ese libro… —carraspeó—. Ese libro significa mucho para mí. No puedo cambiar el pasado, no puedo compensar el que mi madre

no conociera a su familia biológica. Nunca tendré la oportunidad de conocer a mis abuelos. Pero podría constituir un vínculo con ella, con su legado, un vínculo también para mi hija.

Margo había levantado su empresa escuchando al instinto. No siempre había un plano para llegar hasta los objetos, de modo que había tenido que aprender a confiar en su corazón a la hora de tomar decisiones. Y aunque no siempre acertaba, cada vez se fiaba más de sí misma.

Le habría gustado que el señor Baskin hubiera sido más franco desde el principio, aunque entendiera por qué no lo había sido. Y después de escuchar sus motivos había decidido creerlo. Además, como con tantos otros clientes, quería ayudarlo.

Miró a Luke buscando confirmación. Había estado callado todo el tiempo y dejó que llevara ella la voz cantante, puesto que era su cliente, pero leyó la expresión interrogante y asintió con la cabeza.

—Hemos localizado a la mujer que custodió el libro en Cuba… —empezó a decir.



26

PILAR
Cayo Hueso, 1970

Dejaron un montón de libros delante de ella, sobre el mostrador.

Pilar echó un vistazo rápido a los lomos como hacía siempre, catalogando mentalmente los libros que devolvía aquel usuario de la biblioteca. Era una mezcla ecléctica: dos títulos en español que no veía con frecuencia, pese a la población de exiliados cubanos: un libro infantil muy manoseado y uno con una cubierta marrón que conocía bien.

Sorprendida, leyó el título y el nombre de la autora.

Tiempo para olvidar. Eva Fuentes.

Al mirar por encima de la pila de libros, Pilar vio la cara de Evita y lo supo al instante.

—Quería que lo tuvieras tú —dijo con voz temblorosa—. Me hizo prometer que te lo traería.

Pilar salió del mostrador y abrazó a su amiga. Recogió los libros y la llevó a la oficina del personal donde se hacían las tareas administrativas.

Le indicó con un gesto que se sentara en una de las sillas libres frente a su mesa y luego se sentó ella.

—Se ha ido —susurró Evita, como si necesitara decirlo en voz alta, como si necesitara oírlo para creerlo—. Se fue en paz. Yo estaba con ella. Mi padre también. Estaba sonriendo. Creo que ella estaba preparada para irse, aunque los demás no lo estuviésemos. Y ya está. Pero antes… me hizo prometer que te traería el libro.

Los ojos de Pilar se llenaron de lágrimas. En los últimos cuatro años, Eva y ella se habían escrito innumerables cartas. Pilar las mandaba al piso de Eva en La Habana y esta respondía a Pilar, dirigiéndose al nombre ficticio que había adoptado tras huir del país por si vigilaban su correspondencia. Tenían cuidado con lo que se contaban, con las palabras que escribían, y a medida que pasaba el tiempo, Pilar se había dado cuenta de que las cartas de Eva eran cada vez más cortas, y muchas estaban escritas por su nieta. Por las tardes, Pilar se sentaba en el pequeño balcón de su apartamento, entre el estruendo de la cercana Duval Street, a leer lo que le contaba Eva, lo que a veces se le antojaba como el único nexo con Cuba que le quedaba, separada de su país por un océano y una revolución.

—No puedo hacerlo… El libro debería permanecer en vuestra familia.

Evita negó con la cabeza.

—No, aquí es justo donde debe estar. Lo leí, pero creo que para mí no significó lo mismo que para ti. Mi abuela vive aquí para mí —

dijo, y se puso la mano en el corazón—. Tengo veinticinco años de recuerdos, de historias y de las canciones que solía cantar cuando me metía en la cama con sus sábanas gastadas. El lugar del libro está contigo. No te haces idea de lo importante que fue para ella tenerlo en sus últimos años de vida. Te estaba muy agradecida por tu coraje y tu valentía. Por todo lo que haces.

—Hago muy poco —replicó Pilar.

—No es poco. Estos libros —señaló los libros que había en la mesa de Pilar— pertenecen a una familia que acaba de instalarse en Miami. Creo que la niña se alegrará de recuperar su libro favorito. Sus padres confían en que con lo que saquen de la venta de estos dos que están en español, pues son muy raros, puedan comenzar una nueva vida, teniendo en cuenta lo poco que llevaban consigo al llegar.

—¿Dónde nos vemos para devolvérselos? —preguntó Pilar.

Evita le dio un papel con la dirección.

Le pediría el coche a algún compañero para ir al día siguiente, que era su día libre.

—Quédate el libro, por favor —insistió Evita.

Pilar lo cogió y lo estrechó contra sí, invadida por la nostalgia. De pronto, estaba otra vez en La Habana en aquellos últimos días, en aquellos momentos en los que aún no sabía si Enrique estaba vivo o muerto, y luego frente al futuro incierto que se abría ante ella.

Era extraño cómo un libro lograba transportarte de ese modo, cómo la lectura podía conjurar recuerdos de tal viveza que te permitían recordar con absoluta claridad la primera vez que abriste un libro muy querido, y cómo las emociones regresaban en tromba.

—Gracias —dijo Pilar, deseando meterse en la cama con el libro y sumergirse en sus páginas. Se preguntaba qué sensación le darían los personajes ahora que conocía los detalles de la vida de Eva en los que se había inspirado y lo que pasó en realidad.

—¿Has venido por trabajo? —preguntó Pilar.

Profesora como su abuela, Evita había viajado a Nueva York un par de veces con Naciones Unidas porque era muy respetada en su campo, y Castro estaba ansioso por elevar la posición de Cuba en la comunidad internacional y convencer al mundo de la legitimidad de su régimen. Pilar había quedado con ella un par de veces. Les ofrecía la oportunidad perfecta para verse y, con su estatus oficial, Evita podía sacar los libros del país: las normas variaban en función de la utilidad que tuvieras para el régimen, y de quién se encargara de la revisión del equipaje en el aeropuerto y cuál fuera su precio.

—No te lo dije la última vez que te escribí porque no quería correr riesgos. Vine por una reunión y dejé el hotel el día antes de mi fecha de partida. No voy a volver. —Suspiró—. Mi abuela era el último vínculo que me ataba a Cuba. Decía que no tenía sentido irse cuando ya le quedaba poco de vida, no quería pasar por algo tan angustioso para los pocos años que le quedaran. Mi padre lleva ya cinco años en Nueva York, y, sinceramente, no sé si volvería aunque pudiera. Ha construido una vida aquí, tiene su restaurante. Es feliz.

Estados Unidos había aprobado una ley cuatro años atrás que abría un camino a los cubanos para conseguir la residencia permanente legal y conseguir el permiso de trabajo a aquellos que llevaran dos años viviendo en el país. Pilar había recibido su permiso de residencia dos años atrás, algo que le había resultado agridulce.

—Yo también quiero ser feliz —continuó Evita—. La situación en Cuba se está deteriorando muy deprisa. Hay tantos solicitantes para abandonar la isla en los vuelos de la libertad que hay una lista de espera de dos años. No la reconocerías de lo mucho que ha cambiado en solo cuatro años. —Vaciló antes de continuar—. Estoy preocupada por Esteban.

Pilar tardó un momento en entender.

—¿Esteban?

Evita se sonrojó.

—Hemos intimado.

Pilar sonrió.

—Ya veo.

Los dos conectaron tras la marcha de Pilar. Esteban seguía fiel a su compromiso de luchar contra el régimen. Le había escrito desde Estados Unidos para contarle que había llegado sana y salva, y para ponerlo sobre aviso de Ignacio y su contribución a la detención de Enrique. Al final, Esteban se había convertido en un aliado que ayudaba a Evita a sacar a escondidas los libros, porque sabía qué empleados del aeropuerto se podía sobornar, qué inspectores hacían la vista gorda cuando aparecía un bulto de más en un cargamento.

Y por lo que parecía, su amiga lo amaba.

—Ha conseguido plaza en un vuelo. Por fin. Va a dejar Cuba. Tiene que hacerlo. No sé cuánto más puede seguir arriesgándose y ya ha estado en la cárcel una vez. —Vaciló de nuevo—. Nos casaremos cuando llegue a Estados Unidos.

Pilar la miró con lágrimas en los ojos. Si Enrique viviera, abriría una botella para brindar por la feliz pareja. A eso se había referido

Eva aquella primera noche en su casa, los momentos de felicidad en lo más negro de la vida.

—Qué buena noticia. Me alegro mucho por vosotros.

—Gracias —respondió Evita, y se puso seria—. Pero no he venido a verte solo por eso. Esteban quería que te diera un mensaje.

—¿Qué ha pasado?

—La familia del comandante te está buscando.

—¿Qué?

Esteban le había dicho que el comandante había sobrevivido, pero le habían quedado secuelas.

—Acaba de enterarse. No piensan dejar el asunto. Están furiosos, quieren vengarse, y tienen muchos contactos en los servicios de inteligencia cubanos. Su padre es general. Dicen que el comandante no está bien, que las heridas que sufrió le están pasando factura.

Pilar sintió un escalofrío en la espina dorsal.

Por un momento se vio otra vez en La Habana, asfixiada entre las paredes de su pisito. Tuvo que inspirar profundamente para llenarse los pulmones de aire y recordarse que ahora estaba en Cayo Hueso, en Estados Unidos, donde el Gobierno cubano no podía hacerle nada.

¿O sí?

Pilar abrió el libro de Eva y sintió como si saludara a un viejo amigo. A su lado, en la mesilla, aguardaba el punto de lectura de Enrique para cuando tuviera que señalar por dónde iba.

Recordó la emoción en los ojos de Eva cuando habló de la hija que había tenido y perdido e imaginó lo que tuvo que sentir aquella

mujer joven, embarazada, desnudando su alma sobre el papel con la esperanza de que algún día su hija lo leyera.

Se había preguntado si con el tiempo la novela tendría un impacto menor en ella, pero volvía a estar subyugada. Ahora más que nunca se identificaba con el viaje que hacía la protagonista del libro, cruzar el océano para comenzar un nuevo capítulo de su vida. Ahora más que nunca comprendía lo que significaba sobrevivir a una pérdida inmensa, y aun así encontrar la paz y la felicidad en una vida que no era la que habías imaginado, sino la que habías forjado por ti misma.

La novela tenía un sabor familiar y nuevo al mismo tiempo, porque era ella la que había cambiado desde la primera vez que la leyó.

¿Quién podría sospechar la extraña alquimia que unía a un lector con un libro más allá de decir que igual era cosa del destino, que algunos libros estaban llamados a encontrar a algunos lectores en el momento en el que más los necesitaban?

Pilar empezó a leer.



27

MARGO
Londres, 2024

Margo estaba sentada junto a Luke en la casa de subastas, hecha un flan. Después de todo lo que había pasado seguía costándole trabajo creer que hubieran dado con el libro, que estuviera esperándolos.

Le sonó el móvil. Bennett Baskin no dejaba de enviarle mensajes de texto preguntando si ya tenía el libro, cómo era, cuánto iba a costar. Tras pedirle permiso, lo habían puesto en contacto con Adriana Josephs. «Esperando para verlo», escribió Margo.

Oyeron pasos y al cabo de un momento entró el contacto de Luke en la casa de subastas, Porter Cavendish, con el libro.

Margo y Luke se inclinaron hacia delante.

—Aquí está —dijo al tiempo que lo dejaba sobre la mesa, delante de ellos.

La cubierta era de cuero verde, muy bonita, con el título grabado en letras doradas y debajo el nombre de Eva Fuentes. Se notaba que era viejo y estaba un poco gastado en algunas partes, como si hubiera hecho un largo viaje.

—¿Puedo? —preguntó Margo.

El hombre asintió con la cabeza.

Margo examinó la cubierta con sumo cuidado y lo hojeó. No había dedicatoria, el primer capítulo empezaba con la historia de una joven en una fiesta en una casa en La Habana. Deseó que el señor Thornton estuviera a su lado.

—¿Cuánto pide por el libro? —preguntó—. Tengo un cliente interesado.

Le llegó otra notificación al móvil. Probablemente, sería Baskin.

«Muy interesado».

—Aún no tenemos precios de salida en los artículos. Forma parte de una colección de artículos más grande, libros y obras de arte. Todo cubano, por si le interesa a su cliente.

Margo se quedó sorprendida. ¿Y las obras de arte de dónde procedían? ¿Sería la colección personal de Pilar Castillo?

—Ya le diré algo. Lo que más le interesa por el momento es el libro. Y nos gustaría hablar con Pilar Castillo, si es posible.

El hombre se lo pensó.

—No sé si querrá verlos.

—¿Podría hablar con ella? Por favor. Mi cliente tiene un vínculo personal con el libro. Tiene mucho interés en saber más sobre él y cree que ella podría ayudarlo a entender algunas cosas.

Probablemente estuviera desvelando más de lo que debería si quería conseguir un precio bajo, pero quería hablar con Pilar Castillo,

quería conocerla para poder completar las lagunas de información.

—Veré qué puedo hacer. Un momento, por favor.

El señor Cavendish salió a hacer la llamada y los dejó a solas con el libro.

En ese momento llamaron a Luke por teléfono.

—Ahora vuelvo —le dijo, moviendo los labios sin articular sonido mientras se levantaba de la silla.

Margo observó el libro invadida por una combinación de emociones. Curiosamente, no estaba la satisfacción que sentía por lo general cuando encontraba un objeto que le había costado especialmente. No podía ignorar el coste tan alto que había pagado por ese libro, no podía quitarse de la cabeza al señor Thornton malherido en el suelo de su librería, sus últimos momentos de vida.

Luke volvió a entrar.

—Perdona. Era la policía. Quieren hablar conmigo.

—¿De qué?

—Estaban revisando las cámaras de seguridad de la zona de la librería y me han visto. Quieren saber qué hacía allí. He respondido a sus preguntas por teléfono, pero quieren verme en comisaría. —Se encogió de hombros—. No pasa nada. A lo mejor consigo averiguar algo más.

—No pensarán que tuviste algo que ver, ¿no? —dijo Margo con preocupación.

—Lo dudo. No me preocupa. Y míralo por el lado bueno. A lo mejor por fin han decidido considerar lo que les hemos contado y están buscando la conexión entre el libro y la muerte del señor Thornton.

—¿Y la teoría del robo?

—Coartada. Tienen al tipo que robó en la panadería, pero estaba en un *pub* con un montón de testigos, y también está presente en las grabaciones de las cámaras de seguridad a la hora que mataron al señor Thornton. Ahí no hay nada que hacer. Creo que el detective me lo ha dicho solo por cortesía profesional, porque en su momento yo fui detective como él. Están otra vez en el punto de partida y quieren estudiar los hechos desde una perspectiva nueva, como ha dicho. Estas cosas pasan. A veces no sabes cómo encajar la respuesta más sencilla y vas por el lado más complicado.

»Además, me ha llamado Adriana. Me va a enviar pantallazos de los mensajes que intercambió con otros usuarios del foro. Y se ha puesto en contacto con Baskin. Seguro que van a encontrarse en Edimburgo.

Porter Cavendish regresó.

—He hablado con Pilar Castillo. Dice que puede verlos aquí mañana a las nueve. Y cerrar las condiciones de la venta.

—Aquí estaremos —confirmó Margo, aunque preferiría no tener que esperar tanto.

Margo entró en su piso y cerró rápidamente con llave.

En ese momento recibió un mensaje de Luke:

> Casi he terminado. Voy para tu casa, no tardo. Adriana me ha enviado los pantallazos. A ver si Bea puede empezar a comprobar los nombres de usuario.
>
> Besos.

Margo abrió el correo electrónico, entró en el mensaje que le acababa de enviar Luke y pinchó el archivo adjunto, bastante

grande. Los pantallazos mostraban conversaciones que había mantenido Adriana con varias personas del foro. En un principio parecía que era una web centrada en la genealogía, pero también entraban personas que buscaban objetos y bienes que les habían sido arrebatados a sus dueños legítimos. Había varias personas con las que se comunicaba con regularidad, y tomó nota de los usuarios.

Fue hacia el salón y encendió la luz que tenía junto al sofá mientras leía los mensajes en el móvil…

Oyó un crujido. Se quedó inmóvil en medio de un *déjà vu* que la llevó de golpe y porrazo a la tarde que fue a ver al señor Thornton a la librería.

Y entonces se fijó…

Una luz suave procedente de su dormitorio, la luz de la pantalla de su portátil… Y no se lo había dejado encendido.

Retrocedió un paso y otro con el corazón acelerado, tratando de no hacer ruido.

Otro crujido.

Y pasos a continuación. El ruido de botas sobre el suelo de madera.

Presionó el botón de llamada de emergencia del móvil.

Natalia Evans salió de su habitación tan estilosa como el día que la visitaron en su piso de Knightsbridge. En esa ocasión vestía un jersey negro de cuello alto, mallas también negras y unas botas alucinantes del mismo color.

Llevaba una pistola en una mano y la memoria usb del señor Thornton en la otra.

—Tira el móvil al suelo —le ordenó.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Margo, repasando mentalmente lo que les dijo el día que fueron a verla.

—El móvil. Tíralo —dijo con dureza—. O te disparo.

Margo obedeció con mano temblorosa con la esperanza de que hubiese conectado con emergencias.

Y de repente se acordó del día que fueron a verla y le habló de la memoria usb y la información que contenía: la referencia a su web. ¿Por eso estaba en su piso? ¿Buscaba el usb porque ella le había dicho que el señor Thornton había estado investigando?

Pero ¿por qué? ¿Para qué quería el libro? ¿Qué tenía que ver ella en el asunto?

«Entretenla. Entretenla hasta que llegue la ayuda».

Siempre y cuando la llamada hubiera salido.

O Luke estuviera cerca.

—Ha venido a por la memoria usb, ¿no es así? Por eso envió a alguien a la librería aquella noche, ¿verdad? Estaba en contacto con el señor Thornton sobre el libro y quería saber lo que había averiguado sobre usted. ¿Pretendía matarlo o las cosas se descontrolaron?

Margo retrocedió otro paso, en dirección a la puerta.

—Yo no lo haría —dijo la mujer—. Te dispararía por la espalda antes de que te diera tiempo a girar la llave en la cerradura. Y yo no estaba en contacto con tu señor Thornton. O no con mi verdadero nombre. Mandé al caballero que te estaba siguiendo a que le hiciera una visita. Ni siquiera sabía que el señor Thornton conocía mi existencia hasta que me hablaste del usb. Fue mala suerte que encontrara mi web, aunque tampoco me sorprende, dado que teníamos intereses cruzados.

Luke le había dicho que ya estaba terminando en la comisaría. ¿Podría entretenerla hasta que llegara?

—¿Qué tiene que ver usted en todo esto? ¿Por qué quiere el libro?

¿Sabría que *Tiempo para olvidar* estaba en una casa de subastas en ese mismo momento a punto de subastarse? ¿Sería por eso por lo que había ido a por el usb?, ¿para no dejar ningún cabo suelto?

—El libro me da igual. Esto tiene que ver con la bibliotecaria. Quiero la lista.

¿La bibliotecaria? ¿Qué quería ella de Pilar Castillo?

—¿Pilar Castillo?

«Haz que siga hablando».

—¿Qué quiere de ella? —continuó Margo—. ¿Qué lista?

—Le arruinó la vida a mi padre. Terminó matándolo. Tras la Revolución, arrestaron a su marido por subversión ideológica. Sospechaban que ella también estaba implicada en los asuntos de su marido, pero no tenían pruebas. La policía decidió finalmente que no era peligrosa y la dejaron en paz.

»Pero corrían rumores de que alguien estaba ocultando libros y ayudando a sacarlos a escondidas. Esos libros pertenecían al Estado, no a las ratas que abandonaron Cuba. Algunos eran muy valiosos. Ella se dedicaba a robarlos y ocultarlos. Lo descubrió uno de los militares de Castro y cuando se presentó en su casa para plantarle cara y detenerla, esa mujer intentó matarlo, pero no pudo evitar que descubriera que había hecho una lista de los libros que había protegido y el lugar en el que los había ocultado, y que la había metido en un ejemplar de *Tiempo para olvidar*. Esos libros valen una fortuna. Millones.

Todo el tiempo habían estado tratando de entender qué tenía ese libro para que hubiera gente dispuesta a matar por él. Natalia Evans acababa de darle un millón de razones…

Pero seguía habiendo algo que no cuadraba.

—¿Cómo sabe que siguen estando en Cuba? ¿Y si los sacó del país?

—¿Cómo iba a sacarlos de Cuba sin que nadie se diera cuenta? Habría sido muy difícil. Además, la policía tenía un informante, alguien que trabajaba en la biblioteca y conocía sus hábitos, alguien que la conocía bien. Dijo que ella jamás haría nada que pusiese en peligro los libros, y su círculo de personas de confianza era muy reducido. No tenía forma de sacar los libros de allí.

—¿En qué momento se metió en esto? Cuando ocurrió, usted no había nacido siquiera.

«Haz que siga hablando hasta que lleguen a salvarte».

—El militar herido era mi padre —respondió la mujer—. No volvió a ser el mismo después de que intentara matarlo. Me contó la historia cuando era pequeña. No sabes cómo era la vida en Cuba. Tenía una carrera prometedora y ella se la arrebató.

—Entonces, no es solo por el dinero, ¿no? Es algo personal. La web sobre los bienes robados en Cuba es una patraña. Todo lo que nos contó el día que fuimos a verla era mentira. Lo que nos dijo sobre sus padres y su familia. Todo este tiempo ha estado trabajando para la gente a la que manifestaba odiar.

—Una tapadera —corrigió ella—. Y me ha ayudado mucho. Recojo información y se la entrego a las personas adecuadas. La web era la forma perfecta de ponerme en contacto con los círculos de exiliados y ganarme su confianza.

—Y después traicionaba esa confianza.

La mujer se encogió de hombros.

—Adriana Josephs nos ha enviado los pantallazos de su participación en el foro, los nombres de usuario de las personas con las que se comunicaba. Apuesto a que pronto averiguaremos que usted es una de esas personas, ¿a que sí?

—Quería saber quién andaba detrás del libro —confirmó Natalia Evans.

—Pero ¿cómo sabía que tenía que seguirme?

—Mi hombre no te seguía a ti. Seguía a Greer. Estaba haciendo muchas preguntas sobre el libro. Cuando me di cuenta de que estabas buscando el libro para él, pasó a ser interesante.

—Y mandó que mataran al señor Thornton.

—Yo no le mandé que hiciera nada. Ahí metió la pata. A veces, la gente no hace aquello para lo que la contratas. Se suponía que solo tenía que conseguir la información sobre el libro. Pero complicó las cosas más de lo debido.

—¿Por qué ahora? ¿Después de tanto tiempo? —Margo pensó en los rumores que había oído, en la preocupación de Baskin de que había alguien más interesado en su adquisición—. ¿Fue porque le llegaron rumores de que iban a subastar el libro?

Natalia Evans sonrió.

—¿Quién crees que hizo correr el rumor?

Tardó un momento en…

¿Cómo atraer a alguien a quien estás buscando?

—El ejemplar de *Tiempo para olvidar* de la casa de subastas no es el libro verdadero, ¿no es cierto?

—No. ¿Qué mejor forma de conseguir lo que quería que hacerme pasar por Pilar Castillo y decir que tenía el libro en mi poder? De hecho, fue Adriana Josephs quien me dio la idea de forma indirecta cuando empezó a buscarlo en el foro. Ella fue una de las personas que pusieron en marcha el asunto. Me hizo recordar lo que me contó mi padre. No vivía nadie que hubiera visto el verdadero libro, así que no me costó nada crear uno falso.

—¿Y Pilar Castillo?

—Desapareció la noche que atacó a mi padre. No volvió a su casa. No volvió a la biblioteca en la que trabajaba. No hay indicios de su existencia en Cuba ni tampoco de que saliera de allí. Es como si se hubiera transformado en un fantasma.

—¿Pretendía atraerla a ella también, si es que aún vive —murmuró Margo, haciendo cálculos mentales—, sacando a subasta el libro falso?

No le dio tiempo a contestar. El sonido bajo pero insistente de las sirenas se coló en la casa. Estaban en Londres, se oían constantemente, pero le dio a Margo la oportunidad que necesitaba.

La mujer se giró al oír el ruido.

¿Iba alguien a atender la llamada? ¿A qué distancia estaban? Tenía una sola oportunidad.

Mientras hablaban, la mujer se había ido acercando a Margo poco a poco, con cada frase, cada revelación. Margo se tiró sobre ella y cayeron de golpe al suelo.

La sirena seguía sonando a lo lejos.

Margo le dio una patada en el estómago con la pierna libre. La mujer chilló, pero levantó el brazo y, tras golpearle con la culata de la pistola en la cabeza, le puso el arma en la sien.

Sintió un dolor intenso y empezó a verlo todo borroso. Aun así, oyó pasos y gritos detrás de ella, los de la policía entrando en tromba. Notaba que le iba a explotar la cabeza y que estaba a punto de perder la consciencia.

Alguien le tomó la mano y seguidamente oyó la voz de Luke en el oído.

—Tranquila. Ya estás a salvo.

Margo abrió los ojos despacio. Luke se inclinó sobre ella.

—Natalia Evans —murmuró mientras la levantaba—. Ella es la culpable de la muerte del señor Thornton. El ejemplar del libro es falso. Se ha hecho pasar por Pilar Castillo.

Mientras Luke la sacaba de allí, Margo cruzó una mirada con la mujer en el momento en el que la policía le ponía las esposas.



28

MARGO
Londres, 2024

Margo entró en el restaurante cinco minutos antes. Esta vez no pensaba correr riesgos. El cielo estaba oscuro y parecía que iba a nevar. Caminaba con más precaución de lo habitual porque el hematoma de la cadera le dolía con el frío y a veces tenía mareos tras la conmoción que le había producido el golpe en la cabeza.

Aun así, los médicos le habían dado el alta y no quería perderse lo que iba a pasar ese día.

Dio su nombre al entrar y la condujeron hacia la mesa donde la esperaba Bennett Baskin. Greer no estaba esta vez.

El hombre se levantó para saludarla y se fijó en su aspecto.

—¿Qué tal se encuentra?

—Bastante bien, gracias —respondió, con una pequeña mueca de dolor, al sentarse en la silla que le ofrecía.

—Lamento mucho lo que le ha pasado, que la hayan herido.

—Gracias.

—Les había echado el ojo a un par de sillas francesas del siglo xviii. Según dicen pertenecieron a Luis XIV. Le prometo que será una búsqueda aburrida en comparación. Podemos discutir su tarifa cuando se reincorpore al trabajo, si le interesa conseguírmelas, claro está.

Margo sonrió. Tenía que admitir que Bennett Baskin estaba empezando a caerle bien. Tenía algo. Seguro que le pagaría una tarifa un poco más alta de lo habitual, su forma de compensarla por todos los problemas que le había causado, aunque no fueran culpa suya. Cuando despertó en el hospital después del encuentro con Natalia Evans, lo primero que vio fue un ramo de flores gigante en la mesilla. Tenía buena intención, aunque resultara un tanto arrogante con esa tendencia suya a resolverlo todo con dinero. Pero aun así estaba claro lo importante que era para él establecer esa conexión con su abuela.

Margo sonrió.

—Estará emocionado al pensar que por fin va a tener el libro de su abuela. Y va a conocer a su prima.

—¿Tan evidente es?

—Su mirada lo dice todo. Es la mirada que ponen mis clientes cuando consiguen algo que llevan mucho tiempo buscando. Es lo que más me gusta de este trabajo —confesó—. No pasa siempre, pero a veces los objetos transmiten magia, como si estuvieran esperando a que los encontrara la persona adecuada. Objetos con una historia, que han vivido un viaje asombroso hasta llegar a ese

lugar. A veces pienso en las aventuras que nos contarían si pudieran hablar. La novela de su abuela es uno de esos objetos.

La encargada de sala llegó a su mesa acompañando a dos mujeres.

Margo y Baskin se levantaron al mismo tiempo con la atención centrada en las recién llegadas.

Una de las mujeres era menuda y tenía el pelo cuajado de canas. Llevaba un sencillo vestido negro y casi ningún elemento de joyería, tan solo una alianza de oro en el dedo. Completaba el atuendo con unas originales y estilosas gafas negras.

Llevaba un libro en las manos.

Entre lo que ellos mismos habían averiguado, y un par de favores que había pedido Luke a unos agentes estadounidenses con los que había trabajado en un caso de la Interpol, habían encontrado a la verdadera Pilar Castillo en una residencia de ancianos en Cayo Hueso. Cuando Margo se presentó y le contó lo sucedido, se mostró encantada de coger un avión a Londres.

Baskin, por su parte, estaba más interesado en la mujer que la acompañaba.

Margo los observó un momento. El parecido en el rostro era innegable. La mujer era Evita Alfonso, la nieta de Eva Fuentes.

Ninguno decía nada. Fue Pilar quien rompió el hielo.

—Tienes los ojos de tu abuela —dijo Pilar, mirando alternativamente a Bennett Baskin y a su amiga Evita.

Pilar y Margo se quedaron un poco más atrás para dejar que los primos se saludaran con un abrazo.

Una de las primeras llamadas que habían hecho Luke y Margo después de que esta saliera del hospital fue a Adriana, para decirle

que habían encontrado el libro y en breve sería entregado a la familia de Eva. Adriana y Bennett ya habían hablado y habían quedado en verse en Edimburgo. Margo no pudo evitar pensar que a Adriana le habría encantado estar presente en el reencuentro y ver cumplida de un modo tan emotivo la promesa de su abuela Zenaida.

Cuando los primos se separaron, Pilar se acercó y entregó a Bennett el libro.

—Tu abuela habría querido que lo tuvieras.

Si Margo fuera una persona más romántica habría dicho que el libro suspiraba de alivio, como si supiera que había hecho un largo viaje para llegar al lugar donde le correspondía estar. Por un momento, Eva Fuentes estuvo allí con ellos.

Margo observó el libro y una ola de tristeza la invadió al pensar en el señor Thornton. A él también le habría encantado, lo habría conmovido ver la importancia que un solo libro había tenido en la vida de tantas personas.

Bennett acarició el libro de su abuela con dedos temblorosos y gesto respetuoso.

—Lamento mucho lo que le ha ocurrido a tu amigo —dijo Pilar a Margo.

—Gracias —respondió Margo, pero la curiosidad la empujó a preguntar—. Perdone que se lo pregunte, pero ¿qué pasó con la lista de libros que buscaba Natalia Evans? No dejaba de insistir en que usted la había ocultado dentro de este libro.

—Sigue ahí dentro. Cuando comprendí que sospechaban de mí, oculté los libros. Todo ocurrió muy deprisa y tuve que optar por una solución temporal, ya que tenía a uno de los militares castristas viviendo en el piso de al lado. Así que metí la lista en el libro. Luego

tuve que huir de Cuba. Estoy segura de que esa mujer te contaría lo que le ocurrió a su padre.

—Así es.

—Fui a ver a Eva la noche que hui de Cuba. Y le confié la lista. Me daba miedo que, si me ocurría algo en el viaje, la lista desapareciera para siempre. Unas vecinas de mi edificio me ayudaron a esconderme en un barco de pesca. Me dejaron en Cayo Hueso y decidí quedarme allí. Estaba lo bastante cerca de Cuba como para seguir sintiendo la conexión con mi país, y a la vez lejos como para no vivir con el miedo constante a lo que pudieran hacerme los castristas.

—Los libros que buscaba Natalia Evans ya no están —terció Evita.

Pilar sonrió junto a su amiga.

—¿Ya no están? —preguntó Margo.

Pilar asintió con la cabeza.

—Sí. Todos han sido devueltos a sus legítimos dueños. Cuando llegué a Cayo Hueso empecé a trabajar en una biblioteca. Sabía que no volvería a casarme y que nunca tendría la vida que soñé de joven en Cuba. Pero seguía necesitando un motivo para seguir adelante, para resistir. Los libros me dieron ese motivo. Decidí devolvérselos a sus dueños en el exilio. Había más gente que compartía mi pasión. No lo hice yo sola. —Dirigió la mirada hacia Bennett—. Eva y Evita me ayudaron.

—¿Cómo? —preguntó él.

Evita sonrió.

—Nuestra abuela era la persona que más admiraba en el mundo. Fue profesora toda su vida. Hablaba inglés con fluidez, puesto que vivió un tiempo en Estados Unidos. Me lo enseñó a mí. En aquella

época, los años sesenta, Fidel Castro estaba obsesionado con ganarse la buena opinión de la comunidad internacional, con destacar la posición de Cuba para dar legitimidad al régimen. Su arrogancia era un defecto del que pudimos aprovecharnos. Yo viajaba a Estados Unidos en calidad de profesora respetada que representaba lo mejor de Cuba. Me inspiré en mi abuela. La vida bajo el dominio español le enseñó a ser subversiva con disimulo. Así fue como empecé a quedar con Pilar y nos hicimos amigas. Yo le llevaba libros cuando podía y ella se los hacía llegar a sus legítimos dueños, que habían huido a Estados Unidos. Estuvimos así cuatro años, hasta que murió mi abuela y yo decidí abandonar Cuba.

—El libro de Eva me salvó. Y, después, Eva y Evita me ayudaron a salvar los libros que se me habían confiado para su protección —intervino Pilar.

—Es increíble todo lo que hicisteis, los riesgos que corristeis —dijo Margo.

—Si pienso en la valentía de muchos de mis compatriotas, no me parece que fuera para tanto —dijo Pilar—, pero hicimos lo que pudimos.

—Hicisteis mucho —terció Bennett.

—Natalia Evans era del servicio de inteligencia cubano, ¿no? —preguntó Margo.

—Efectivamente —confirmó Pilar—. Vino a Londres para espiar para el Gobierno cubano y luego se casó con un británico. Hay dudas de carácter diplomático sobre qué hacer con ella. Lo que hizo, infiltrarse en los círculos de exiliados haciéndose pasar por alguien cuya familia había sufrido numerosas pérdidas cuando en realidad trabajaba para el régimen…

»Cuesta mucho saber en quién confiar. Pasaba lo mismo en Cuba en aquella época. O peor. Había que estar siempre pendiente, hablar bajo no fuera que alguien te oyera y te denunciara. Se llevaron a mi marido y lo mataron.

—Lo siento.

Pilar se acarició la alianza.

—Fue en esa época cuando llegó a mis manos el libro de tu abuela —le dijo a Bennett.

—¿Quieres que te hable de ella? —preguntó Evita.

El hombre tenía los ojos inundados de lágrimas.

—Por favor.

Margo salió del restaurante y dejó allí a los tres charlando. Sacó el móvil ansiosa por contarle a Luke lo que había pasado.

Pero se detuvo en seco.

Luke estaba allí apoyado en la barandilla. Sonrió al verla, una sonrisa que le iluminó el rostro, y Margo sintió un nudo de emoción cuando lo vio acercarse a ella.

—¿Cómo estás? He hablado con Bea y me ha dicho que estabas aquí. Me he pasado a ver cómo estabas.

—Estoy bien. Me duele un poco la cabeza, pero no es grave.

—¿Qué tal han ido las cosas?

—Ha sido impresionante verlos juntos. Y con el libro. Creo que a Eva le habría gustado.

—Lo has hecho muy bien.

Ella negó con la cabeza.

—Es satisfactorio haber ayudado, aunque lo cierto es que yo he hecho muy poco. Pilar es quien ha protegido el libro todo este tiempo, la que ha corrido todos los riesgos. Es una mujer

asombrosa. Igual que Evita. Y Eva también lo fue. Bennett está muy orgulloso de su abuela, como tiene que ser. Los he dejado ahí charlando. Se han caído muy bien. Pilar y Evita le están hablando de Cuba y de Eva.

—¿Qué van a hacer con el libro? —preguntó Luke.

—Han hablado de lo que habría querido Eva. Bennett va a buscar una editorial que lo publique. Quiere que la gente pueda leer las palabras que escribió su abuela y que conozcan la historia. Pilar escribirá la introducción de la nueva edición. Tanto Bennett como Evita están de acuerdo en que es la persona ideal para contar el resto de la historia y el extraordinario papel que jugó en ella.

—¿A Bennett ya no le preocupa la publicidad?

—Ha decidido que esta es la mejor forma de honrar a su abuela. Ha sugerido donar una parte de lo que se recaude con la venta de los libros a una fundación literaria en homenaje al señor Thornton. —Margo sonrió con tristeza—. Creo que le habría gustado.

—Yo también lo creo. —La miró de reojo—. ¿Vas a leerlo? He de admitir que después de todo lo que hemos oído hablar del libro, yo sí tengo ganas de leerlo.

—¿Verdad que sí? Creo que me haré con uno en cuanto lo publiquen. El original está con Bennett y su familia, que es donde le corresponde estar. —Observó a Luke un momento—. Podías haberme acompañado. Esto lo hemos hecho los dos juntos desde el principio.

Él negó con la cabeza.

—Ya me conoces. No tengo una relación tan estrecha con los clientes. Me alegro de que se haya hecho justicia en cierto modo.

Margo se abrazó, tratando de entrar en calor. «¿Y ahora qué?».

—El funeral del señor Thornton será dentro de unos días —dijo—. ¿Vas a acompañarme?

—Por supuesto —respondió, y vaciló antes de continuar—. ¿Cómo tienes la semana de trabajo?

Se había tomado unos días libres después del ataque, pero estaba deseando volver. Se le estaban acumulando correos electrónicos de clientes a los que tenía que responder.

—Tengo que buscar un cuadro, una reliquia familiar desaparecida a principios del siglo xx. Ah, y Bennett me ha dicho que tiene otro encargo para mí, algo relacionado con unas sillas de Luis XIV.

—¿Vas a seguir trabajando para él?

—Sí.

—Te cae bien.

Margo sonrió.

—Creo que sí. Te aseguro que no pensé que lo diría, pero la verdad es que me gusta. Creo que quiere mucho a su familia y está orgulloso de su legado, bueno, quitando a James Webber. No parece que nadie le tenga mucha estima, y con razón.

»¡Ah, se me había olvidado! Escribí a Oliver Reston para decirle que ya no hacía falta que siguiera buscando. Le alegró saber que la editorial de sus antepasados hubiese jugado un papel en la historia. Entre los correos que hemos intercambiado, un día me comentó algo sobre un guardapelo que perteneció a su madre y que esta tuvo que vender en un momento de apuro económico…

—Sí que tienes proyectos a la vista —murmuró Luke, sonriendo.

—Eso parece. A lo mejor me da para terminar de pagar el crédito de estudios —bromeó ella—. Pero me alegro. Me gusta tener trabajo. —Se giró hacia el restaurante—. Antes, cuando Pilar le ha

dado el libro a Bennett y he visto lo mucho que significa para él y toda la historia que guarda en su interior, me he acordado de por qué elegí este trabajo. Siento que lo que hago importa, aunque solo sea un poco.

—Eres asombrosa.

Margo se sonrojó.

—Lo digo en serio —continuó Luke—. Sé que vas a estar muy ocupada con todos esos objetos perdidos que quieren que encuentres, pero ¿crees que vas a tener alguna noche libre para cenar conmigo?

Margo sintió una suave agitación en el pecho.

—¿Quieres que salgamos en plan cita?

Luke se rio, una risa profunda y generosa que la envolvió.

—Sí, te estoy pidiendo que salgamos. Había pensado en invitarte a cenar, donde tú quieras, tú eliges. Y, en aras de la transparencia, admito que puede que después intente convencerte para que vengas a mi casa.

—No te costará mucho convencerme —admitió ella.

—¿No?

Margo negó con la cabeza.

—Me alegro.

—¿Vamos a hacerlo otra vez? —preguntó—. ¿Después de lo que pasó? Estamos divorciados.

—Ya lo sé. Pero dudo que seamos la primera pareja divorciada que decide volver a intentarlo.

—Ya hemos pasado por esto y sabemos dónde terminamos. ¿Por qué esta vez va a ser diferente?

—Cierto —respondió él—. Puede que nos encontremos con los mismos problemas, pero ahora somos más mayores y más sabios. Desde luego, tenemos más experiencia.

—No creo que vaya a ser nunca el tipo de mujer que cocina y hace la colada. En el área doméstica soy un desastre.

Luke se rio otra vez.

—Soy capaz de hacerme la colada. Y no me importa cocinar a veces. Y siempre podemos pedir comida o cogerla para llevar.

—Sigo sin saber si quiero ser madre. Y mi trabajo… es muy importante para mí. Estoy orgullosa de la empresa que he construido.

—Lo sé —respondió—. Y ahora lo entiendo. Cuando nos casamos, pensaba que teníamos que seguir un plan determinado, unos pasos en la vida. Y no se me ocurrió pensar que a lo mejor esos pasos no eran los adecuados para nosotros. No tenemos que intentar plasmar la imagen que otros tienen de cómo debería ser un matrimonio. Haremos lo que se adapte mejor a nosotros.

—Esta vez sí sé lo que hay al otro lado si no funciona, sé lo que es perderte —dijo Margo con el pulso atropellado—. ¿Puedo sobrevivir? Sí. Pero no quiero hacerlo. No quiero estar un día más sin ti y creo que tú tampoco. Así que sí, me gustaría intentarlo. Trabajar en los aspectos de nuestra relación que no funcionaron la otra vez, encontrar el término medio. Hacer que nuestras respectivas vidas encajen. Te quiero. Siempre te he querido. Nunca dejé de hacerlo.

Esas palabras seguían dándole miedo. Puede que no dejaran de hacerlo nunca. Pero después de haber conocido a esas mujeres tan extraordinarias, un ejemplo de valentía, no le parecía que fuera momento de tener miedo.

—Yo también te quiero. —Luke le tomó la mano—. ¿Te acompaño a casa?

Margo asintió con la cabeza. Luke echó a andar, de pronto se paró y la abrazó. Margo notó humedad en el pelo. Levantó la cabeza y vio que estaba empezando a nevar.

Se rio y besó a Luke en los labios, en medio de la acera atestada de gente, y esta vez le dio igual que estuviera nevando.

Siguieron caminando, entre los escaparates navideños y las hordas de gente, turistas y locales por igual, que trataban de abrirse camino.

Al doblar la esquina vieron una librería un poco más adelante, a la derecha.

Margo se detuvo. La asaltó el recuerdo del señor Thornton el día que le regaló aquella novela de misterio ambientada en Barcelona y lo agradable que había sido leer en la cama, dejarse llevar por la historia durante unas horas.

La forma en que hablaba Pilar de *Tiempo para olvidar…*

Ella no se había encontrado nunca con un libro así, que fuera tan importante para ella, una lectura que la acompañaría el resto de su vida, pero quería que le pasara.

Le gustaban los desafíos.

—Quiero entrar un momento —le dijo.

Él asintió con la cabeza y entró con ella.

Margo habría pasado por delante de aquella librería diez o veinte veces, pero no había entrado nunca. Era un lugar muy agradable, con muchos clientes, algunos curioseando los libros de las mesas, otros leyendo en las sillas dispuestas en diversos puntos de la librería.

Se les acercó una librera con una sonrisa amplia y acogedora.
—¿Puedo ayudarles? —preguntó.
—Sí, gracias —respondió Margo—. Estoy buscando un libro.



Epílogo

Extracto del prólogo de la nueva edición de
Tiempo para olvidar

La primera vez que leí este libro estaba en el piso donde vivía con mi marido Enrique, en La Habana. Era 1966 y Fidel Castro y su revolución cambiaron mi vida de manera irrevocable. Unos meses antes, detuvieron a mi marido por subversión ideológica, un término que englobaba todo aquello que pudiera suponer una amenaza para el régimen castrista. Cuando mi vecina Zenaida llamó a mi puerta en plena noche y me confió la novela de Eva Fuentes, mi vida cambió para siempre. *Tiempo para olvidar* llegó a mi vida cuando más lo necesitaba, porque apenas me quedaba esperanza.

Casi setenta años separaban su vida y la mía, y aun así las palabras que Eva compuso en su maravillosa novela resonaron en mí como no me había ocurrido nunca con un libro. Ya no me sentía sola, ya no sentía que el régimen hubiera acallado mi voz, porque

había alguien que lo entendía, que sabía cómo eran los difíciles momentos que estaba atravesando. Encontré esperanzas en sus palabras, su fuerza me sirvió de inspiración. Aquellas noches aciagas en las que dudaba si podría seguir adelante, la novela de Eva Fuentes fue mi salvación. Le estaré eternamente agradecida por ello.

He dedicado toda mi vida a los libros. En Cuba, donde era bibliotecaria, aprendí el poder que encierran las palabras: cómo las retuercen los políticos, como Fidel Castro, para formar mentiras y falsas promesas; cómo su mera existencia puede considerarse una amenaza por su capacidad para inspirar, para transformar. Podría dar un millón de razones para explicar por qué esta novela me hablaba: las similitudes entre mi vida y la de la protagonista, Ana; los paralelismos inevitables entre dos períodos de la turbulenta historia de Cuba; el modo en que el libro llegó a mis manos en el momento justo. Pero lo cierto es que en los libros reside una magia inexplicable, algo que no es fácil evaluar o cuantificar.

No puedo prometerte, lector, que la novela vaya a hablarte como lo hizo conmigo. Esa es la naturaleza de los libros, una verdad que he vivido en primera persona a lo largo de mi carrera de bibliotecaria. Hay un libro ahí fuera esperándote. Puede que no sea este, pero llegará un momento en tu vida en que entres en una historia y el libro te hable como no lo había hecho ningún otro.

Hay libros especiales que se cruzan en tu camino una sola vez en la vida, libros que cambian vidas.

Este cambió la mía.

Pilar Castillo
Bibliotecaria



Nota de la autora

Los libros son mi pasión desde pequeña. No recuerdo ningún momento en que no me haya gustado leer, y no me cabe ninguna duda de que soy escritora por mi amor a la lectura. Como Pilar, los libros han sido un remanso de paz para mí en algunos de los peores momentos de mi vida.

La historia perdida de Eva Fuentes es en esencia una carta de amor al poder de los libros y el impacto que tienen sobre nosotros. A medida que desarrollaba los hilos argumentales para la novela, había uno al que regresaba constantemente, el corazón de la historia que deseaba escribir. El libro ficticio de Eva se convirtió en el hilo que unía las tres líneas temporales, que me ha permitido explorar el legado de sus palabras y el impacto que tuvieron en las personas que se cruzaron con el libro.

Cuando empecé a bucear en las circunstancias en las que Eva escribiría la novela, me sentí atraída hacia los primeros años del siglo xx y el momento transformador que ocupó en la historia. La primera

vez que oí hablar de la Escuela de Verano fue hace dos años documentándome para *The Most Beautiful Girl in Cuba*. Me dejó muy asombrada lo trascendental que tuvo que ser aquel proyecto teniendo en cuenta que fue un momento crucial en la relación entre Cuba y Estados Unidos. Como Eva, yo también fui a estudiar a otro país cuando era joven, y fue una de las experiencias que más han contribuido a dar forma a la persona que soy.

Como cubanoestadounidense, me encanta zambullirme en esos momentos históricos y unirlos con personajes y líneas argumentales ficticios, leer sobre las interacciones entre mis dos identidades y preguntarme dónde estarían mis antepasados en esos momentos y qué les habría parecido. Me atrajo también la conexión de la línea argumental de Eva con aquel momento de la historia que me había encontrado en la fase de documentación de aquel otro libro, y fue muy especial para mí visitar de nuevo aquel período histórico al que había dedicado tantas horas.

Si quieres saber más sobre la Escuela de Verano, el Programa de Estudios Cubanos del Centro David Rockefeller de Estudios Latinoamericanos, la Universidad de Harvard gestiona una web completísima sobre el proyecto (theharvardcubans.com), concebida, diseñada, documentada y creada por Marial Iglesias Utset y Danny González Lucena.

Mientras se gestaba la historia de Eva, empecé a pensar en quién podría necesitar el libro, y en qué momento podría necesitarlo más. Aunque he escrito otros libros y relatos cortos —*Cuando salí de Cuba* (2023)*, Our Last Days in Barcelona* (2022) y *A Night at the Tropicana* (2023)— ambientados en la década de los sesenta del siglo pasado, esta es la primera vez que he creado una protagonista

que vivía en Cuba en esa década. Entonces sentí la necesidad de revisitar las historias que había oído de pequeña sobre la vida en la Cuba posrevolucionaria y los desafíos que supuso aquella etapa para tanta gente.

La fuerza y el valor de Pilar se me vinieron a la cabeza de inmediato y supe que, como tantas otras personas, encontraría en la literatura el consuelo y la inspiración para seguir adelante tanto en la vida personal como en la profesional.

También empecé a imaginar a la mujer que recibiría el encargo de buscar el libro y me inspiré en los años que viví en Londres cuando estudiaba para trazar la línea argumental de Margo. Una de las asignaturas de la carrera trataba sobre robos de obras de arte, confiscación y cuestiones relacionadas con la procedencia, y dada mi ascendencia cubana, supe que quería ahondar en el tema desde las secuelas que dejó la Revolución cubana.

En las ocho novelas históricas —y un relato— que he publicado hasta la fecha, he podido viajar en el tiempo a través de mis personajes, lo que me ha permitido aprender más sobre mi legado y los momentos cruciales de la historia cubanoestadounidense. Gracias por acompañarme en mi viaje.

Título original: *The lost story of Eva Fuentes*

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791388136276
Conversión a formato digital: www.acatia.es